

Selecta

Matías Zitterkopf

**Mientras mi cielo
se derrumba**

Cielo prohibido

1

Mientras mi cielo se derrumba

Libro 1 - Trilogía *Cielo prohibido*

Matías Zitterkopf

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prefacio

En un principio no existía nada, solo la oscuridad.

Entonces Dios creó la luz y la creyó buena porque era bella y alejaba a la otra.

Las tinieblas se replegaron ofendidas y esperaron en su escondite negro, protestando y conjurando maldiciones nuevas.

La luz era débil y podía ser corrompida y, cuando logró comprenderlo, la oscuridad se despertó y en forma de serpiente tentó al Primero.

Los ángeles de inmensas alas blancas creyeron poder ocupar el trono del que los había creado. Él les quemó las alas sin piedad y los hizo caer. Nunca más un ángel cargó alas blancas en su espalda.

Y, al ver la magnitud de su poder, la oscuridad sonrió con malicia. Se sintió hermosa y plena, y se puso un vestido enorme hecho de estrellas.

La oscuridad volvió a su cuna de brea espesa y se durmió otro largo rato para soñar sueños rojos de castillos de oro y tronos de espinas, donde ella era una reina.

Despertares

Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes sola, si no, me perdería...

La pasada noche, después de dar mil vueltas en la cama porque el sueño no quería visitarla, Amelie había repetido varias veces esa oración que su madre le había enseñado cuando era pequeña.

A pesar de que tenía dieciséis años y que a esa edad nadie que conociera rezaba, ella sí lo hacía. Susurraba esa plegaria cada vez que se iba a dormir, con sus dedos entrecruzados sobre el pecho, para sentirse tranquila y protegida de las sombras que se movían en la penumbra de su habitación. Era todo un ritual para ella. Tal vez no lo hacía porque creyera que había alguien de pie a su lado, que la cuidaba por las noches, sino que repetir esas palabras en voz alta le proporcionaba cierta seguridad.

Había algo en las noches y las sombras danzarinas que se escabullían por los rincones; los sueños feos. En verdad, la dejaban intranquila porque se repetían casi todo el tiempo y el de la noche anterior había sido igual de intenso que los demás. Nunca variaban, se repetían de manera eterna como siguiendo un patrón. Era una rutina que estaba obligada a vivir cuando el silencio se apoderaba del mundo.

Al terminar de decir la plegaria y exhalar un suspiro, finalmente, se durmió. Condenada como todas las otras noches.

Amelie estaba de pie cerca de la ruta, sola y un tanto nerviosa, con una fuerte

idea en la cabeza y cuando trataba de alejarla solo lograba lo contrario; ella volvía y ocupaba toda su mente como una mancha negra que se esparcía por todos lados. Los autos, que pasaban a gran velocidad, se veían borrosos frente a sus ojos. El vestido blanco y liviano que llevaba puesto comenzaba a flotar en el aire cuando la brisa proveniente de un bosque cercano llegaba hasta ella, acarreando hojas secas que rozaban sus pies descalzos.

En lo más profundo de su ser estaba el sentimiento, las ganas de querer dar un paso adelante, cerrar los ojos y esperar al primer automóvil que quisiera quitarle la vida. Y no había nada ni nadie que pudiera hacerla desistir. Así de simple y trágico, por alguna profunda e indescifrable razón ansiaba el momento de pararse sobre el asfalto negro y que sucediera lo inevitable. No entendía el motivo de su decisión, era como sentirse tentada a cometer el error. Tal vez un psicólogo diría que su inconsciente estaba tratando de manifestarse o de advertirle alguna cosa, pero ella estaba segura de que el suicidio no formaba parte de su lista de cosas por hacer antes de cumplir diecisiete años.

Llegaba entonces ese instante en el sueño en el que estaba por tomar la drástica decisión y comprendía que no estaba sola porque alguien aparecía de la nada para tocarle el hombro izquierdo. Solo ese gesto era suficiente. Se quedaba del todo paralizada, congelada, estática porque no podía mover su cuerpo y, sin embargo, sus sentidos estaban más alertas que nunca. Podía oler los perfumes que el viento llevaba, oír el ruido que se colaba por sus oídos y ver las cosas con más nitidez, a pesar de que estaba un tanto oscuro.

Giraba sobre sus pies sin prisa, asustada, para ver quién era el que estaba parado detrás de ella, pero la misteriosa figura se había alejado en una fracción de segundo. No podía distinguir su cara ni ver el color de sus ojos, perdidos a metros de ella. Pero su sola presencia hacía que la electricidad la recorriera de pies a cabeza; era una sensación familiar, como si conociera a aquel espectro de una vida pasada. Entonces, tomaba coraje, decidida a acercarse para mirar su rostro y, en ese preciso momento, alguien de la vida

real le impedía hacerlo y la devolvía al mundo. Tenía la sensación de que era él quien no deseaba mostrarse.

Esa mañana se despertó dando un salto al escuchar los gritos de su padre, provenientes del piso de abajo.

—¡Amelie, es hora de levantarse! ¡Tienes que ir a la escuela!

Se puso la almohada en la cara, llena de rabia porque otra vez habían interrumpido su sueño en el momento más importante. Era frustrante el hecho de querer ver el rostro de alguien y nunca poder hacerlo. No tenía despertador sobre la mesa de luz porque con los gritos de su familia todas las mañanas no era necesario.

—¡Ya voy, papá! Solo un segundo más, por favor —trató de decir en un tono dulce que le hiciera ganar más tiempo para remolonear, pero hacerse la niña ya no servía con él. Se dio cuenta de que su voz se escuchaba áspera y seca. Esos sueños eran tan reales que la cansaban demasiado. Al día siguiente se levantaba con finas líneas rojas que imitaban serpientes en sus ojos. Parecía salida de una película de terror, una zombi o algún monstruo de esa clase. Pero, por suerte, su padre siempre recordaba comprarle unas gotas que hacían que la irritación se fuera en minutos, porque ni loca saldría a la calle con esos ojos.

Bueno, «salir a la calle» era un decir cuando de Amelie se trataba. Esa no era una de sus actividades preferidas, porque no creía ser como las demás chicas que se la pasaban fuera de casa y volvían a altas horas de la noche. Tampoco le interesaban las mismas cosas, como la ropa cara, el maquillaje y salir a bailar, pero hacía un gran esfuerzo por respetar los gustos ajenos.

A sus padres esto les preocupaba. Y en su afán para que fuera más sociable, trataban de obligarla para que saliera a la vida, por decirlo de alguna manera. Pero a Amelie eso no le importaba demasiado y lograban el efecto contrario, que se retrajera un poco más.

Ella creía que con tal de que se comportara como los demás, no les hubiese molestado que volviera a casa un domingo a las seis de la mañana, descalza y

borracha, acarreada por amigos que la dejaran en la puerta principal mientras vomitaba. De lo que sí estaba segura era de que sus padres se reprochaban que su forma de ser tenía que ver con el trabajo de su papá. Porque hasta su hermana menor poseía más amigos que ella.

Martina, su hermana menor, entró corriendo al cuarto de Amelie y abrió las ventanas de par en par porque sabía que era la única forma en que podía despertarla. Los rayos de sol que ingresaron quemaron sus ojos, indefensos sin las gotas. Entonces, no tuvo otra solución que levantarse para empezar con su vida.

—¡Arriba, remolona, es hora de levantarse! —gritó su hermana muy cerca de la cama, con la voz más aguda que una niña de seis años pudiera tener. ¿Todos tenían que gritar en su familia a esas horas de la mañana? Luego de esa manera obligada y agitada de despertar, las dos daban paso a una cacería, en la que Amelie perseguía a Martina hasta el piso de abajo esquivando los objetos que se hallaban en el pasillo y tratando de no rodar por las escaleras. Las cosquillas eran el punto débil de la pequeña. Y cuando lograba alcanzarla y tenerla entre sus manos, la hacía reír por un minuto completo y la dejaba agotada, dolorida por tantas carcajadas que agitaban su cuerpo.

Observada la escena desde afuera, Amelie parecía un tanto infantil para su edad, aunque dieciséis años no significaban ser adulta. Sabía que había otras chicas que no jugaban con sus hermanos porque sus mentes estaban ocupadas en cosas que no tenían que ver con niños, o al menos no con niños de poca edad. A ella era lo que más le gustaba, pues los momentos que compartía con Martina eran de lo mejor y también escasos, ya que se la pasaba casi todo el día encerrada en un colegio de doble turno.

—¡Amelie! Deja de hacerle cosquillas a tu hermana, sabes que le hace mal y luego le duele la panza. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, cariño? —era lo primero que decía su mamá, Olivia, cuando las escuchaba corretear por el *living*. Se le había metido en la cabeza la idea de que reír era perjudicial para la salud, pero Amelie pensaba todo lo contrario. Cuando a veces estaba triste,

se acordaba de las carcajadas de Martina y se alegraba al instante. El eco de su risa le recordaba momentos felices y tardes soleadas. Toda la mala vibra se iba.

Amelie creía que su madre tenía un cerebro impresionante. Mucha gente decía que las mujeres podían hacer varias cosas a la vez y Amelie no podía evitar pensar que ella era la excepción, porque era distraída y un tanto torpe con sus movimientos, y nunca se había destacado en deportes en la escuela, así que prefería hacer solo una cosa bien. Su madre era diferente, todo lo opuesto y pensaba que, al crecer, tal vez obtendría sus habilidades.

A pesar de que estaba haciendo miles de cosas al mismo tiempo, estaba pendiente de cada sonido, se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor y siempre tenía una respuesta para darle. Como una reina que debía comandar un gran reino. Era un pilar fundamental en la familia.

Después de atacar a su hermana y recibir el reto, enseguida corría a la cocina donde estaba su mamá, bajo la mirada cómplice de su padre. Esperaba cautelosamente hasta que tuviera mil cosas más que hacer, así la encontraba desprevenida, y le hacía cosquillas por detrás. Como ella estaba preparando el desayuno de la familia, utilizaba en su defensa los elementos a su alcance como armas para el contraataque. La mayoría de las veces, eran tostadas, pero sabía que, el día que le arrojara un frasco de mermelada o una manzana grande por la cabeza, se iba a arrepentir de atacarla. Y así eran y habían sido sus despertares hasta ese día y pensaba que así seguirían siendo. Una vida un tanto monótona la mayor parte del tiempo, pero no le desagradaba por completo. Ella prefería la seguridad de su rutina. Y, sin embargo, esa mañana su madre agregó una frase más, como un indicio de que algo sería diferente. Pero fue una consecuencia de la causa, de lo que ella había causado.

—¿Pero qué cosa rompiste, Amelie? —gritó desde la cocina. Luego de su ataque, ella estaba tratando de volver al piso de arriba para lavarse la cara y, cuando había pasado cerca de la mesa de patas altas que estaba junto a la escalera, su mano había golpeado un gran portarretratos familiar. Este había

caído al piso y provocado el ruido que alertó a su madre, y el cristal que cubría la fotografía, al quebrarse, había dibujado una infinita tela de araña en él. Se agachó para tomarlo y su dedo rozó una de las grietas profundas en el vidrio. Una sensación de ardor la invadió al rasgarse su piel y unas cuantas gotas de sangre, por no decir un chorro, cayeron sobre el retrato en el que incluso estaba su abuela. La sangre se esparció por las grietas como pequeños arroyos logrando atravesar el cristal y tiñó un poco la foto.

—¡Maldición! —exclamó, observando el corte que se había hecho; era vertical y quedaba justo sobre la división de la falange superior de su dedo índice formando una cruz roja. Se llevó el dedo a la boca para evitar que siguiera sangrando y succionó un poco—. Tiré el retrato familiar al suelo, lo lamento. Y casi me rebano un dedo... —agregó en un susurro y, tomando el portarretratos, lo puso sobre la mesa otra vez y subió las escaleras corriendo.

Frente al espejo del baño, mientras se cepillaba los dientes, recordó lo sucedido minutos atrás y no pudo evitar reír de las tonterías que hacía una chica que ese año cumpliría diecisiete.

Cuando salió del baño y volvió a su habitación, esta parecía brillar con la luz ámbar que entraba por la ventana abierta de par en par. Se quedó mirando todo, inmóvil, como si fuera la primera vez que lo hacía. Las pequeñas partículas de polvo ascendían y danzaban en los rayos tibios del sol.

Su cuarto no había cambiado en nada por varios meses. El color durazno, que todos confundían con rosado, aún estaba en las paredes, contrastando con las blancas y largas cortinas que llegaban hasta el suelo.

Su amor por las mariposas se notaba demasiado. Tenía unos cuantos móviles de ellas en varios lugares. Algunas eran metálicas, otras de vidrio pintado, pero mariposas al fin. Así como a otros les gustaban los unicornios, a ella le encantaban las mariposas. Al lado de la puerta estaba su amada biblioteca, con todos los libros que había leído y los que le faltaba leer; su posesión más preciada junto con las mariposas. La habitación era su refugio contra el aburrimiento.

Esa mañana se puso unos jeans ajustados y gastados en la parte delantera, una camisa blanca de mangas cortas con pequeños botones y entallada. Ató su pelo ondulado en una cola con una cinta azul y lo dejó caer sobre su hombro izquierdo. Tal vez la forma de peinarse era anticuada o «muy de princesa», como le decía Martina, pero a ella le gustaba. Le hacía recordar a Kate Winslet en *Titanic*, ya que era pelirroja también. Odiaba que le dijeran: «Ahí va la pelirroja» a veces, aunque tan poca gente le prestaba atención que no debía preocuparse por eso. En ese caso, le parecía que era bueno ser antisocial, porque nadie reparaba en ella ni podían resaltar sus defectos, como los abusivos de la escuela siempre hacían.

Fue en ese momento, al sentir su cabello reposar sobre el hombro, que se acordó de la mano tibia en el sueño, como una caricia olvidada. En ese instante, algo le quemó el hombro, como si estuviera al rojo vivo y, como siempre que eso le sucedía, movió lentamente los ojos hacia la ventana. Desde ella se podía ver la parte superior de la catedral, las dos altas torres que querían tocar las nubes. No sabía por qué, pero el escuchar las campanas sonar cada hora le producía una sensación extraña, la incomodaba. Parecía que cada campanada marcaba los segundos antes de la tragedia. Era algo bastante perturbador.

Tampoco pensaba contarles a sus padres acerca del dolor que atacaba su hombro izquierdo con frecuencia, porque la enviarían con el doctor y esa idea no le gustaba para nada.

—¡Amelie! ¿Qué te dicen las palabras desayuno y colegio? ¡Pero no puede ser que seas tan lenta, hija! —gritó su madre desde el pie de las escaleras, con una taza de té ya en la mano, enfatizando las dos primeras «obligaciones» de su día.

—Además de que odio escucharlas, que me tengo que apurar. Tienes que aceptar que tu hija es así de lenta, querida madre —respondió en tono de burla, tomando el bolso con sus libros. Antes de salir, se aseguró de llevar todo lo necesario porque a menudo olvidaba las cosas.

Mientras bajaba, al ver a su madre esperándola, se sintió como Rose en *Titanic*, cuando bajaba la gran escalera de madera en esa noche que Jack iba a cenar con ellos. Sí, por segunda vez y en los pocos minutos de estar despierta, pensó en *Titanic*. Pero Amelie amaba esa película y sabía la mayoría de los diálogos de memoria. Si alguien la llamara patética por ello, ni siquiera le molestaría.

En la mesa de desayuno de la cocina todo pareció ser normal, la misma imagen de siempre. Su padre estaba absorto en las noticias del diario y con la cara casi escondida tras él. Su madre y su hermana hablaban de la tarea escolar. Su mamá también le daba respuestas a su papá sobre las noticias que él le comentaba. Otra vez la vio haciendo varias cosas al mismo tiempo. La miró sonriente, y ella le devolvió la sonrisa. Era una de esas cosas entre madre e hija.

Siempre puntual, el colectivo rojo hizo sonar su bocina con estruendo frente a la puerta de su casa. Todos se levantaron de un salto y se despidieron con prisa sin cruzar muchas palabras.

Martina y Amelie subieron al transporte escolar de inmediato, porque sabían que al conductor no le gustaba esperar. Hacía casi un año se habían mudado a Puerto Azul porque su papá era político y había conseguido ganar las elecciones como intendente en esa ciudad, la que parecía ser la más conveniente en todos los aspectos. Luego de una ardua campaña, por fin fue electo por la gente.

Tuvieron que dejar Santa María, donde su padre ejercía su cargo, porque empezaron a llegar, y volverse cada vez más graves, amenazas y ataques por parte de sus opositores. El padre de Amelie había descubierto una red de negocios turbios e ilícitos por parte de los líderes de la oposición, que afectaban a los trabajadores del lugar. Toda su investigación había salido en los diarios y canales locales, lo que le valió el odio de esas personas. Aun cuando él había hecho lo correcto: combatir la corrupción.

El día en que una nota en papel azul había atravesado la ventana del *living*

atada a una roca, su papá se puso paranoico con la seguridad de todos. La nota decía: «Cuida mucho a tu familia». Amelie llegó a odiar a los tontos que habían hecho eso porque su padre se obsesionó y contrató dos guardaespaldas que custodiaban la casa todo el día y la seguían a todos lados. Y fue así que se convirtió en una adolescente cerrada, protegida y que confiaba más en los personajes y héroes de libros que en las personas. Pero luego su papá cambió por completo, dejó de preocuparse tanto y despidió a los guardaespaldas, por lo que ella le dio gracias a Dios y se mudaron de inmediato a la nueva ciudad. Allí comprendió que por eso estaba más calmo, porque se iban para siempre de ese lugar.

Puerto Azul era una ciudad más chica y tranquila. Los colegios eran muy buenos y sus padres creían que se llevarían bien con las personas porque eran amigables. En verdad, Amelie creía que los ciudadanos amarían a cualquier intendente nuevo que no fuese un tirano como el anterior. En sí, tuvieron que volver a empezar. Otra vez Amelie se tuvo que acostumbrar a las pocas cosas que la alejaban de su casa y su habitación. Una de las más terribles era el colegio y en su dirección iba ese día.

Todavía no lograba llevarse demasiado bien con nadie ni tener mejores amigos, a pesar de que faltaban dos meses para que terminaran las clases. Había tenido ya bastante tiempo como para entablar una buena relación con alguien, pero generalmente se alejaba de sus compañeros con los auriculares en sus oídos y la música en el MP3 a todo volumen, o llevaba consigo un libro, así su mirada estaba puesta en las páginas de esa novela y no a su alrededor. Tal vez sí sentía que debía relacionarse un poco más con las personas, pero tampoco quería reconocer que era tímida.

Todos los días se sentaba sola en el colectivo, cerca de la ventana para mirar los paisajes. Martina ya tenía sus amigas, así que la abandonaba. Amelie sabía que no podía arrastrarla a su mundo de «bicho raro». Ella se bajaba unos minutos antes en su escuela, luego de darle un beso, y no la veía hasta la tarde. Después de recorrer la misma calle, el colectivo se detenía en el lugar

de siempre. Los chicos de años inferiores bajaban corriendo con tal desesperación que a los que no les gustaba demasiado estudiar les parecía increíble. Así que los que aún estaban arriba, oliendo el perfume de naranja con el que el conductor perfumaba el vehículo, se quedaban atascados esperando a que ellos por fin se esfumaran.

Fue en ese preciso momento en que Amelie sintió la mano de Leo en su espalda. Él iba a su curso, se sentaba cerca y se notaba que ella le interesaba, pero nunca se decían más que «hola» o «perdón», en momentos como esos en los que, por un «descuido» suyo, él la tocaba. Aun así, ella le sonrió, escondiendo su incomodidad mientras descendía del colectivo. Cerró los ojos dos segundos, respiró hondo y, cuando volvió a abrirlos, miró la puerta vidriada de la entrada como si fuese una guillotina en la que estaba a punto de perder la cabeza.

«A la selva otra vez, Amelie, sé fuerte», se dijo a sí misma, resignada, y empezó a avanzar a paso lento, esperando que ya llegara el final del largo día.

El colegio al que asistía parecía un típico centro educativo norteamericano sacado de una película, porque no había en la ciudad otro igual. Ni siquiera en Santa María los colegios parecían tan de élite. Entre populares, deportistas, estudiosos, parranderos y otros alumnos poco destacables, Amelie parecía fuera de contexto. Salvo por sus compañeros Alexis y Nadia, ella figuraba entre el grupo de los solitarios. De hecho, ellos eran los únicos a los que les había prestado un uno por ciento más de atención que a los demás, pero aun así no podía afirmar que eran sus amigos. No sabía si estaba bien arrastrar a esos dos chicos a su grupo, del cual era la líder, pero como nunca los veía hablar con nadie más que ente ellos mismos, pensaba que esa era su clasificación.

Aun así, entre miradas de envidia, celos y rabia, todos ellos se movían juntos, como una masa uniforme, por el pasillo para poder ingresar a sus aulas a soportar la cantidad de horas de estudio que los esperaban.

El hecho de llegar a su salón era siempre satisfactorio para Amelie porque

solo le faltaba un paso más para terminar con todo. Sabía que era buena alumna y que aprobaría todas las materias.

«Solo un año y dos meses más en esta selva superficial y serás libre, Amelie», se dijo con una sonrisa gigante imposible de ocultar, mientras la señora Herrero, con sus ojos fijos en ella, prometía borrarla con alguna pregunta complicada que le haría durante la clase.

—Buen día, señora Herrero —saludó, fingiendo una sonrisa amable que dejó a la mujer descolocada. Acomodó la cinta de su cabello sintiéndose un poco poderosa, dejó el bolso bajo el escritorio que era todo suyo en el fondo del aula y se dispuso a «disfrutar» de un día más de su cuarto año de escuela secundaria.

Como siempre, Leo estaba en el escritorio de la fila siguiente, solo un delgado pasillo los separaba, siempre con la mirada fija en ella, lo cual era muy irritante y bastante aterrador. Hasta que la profesora le llamó la atención por estar distraído. Amelie se preguntó si el muchacho no se animaba a decirle algo o si tenía algo para confesarle. O sea, no era una tonta porque podía darse cuenta de la forma obsesiva en que él la miraba. Y también sabía que ella iba a darle un rotundo NO como respuesta.

Nadia y Alexis se sentaban en el escritorio delante del suyo, pero no parecían verla, ya que estaban muy concentrados en su charla, bromas y risas cómplices. No era que quisiera que le prestaran atención, pero, tal vez, si le hubiesen dicho de qué se reían, hubiese sido gracioso para ella también. Pero tampoco podía culparlos porque era ella la que no les hablaba demasiado, a pesar de que se sentaban juntos en el comedor muchas veces.

No había que ser muy sensitivo para darse cuenta de que, además de esa «amistad» indestructible que los dos tenían, iban a llegar al altar. Ella, en un hermoso vestido blanco y moderno, con el que podría lucir su hermosa figura, y él, en un perfecto traje negro, que haría resaltar la blancura de su rostro. Ya podía imaginarlos.

Luego de varias materias, mini recreos que los dejaron con ganas de tener

más tiempo libre, el timbre largo se hizo escuchar para anunciarles que era hora de almorzar.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miran así? —preguntó Amelie intrigada ante el escrutinio de Nadia, que parecía estar prestándole más atención que de costumbre. Generalmente, la dejaban comer en silencio. No entendía por qué ella y Alexis la miraban directo a los ojos, cuando ya estaban ubicados en el comedor con la comida lista en su mesa.

—Miramos tus ojos, tontita —dijo ella, mientras él seguía muy entretenido con su sándwich de jamón y queso.

«¡Olvidé ponerme las gotas!» fue lo primero que se le ocurrió. Pero volvió a la velocidad de la luz a ver las imágenes de su día y sí las había usado, así que no le quedó otra opción que indagar.

—¿Qué pasa con mis ojos? ¿Estoy llorando sangre o algo por el estilo? —preguntó dudosa, creyendo que tal vez no había lavado bien su cara en la mañana, o que se había rayado con un marcador, como solía ocurrirle en sus descuidos. Y también hizo el intento de sonar graciosa, aunque mencionar sangre justo cuando los demás estaban comiendo no fue buena elección.

—No exageres, Amelie. Es que con Alexis... —dijo ella hundiendo su codo en el costado izquierdo del cuerpo del muchacho, para que dejara su sándwich y asintiera— recién nos damos cuenta de que son muy lindos, un color marrón o miel, mejor dicho, un tanto más bello que el color normal. Son algo raros cuando el sol te da en la cara como ahora, como si cambiaran de color y se pusieran dorados. Extraños en el buen sentido, no te ofendas —terminó con todas las tontas ideas que habían invadido su mente. ¿Qué más podía hacer ella que decir gracias?

—Muchas gracias. —Esas fueron las dos únicas palabras que logró emitir, ya que nunca la sorprendían con un comentario así. Superficial sí, pero nadie más que sus padres se fijaba en lo bella que podía ser. A pesar de que no era un buen tema para romper el hielo, Amelie se alegró de que los chicos tomaran la iniciativa ese día.

—A mí me parece que quedan perfectos en tu cara. Combinan con tu piel y tu color de cabello. ¿Nunca nadie, además de tus padres, te dijo que eras linda? —bromeó Nadia, como si supiera lo que ella pensaba. Y Amelie se sorprendió aún más de que Nadia creyera que ella era linda. Porque su compañera se parecía a la muñeca Barbie más hermosa que Amelie tenía guardada en un baúl con sus juguetes de niña. Nadia tenía un cuerpo estupendo sin necesidad de visitar el gimnasio, como otras hacían todos los días. Su pelo era rubio, lacio y caía perfecto sobre sus hombros. Sus ojos azules eran sumamente llamativos y era alta como una modelo de pasarela.

—*Sexy* —comentó Alexis lamiendo su dedo, en el que había quedado un poco de mayonesa. Nadia aclaró su garganta. No se entendió bien si el comentario que el chico había hecho estaba dirigido hacia Amelie o al resto de mayonesa que quedaba en su dedo. Con Alexis nunca se podía saber.

Amelie se quedó mirando a su alrededor, al gran comedor del colegio, como si fuese la primera vez que se detenía a verlo en detalle. Había una gran barra de comidas donde podían elegir con qué deleitarse día a día y un chico de pelo oscuro parado detrás de ella, listo para servir el almuerzo. Su vista se desvió hacia las mesas que se encontraban en el comedor y pudo ver a todos los grupos allí reunidos, las clases de alumnos que tuvo que reconocer que formaban parte de su vida. Era extraño lo que estaba sintiendo en ese momento, pero no pensaba que estuviera mal querer ser parte de algo.

Observó a Nadia y Alexis, que desde hacía unos pocos meses, y a pesar de conocerlos ya hacía casi un año, la seguían a todos lados soportando su ignorancia e indiferencia sin quejarse. Los miró jugar y bromear del otro lado de la pequeña mesa que compartían, cerca del gran ventanal con vista al bosque. Algo parecido a la alegría le invadió el cuerpo y se debía al hecho de que ellos estaban allí junto a ella.

«¡Qué mala e injusta he sido con ellos! ¿Por qué soy tan cerrada y egoísta? Les tengo que dar la oportunidad. Es hora de salir de la crisálida, Amelie. Hay que experimentar la metamorfosis», se alentó a sí misma con metáforas

referentes a sus amadas mariposas. No repetiría aquello en voz alta jamás.

—Gracias —dijo usando un tono de voz más alto que el de costumbre. Los que estaban sentados en la mesa cercana se dieron vuelta, miraron e hicieron una risa de burla, lo que no le importó porque tenía que decirles a esos dos chicos que tenía frente a ella, lo agradecida que estaba con ellos.

—Eh... De nada. Pero ¿a qué viene eso? —preguntó Alexis, mientras otra vez los dos la miraban como un objeto de estudio, como una rareza a la que se le daba por soltar palabras sin sentido al aire. Ellos no tenían ni la más mínima idea del porqué de ese agradecimiento.

—Creo que a estas alturas se habrán dado cuenta de que expresarme no va mucho conmigo, y que parezco un bicho raro, pero... les agradezco el haberme aceptado como soy, soportado estos meses en los que tal vez no les presté demasiada atención. Digamos que no he tenido una adolescencia muy fácil hasta ahora, así que gracias por eso, por ser mis amigos. —Finalmente pudo decirlo porque ¿qué más que eso podían ser? Siempre habían estado con ella, apoyándola y golpeando al que se atrevía a jugarle bromas por ser la «nuevita» del lugar, y ella no reaccionaba.

La Barbie inteligente y amante de los libros que, si tuviera solo una neurona, les arrebataría el trono a las populares, y el chico sin interés por los deportes, pero con cuerpo de atleta, que podía quitarles el puesto a los musculosos deportistas, eran sus amigos, no había otra palabra que los describiera mejor.

—Sabes que siempre estaremos para lo que nos necesites, solo debes hablar un poco más. Todos tenemos problemas y es más fácil si otros te ayudan —dijo Nadia tomando su mano izquierda y la apretó fuerte. Eso fue mucho más de lo que ella se esperaba—. Y, si debo ser sincera, hemos llegado a preguntarnos si tenías algún tipo de trauma o enfermedad. Eres tan cerrada, Amelie.

—Si no, ¿para qué son los amigos? Además de protegerte, podemos pensar que estás loca al mismo tiempo —comentó Alexis entre risas.

—Pero miren qué patético espectáculo —dijo Gina, la chica más popular del

colegio, al pasar con su séquito «unineuronal», con el brazo de Augusto, el líder del equipo de fútbol, enroscado en su cuello.

Iban al mismo curso de Amelie, pero ni siquiera los registraba a menos que respondieran una tontería cuando algún profesor preguntaba algo serio.

—Ustedes son más patéticos. ¡Víbora! —susurró solo para ellos tres y comenzaron a reír a carcajadas, mientras las fieras de la selva superficial se alejaban de sus presas.

La hora del almuerzo había terminado más rápido que de costumbre, pero fue el almuerzo más diferente que había tenido.

Las materias de la tarde transcurrieron igual que siempre, nada que ella no supiera, pero para quedar bien ante los ojos de cada profesor pretendía tomar notas, mientras sin sentido escribía su nombre miles de veces en una hoja. También dibujaba mariposas de alas complicadas y se tomaba todo el tiempo de pintarlas.

La mirada de Leo, aún irritante sobre ella, la hizo respirar hondo para calmarse y no levantarse a darle una bofetada, así que bajó la vista a sus dibujos y siguió entretenida con ello.

Entonces sus deseos fueron escuchados. Había estado pidiendo con todas sus energías que la tarde escolar terminara, cuando el sonido del timbre final la dejó más que satisfecha, con una sensación de poder. Como si sus deseos se cumplieran si realmente así lo quería. En su interior se llamó Matilda y sonrió como tonta.

Cuando Amelie salió apresurada del aula, golpeó a un chico con su hombro y aquello hizo que su bolso cayera al suelo, pero lo recogió al instante. Le pareció que era el muchacho que atendía la barra de comidas y debía de ganar muy bien, porque tenía un perfume delicioso que de seguro era caro e importado. Pero eso fue lo único en lo que ella reparó porque ni siquiera se detuvo a mirarlo bien. Todo transcurrió en un segundo y él trató de disculparse, pero cuando estuvo a punto de emitir la primera palabra, ella se puso los auriculares en sus orejas y caminó al ritmo de la música.

En el momento en que estuvo casi por poner un pie en el colectivo, alguien tomó con fuerza su brazo y por alguna razón supuso que el muchacho la había seguido. Pero era Nadia y no sabía qué era lo que le venía a decir.

—Hey, pensábamos con Al... —Y señaló a Alexis en el estacionamiento, así que supuso que ese era su apodo o diminutivo—. Que tal vez querías venir a casa a hacer el trabajo de Historia con nosotros y comer algo después. ¿Qué dices? Hay que hacerlo en grupo y supongo que no tienes uno. ¿O sí? —agregó ansiosa y sonriente. Amelie recordó que se había dicho que tenía que dar oportunidades, así que iba a responder positivamente.

—Claro. ¿Por qué no? Eso sería genial —comentó sacando el celular del bolso negro que llevaba cruzado en su hombro y le mandó un mensaje de texto a su mamá—. Además, necesito ayuda con la Primera Guerra Mundial.

«Me voy a hacer un trabajo de Historia con Nadia y Alexis. Después vamos a comer algo en su casa. Vuelvo más tarde».

—No te preocupes por la vuelta —dijo Nadia, despreocupada—. Como ves, Al tiene auto, así que nosotros te llevamos a casa. —La abrazó de manera sorpresiva, como si hiciera tiempo que quisiera hacerlo. Y ella se sintió egoísta otra vez, porque siempre les había mezquinado afecto, así que trató de apretarla un poco para que el abrazo fuera caluroso. Nadia se rio de su torpeza con el saludo seguramente.

—Gracias, pero no quiero molestar —dijo, sonriendo un poco para tratar de no decepcionarla—. Puedo volver en taxi, así que no hay problema por eso. Justamente hoy traigo dinero. La mayoría del tiempo me lo olvido en casa.

El mensaje de respuesta de su madre llegó enseguida. «BUENÍSIMO», decía con letras mayúsculas que denotaban sorpresa. Seguro estaba más que feliz porque su hija estaba empezando a tener vida social. Amelie empezó a reír por lo que estaba pensando y le mandó el siguiente mensaje:

«Los chicos me llevan en su auto después, nos vemos, besos».

—Ay, Amelie. ¿Cuándo vas a entender que no eres una molestia para nosotros? Si nos ofrecemos a llevarte a casa o te invitamos a pasar un rato con nosotros es porque así lo sentimos —dijo ella con un tono de enojo en su voz, pero tenía toda la razón. Hacía unos minutos había entendido que nada que viniera de ella era molestia para Nadia y Alexis, porque en verdad ella les agradaba. Amelie tenía un serio problema y era pensar que no podía caerle bien a nadie.

—Está bien, discúlpame —dijo Amelie, agachando un poco la cabeza—. Entonces, iré y volveré a mi casa con ustedes. Ya se lo informé a mis padres de todos modos, así que no hay vuelta atrás.

Les enseñó el celular de forma amenazante y se largó a reír con ganas. Cuando se acercaron al auto, Alexis abrió el baúl para ella y le indicó que ese sería el lugar del auto que ocuparía. Amelie sacó la lengua en su dirección y él se rio. Nadia le dedicó una mirada cómplice y se sentó en el asiento del acompañante. Era un Fiat Uno, tan negro que brillaba, «tuneado», con llantas plateadas, su interior negro también y con un potente sistema de música. Más de lo que ella podía analizar técnicamente.

El celular sonó otra vez, era otro mensaje, pero esa vez de su padre.

«Buenísimo. Son dos amigos. Felicidades».

No pudo hacer más que tirarse en el respaldo del suave asiento, riendo y más relajada que nunca.

Amelie acababa de despertar en otra vida; una nueva vida con amigos que eran geniales y divertidos, en la que por primera vez se sentía parte de algo más que una habitación.

Escuchó a los chicos reír, uniéndose a ella y compartiendo su felicidad. Cerró los ojos y le pidió al cielo que le brindara siempre esos bellos despertares.

Cruces y ángeles

Llegaron a la casa de Nadia con la música del auto a todo volumen. Amelie tuvo miedo de que en algún momento le llegaran a sangrar los oídos o la nariz. Seguía pensando en sangre roja, en la caída del cuadro familiar y fue allí que bajó la mirada hasta sus manos y observó la bandita que cubría su dedo cortado y esa herida en forma de cruz.

—Amelie, es hora de bajar del auto. ¿Quieres quedarte allí toda la tarde? Podríamos hacer la tarea y comer aquí adentro, pero no es demasiado cómodo —dijo Alexis un tanto inquieto, pero siempre sonriente, mientras Nadia la observaba. A eso sí que no se podría acostumbrar, a sus miradas penetrantes ante cualquier cosa que hacía; nunca pasaría desapercibida ante sus ojos amistosos pero analizadores.

«Es hora de bajar de la nube en la que estoy viviendo también. Trata de ser normal y deja de pensar tonterías», se dijo inmediatamente; porque, si quería mantenerlos en su lista de seres queridos, era importante que viviera en el mundo real y que no pareciera una loca pensativa frente a sus ojos atónitos. Debía dejar de analizar cada situación, pero se había dado cuenta de que eso sería algo difícil de lograr.

—Ya sé que es hora de bajar, pero es que el asiento es tan cómodo, mi querido amigo —bromeó (o trató de hacerlo) y en ese segundo pensó que no podía haber dicho algo más patético que eso. ¿A quién más que a la loca solitaria se le hubiese ocurrido una respuesta tan mala? A pesar de sus juicios

mentales, a Alexis le encantó que hablara bien de su auto. Todavía no conocía la técnica de volver al pasado para revertir situaciones embarazosas porque en ese momento la hubiese usado. También pensó que, si tal vez podían reunirse más seguido, su vida no sería tan monótona. Le llevaría tiempo acostumbrarse a las bromas de Alexis y a los fuertes abrazos de Nadia, pero nada resultaría tan terrible.

—¡Hola, chicos! —los saludó una mujer efusivamente—. ¿Cómo les fue hoy en la escuela? Tú eres Amelie Roger, ¿no? Buena combinación de nombre y apellido, me gusta.

Parecía que no iba a dejar de hablar nunca. Cuando Amelie la miró con detenimiento, sorprendida porque sabía su nombre completo, se dio cuenta de que era la réplica exacta de Nadia o su amiga la réplica de aquella mujer. Debía de ser su madre. Tenían la misma altura, color de pelo y los mismos rasgos en sus rostros.

—Está bien, muchas preguntas para esta hora, lo sé. Dejaré de atormentarlos, bastante habrán sufrido hoy en el colegio —dijo luego, como disculpándose—. Soy Clara, la mamá de Nadia. ¿Cómo estás?

Le plantó un beso en la mejilla, sin temor a la reacción de la muchacha que acababa de conocer. Entonces, Amelie recordó los abrazos despreocupados de su hija y confirmó que también se comportaban de la misma manera.

Clara le cayó bien desde el principio porque parecía tan espontánea, transparente y divertida que era agradable su compañía. Supuso que la ciudad no era tan grande como había pensado y que todos debían haber estado comentando sobre su familia, los nuevos residentes y gobernantes de Puerto Azul, y por eso ella conocía su nombre; o podía ser que Nadia le hubiera hablado de ella.

—Estoy bien... Veo que usted ya me conoce, así que el gusto es mío, Clara —dijo fingiendo una risa tonta, mientras Nadia tiraba de su mano para que subieran las escaleras, como si no quisiera que su amiga se quedara a hablar con su mamá.

—Bueno, Amelie, me alegro de que mi hija tenga una amiga que por fin conozco. Desde pequeña pasa todo el día con Alexis. Ya les dije que van a terminar siendo novios —comentó Clara mientras preparaba masa sobre la mesada de la cocina, y se dejaba las manos llenas de harina. Le dio una mirada tierna a Alexis porque tal vez la idea le gustaba, pero en realidad era para que el chico no se sintiera mal después de haber dicho que su hija solo lo tenía a él como amigo.

Eso llamó la atención de Amelie, pero era verdad. Nadia nunca frecuentaba a más personas, al menos que ella supiera y no sabía demasiado de las vidas de los demás. En eso eran iguales, las dos pensaban que los varones eran más comprensivos y protectores como amigos, tenían menos problemas y no eran tan complicados como las chicas que asistían al colegio, que las matarían si usaban un vestido parecido en una fiesta o le sonreían al chico que a ellas le gustaba.

—Deja de decir esas cosas, mamá, por favor. Y preguntas cómo nos fue en la escuela como si tuviéramos siete años —exclamó su hija un tanto sonrojada y mordiéndose el labio inferior, como si estuviera molesta—. Llámanos cuando las pizzas estén listas, ¿sí?

Su madre sonrió y siguió cocinando sin prestarle demasiada atención.

—Mi padre dice lo mismo cuando ella va a casa, pero allá no es tan valiente como para decirle que se calle y le cocine algo —bromeó Alexis, que siempre parecía estar de buen humor. Miró a Nadia y sacudió su cabeza indicando que era hora de seguir camino hacia el piso de arriba.

Atravesaron un angosto pasillo para llegar a la habitación. La casa era un tanto más chica que la de Amelie, pero estaba muy bien decorada y, al reparar en eso, se preguntó de quién sería el buen gusto, la elección de los colores en las paredes, las cerámicas de los pisos que combinaban, las delicadas cortinas y adornos.

Y en un momento todo lo que había a su alrededor se desvaneció como por arte de magia, los colores se diluyeron como un pincel recién usado que se

limpia en un vaso de agua y se juntaron en otro lado para formar una imagen. Solo una cosa pudo ver y nada más que eso.

Se quedó parada en medio del corredor, mirando un gran cuadro en blanco y negro que llamó su atención por completo. En él había un hombre joven, arrodillado en la playa sobre la arena que parecía clavarse en sus rodillas y eso debía ser incómodo. Su cabeza estaba inclinada hacia arriba como si quisiera mirar al cielo, pero sus ojos estaban cerrados. La expresión en su rostro lo hacía parecer un tanto torturado, tal vez porque no podía ver el inmenso cielo. El furioso océano estaba representado en el fondo en forma de olas gigantes y por fin la muchacha entendió qué era lo que hacía al cuadro tan atrapante.

El muchacho tenía un enorme par de alas desplegadas que salían de su espalda, pues se trataba de un ángel. Se cuestionó si una imagen similar se le venía a la mente cuando repetía la plegaria por las noches, pero se dio cuenta de que no. Nunca había visto una criatura como esa, representada de esa manera tan... adulta. Siempre había visto niños regordetes de rizos dorados y ese ángel era diferente, casi humano si no fuese por sus inmensas alas. Cuando miró la base de la pintura vio la firma del pintor: «Clara Herman».

—Mamá lo hizo —declaró Nadia, y sacó a Amelie de su estupor—. Es pintora desde hace mucho tiempo, creo que desde la secundaria, y es lo único que siempre ha hecho. Tiene un negocio en el centro, donde expone y vende sus cuadros entre otros objetos de decoración.

—No tenía idea de que tu madre pintaba... —declaró Amelie, con la vista fija en el cuadro.

—Obvio, no la conocías. No es que sea una pintora famosa. Este no es uno de los mejores que ha pintado, en mi opinión —siguió Nadia—. No sé, me parece tan sombrío. No entiendo por qué el ángel cierra los ojos cuando dirige su cabeza hacia el cielo si allí debería estar Dios. Mamá dice que se siente apenado por algo que hizo, como ese ángel que se rebeló.

La crítica de Nadia la sorprendió. Nunca había tenido un prejuicio sobre ella

ni había pensado lo mismo que pensaba de todas las chicas rubias y lindas, pero en verdad sus palabras la desconcertaron y la devolvieron a la realidad. Nadia la tomó de la mano con fuerza para llevarla al cuarto donde ya estaba Alexis, sin que Amelie se repusiera de la sensación que había tenido al ver el cuadro.

Y de repente un nombre invadió su mente: Lucifer, el ángel que se había rebelado contra Dios. En el preciso momento que su cabeza iba a conjurar un rostro horrendo, la puerta se cerró con un golpe e hizo que diera un salto. Cuando se calmó pudo hablar.

—¿Estás loca, Nadia? ¿Cómo puedes decir que ese cuadro no es bueno? A mí me parece espectacular. Es simplemente... her-mo-so —dijo, aunque sin querer que se notaran las sílabas tan separadas. Fue solo para poner énfasis, pues le parecía que la creación de la madre de su amiga era maravillosa—. Es un cuadro digno de estar en museos de arte, junto al de cualquier otro pintor famoso —acotó.

Además de apreciarlo artísticamente, había otra razón por la que le gustaba tanto y era porque le recordaba el sentimiento de protección y seguridad al rezar la plegaria al ángel de la guarda.

—Apuesto a que, si le digo que te gusta mucho, lo envuelve y te lo regala —bromeó Nadia—. Es tan buena mi mamá que no le molestaría que la casa se quedara sin decoración.

—No podría aceptarlo si así fuera —dijo Amelie, tratando de parecer agradecida—. ¿Sabes cuánto puede llegar a costar un cuadro como ese? No es un objeto que se regale así de fácil.

Pero su amiga no la escuchaba. Se había quedado mirando a Alexis, quien reposaba muy cómodo sobre su cama y cantaba mientras tanto, como si su amigo no tuviese solución alguna. Lo seguro era que tenían demasiada confianza.

La habitación de Nadia no era en nada similar a la de Amelie. Las paredes estaban pintadas de color blanco y no tenían adornos, excepto por un gran

espejo en una de las paredes. Parecía el cuarto de una madura chica de universidad. Muy opuesto a su infantil espacio personal con mariposas móviles. En lo que coincidían era en el amor por los libros. Ella también tenía una buena biblioteca que abarcaba desde el suelo al techo, de dura madera marrón, repleta y alimentada por numerosos títulos. Allí habitaban clásicos mundiales como también las últimas apariciones en la literatura juvenil.

Lentamente, Amelie la recorrió con sus ojos estante por estante, observando lomos de diferentes colores y títulos en diferentes tipografías, sabiendo que en algún momento tendría que pedirle algunos prestados porque había muchos que no había leído.

—Si quieres alguno de mis libros, te lo envuelvo para regalo también — bromeó su amiga. Las dos se rieron de forma cómplice y Alexis solo resopló porque no había entendido la broma, pero tampoco se molestó en averiguarlo. Luego comenzó a sacar los libros y cuadernos de su mochila, mientras Nadia encendía la computadora, que estaba en el gran escritorio, alrededor del cual había dispuesto tres sillas para comenzar con el trabajo de investigación sobre la Primera Guerra Mundial.

—Tienen que lucirse con este proyecto —había dicho el profesor de Historia. Al menos harían lo posible por lograrlo con la preciada ayuda de Internet, ya que, a pesar de contaba tantos libros, Nadia no tenía ni uno de Historia más que el que Alexis había tomado de la biblioteca del colegio y ese no parecía brindar mucha información.

Los minutos pasaron entre música, charla sobre películas, libros, discos y... autos porque tuvieron que dejar que Alexis hablara sobre algo también. Charlaron sobre todos los temas existentes en su realidad mientras el cielo se iba tiñendo de negro, menos de las terribles armas usadas por los países en la horrible guerra. No leyeron una sola palabra que tuviera que ver con historia mundial.

En un momento, Amelie tuvo que controlar con la mente a su estómago para que no la avergonzara ante los demás. Mucho tiempo había pasado desde el

almuerzo en el comedor escolar y lo que había comido en el último recreo de las tres de la tarde. La manzana ya no la satisfacía más, su poder había terminado y tenía hambre.

—¡Chicos! ¡Las pizzas están listas, ya pueden dejar la tarea y bajar a comer!
—La estridente y oportuna voz de Clara Herman, que los llamaba a cenar, sonó. Amelie miró rápido un reloj negro que estaba sobre la mesa de luz. Notó que eran las ocho y treinta de la noche, lo que significaba que había pasado más de tres horas y media fuera de casa, teniendo por fin vida social. Por un momento deseó que la noche no se terminara. Alexis corrió como un rayo y desapareció al instante ante el llamado.

—Si me disculpan, señoritas, estoy muerto de hambre —les había dicho al pasar. Pero Amelie, en vez de apresurarse, se interpuso entre la puerta y Nadia.

No sabía si con el poco tiempo de considerarse amigas ya tenía el derecho de preguntar algo íntimo, pero se animó y lo hizo. Más que un golpe de ella no recibiría y estaba dispuesta a arriesgarse.

Después de todo, hacía casi un año que se conocían y no importaba que no hubiesen sido tan íntimas antes.

—Nadia, disculpa que te pregunte esto, pero no he podido evitar pensar en ello al ver la relación que tienes con el chico que acaba de salir corriendo desesperado a comer... —introdujo y se aclaró la garganta, mientras miraba al pasillo para asegurarse, por si acaso él estuviera detrás de ella—. ¿Alexis y tú son novios?

Nadia se la quedó viendo con un aire de sospecha en la cara.

—¿A ti qué te parece? —le respondió seriamente—. En serio, ¿por qué lo preguntas? Si lo quieres para ti, puedo apartarme del camino.

El mundo pareció venirse abajo con un leve suspiro. Había arruinado el mejor momento de su vida con una estúpida pregunta. Entendió que no había tenido derecho a preguntarle eso, seguro se creyó que ella tenía alguna clase de interés en Alexis, pero estaba muy equivocada si pensaba eso.

—¡No! Para nada —se adelantó Amelie, tratando de decirlo en un tono seguro, pero también parecía nerviosa, así que no lo logró—. No me malentiendas, por favor. Disculpa, yo...

Los colores se expandieron por su cara a toda velocidad. La expresión de Nadia se suavizó otra vez y comenzó a reír con ganas.

—¡Es broma, nena! Mira cómo te pusiste. —La atrajo hacia sí, sin parar de reír—. Lo siento, soy una chica muy mala, no quise molestarte así.

Amelie la miró sin comprender cuando la hubo soltado del abrazo.

—La verdad es que hay algo más, mucho más que amistad entre nosotros, pero no queremos hacer declaraciones formales. Nos encanta la situación que estamos viviendo, sin rótulos ni etiquetas. —Volvió a abrazarla para que se le fuera la cara de espanto, aunque Amelie seguía sin poder emitir sonido—. Además, ¿piensas que te lo regalaría tan fácilmente? Creo que lo amo más que a nada en este mundo.

La miró a los ojos y supo que no mentía. Se recuperó de pronto, y soltó una disculpa atropellada desde su boca.

—En verdad me gusta la pareja que hacen. Hoy declaro formal y oficialmente que siempre, aun cuando no éramos amigos, pensé en él como el hermano varón que no tengo —dijo bromeando, usando algunas de las palabras que su amiga había utilizado unos segundos atrás.

—Lo sé, Amy. Además, yo sé que te gusta Leo, no haces más que mirarlo en el aula. Deseas que ese angosto pasillo no existiera y que sus manos estuviesen juntas para siempre —comentó ella burlándose, con la voz de una actriz sacada de una película de los cincuenta. Un segundo... ¿Cómo la había llamado? Amy, eso había dicho, con su innata habilidad de dar apodos a las personas.

—Estás loca, el que me mira como obsesivo y aprovecha cada movimiento cercano para tocarme es él —alegó Amelie, medio en serio, medio en broma—. Debería denunciarlo o ponerle una orden de restricción. Ah, por cierto, ¿Amy será mi apodo?

—Así te voy a llamar todos los días de tu vida —prometió Nadia caminando detrás, apoyando sus manos en los hombros de Amelie, como si la manejara.

Cuando llegaron a la mitad del pasillo, hasta el cuadro que Clara había pintado, Amelie se quedó paralizada otra vez, porque bajo la suave luz pudo ver cosas que antes no había visto. Observó el perfecto rostro, que era triste, y el hermoso cuerpo que el ángel tenía. Las olas hechas de espuma blanca detrás de él parecían querer atraparlo, como si estuviese condenado. Pero no solamente fue eso lo que hizo que ella se detuviera otra vez frente a la pintura, sino ese constante ardor en su hombro derecho que a menudo se hacía presente como una marca de fuego.

—Hablando en serio, ¿tienes a alguien en vista? ¿Algún chico en la escuela que te guste? —La pregunta de Nadia la trajo a la realidad al instante. Sí, en ese preciso momento tenía un hermoso ángel en sus ojos, «en vista» como ella había dicho. Sabía que era una locura, así que reprimió la idea que había invadido su cabeza.

—No, para nada, solo los tengo a ustedes —respondió de la manera más natural y continuó su camino. Escuchó a Nadia agradecerle y sonrió, tratando de borrar la idea que había tenido minutos atrás, porque sintió que haber mirado el cuerpo de un ángel de esa manera no estaba del todo bien.

Antes de que pudieran verlas bajar, se escuchó la voz grave de un hombre que dijo:

—Chicas, apúrense porque Al se va a comer todo.

Era el padre de Nadia.

Amelie no permitiría que Alexis se acabara las pizzas, pues estaba muerta de hambre.

—Hola, papá —saludó Nadia y en seguida la presentó—. Ella es Amy. En realidad, se llama Amelie, pero yo le puse ese sobrenombre porque me gusta mucho y parece que tuviera una amiga extranjera.

La cálida risa de Nadia le sacó sonrisas al resto. Se sentó luego en una alta banqueta cerca de la mesada que estaba en el medio de la cocina.

—Hola, es un gusto conocerte. Eres hija de Darío Roger, ¿no es así? ¿El nuevo intendente de Puerto Azul? —formuló sin preámbulos, mientras ella observaba que ahora el cuadro estaba completo.

Los tres eran igual de lindos. Héctor, como luego supo que se llamaba, Clara y Nadia, quien tenía un Ken por novio. La familia Barbie estaba completa, solo faltaba el auto último modelo y rosado en la entrada.

—Sí, has acertado. Soy la hija del nuevo intendente —dijo bajando sus ojos al suelo. Ella amaba a su padre, pero no le gustaba que la identificaran por su profesión o que le dieran privilegios por ella.

Además, la suya era una carrera no muy bien vista por muchas personas, por eso quería tener la menor relación posible con la política. La experiencia que tenía ya había sido bastante mala y casi la había transformado en una persona cerrada y solitaria, poco dispuesta a entablar una relación cercana con la gente que la rodeaba.

—Se ve que tu papá es muy buena persona y hace muy bien su trabajo. La gente habla muy bien de su mandato en Santa María —declaró Héctor, de pronto—. Seguro lo van a extrañar, pero por suerte nosotros lo tenemos en nuestra ciudad.

Tocó el hombro de Amelie de manera amable mientras dejaba un plato en la pileta de la cocina. Él y su mujer ya habían cenado, seguro por estrictas medidas establecidas por Nadia para que no los molestaran, para que los adultos no se mezclaran con los jóvenes. Nadia casi nunca presentaba una amiga y no quería que sus padres la atormentaran con más preguntas.

—Sí, de eso estoy segura —dijo ella, convencida de que esos que lo extrañarían eran unos pocos, y se sentó junto a Alexis pensando en la antigua ciudad en la que habían vivido.

Santa María era el triple de grande que Puerto Azul, pero no sabía si era debido a la felicidad que sentía en ese momento por pertenecer a algo, que la nueva ciudad le pareció más bella. En Santa María vivía su abuela Lucía, quién se había quedado con sus cosas antiguas, sus recuerdos y sus perros.

Tenía una vida de la que no quería desprenderse, amigos, lugares conocidos de los que no quería alejarse. Pertenecía a esa ciudad realmente.

«Creo que le debemos una visita a mi pobre abuela». Pensó en cómo su propia sangre había manchado el rostro de Lucía en el retrato familiar. Aquello la inquietó un poco; no sería nada raro que, por ser madre de un político, le hicieran algo. Pero no había caso, ella no quería irse. La gente a esa edad podía volverse bastante cabeza dura.

—Decíamos con Clara antes de que bajarán... —comentó Alexis terminando de comer el hilo de queso que se había estirado desde la porción de pizza hasta su boca— que te pareces a Rose. Bueno, no me di cuenta hasta que ella lo mencionó. —Amelie se quedó mirándolos, tragó de forma apresurada el trozo de pizza y trató de digerirlo con un sorbo de agua fría. La habían dejado perdida. No sabía a lo que se referían y tenía que responder algo que no sonara del todo tonto. Hasta que por fin comprendió de qué hablaban. Incluso ella había estado pensando en eso por la mañana.

—Como Rose de *Titanic* —comentó Clara con su brazo sobre los hombros de Héctor—. Dice Nadia que te gusta mucho esa película. A mí me encanta esa historia de amor, es todo un clásico.

—Sí, Rose Dawson, Kate Winslet... pelirroja de piel blanca. Somos parecidas, ahora que lo mencionas —fueron las palabras que logró hacer salir de su boca, mientras todos sonreían ante su desconcierto.

—Es hermoso cómo te atas el pelo con esa cinta y lo dejas caer sobre tu hombro izquierdo. Te ves hermosa, como ella —dijo Clara mirando a su marido, mientras este asentía con la cabeza—. No, más linda aún. Te da presencia y elegancia. Podría usarte como modelo en uno de mis cuadros.

Amelie se sonrojó como siempre hacía cuando se convertía en el centro de atención y entonces recordó por qué no le gustaba serlo.

—Por cierto, mamá, le conté a Amy que eras pintora porque se quedó como hipnotizada mirando el cuadro horrendo ese que está en el pasillo. La pintura del ángel —explicó Nadia, que otra vez la dejó sin poder hablar, aunque la

vergüenza había pasado un poco—. «Es her-mo-so, digno de estar en un museo de arte». Esa fue su declaración oficial y formal.

La broma de Nadia hizo que su amiga se sonrojara una vez más, pero, de todos modos, Amelie logró propinarle un codazo en su lado derecho.

—No lo puedo creer, esta nena tendría que ser mi hija. Ella sí sabe apreciar una buena obra —dijo Clara, feliz por las palabras de su hija—. ¡No se hable más! Héctor, ayúdame a envolverlo para que se lo lleve.

—No es necesario que...

—No es ninguna molestia, Amy. —Fue interrumpida por Clara, mientras Nadia y Alexis se reían de ella—. Además, si a Nadia le parece horrible, mejor que lo tenga alguien a quien realmente le gusta.

A su amiga se le quitó la risa mientras su madre la miraba con ojos burlones y se dirigía al piso de arriba. Amelie no sabía si era verdad todo lo que Clara decía, pero sabía que se iría con un hermoso regalo. Hasta había pensado, por escasos segundos, en ponerlo en el espacio vacío sobre la cabecera de su cama, lugar que nunca había sido ocupado, ya que jamás había encontrado un cuadro que le gustara. Bueno, la búsqueda acababa de terminar solo con conocer a una persona.

—Te dije que te lo iba a regalar, ¿no? Nunca la vi tan feliz y yo creo que le has caído muy bien, si no, no estaría haciendo esto —comentó Nadia comiendo otra porción de pizza y eso animó a Amelie a servirse también. Alexis jugaba con el control remoto, haciendo un gran *zapping* de canales porque todo le parecía aburrido.

Amelie no podía creer que había hecho feliz a alguien más según las palabras de su amiga, aunque lo pudo comprobar en la alegre sonrisa que le iluminaba el rostro a su madre. Era un día de logros para ella, más de lo que se había esperado cuando se levantó enojada por el sueño interrumpido.

—En verdad la pasé genial esta noche —dijo Amelie mientras juntaba sus cosas—. Gracias otra vez y perdón por no haberles prestado tanta atención durante el año... Y ahora falta tan poco para que las clases terminen. Hubiese

sido divertido pasar más tiempo con ustedes.

En verdad estaba arrepentida por todo el tiempo perdido y que ya quería recuperar.

—No creas que cuando las clases se terminen dejaremos de vernos — comentó Alexis apretándole la cabeza con su gran mano—. Este es el mejor momento para ser amigos, justo cuando van a empezar las vacaciones. Nos divertiremos a lo grande, hermana.

Se dio cuenta en el instante de que Nadia le había hablado de su charla en algún momento cuando se quedaron solos. Deseó que no le hubiera dicho más que eso, nada sobre el interrogatorio acerca de su noviazgo. Ella le guiñó un ojo y Amelie supuso que no lo había hecho. Eso la dejó más tranquila, aunque sabía que ya nada podía molestarles a los chicos.

Cuando estaban dentro del auto a punto de partir, Clara salió por la puerta principal corriendo con el gran cuadro que se había olvidado en el sofá del *living* y todos temieron que se cayera de sus manos delicadas. Cuando se lo dio a Amelie, pudo comprobar que estaba envuelto en un fino y suave papel rosado e hizo lo posible para colocarlo a su lado en el asiento sin estropearlo.

—Esperamos verte pronto, eres muy buena y me alegra que seas amiga de Nadia. Buenas noches —saludó Clara besando su frente y ella se quedó congelada. No esperaba tanto amor de una familia a la que recién conocía.

—Conduce con cuidado, Al. Ten en cuenta que llevas a la hija del intendente y no queremos meternos en problemas —bromeó Héctor y por primera vez no le importó que mencionara el trabajo de su papá. Le pareció que las bromas quedaban bien viniendo de él, así que no pudo reprochárselo.

Amelie los miró a todos sinceramente emocionada, porque era lo que sentía y lo que estaba atravesando todo su cuerpo esa noche.

—Pasé la mejor noche de mi vida fuera de casa —declaró, ante sus miradas agradecidas—. Gracias por hacerme sentir parte de su familia. Nos vemos pronto.

—Siempre serás bienvenida aquí —dijo Clara—. Vuelve cuando quieras.

Luego los dos se marcharon hacia el interior de la casa tomados de la mano.

—Bueno, después de tantos «hasta luego», creo que es hora de irse —dijo Alexis; encendiendo el motor, presionó el acelerador varias veces para hacerlo rugir—. Mañana tenemos que estar temprano en la escuela y no es que me guste la idea, pero, si tenemos más horas para dormir, mejor.

Arrancaron rápidamente y enfilaron el auto hacia casa de Amelie.

—Ah, por cierto, no tendrás que soportar más a Leo en el colectivo —siguió diciendo mientras su amiga se reía y lo besaba en la mejilla—. De ahora en adelante te buscaremos con Nadia por tu casa, así que más te vale estar lista temprano.

—Trato hecho —dijo Amelie, contenta por lo que evitaría en el transporte escolar. No le preocupaba Martina, porque ella ya tenía sus amigos y se sentiría igual de protegida, así que aceptó la propuesta sin remordimientos.

Durante el trayecto no hicieron más que hablar de cosas que sucedían en la escuela. Alexis imitó a varios profesores y compañeros, y demostró que era realmente bueno en ello. Amelie se rio como nunca antes lo había hecho, en grupo esa vez.

El auto se detuvo frente a su gran casa. Enseguida pudo distinguir las figuras de sus padres y hermana, sus sombras tras las cortinas del *living*, expectantes. Bajó aferrándose a su cuadro con cuidado y se acercó a la ventana del lado de Nadia.

—Declaro oficial y formalmente que somos a-mi-gos —dijo con énfasis, separando la palabra en sílabas de esa manera tan graciosa.

Los dos se rieron y Nadia le dio un beso en la mejilla. Se la quedó mirando con los ojos llenos de algo que Amelie no podía explicar. Lo que su amiga quiso decirle con ese gesto era «Por fin te animaste a hablar con nosotros, a vivir en la realidad y ser nuestra amiga».

—Nos vemos mañana en este mismo lugar, her-ma-na —dijo Alexis imitando su voz y el auto se marchó de repente, y llenó de ruido la noche oscura y silenciosa.

Amelie caminó con una felicidad enorme que le invadía el corazón, por el pequeño sendero con flores a ambos lados y, cuando estaba a unos metros de la puerta principal, un enorme y negro perro doberman se interpuso en su camino; parecía furioso. Al principio sus gruñidos la alertaron y se llenó de terror, porque los perros grandes la paralizaban. Cuando comenzó a ladrar, el pánico le recorrió el cuerpo y retrocedió poniendo el cuadro como escudo a medida que el perro caminaba hacia ella. Odiaba la idea de que aquel animal se lo arruinara. Y cuando pensó que este iba a saltar y derribarla, una mano tomó a la bestia con firmeza de su collar de plata. Al instante lo retiró de la puerta de su casa.

—¡Eso no hace hace, Max! —Era la voz de su vecino, que trató en vano de explicarse—. Discúlpalo, querida, no era a ti a quien estaba ladrando. No te iba a hacer daño. Seguro te desconoció y...

—Gracias por quitar al monstruo de mi camino, pero no hace falta que pierda el tiempo tratando de explicarme —lo interrumpió Amelie—. Por favor, controle lo que hace su mascota o algún día podría morder a un niño del barrio y se metería en problemas.

Ingresó a la casa tratando de recuperar el aliento y esperando que el susto se le pasara. Apenas abrió la puerta, su madre, padre y Martina gritaron:

—Felicitaciones, ya tienes amigos.

Y Amelie no pudo hacer más que resignarse y escuchar sus bromas.

Los tres se quedaron sorprendidos con el regalo que Clara le había hecho. Su mamá pensó en visitar su negocio para comprar algunos y decorar la casa.

—Así que ahora eres amiga de la hija de Héctor Herman, mi amigo y secretario en la municipalidad —dijo su padre, y la sorprendió. Un pequeño chillido salió de la garganta de Amelie porque no se lo esperaba—. El mundo es un pañuelo como dicen.

Héctor no había dicho nada, pero luego entendió la razón por la que hablaba así de su papá: eran amigos también. Nadia tampoco había dicho nada y en ese momento sintió que tenían muchas cosas en común. De seguro tampoco quería

que los demás se acercaran a ella porque alguien en su familia era importante. Definitivamente, era alguien con principios, incluso tan linda como era, con muchas neuronas, un padre político y con dinero, podía ser la Queen B americana o la reina de las populares argentinas.

Después de tanta charla, donde le contaron, casi como una anécdota, que el perro del vecino no había parado de ladrar en todo el día, subió las escaleras hacia su habitación. Se dio cuenta de que su mamá ya había comprado un nuevo portarretratos y trató de pasar lejos de la mesita para no estropearlo como había hecho con el anterior.

Colocó el cuadro sobre la cabecera de la cama porque ya existía un pequeño clavo allí, tal cual y como había pensado en casa de Nadia. Lo miró por varios minutos con ojo crítico, recorriéndolo con sus manos para poder sentir la textura del óleo bajo las yemas de sus dedos o la piel del muchacho alado.

Cuando estuvo lista, se cubrió la cabeza con la sábana y pensó que desde ese momento la palabra «amigos», que tanto había estado repitiendo en voz alta y en silencio en su mente, tenía sentido de verdad.

Nadia y Alexis eran sus amigos, los que le brindaron apoyo desde el primer día en que la vieron. Los que reían con ella y se reían de sus torpezas. Los que con toda humildad le habían ofrecido a su familia de manera desinteresada. En ese instante, entendió el real y hermoso significado de la palabra.

Despacio fue cerrando los ojos y repitió la plegaria como si fuese un mantra. A pesar de estar feliz, necesitaba seguridad, porque su mente pronto se veía invadida por imágenes de sangre, cruces, perros rabiosos y ángeles caídos.

Un tal bastian

La nueva mañana sorprendió a Amelie con su claridad cuando aún estaba en la cama. Las mariposas móviles que colgaban cerca de la ventana producían una bella melodía metálica al ser agitadas por la brisa fresca que ingresaba del exterior. Ese simple hecho hizo que quisiera quedarse en la cama y no salir jamás. Pero una pregunta apareció en su mente antes de que pudiera pensar en otra cosa.

«¿La ventana está abierta?», se preguntó desconcertada. No recordaba haberla abierto antes de irse a dormir. Y como siempre que necesitaba resolver un misterio, recordó cada uno de los pasos que había dado antes de cubrirse la cara con la sábana y no tenía registro de haber abierto la ventana. Tal vez había quedado sin traba, entonces el viento la había empujado por la noche. O también estaba la posibilidad de que, en sueños –porque Martina le había dicho que era sonámbula y la había visto deambular por la casa ese último tiempo–, se hubiera levantado a dejar ingresar aire fresco en la habitación, cada vez más calurosa que de costumbre. Era octubre, la primavera ya había comenzado, con sus flores que estallaban en colores por todos lados, y los días se habían tornado calurosos en Puerto Azul, como nunca antes. Al menos eso decían los habitantes del lugar, pero como era su primer verano allí, no tenía cómo probarlo.

Siguió dando vueltas en la cama un rato más. Las sábanas le producían agradables escalofríos al rozar su piel y de pronto se dio cuenta de que tenía

una gran sonrisa dibujada en sus labios. Aún estaba feliz por lo que le había ocurrido el día anterior.

En un momento trató de recordar su sueño y comprobó que era el mismo que tenía todas las noches. Cuando sus ojos se abrieron, lo primero que vio fue el cuadro que Clara le había regalado. Aunque no creyera en la presencia física de un ángel en su habitación, cada vez que repitiera la plegaria, imaginaría el rostro del muchacho en la pintura.

De repente, recordó que sus amigos pasarían a buscarla para llevarla al colegio. Miró el reloj: las siete y cinco de la mañana. Comenzaban las clases a las ocho, así que tenía tiempo de sobra para prepararse y desayunar algo. Además, a Alexis no le gustaba andar despacio en su auto porque le parecía que era una pérdida de tiempo y, teniendo en cuenta ese detalle, nunca llegarían tarde.

Volvió a esconderse bajo las sábanas, pero esa vez no fue para refugiarse de los rayos del sol que inundaban el cuarto, sino para tenderle una trampa a su pequeña hermana. Amelie se quedó allí, inmóvil, pretendiendo estar dormida y mirando hacia la puerta con ojos expectantes. Algo se podía apreciar a través de la sábana. Unos minutos después pudo ver su figura que ingresaba, lista para comenzar con el ataque de cosquillas. Ella se acercó lentamente, con sus dos pequeñas pero mortales manos estiradas. Cuando estuvo a punto de tocar a Amelie, esta saltó dando un grito. La niña salió corriendo de prisa, protestando en voz alta, y desapareció de la habitación en un segundo. Tomó velocidad para seguirla escaleras abajo, donde la encontró y comenzó su ritual de risas. Sin embargo, Amelie se dio cuenta de que algo no iba bien ese día. Martina estaba furiosa y se aguantó las carcajadas que quería dejar salir de su boca.

—Lo lamento, Marti, no volveré a asustarte de esa manera nunca más, te lo prometo —dijo Amelie viéndola con ojos tiernos, pero no hubo caso. Martina parecía muy enojada. Se levantó del sofá y la miró con unos ojos tan dolidos y llenos de rabia a la vez que no parecía ella.

—Nunca más —dijo, en un tono de voz profundo, para nada infantil. Eso hizo que el corazón de Amelie se le detuviera en el pecho y se sorprendiera. Ella nunca le había hablado así, de manera tan cortante. No era la primera vez que se hacían esa clase de bromas, pero ese día la pequeña no lo había soportado. Martina se dirigió a desayunar y Amelie sacudió su cabeza, todavía reprochándose lo que había hecho, mientras subía a su habitación a cambiarse.

En cuanto terminó de vestirse, decidió peinarse en la forma que siempre hacía, usando la cinta de color azul. Si a otras personas les había gustado la forma en que arreglaba su cabello, sintió que no debería alejarse de lo seguro y hacerse cualquier otra cosa ridícula en el pelo. Amelie se miró en el espejo, esa vez más confiada que nunca, y notó que la imagen que el reflejo le devolvía no era para nada desagradable. Tampoco podía compararse con la belleza que su amiga tenía, pero por un momento se sintió segura de sí misma y, por más que no lo dijera en voz alta, estaba pensando que era linda.

Volvió a bajar las escaleras para sentarse a desayunar en la cocina junto a los demás. Su padre ya no estaba porque tenía una reunión y mucho trabajo en la municipalidad, entonces se había marchado más temprano que de costumbre. El diario que leía todos los días estaba doblado sobre la silla que siempre ocupaba.

Las tres mujeres de la casa desayunaron solas esa mañana. Aún eran las siete y media, así que había tiempo para una conversación sobre la noche anterior. Trató de hablar con su madre porque su hermana tenía la vista fija en su taza de leche y no emitía palabra. Amelie no se reconoció en ese momento, al intentar decir cosas sobre su vida. Pero algo debía estar cambiando porque situaciones le pasaban y tenía la necesidad de hablar con alguien. Por fin tenía algo que contar.

—¿Cómo te fue con la vida social ayer, cariño? —preguntó su madre mirando a su hija menor y haciéndole una mueca porque sabía que algo no estaba bien. Aun así, Martina siguió con la mirada perdida y en silencio, en otro mundo. Nunca antes se había comportado de esa manera.

—Intentaré ponerlo en palabras —comenzó diciendo. Tomó un sorbo de té, con la vista todavía puesta en Martina, que ahora se limpiaba la boca con una servilleta de tela—. Fue muy raro porque pasaron muchas cosas juntas todo el día, pero me sentí muy bien en la casa de Nadia. Era como estar en casa, para ser honesta, y eso es lo extraño. Llegó un momento en el que no me preocupó que me vieran comer, ni las tonterías que pude haber dicho. Me aceptaron tal cual soy.

—Amelie, me alegro por ti, hija, de corazón, pero no sé por qué piensas que eres rara. ¿Cómo no te van a aceptar? —preguntó su madre, untando una tostada con mermelada de frutilla para luego dársela—. Eres igual que los demás y te haces querer fácilmente.

Amelie se quedó sin palabras, porque lo que su mamá había dicho era bueno. Era obvio que las madres siempre amaban a sus hijos y para ellas eran los mejores, pero fue tan sincera y amorosa cuando lo dijo que la hizo sentir bien.

—Además, se nota que les caíste más que bien. Clara te regaló un cuadro y eso es bastante para alguien que apenas te conoce, ¿no te parece? —acotó, mordiendo una tostada. Amelie pensó en el bello rostro de Clara, en esos ojos llenos de bondad y supo que era igual de buena que su propia madre. Ambas tenían una mirada tierna y una manera de hacer gestos cariñosos y sutiles muy similares.

—Sí, eso me dejó sorprendida. Y no sentí que lo hicieran para quedar bien con la hija del intendente, ni nada de eso. El ambiente ayer fue muy genuino, como si siempre nos hubiésemos reunido a comer —comentó Amelie recordando la cantidad de besos y abrazos que había recibido.

—¿Cómo se llama el chico que estaba con ustedes? El que manejaba el auto —preguntó Martina sonriente, parada al lado de la silla y poniéndose el guardapolvo blanco. La tostada se cayó de la mano de Amelie en respuesta al cambio de ánimo de su hermana, como si de un segundo al otro hubiera salido del trance en el que estaba.

—Ah... él se llama Alexis, pero le decimos Al. Es el hijo del dueño del

taller que queda en la entrada de Puerto Azul, si no me equivoco. Es muy buena persona también —dijo llevando su taza a la pileta de la mesada—. ¿Sabes algo? Ahora somos hermanos. Él dice que va a cuidar que ningún chico con malas intenciones se me acerque.

Rio divertida ante esa situación, pero su mamá no comprendió lo divertido del asunto.

—¿Por qué haría eso? Suena raro, ¿sabes? —interrogó ella, con algo más escondido en el tono de su voz. Amelie reformuló su pregunta en la cabeza, transformándola en la siguiente oración afirmativa: «Si quiere protegerte y que nadie más se te acerque, es porque está celoso». Eso era del todo disparatado. Además, ella tampoco estaba interesada en nadie. Ningún chico le llamaba la atención más que el misterioso ser que habitaba en sus sueños y que no se dejaba ver. Enseguida vino a ella ese malestar, así que alejó la idea otra vez como había hecho el día anterior.

—Aclaremos las cosas. Primero: no me gusta él, ni nadie. Segundo: me parece... —Aunque lo sabía, pero por respeto a su amiga no podía decirlo con todas las letras—. Creo que entre él y Nadia hay algo más que amistad. Y, por último, pero no menos importante, ayer nos declaramos oficial y formalmente hermanos.

—Ay, amor, esa manía que tienes de analizar cada frase —comentó su madre, acariciándole el hombro—. Pero, dejando de lado cualquier cosa que hayas pensado con esa loca cabecita, me alegra saber que forman parte de tu vida y, más importante aún, que tú les permitiste entrar. Y cuando te pregunté lo anterior fue porque pensé que alguien te estaba acosando en la escuela y por eso tu amigo quiso protegerte.

La respuesta de su madre fue muy buena. No había analizado la oración de esa manera. El rostro de Leo se le vino a la mente, pero no podía decir que él la estaba acosando, así que desistió de seguir hablando sobre el tema.

—¡Tocan bocina y no es el colectivo! Es el mismo auto que trajo a Amelie anoche —gritó Martina desde la ventana del *living*. Lo había olvidado, tenía

que contarle a su mamá que ellos serían su nuevo transporte. Le daba lástima dejar que Martina viajara sola, más que nunca después del feo momento que pasaron al despertarse, pero ella se acostumbraría. Además, ella no solía prestarle atención en el colectivo cuando iba con sus amiguitas.

—¡Dios! Olvidé contarles que ellos me pasarán a buscar para ir al colegio de ahora en adelante. Nuestra casa les queda de camino, así que no es molestia para ellos. Al menos eso me dijeron —le comentó a su madre en un tono que no era de petición de permiso, sino de afirmación.

—No hay problema porque Martina tiene a sus amigas y creo que ya no te necesita. En eso te ganó —comentó ella, sonriente.

Las tres salieron de la casa. El día estaba precioso, el aire era fresco y estaba perfumado por las flores de los jardines arreglados, y los rayos de sol cada vez se hacían más tibios. Todo parecía resplandecer ese día y se podía respirar una sensación de posibilidad y cosas nuevas en la brisa.

Amelie se subió al auto mientras su madre y hermana miraban desde la puerta, las dos ocupando el marco de madera blanca, con bastante curiosidad.

—Hola, señora Roger. ¿Cómo está hoy? Nos llevamos a su hija —saludó Nadia en voz alta mientras acomodaba su cabellera rubia con la mano.

—Muy bien —respondió, para luego alzar el tono de su voz—. La dejo en sus manos, pero díganle a su amigo que maneje con cuidado, la ruta es peligrosa.

Olivia olvidaba que él era hijo de un mecánico. Eso no quería decir nada, tal vez, pero parecía que Alexis era uno de los chicos más responsables y que mejor conducía en Puerto Azul. Desde que tenía un año de vida andaba sobre ruedas con su padre, que era un gran aficionado a los autos y los motores. Aunque le gustaba la velocidad y tal vez a eso se refería la madre de Amelie con aquella amable advertencia.

—Todo está bajo control, señora, quédese tranquila, tengo muy buenos reflejos. Prometo que no correré una carrera de fórmula uno esta mañana —respondió Alexis, mirándola a través de la ventana—. Tal vez a la vuelta —

agregó entre risas. De pronto se dirigió a Martina—. Pequeña, ¿no quieres que te llevemos a la escuela?

Aquello sorprendió a Amelie. En su opinión y por más que amaba a Martina, era suicidio social que su hermana hablara frente a sus amigos. Quién sabía qué cantidad de cosas podría llegar a decir para avergonzarla y tal vez decidía cobrarse revancha por el susto que le había dado más temprano.

—No, muchas gracias, pero prefiero ir con mis amigas. Nos vemos... hermano —dijo ella y por un segundo la esquina del lado izquierdo de su labio se torció hacia arriba en una media sonrisa. Amelie no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina al ver eso, mientras la niña corría hacia el colectivo, que se había estacionado detrás del auto de un momento a otro. Así que al final le hizo pagar por lo que le había hecho, porque había escuchado bien, le había dicho hermano a Alexis.

—Lo lamento. Voy a tener que dejar de hablar delante de ella —se disculpó, entendiendo que tendría que cerrar la boca cuando su hermana estuviese rondando, porque no hacía más que repetir todo lo que escuchaba y eso podría causar problemas. ¿Y si se hubiera animado a preguntar si Alexis y Nadia eran novios?

—No te preocupes por eso, me cayó bien la mocosa —dijo, con una sonrisa en los labios—. Así que ahora tengo dos hermanas. ¿Quién lo hubiera pensado?

La perspectiva de tener más hermanos se entendía porque, después de todo, Alexis era hijo único.

—Solo una cosa, Amy... —dijo Nadia con sus ojos entrecerrados—. Deja de pedir perdón por tonterías, por favor, o te golpearé cada vez que lo hagas.

—Entendido —dijo Amelie, levantando las manos para mostrar que se rendía—. No sabía que tenía una amiga boxeadora.

El auto se alejó por la calle agrietada, mientras que por las ventanas abiertas el viento, producto de la velocidad que incrementaba con cada segundo, golpeaba la cara de Amelie y hacía que su pelo flotara en el aire incluso

aunque estaba atado y caía pesado sobre su hombro. Era una linda mezcla de felicidad y de sentirse viva lo que atravesaba su corazón en ese momento.

El sol se hacía más fuerte a medida que pasaban los minutos y sus rayos tocaban las superficies y rebotaban en ellas. El cielo se tornaba paulatinamente de un azul intenso. No había ninguna nube que lo salpicara de blanco y se moviera a través de él. Bajo ese manto azul, cada una de las personas de la ciudad comenzaba su rutina. Los negocios abrían sus puertas y los niños caminaban hablando fuerte, algunos cantando y vestidos con guardapolvos blancos. Los pájaros planeaban en lo alto, como mirando con cierta tristeza a los que no podían volar. Amelie se preguntó si el ángel del cuadro podría volar tan alto y supuso que sí, que sus inmensas alas tendrían la fuerza para hacerlo elevarse entre espirales y atravesar las nubes de algodón.

A medida que avanzaban, los rastros de civilización comenzaban a perderse. El colegio quedaba alejado de la ciudad porque era tan grande que no habían encontrado un lugar en el centro para edificarlo. Por eso estaba retirado, cerca de un frondoso bosque que era sumamente bello en primavera porque cada rama se cubría de hojas verdes que lo llenaban de vida y las flores se abrían explotando como fuegos artificiales en las noches de fiesta.

Gracias a Dios, las populares y los deportistas eran tan superficiales que no habían ejercido su poder para sacar a las demás personas de los ventanales del comedor, porque ni siquiera les interesaba el paisaje. Almorzar allí, pudiendo apreciar los pinos verdes y las aves que los sobrevolaban, era lo más mágico que se podía ver en la ciudad. A lo lejos también se apreciaba un cerro que no era tan alto, pero estaba muy apartado de ellos, tanto que parecía solitario y misterioso. Amelie pensó que debería ser un lugar interesante para conocer, que tal vez podría ir con Nadia y Alexis algún día y tomar unas fotografías.

El Highland era un colegio privado y bastante caro, por cierto. Amelie acudía allí no porque le gustara, sino por decisión de sus padres. Estaba en desacuerdo con la idea de ir a un lugar tan caro, habiendo colegios públicos

en el centro que no tenían doble turno. Pero en ese momento no le importó, ya que estaba feliz de ir al lugar en el que había conocido a sus dos mejores amigos.

La mañana pasó lenta, monótona y sin ninguna situación fuera de lo común. Sin duda, escuchar a Leo cuando quiso pronunciar la palabra «*father*» con el acento británico que la profesora de Inglés tenía había sido lo más gracioso de la clase. Todos estallaron en una carcajada, pero a él ni siquiera le importó.

—¡Qué mal! Pobre... me da tanta pena a veces —exclamó Nadia, dándose vuelta para mirarla y golpeando a Alexis por la espalda para que dejara de reírse. No lo había dicho con intenciones de ofender o porque ellos pronunciaran mejor, sino por el hecho de que seguía intentando en voz alta, a pesar de que la profesora ya había cambiado de tema.

Cuando sonó el timbre de las doce, todos los alumnos se levantaron apresurados, sabiendo que era hora de visitar el comedor, lo que causó un estruendo de sillas y escritorios que se arrastraban por el suelo.

Una vez cada tanto se escuchaba el rugido de algún estómago vacío y Amelie dio gracias de que no era el suyo, pues ciertamente no tenía demasiada hambre ese día.

En esos pocos días, Amelie había comenzado a ver las cosas realmente; al haber salido de su coraza y al haberse quitado los auriculares de los oídos, le prestaba atención a cosas que antes había ignorado, como los rostros de las personas que la rodeaban. Pero lo que le llamó la atención esa mañana fue que todos los varones estaban ocupando sus lugares y algunas chicas también, pero la mayoría de las mujeres formaban un grupo en la barra de comidas. Todas ellas emitían risas tontas y trataban de sonar interesantes o hacían pedidos innecesarios, y provocaban que el pedir algo para comer, que no debería llevar más de dos minutos, se hiciera eterno.

Gina y Augusto pasaron con la bandeja plástica llena de cosas y ni siquiera los miraron. Pero ella parecía un tanto molesta, la expresión en el rostro la delataba.

—¿Pero qué demonios está pasando aquí? No puedo entender que esto siga sucediendo después de tanto tiempo. ¡Ya casi un año! —exclamó Alexis, mirando en dirección a la barra de comidas y sacudiendo la cabeza—. ¿Nunca se van a cansar de mirar a ese tipo?

Amelie no entendió acerca de quién estaba hablando y estuvo a punto de indagar cuando alguien la interrumpió.

—Lo mismo me pregunto yo. Ni siquiera saben quién es el tipejo, si es peligroso, nadie parece preguntarse qué hace en Puerto Azul, pero aun así lo miran como bobas —reflexionó Zaira, como salida de la nada, al escuchar el planteamiento de Alexis—. ¿Dónde está nuestra dignidad, mujeres?

Zaira estaba ya en quinto año y era odiada en todo el colegio. Siempre hacía comentarios ácidos y negativos. Amelie observó esa manera tan delicada y sensual de moverse, su cabello negro, que acariciaba sus hombros, y sus labios gruesos pintados de rojo. En un momento pensó que, si alguien le hiciera un estudio de aura, le daría como resultado un aura de color naranja terroso, casi marrón. Había leído una vez un libro de su abuela que decía que las personas de esa clase se encontraban molestas por algo que les habían hecho y constantemente pensaban en cómo desquitarse, vengarse o devolver las agresiones, y que siempre estaban transmitiendo una emoción de ira contenida. Eso fue lo que Amelie sintió al verla, que su cuerpo irradiaba ondas negativas que infectaban lo que tocaban. No quería tenerla cerca.

—Además, esas no comen nada, si se quedan ahí es porque les gusta el tipo ese —dijo Alexis sacudiendo su cabeza.

—¿Y qué? ¿Te pone celoso? —bromeó Nadia tratando de molestar a su novio.

—¿Pero de qué chico hablan, Nadia? ¿Alguien me puede explicar? —preguntó Amelie susurrando cuando Zaira se hubo ido y Alexis estaba entretenido mirando el espectáculo.

—Ah, bueno. ¿También eres ciega y no lo sabíamos? —exclamó su amiga bastante sorprendida ante la pregunta, y luego le explicó—: El chico atiende la

barra hace bastante. Para ser sincera, tampoco me acuerdo desde cuándo, pero siempre ha estado aquí, ¿no habías reparado en él?

—Ciega no soy, pero supongo que tenía una venda en los ojos. Además, siempre que pedí comida me atendió Juan, ni siquiera le presté atención al otro encargado. Era más bien una sombra negra que se movía en el otro extremo de la barra. Supongo que sus encantos no funcionan conmigo — explicó Amelie lanzando una risilla por eso último y su amigo resopló.

Juan era el dueño de la barra y siempre le había servido su comida, pero, ahora que todos hablaban del misterioso muchacho, la curiosidad se despertó en ella. No iba a negarlo, pero tampoco iba a decirlo en voz alta.

Se acercaron a la pequeña multitud, tratando de atravesarla como si fueran paredes de piedra, pero ellas oponían resistencia.

—¡Permiso, chicas! ¡Apártense un poco! Solo queremos comer, déjenos pasar, por favor —dijo Nadia, levantando la voz tan fuerte que todos se quedaron mirándola—. Después pueden seguir observando como tontas al chico de la barra. Llegará un día que se cansen de hacerlo, se los aseguro. Y se les va el recreo largo también.

Amelie nunca creyó que fuera capaz de plantarse así frente a otros, pero solo tenían media hora para comer y descansar, esperando el viernes que era el único día que no tenían doble turno. Las demás se sonrojaron y finalmente se retiraron protestando por lo bajo y matando a Nadia con la mirada, pero a ella no le importó.

El chico del que todos hablaban no podía hacer más que reírse cómplice con Juan y por fin pudo verlo. Tenía el rostro iluminado por una sonrisa enorme, esas de labios rojos y dientes blancos, que producen hoyuelos en las mejillas. Algún magnetismo extraño, o el que todo el colegio hablara de alguien en quien ella no había reparado antes, hizo que su mirada se quedara fija en él y lo viera de lleno a los ojos. Él la miró con un gesto de incomodidad en el rostro que le hizo perder la sonrisa.

De repente, todas las ideas que tenía estallaron en su mente y no supo qué

pensar. ¿Cómo era posible que alguien a quien recién conocía le sostuviera la mirada de esa manera tan... desafiante? Una extraña sensación le recorrió el cuerpo, como si conociera a ese chico de otra vida o de algún otro lado. Estaba segura de que no lo había visto nunca, pero aun así algo resultaba familiar y, cuando le prestó atención al sentido del olfato, mezclado con el aroma a la comida distinguió ese perfume que antes le había parecido caro e importado.

—¡Demonios! ¡Justo él! —exclamó, porque se dio cuenta de que era el muchacho con quien se había topado el día anterior. En ese momento se percató de que sus ojos la miraban fijamente.

No se podía negar por qué las demás se habían quedado mirándolo, hasta ella, que siempre había afirmado no ser como las demás adolescentes, la típica enamoradiza que caía con la primera mirada a menos que fuera un personaje de libro, se puso a observarlo mientras él servía comida a los otros estudiantes.

Era alto y de piel clara, parecida a la de Alexis. Sin embargo, había algo en ella que le hacía pensar que podía ser suave al contacto. Llevaba puesta una gorra de lana negra y unos mechones de su cabello negro, lacio y fino asomaban bajo ella, y caían sobre su frente. Sus ojos, esos que había mirado antes, eran de un hermoso color verde que resplandecía a la luz del lugar y se volvían pozos profundos. Resaltaban tanto como esmeraldas, rodeados de abundantes pestañas negras. *Jeans* gastados y una camiseta negra ajustada completaban el excelente panorama. Parecía tener dieciocho años, más o menos.

—*Baby Amy*, nosotros ya estamos listos, pero te esperamos en nuestra mesa cerca del ventanal, como siempre. Apresúrate o te perderás todo el recreo y no quiero tener que reprenderte como a las otras —bromeó Nadia, devolviéndola a la realidad al tocarle el hombro.

Amelie se dio cuenta de que se había quedado mirándolo como tonta por varios minutos porque Alexis ya tenía la bandeja llena. Los dos se alejaron

bromeando y pudo escuchar a su amigo que imitaba a Leo.

—*Father, father...* —decía, mientras ella le pedía que siguiera con la imitación sin poder contener su risa.

Amelie rogó no decir una tontería, ahora que la habían dejado sola, o que él no se hubiera dado cuenta de que sus ojos lo habían estado analizando unos segundos atrás. Peor era que se le escapara algo de lo que estaba pensando.

—¿Y tú qué quieres comer hoy? —Sus finos labios se curvaron ligeramente en una sonrisa, mientras intentaba ser amable con ella. Apoyó sus manos sobre el mostrador y adoptó una postura relajada, aunque un tanto forzada, según ella —. Puedo ayudarte a elegir si así lo deseas. Supongo que no te decides y por eso te quedaste última.

La voz del chico le resultaba atrayente en realidad, tan dulce cuando se había ofrecido a ayudarla a elegir su comida, pero de seguro hacía eso con todo el mundo.

—No te había visto antes, lo siento.

«OK. ¿De dónde vino eso?», pensó al darse cuenta que no tenía motivo para haber dicho aquello.

—¿Eso es lo que vas a comer? No lo tenemos en el menú —bromeó y luego le sostuvo la mirada—. Siempre he estado aquí, creo que la nueva eres tú.

—Sí, eso dicen —dijo Amelie, casi en un susurro. Trató de recobrar la compostura como si nada, no iba a ponerse a discutir acerca de quién era nuevo o no—. ¿Tienes manzanas? No logro verlas desde aquí. Dame solo una, por favor.

Trató de quitar sus ojos del rostro del muchacho, pero era imposible desviar la mirada. Sus gestos eran tan expresivos ante cada cosa que ella decía.

—¿Solo una? —soltó el muchacho y cruzó unos gruesos brazos sobre su pecho—. ¿Cuántas horas has pasado aquí y cuántas te faltan todavía? Dicen que las manzanas son saludables, pero no creo que comer solo una sea bueno. Vamos, pide algo más.

Amelie lo miró ahora sin entender por qué adoptaba aquella extraña postura.

¿Quién demonios se creía que era? ¿Había sido real todo aquello?

—Ah, ya veo, seguro estas a dieta como ellas —continuó, señalando a las chicas populares—. A veces se quedan aquí eligiendo, pero nunca se llevan nada más que agua.

«¡Hey, ni se te ocurra compararme con esas! Y se quedan por ti, tonto», pensó Amelie, indignada, pues él la había incluido en el grupo superficial.

—Creo que te equivocas, Dios me libre de semejante castigo —dijo finalmente—. Es solo que no tengo hambre hoy, ¿es muy difícil de entender? ¡Dios! ¿Qué hago dándote explicaciones? ¿Me vas a servir o espero que vuelva Juan para pedirle lo que quiero?

Ajustó la cinta en su cabello pelirrojo para no parecer más nerviosa de lo que estaba. Él sonrió porque algo de lo que ella había dicho le causó gracia. Luego, sin agregar una palabra, tomó un poco de pollo caliente y lo colocó en un plato junto con una colorida ensalada. Puso un envase de jugo de naranja sobre la bandeja y, por último, la manzana verde, que era lo único que ella le había pedido.

—Te dije que una manzana está bien, no es necesario que... —trató de decir, pero él la interrumpió dándole la bandeja. Esa manera de actuar la sacó de quicio, no llevaba ni cinco minutos de conocerla y ya estaba imponiéndole cosas. No le gustaba para nada la idea de que alguien a quien no conocía le diera órdenes.

—Y yo te dije que no creo que comer solo una manzana esté bien —soltó el chico, sonriendo como si nada, lo que la dejó más estupefacta aún—. Mira, a mí me encantan los desafíos y las personas que comen bien, y aquí acaba de surgir uno. Me voy a proponer que te alimentes bien, al menos de lunes a jueves durante el almuerzo. El fin de semana no puedo controlarte y es una lástima, pero espero que no comas comida chatarra en tu casa o llamaré a tus padres. Aunque creo que eres una buena niña.

—Lamento decirte que no te sale ser gracioso. ¡Ojalá hubiera un libro de quejas! —afirmó y decidió alejarse de una vez por todas.

A medio camino giró sobre sus pies para volver a mirarlo porque lo escuchó reírse y se aseguró de darle una mirada horrenda que le sirviera como escarmiento, pero ya se había perdido por la puerta de la cocina.

Llegó a la mesa donde estaban sus amigos sintiendo las miradas asesinas del colegio puestas sobre ella, que trataban de castigarla por haber tenido el «privilegio» de que el muchacho de la barra no solo le hubiera hablado, sino que le hubiera sonreído y prometiera alimentarla bien. ¡Qué tontería! En ese momento tuvo ganas de desaparecer bajo la tierra y por eso se sentó rápidamente entre el vidrio y Alexis, ya que al menos no quedaba tan expuesta como antes.

—«¿Dónde está nuestra dignidad, chicas?» ¿Dónde está tu dignidad, amiga mía? ¡Las mujeres hemos peleado por tanto! —dijo Nadia, de pronto, imitando el tono de Zaira minutos atrás. Alexis no pudo contener la risa y devolvió al vaso todo el jugo que recién había bebido—. Y eso que nunca antes le habías prestado atención, pero se quedaron hablando bastante como para recuperar el tiempo perdido. No recuerdo que él dijera más que «hola» o «¿qué vas a comer?» a los demás.

Por suerte, Amelie se sentía tan amiga de ellos que, primero, no se iba a enojar por la broma de Nadia y, segundo, no sentiría asco por los malos modales de Alexis.

—*Shut up*. Fue una situación bastante incómoda, ni creas que lo disfruté. No quiero hablar de eso o me caerá mal el almuerzo —dijo y se concentró en la porción de pollo que el chico sin nombre la había obligado a comer y revolvió las verduras con el tenedor plástico.

—Señorita inglesa, le podrías enseñar a pronunciar bien a Leo. El inglés es lo tuyo, amiga, lo hablas muy bien —dijo Nadia tratando de reconfortarla con algo. Muy en el fondo, o no tanto, Amelie sabía que su amiga estaba tratando de que se interesara en algún chico, ya se lo había preguntado el día anterior. Por un momento, porque era la primera vez que alguien la había hecho sentir tan desconcertada, pensó que, si dejaba de ser tan tonta y trataba de agradarle

al chico nuevo, tal vez...

«Pero ¿qué hago pensando en ese misterioso chico como una posible cita? Solo hemos hablado de comida y, técnicamente, a pesar de que me lo choqué en un pasillo, recién lo conozco», se cuestionó creyendo que se estaba volviendo loca o que mucha vida social la estaba afectando. Además, parecía tan arrogante. Solo bastaba mirar la forma en que se movía y se relacionaba con los demás, como si se creyera muy bueno para todas, pero disfrutara con esas miradas ardientes que le lanzaban.

—Es un tal Bastian, el «rompe corazones» —dijo Alexis, casi como respondiendo a sus pensamientos—. Me acuerdo de su nombre porque no es uno que haya oído con frecuencia en Puerto Azul.

—Yo le diría el «rompe dietas», le sienta mejor. Yo nunca había oído ese nombre hasta ahora —agregó Nadia, mientras le daba pequeños mordiscos a su porción de comida.

—También sé que es huérfano y vive en la casa parroquial que está al lado de la catedral. Ayuda al padre Tomás con la limpieza de todo el lugar y es su ayudante en la misa los domingos, por eso le dan una habitación en la casa de los curas —comentó Alexis como si le hubiesen encargado una misión de espionaje—. Pero nadie sabe de dónde viene y ni siquiera habla con las personas de la ciudad. Supongo que es muy reservado.

Las dos chicas lo miraron sorprendidas por toda la información que les había dado. Él, mientras tanto, terminó de comer su hamburguesa gigante más las papas fritas.

—¡Pero mira cuánto sabes y recién lo sueltas! Después dicen que son las mujeres las que hablan demás y acarrear chismes —exclamó Nadia, riendo ante todo lo que había dicho Alexis—. Déjame adivinar, ¿te enteraste en el taller de tu padre? Porque en verdad creo que es el mejor lugar para ponerse al día con los chismes. Si no es así, voy a pensar que estuviste acosando a Bastian.

Se recostó en el respaldo de la silla. Bebió su gaseosa y dirigió su vista al

bosque. Los pinos se mecían levemente con la brisa y sus cimas puntiagudas parecían rasguñar el firmamento.

—Bueno, amor, pero eso no es un rumor, porque él mismo estuvo hace unos días allí. Llevó a reparar su auto viejo y le contó todo a papá mientras lo revisaba —dijo Al, abollando la caja vacía de jugo de naranja de Amelie—. No sé, algunos se creen que el pobre viejo es psicólogo y que los tiene que escuchar mientras esperan. De seguro, ganaría más plata escuchando causas perdidas que arreglando motores. Hay que reconocerle que tiene buena técnica para sacar información.

—Tiene un lindo nombre. —Las palabras se escaparon de la boca de Amelie. De ninguna manera había querido hacerlas públicas. Se condenó en ese mismo momento. El calor subió por todo su cuerpo hasta incendiarle la cara.

—¿Solo su nombre te parece lindo o alguna otra parte de su cuerpo? —preguntó Nadia moviéndose como una víbora, sentada en su silla, y tratando de molestarla.

El timbre sonó de repente y el ruido de sillas arrastradas por el suelo fue estremecedor. Todos volvían a la normalidad y Amelie dio gracias por primera vez en todo el año de que el timbre para regresar a clases sonara, porque la había salvado de tener que dar una respuesta.

—Bueno, admiradoras del chico de la barra, es hora de ir al aula —dijo Alexis guiñándole un ojo y la sacó del compromiso de responder. Por ello la llevó unos pasos adelante, imitando a Leo en la clase de inglés para distraerla del tópico anterior.

Antes de salir del comedor, Amelie dio una mirada hacia la barra de comidas y confirmó sus sospechas. Sabía que él había vuelto a su puesto de trabajo en algún momento y que sus ojos habían estado posados en ella durante todo el almuerzo. No significaba que eso la alegrara, porque detestaba esa repentina insistencia suya, esa manera de hacerle comer cosas que no quería, que se creyera el modelo perfecto que no era y no entendía el porqué de esa

mirada tan profunda sobre ella.

Él sonrió con plena naturalidad, levantó su mano ágilmente y la dejó caer. La había saludado a ella sin duda, porque cuando miró a su alrededor no había nadie más en el lugar. Amelie le sonrió con amabilidad a pesar de todo; no quería quedar en ridículo, así que sacudió su cabeza para aclarar su mente y apuró el paso para alcanzar a sus amigos. Por más que intentó que su cabeza dejara de dar vueltas, el nombre de Bastian se negó a irse de ella.

Las horas de la tarde pasaron más rápido que de costumbre, ni siquiera tuvo que desear que el timbre sonara porque este ya lo hizo y ni cuenta se dio. Tampoco pareció entender que estaba en el estacionamiento unos minutos después, mirando un auto que acababa de partir, conducido por Bastian.

—Hey, ¿vienes a casa hoy o dejamos la excusa de la guerra mundial para mañana? —preguntó Nadia haciendo chasquear sus dedos ante los ojos perdidos de su amiga. Alexis ya estaba al volante.

—Sí, dejémoslo para otro día. Hoy tengo que hacer algunas cosas, como ayudar a Martina un rato con la tarea y a mamá con la cena —fue su excusa para decirle que no sentía la necesidad de ir a su casa.

No podía creer que ese muchacho que acababa de partir la hubiera dejado tan fuera de sí misma. Había algo que le llamaba la atención en él, pero no entendía qué. No había podido dejar de pensar en su rostro de ojos verdes unas horas atrás en clase, después del almuerzo. Y el tiempo se le fue volando. Y así de distraída para quien la viera desde afuera, pero muy pensativa en su interior, viajó todo el camino a casa.

«¿Quién es ese chico? ¿Por qué hasta ahora notaba su presencia, a diferencia del resto? Aunque en realidad nadie sabe nada de él», pensó.

Además, recordó que su amigo había dicho que Bastian vivía cerca de la catedral y eso significaba que estaba a unas pocas cuadras de su casa. Recordó las campanas y los escalofríos volvieron. ¿Sería él quién las hacía doblar por las noches?

—¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó Alexis mirándola por

el espejo, esperando una respuesta.

—Segura, nos vemos mañana, querido chofer de mi transporte escolar — bromeó cuando logró recobrar sus sentidos. Besó a los dos rápidamente en la mejilla y bajó del auto.

—¡A la misma hora y en el mismo lugar! —gritó Alexis y se alejaron a toda prisa.

Entró a la casa, donde todo estaba silencioso y en penumbras. No había nadie más que ella y el sonido de su propia respiración, además del gran reloj del comedor, que se escuchaba andar de manera apagada, como un eco lejano. Pudo imaginar que el péndulo dorado hacía su vaivén eterno, de un lado al otro.

Subió las escaleras y arrojó el bolso sobre la cama. Había estado haciendo planes de investigación en su cabeza, y les había mentido por primera vez a sus amigos porque se dirigió a la *laptop* sobre el escritorio de vidrio. Impaciente le dio golpecitos para que se apurara.

Cuando todo se hubo cargado y se hubo conectado a Internet, abrió primero su cuenta de Facebook y envió una solicitud a Nadia y Alexis. No era una red que utilizara con frecuencia, pero le agradó la idea de tenerlos allí. Antes de que pudiera darse cuenta, estaba buscando el nombre de Bastian, pero las fotos de los perfiles no le mostraban ningún chico de piel clara y ojos verdes, era imposible encontrarlo sin un apellido y pudo comprobar que nadie del colegio lo tenía como amigo porque tendría que haber aparecido como sugerencia apenas escribió su nombre. Tal vez ni siquiera tenía una cuenta y, si la tenía, el mundo era inmenso y podía haber miles de chicos con ese nombre.

Abrió Google y en la casilla para buscar escribió «Bastian». La función de autocompletar sugirió «Bastian significado» y le pareció interesante. Estaba aburrida y no tenía nada para hacer.

Despacio siguió con sus ojos los resultados de búsqueda, hasta que llegó a uno azul que decía: «Bastian. Significado del nombre». Hizo clic sobre el enlace y fue enviada a una página negra con letras blancas que expresaban:

«Venerado por sobre los demás. El que es venerado». Mientras observaba unas raras estrellas blancas en cada esquina de la página, su mente le trajo recuerdos de las chicas a su alrededor. Chicas que debían hacer lo mismo desde el primer día que lo vieron y no se cansaban de hacerlo. ¿No era eso una especie de veneración por sobre los demás chicos que iban al colegio? Estaba claro que sí. Pero ¿por qué? ¿Realmente Amelie estaba tan desconcertada esa tarde que podía creer que uno era igual a la descripción de su nombre?

Se paró para pensar, caminó por la habitación y se acercó a la ventana para ver la catedral, como si pudiera verlo a él en las alturas. De repente apareció una ventana de chat en su computadora portátil. No eran ni Nadia ni Alexis, seguro no la habían aceptado todavía. Era su amigo Nando, de Venezuela. Se sentó a charlar con él en inglés un rato, ya que estudiaba para ser profesor y a ella le gustaba practicar el idioma. Siempre era bueno hablar con él porque le contaba acerca de su realidad y él de la suya. Ya hacía un año que se habían conocido gracias a una sala de chat en la que se podía practicar el idioma, hasta que se dieron cuenta de que los dos hablaban español. Su nombre era Daniel Fernando y tenía dos apellidos que no recordaba en ese momento. Siempre le decía que sonaba a nombre de galán de telenovela, por eso él prefería que lo llamaran Nando, ya que sus amigos también lo molestaban con eso.

Era raro el hecho de que se conocieran tanto. Habían visto algunas fotos de cada uno nada más, pero solo eso bastaba para saber que existían en la vida del otro. Cada tanto Amelie le prometía visitarlo en Venezuela cuando tuviera vacaciones. Él decía que no había problema, que la esperaba con los brazos abiertos y que le haría probar todas esas comidas de las que siempre hablaba, como las «hallacas». Ella entendió que tenía un amigo más, que eran tres y no dos, como su padre le había escrito en el mensaje. Las distancias no les importaban en lo más mínimo.

De todos modos, e innegablemente, por más distracciones que se quisiera

crear, su cabeza no hacía más que repetir «Bastian, Bastian, Bastian», con cada campanada de la catedral.

Bastian estacionó el auto fuera de la casa donde vivía con el padre Tomás. Esta era pequeña y se encontraba a unos pocos pasos del gran edificio de altas torres. Como siempre hacía antes de entrar a su hogar, visitó la gran catedral, le parecía encontrar paz en la inmensidad del edificio y el silencio que lo envolvía todo. Recorrió el largo pasillo cercado por interminables bancas de madera, mientras las velas que había sobre una mesa brillaban y sus pequeñas llamas temblaban ante la menor brisa. La tenue luz se posaba sobre los rostros de las estatuas. Subió las escaleras en espiral a la izquierda del altar para dirigirse hasta una de las torres donde le gustaba ir a pensar. Al llegar a lo alto, respiró hondo y llenó sus pulmones de aire fresco. El viento soplaba libre y con la fuerza suficiente para mover los mechones de pelo oscuro que asomaban bajo su gorro de lana. Se recostó contra la pared, cruzó los brazos sobre su pecho y los pensamientos invadieron su mente, que hasta hacía unos días había estado clara y tranquila como el agua más pura.

«¿Por qué me miró de esa manera?», se cuestionó. Fue una pregunta simple pero importante porque era la primera vez que se la hacía. Las cosas habían cambiado. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con ojos llenos de deseo, incluso algunos chicos lo miraban de esa manera y le sonreían, pero con ella era diferente. Había quedado impactado por ese momento en que Amelie lo había mirado a los ojos como si lo conociera desde siempre. Eso había hecho que a su vez él la mirara de manera profunda durante todo el almuerzo.

Antes de que ella pudiera verlo desde su habitación, porque sabía que siempre miraba en dirección hacia la catedral, decidió bajar de la torre donde las palomas volaban de un lado para el otro. La gran campana de bronce se balanceaba sobre su cabeza. Volvió a atravesar el pasillo y salió del lugar para dirigirse a la pequeña casa. Para llegar hasta su habitación, que quedaba

en el fondo, debía atravesar la cocina que siempre olía a café y tostadas. No le sorprendió ver al padre Tomás, que, sentado en una de las dos sillas frente a la mesa, sostenía en sus manos una taza de café caliente.

—¿Sucede algo malo, muchacho? —preguntó apenas lo vio ingresar.

Bastian no tenía ganas de responder, aun cuando el sacerdote le había hablado en un tono casi paternal y preocupado. Él podía darse cuenta de los cambios de ánimo en el chico porque lo conocía hacía tiempo. Bastian solo lo miró, se encogió de hombros y finalmente se fue a su habitación.

—Un silencio dice más que mil palabras —comentó Tomás por lo bajo y siguió bebiendo su café humeante.

El muchacho cerró la puerta de la habitación y se recostó sobre la cama de una plaza, puso los brazos bajo su cabeza y miró al techo, fijándose en las manchas de humedad que parecían formar dibujos.

—No se suponía que me miraras así, Amelie. ¿Por qué lo hiciste? ¿No ves que lo cambia todo? —dijo casi torturado, recordando aquellos ojos marrones que se volvían dorados a la luz del sol que ingresaban por los grandes ventanales del comedor. Lo que había pasado estaba mal porque le complicaba la existencia, hacía aún más ardua la terrible tarea que le habían encargado. Antes no se lo hubiera cuestionado, pero ese momento, solo esa mirada había bastado para que todo lo que él creía, todas las reglas a las que estaba acostumbrado, se vinieran abajo tan repentinamente como un castillo de naipes.

—Pero me viste... —siguió diciendo en voz alta y una sonrisa enorme se dibujó en sus labios. Se cubrió la cara con la almohada porque no se suponía que debía alegrarse, pero en lo profundo de su corazón había estado esperando ese momento por mucho tiempo, por unos largos dieciséis años, y ahora no quería perderla. ¡No iba a perderla!

En la profundidad del bosque

El miércoles encontró a Amelie un tanto desprevenida porque no lo estaba buscando. Le habían sucedido tantas cosas los días anteriores que parecía que el tiempo volaba. La vida que había tenido hasta hacía unos días atrás era completamente diferente. En ella había podido contar uno a uno los segundos, siguiendo las interminables vueltas de las agujas del reloj. Los días pasaban más lento para una persona de rutina monótona.

Esa mañana volvió a despedir a su familia al escuchar la bocina del auto de Alexis, quien con puntualidad había estacionado fuera de su casa. Tomó el bolso del colegio, apurada, sin fijarse si llevaba las cosas necesarias. También se puso una chaqueta liviana de algodón, pues parecía que el calor se había alejado por unos días de la ciudad. El clima había decidido jugar.

Subiendo al auto colocó el bolso a su lado, en el asiento trasero. Nadia y Alexis se estaban besando con un poco de exageración, así que giró su cabeza a la izquierda para mirar por la ventana, tratando de que la situación fuera menos incómoda. Era uno de esos momentos en los que quienes no tienen nada que ver con el entorno desearían no estar allí. Pero cuando continuaron haciéndolo tuvo que aclarar su garganta.

—¡Hey! Estoy aquí, basta de espectáculos —dijo pateando el respaldo del asiento de su amiga y ambos se separaron, luego de darse un beso rápido. Con cada segundo que pasaba se podía dar cuenta de que Nadia y Alexis se amaban. Esa simple idea la llevó a pensar si algún día le sucedería lo mismo,

si tendría el rostro de esa persona especial en su mente todo el tiempo.

—Oh, Amelie, estabas ahí. Podrías haber saludado apenas te subiste, ¿sabes? Tengo una pregunta para ti —dijo Nadia en tono alegre y luego giró en el asiento para poder mirar a su amiga. Alexis seguía mirando hacia el frente con los ojos puestos en la ruta una vez que el auto comenzó a andar.

—Adelante, amiga. Creo que estoy dispuesta a contestar, aunque ¿no te parece temprano para un interrogatorio? Tal vez es mejor que te sigas besando con Al, pero eso nos haría estrellar —cuestionó sonriente. Tenía dudas con respecto a la pregunta que pudiera hacerle.

—Ya te dije que no exageres tanto las cosas. No es una pregunta de vida o muerte. Solo quiero asegurarme de que ayer no nos evadiste para darnos tiempo de estar juntos, es solo eso —comentó ella volviendo a mirar hacia adelante.

—Esa no fue la razón, nada que ver y no sé de dónde sacas eso. De todos modos, no estaría mal darles un tiempo para que estén solos, ¿no les parece? Considerando el *show* que acabo de presenciar —dijo despeinando un poco a Alexis con su mano—. No pueden andar acarreado conmigo cada hora del día. Además, como les dije ayer, tenía cosas que hacer, pero hoy, si quieren, podemos seguir el trabajo de investigación. Seremos como la Triple Alianza.

—La Triple Alianza... eso me gusta, ni siquiera se me hubiera ocurrido llamarnos así. ¿De dónde sacas tú esas ideas? —comentó Al sonriente, acomodando su pelo. Al ver que las chicas lo miraban con el ceño fruncido, continuó—: No me malinterpreten, solo pienso que el nombre está bueno, no estaba pensando en el sentido destructivo de la cuestión. La culpa es de Amy por proponerlo.

—¡Traidor! —Ella rio y se movió hacia adelante para ocupar el espacio libre entre los dos asientos—. Si quieres saber lo que hice ayer, Nadia, puedo decir que morí del aburrimiento. También los agregué a Facebook y ayudé en mi... —comenzó a decir Amelie, cuando de repente su vista se dirigió de lleno a un punto exacto. Estaban pasando frente a la catedral y no supo si se lo

estaba imaginando o Alexis había empezado a conducir lentamente, pero el segundo que les debería haber tomado perder de vista el edificio se hizo eterno.

La catedral era una monstruosa construcción gótica, como sacada de tiempos antiguos y de otra parte del mundo, pero puesta allí, en su realidad. Había dos enormes estatuas de santas que ni siquiera conocía sobre una delgada saliente en cada torre. Ambas de rodillas y con la cabeza gacha, pero enfrentadas, como hermanas que habían discutido. Las campanas de bronce viejo se movían en lo alto gracias al viento y, cuando estas sonaron, decenas de palomas que se posaban en las tejas naranjas de las cúpulas huyeron volando despavoridas dejando caer plumas en el aire como si fueran copos de nieve que descendían en espirales. A un costado de la catedral, Amelie descubrió una pequeña casa y frente a ella, estacionado, un auto azul oscuro.

—Ese es el auto que arreglamos con papá —mencionó Alexis como si nada—. Es de Bastian, el chico de la cafetería, ¿recuerdan? Solo tenía un problema con el motor, pero quedó como nuevo.

—Bonito auto, ¿eh? —dijo Nadia al pasar y sin demasiado interés.

—Con bonito te quedas corta. Es una maravilla de auto, Nadia. Es algo más que bonito —afirmó su novio, con renovado entusiasmo, y ella se lo vio venir. Alexis iba a comenzar a hablar de autos—. Es un Chevy Nova, su tercera generación. Tiene un diseño increíble, súper resistente, como todos los de su clase... Asientos de cuero originales, totalmente reacondicionado...

Amelie no estaba interesada en las características del auto, solo en lo que Alexis había dicho al principio acerca de que ese auto le pertenecía a Bastian. Lo había visto conducirlo a la salida del colegio.

—No sé qué piensen ustedes, que parecen conocerlo cuando yo ni siquiera lo había visto, pero ese chico es lo más arrogante que existe. Arrogante y lindo, sí, debo reconocerlo. Pero con esa personalidad tan autoritaria lo arruina todo, casi hasta el punto de ser detestable —comentó Amelie y su amiga se quedó con la boca semiabierta. Estaba sorprendida porque no se

había esperado un comentario así por parte de Amy.

—¿Detestable? Cuidado, amiga, ¿has escuchado esa frase que dice que del odio al amor hay un solo paso? —interrogó Alexis, mirándola por el espejo retrovisor, y luego se rio a carcajadas. Aquel fue el turno de Amelie para mostrarse sorprendida porque no podía creer lo que estaba escuchando. Era obvio que, debido a su comportamiento y lo que había sucedido el día anterior, él había pensado eso. Y sí, ella había escuchado esa frase y también otra: «Los que se pelean, se aman». Entonces decidió que no haría más comentarios negativos sobre Bastian porque sus amigos pensarían que en realidad estaba tratando de decir lo opuesto.

—De todos modos, a mí me parece que no te molestó tanto su arrogancia ayer —dijo Nadia, mirándola con picardía—. Porque se quedaron hablando un buen rato, ¿no es así? Creo que te conté que nunca se detiene a hablar con alguien. Y, por cierto, ¿se puede saber qué te dijo? Porque volviste toda alterada y molesta a la mesa.

—Nada que merezca tus miradas suspicaces, amiga —respondió Amelie, entre seria y divertida—. Le pedí solo una manzana porque no tenía tanta hambre y al segundo se alarmó. Me dijo que con la cantidad de horas que paso estudiando debía comer mejor, por eso me llenó la bandeja con comida. Encima creyó que estaba a dieta. ¡Y se atrevió a compararme con las populares! ¿Puedes creerlo?

—¡Auch! Esa comparación debe haber dolido. El muchacho empezó con el pie izquierdo contigo —comentó Alexis. Habían llegado ya a la escuela, así que estacionó el auto en el lugar de costumbre.

—Obvio, con lo mucho que las detesto. Se lo dejé en claro de todos modos —dijo Amy, tajante—. Ah y otra cosa súper rara: se propuso el reto de alimentarme mejor. «Al menos de lunes a jueves y durante el almuerzo».

Lo dijo imitando su voz para que sonara como tonto, cuando en realidad había sido amable al hablarle y su voz no sonaba para nada desagradable como Amelie lo hacía parecer. Era más bien atrayente y tenía cierto dejo de

sensualidad.

—Pero ¿quién se cree que es? —exclamó finalmente.

—¿Es un *stalker*, un acosador o algo así? —preguntó Nadia, extrañada por cómo su amiga describía a Bastian—. No lo parece, pero... nunca digas nunca.

—No tengo ni la menor idea, pero no me cae bien.

—No le prestes atención, Amy. Lo mejor será que lo ignores si tanto te molesta, así se va a olvidar de ti —aconsejó Nadia.

Pero a ella le pareció que el solo hecho de ignorarlo era darle más importancia dentro de su vida. Aunque también pensó en otra cosa. ¿En verdad le molestaba tanto como para ignorarlo?

Cuando entraron al aula, el profesor de Geografía estaba desplegando su nuevo mapa, muy contento de mostrarles su adquisición a todo color. Una nueva versión del mismo mapa que veían desde primer grado y que no les parecía una de las Siete Maravillas del mundo. Pero bueno, algunos eran felices con poco.

—Amelie, ¿cómo estás? ¿Muerta de frío como yo? —saludó una voz áspera. Sin darse cuenta, había llegado hasta su escritorio y Leo, el chico de mirada fija e irritante que en sus descuidos le tocaba la espalda en el colectivo, le había hablado.

—Bien, supongo. No sabía que el clima cambiara de manera tan abrupta por aquí. ¿Y tú? —saludó Amelie, despreocupada—. Por cierto, me gusta tu chaqueta, es... linda.

—Estoy bien... gracias, la tuya también es linda —dijo Leo, algo nervioso por el repentino nuevo humor en su compañera de clase y pensó que ella era como el clima, variable y sorpresiva. Amelie no lo culpó por su respuesta; ella emitía oraciones peores cuando estaba nerviosa.

De repente, la directora irrumpió en el aula, justo cuando el profesor llevaba varios minutos hablando sin parar sobre su fascinación por la arquitectura del continente europeo.

—¡Mis queridos alumnos de cuarto año! —exclamó, en parte como saludo, en parte para hacerlos callar—. Les tengo noticias...

Llevaba un rodete mal hecho en su cabeza y tono de directora en la voz. Se arregló los anteojos sobre su nariz y alisó la falda violeta que hacía juego con su entallado saco del mismo color.

—¿Desde cuándo somos sus queridos? Esta viene a pedir algo —susurró Alexis. Los tres se tuvieron que morder los labios para no soltar una carcajada. Pues era verdad, nunca les hablaba o los reconocía en los pasillos, pero en ese momento eran sus «queridos».

—Como la mayoría de ustedes saben, el 20 de diciembre será el baile de graduación de los alumnos de quinto año... —comentó sonriente y Amelie pudo entender de qué se trataba todo—. Por lo tanto y como tradición en este colegio, ustedes serán los encargados de organizar la decoración del salón para la fiesta, entre otras cosas. Sin olvidar que el dinero recaudado con la venta de entradas y la comida ¡será utilizado en su propio viaje de egresados del año que viene!

Para ese minuto todos gritaban y aplaudían contentos pensando en aquel viaje y sus eternas noches de descontrol donde los que estaban de novio se olvidarían de sus parejas por una semana.

La directora comenzó a realizar gestos graciosos con sus manos, aleteando con sus cortos brazos para que los gritos terminaran. El profesor la ayudaba, tratando de calmar a los desaforados estudiantes. Luego de unos segundos por fin las fieras se quedaron silenciosas.

—Muchas gracias. Que tengan un lindo día y ¡sigan estudiando mucho! —dijo ella muy entusiasta y, marchándose, dejó que las horas corrieran en el reloj.

Amelie se sobresaltó con el timbre del colegio, no porque fuera hora de almorzar, sino porque vería a Bastian otra vez y no sabía qué reto descabellado podía proponerse ese día. Eso la puso un tanto nerviosa, así que trató de prolongar la caminata hacia la cafetería todo lo posible. Pensó en

desviarse a la biblioteca con algún pretexto, pero los chicos se darían cuenta de que algo estaba pasando. Sumado a eso, la matarían por perder su valioso tiempo de descanso.

Entonces, abandonó los planes de gastar minutos sin razón, ya que al final no la salvarían. Decidió poner su mejor cara e ignorarlo, como Nadia había dicho.

Entraron por la gran y pesada puerta de vidrio, que a Amelie le costaba abrir, pero esa mañana Bastian pasó corriendo a su lado porque llegaba tarde y la sostuvo un minuto para que los tres pasaran.

Alexis lo miró de manera extraña porque no le gustaba que otro chico se hiciera el caballero con su novia. Amelie suspiró profundo cuando él se alejó, porque eso de encontrárselo por todos lados la ponía un tanto incómoda. Era como un fantasma, pensó.

Los demás estudiantes ya estaban ocupando sus lugares. El reto que Nadia les había dado el día anterior les había hecho aprender la lección de que cada minuto de descanso era tan valioso como sus vidas, en un colegio de doble turno.

Cuando estaba en el aula, Amelie se había dicho que no debía mirar por nada del mundo hacia la barra de comidas pero, como siempre sucedía, terminó haciendo lo contrario. Sus ojos se posaron en Bastian, quien parecía estar dando explicaciones a su jefe por llegar tarde. A simple vista al muchacho no le importaba que el ambiente estuviera más fresco, porque no iba abrigado. Solo llevaba una musculosa blanca y jeans negros, los que resaltaban peligrosamente su figura.

Era raro que la directora no le dijera nada sobre su atuendo, sobre todo cuando ponía a las chicas más ansiosas que de costumbre.

«¿Qué hago mirándolo de esa manera?», se cuestionó. Pero él llamaba su atención un poco más que a las otras chicas. «Dios, menos mal que no puede oírme, de lo contrario me demandaría por acoso sexual». Se había quitado ese horrendo gorro de lana que había llevado el día anterior y parecía que había

cortado su cabello. Lo tenía más corto alrededor de la cabeza y, un poco más alto en el centro, formaba una pequeña cresta arreglada a la perfección. Le quedaba bien.

Se acercaron hasta él, que parecía no verlos, ya que estaba sirviendo comida a otros estudiantes.

—Amy, ¿qué hiciste ayer en la tarde aparte de agregarnos a Facebook? Justo dejaste de hablar cuando pasamos frente a la catedral. ¿Tuviste una visión o un llamado místico? —preguntó Nadia entre risas, mientras elegía su comida deslizando el dedo por el cristal del exhibidor—. No me digas que solo eso hiciste —agregó; agachando su cabeza, golpeó suavemente sus labios con el dedo índice. Estaba tratando de decidir qué comería. Su amiga no hizo caso al comentario. Más bien pensó en que otra vez no tenía nada de hambre, así que rogó que Juan la atendiera para pedirle solo una manzana y esfumarse del lugar sin ser obligada a comer cosas que no quería. Cuando Bastian escuchó a Nadia decir todo aquello, su cabeza se torció levemente en su dirección, interesado en conocer esa información. Pero sus movimientos fueron tan rápidos y difíciles de notar que los demás no se dieron cuenta.

Amelie comenzó a caminar a lo largo del exhibidor, observando la poca variedad de comida que había para elegir. Otra vez se había perdido pensando, ya que sus amigos se alejaban de ella con la bandeja de comida lista y ni siquiera le habían avisado.

—¿Y hoy qué vas a comer, Amy? Te dejaré la manzana, pero para el postre, o sea que debes elegir algo más. El desafío sigue vigente. —Su amable voz sonó otra vez. Ella giró sobre sus pies y lo miró a los ojos, que estaban más verdes que el día anterior, atrapaban toda la luz del lugar y dejaban todo a su alrededor en tinieblas.

—Tú sí que entras en confianza rápido —lo atajó Amelie, tratando de no ser tan ruda, pero se sentía como una fiera a punto de romper la jaula que la tenía encerrada—. Mi nombre es Amelie, ¿ok? Amy me llaman mis amigos, así que por lo visto estuviste escuchando nuestra conversación. No sé qué es lo que te

crees con toda esta tontería de tu reto de alimentarme, pero no me hace gracia alguna que me obligues a comer cosas que no quiero. Estás muy acostumbrado a que las chicas de aquí te... veneren, pero perdiste conmigo. En serio, no me gusta todo esto.

Toda esa incomodidad que había sentido esos últimos días terminó por hacerla explotar y las palabras brotaron con fuerza, agolpándose por abandonar su boca. Nunca trataba así a las personas, pero ese chico y su insistencia la alteraban. Sus palabras la hicieron pensar que era la persona más mala y descortés del mundo porque los ojos del muchacho perdieron el brillo que habían tenido al pronunciar su apodo y la sonrisa se borró de sus labios para transformarse en una mueca incómoda. Sacudió la cabeza y en silencio puso una manzana más una botella de agua en la bandeja plástica de color azul. Levantó la mirada y Amelie no habría podido afirmar que parecía triste, pero sí un tanto dolido.

—Lo entiendo y te pido disculpas si te ofendí, en serio, no era mi intención. —En su tono de voz se podía sentir la cautela que la forzada sonrisa trataba de ocultar—. «Amy» es solo para tus amigos y yo no soy más que un entrometido. Tienes toda la razón.

Amelie hizo el amago de hablar, pero Bastian la interrumpió.

—Eso me pasa por no seguir las reglas del colegio —comentó en voz baja—. No se supone que hable con los estudiantes. Te pido perdón otra vez, no quiero tener problemas con la directora por tratar mal a una alumna.

—No... no le diré nada —atinó a decir ella porque se le hizo un nudo en la garganta.

Fue en ese momento que Amelie se sintió terrible, porque sus padres no le habían enseñado a tratar así a las personas. Recordó los halagos de su madre y supo que la estaba defraudando porque, aunque Bastian le pareciera un entrometido, él siempre había sido educado. Solo se había pasado de listo.

«Ahora sí le permitiría que me compare con esas perras populares o peor, que se piense que por ser la hija del intendente trato así a las personas», pensó

ajustando la cinta de su cabello con fuerza.

—Escucha, creo que soy yo la que tiene que pedirte disculpas. No quise hablarte de esa manera y no quiero que pienses que soy una tonta maleducada —comenzó diciendo, ahora en un tono de voz distinto, mucho más dulce que antes o intentando que así sonara—. Mi nombre es Amelie, pero me dicen Amy, así que puedes llamarme como tú gustes. Prometo no volver a enojarme por esa tontería.

Le sonrió y de repente la vida volvió al rostro del chico de a poco, pero se quedó en silencio.

—Y para que sepas, hoy tengo hambre, así que quiero un poco de pizza, el agua y la manzana también, por favor —pidió educadamente, esperando que su voz fuera más suave. Él la miró contento de que no pidiera tan poco para comer, no muy convencido con lo de la pizza porque la consideraba comida chatarra, pero accedió. En ese preciso momento, cuando le alcanzó la bandeja y Amelie estuvo a punto de tomarla, pudo ver que tenía un anillo en la mano derecha.

«Que extraño. ¿Comprometido o casado? Pero ¿tan joven?», pensó y tomó la bandeja finalmente.

—Así está mejor, poniendo comida en tu dieta, aunque la pizza no me convence del todo, pero no quiero seguir entrometiéndome y que te enojas conmigo otra vez. Lo dejaré pasar esta vez —bromeó de buen humor, lo que la hizo sonreír también. Era imposible no contagiarse al verlo.

—Sí, parece que alguien me estuviera obligando a hacerlo. —Sonrieron a la vez—. Yo creo que vas a lograr tu objetivo. Muchas gracias por la comida.

Le dio lugar al chico que se había parado a su lado, quien estaba un tanto impaciente por ordenar su comida. Cuando había dado unos pasos, su voz se escuchó nuevamente.

—¡Hey! Por cierto, mi nombre es Bastian. Nos vemos, Amelie —saludó alegre. Ella no pudo enojarse porque usara su nombre. Se escuchaba demasiado lindo pronunciado con su voz.

—De acuerdo. Lo tendré en mente —dijo en voz alta, pretendiendo no conocer su nombre. Bastian sonrió bajando la vista a la comida. Ella pensó que fue lo más tonto que podía haber dicho, porque ahora le había dado razón para creer que estaría pensando en su nombre, que era lo mismo que pensar en él.

Al llegar a la mesa donde estaban sus amigos, sacudió la cabeza para despejar cualquier clase de teoría que estuviera creando gracias a que había visto el anillo en la mano del chico. Nada le daba derecho a creer que era casado o estaba comprometido.

Sabía que desde el momento en que Alexis había dicho que del odio al amor había un solo paso, él y Nadia estarían analizando su día a día con el muchacho de la barra de la cafetería. Ese sería su deporte favorito ahora.

—Por casualidad, ¿pudiste encontrar más material interesante para nuestro trabajo? Yo no encontré absolutamente nada —comentó Nadia. Amelie estaba concentrada en tratar de actuar de forma normal porque sabía que Bastian la estaba mirando desde el extremo del salón, con esa mirada fija otra vez, y era incómodo.

«Solo busqué información sobre Bastian, esperando encontrar alguna foto de él. Su nombre tiene un significado muy lindo, ¿sabes?», se dijo a sí misma. Eso no sería lo que iba a responder.

—Lamentablemente, no busqué nada sobre el trabajo de Historia. Ni siquiera me acordé —se disculpó saboreando la deliciosa porción de pizza y se preguntó si Bastian cocinaba lo que ellos comían—. Ah, estuve chateando con mi amigo venezolano, practicando mi inglés. Tantos años de clases deben servir para algo. Entonces sí, hice algo más en Internet, chatear.

Volteó su mirada hacia los pinos verdes que la llamaban con su color, invitándola a perderse en ellos y en la maleza del bosque. Tenía ganas de salir en algún momento, de escaparse durante alguna materia aburrida, pero sola, para poder pensar sin interrupciones y respirar aire puro.

—Ese chico es como tu novio del chat, ¿no? —interrogó Alexis e hizo sonar

las últimas gotas de su gaseosa con el sorbete en el fondo de la botella, mientras sus grandes ojos se posaban en su amiga.

—¿Qué te pasa? ¿Qué les pasa a ambos? Ustedes tienen una fijación con buscarme novio. Les informo que por ahora estoy muy bien sola y nadie me interesa más que mi familia y ustedes dos —les dijo, remarcando las últimas palabras para que se dieran cuenta de que ellos eran lo más importante en su vida.

—Hmm, eres muy dulce. Pero ¿estás segura de que nadie te importa? ¿Ni siquiera el que te está mirando fijo desde hace veinte minutos? Y no estoy hablando de Leo, sino del otro acosador llamado... —Inevitablemente la verborrea de su amiga Barbie fue más fuerte y lo tuvo que decir, tuvo que recordárselo.

—Shhh... no digas tonterías, ni siquiera sé quién es. Lo único que sé es su nombre y no entiendo qué hacemos hablando de él. Por eso se cree importante, porque todos hablan de él como si fuera la gran cosa —exclamó agachando la cabeza, pues al pensar en su nombre no pudo evitar levantar la mirada. Sus ojos se encontraron en el mismo momento. Allí seguía, perfecto, calmo y esperando eternamente. Nadia y Alexis se miraron dando una de esas irritantes miradas de complicidad que Amelie no comprendía.

—Bueno, cambiando de tema. Tenemos que pensar algo para el baile de graduación, alguna temática para decorar el salón de fiestas, no sé. Va a ser difícil que todos nos pongamos de acuerdo sin matarnos y lo que más me molesta es que en ese mes tenemos miles de exámenes y cosas por hacer. Ahora suman la organización del baile a la lista —comentó Alexis estirándose y colocando su brazo en el respaldo de la silla de su novia, quien con el dedo pulgar le limpió la esquina de su labio, que tenía restos de salsa de la pizza.

—Genial, el baile de los de quinto año... —dijo Amelie tratando de sonar entusiasmada, pero a los demás no les costó mucho ver su falta de interés.

—Bueno, con esas ganas y entusiasmo creo que la idea no te gusta para nada —comentó Nadia mirando a Alexis, esa vez acomodando su cabello.

«¿Tiene que estar todo el tiempo haciendo eso? ¿Tratándolo como a un niño?», se cuestionó Amelie. A él parecía no molestarle en absoluto. Todo lo contrario, aprovechaba para dormirse mientras ella le acariciaba el cabello como si jugara con él.

Se quedó mirándolos con detenimiento porque se veían felices y eso la hacía feliz a ella también. «¿Seré así yo cuando tenga novio?», se preguntó. Pero eso solo el tiempo lo diría, cuando encontrara a alguien que no fuera entrometido, arrogante u obsesivo y, por su experiencia, Puerto Azul no era el mejor lugar para buscar novio.

—Es que justo el 20 de diciembre es mi cumpleaños y no quiero pasarlo aquí en el colegio con tanta gente —dijo retomando el tema anterior. Sí, eso era lo que no le agradaba. Que su cumpleaños número diecisiete fuera el mismo día del baile, porque sabía que Nadia se encargaría de decirle a todo el mundo y, siendo la hija de intendente de la ciudad, todas las miradas estarían puestas en ella y no en los egresados. Y nunca había sido esa clase de chicas que necesitara de la atención ajena para sentirse bien.

—¡Qué tonta! Me había olvidado de tu cumple. Esas son fantásticas noticias —gritó su amiga y algunos se dieron vuelta para verla, seguro pensando que algún profesor había faltado, pero cuando ella no aclaró el porqué de su alegría volvieron a su comida desilusionados—. Así que tendremos dos fiestas en una. Esta va a ser la mejor despedida de año de nuestras vidas.

Alexis se despertó de su corto sueño con la risa de su novia. Tal cual lo había pensado, Nadia haría de su cumpleaños un carnaval.

—Ok, en verdad aprecio tu entusiasmo. Pero nada muy fuera de lo normal, ¿entendiste? —La miró fijo para que se lo prometiera.

—Entendido —dijo más que feliz, aceptando el tratado de paz. Amelie no pudo negar que amaba verla de esa manera.

—Hey, Amy, hablando de todo un poco... —comenzó a decir Alexis—. Ese loco te sigue mirando y no ha parado desde que entraste al comedor. ¿Quieres que le diga algo?

Se llevó el puño a su mentón y Amelie entendió lo que significaba «hablar». Mientras el timbre marcaba el final del almuerzo, Nadia se había quedado mirando fijamente a Bastian, quién se alejaba del lugar pues la cafetería había cerrado.

—No es necesario que te tomes el trabajo, Al, ya se fue —dijo Amelie, mirando también cómo se alejaba. Entonces recordó lo mal que le había hablado cuando estaba pidiendo comida—. Y gracias por defenderme, pero tal vez yo exagero bastante, o estoy muy irritable estos días. Él no me molesta para nada.

—¿Estás en esos días? Te entiendo —comentó Nadia, sacudiendo la cabeza.

—¡Ay, Nadia! No es eso y no es un tema de lo más agradable.

—La pequeña Amelie acaba de dar otro paso y cada vez está más cerca del amor que del odio —bromeó Alexis, despeinándola como ella había hecho con él por la mañana.

—Puedes ser insoportable cuando quieres, Al —dijo ella sacudiendo su cabeza y acomodando su cabello, mientras Nadia se reía.

Los dos se quedaron mirándola, diciendo con la expresión en sus caras que era hora de volver a clases.

—¿Saben una cosa? Intentaré ser rebelde, no voy a entrar a clases ahora. Tengo ganas de respirar un poco de aire puro, me duele la cabeza y no estoy de ánimo para aguantar al profesor de Química con todas sus fórmulas —comentó Amelie, de pronto. Buscando su aprobación, les dijo—: Espero que no les moleste, ¿me cubren?

—Está bien, escapa un rato por ahí. Nosotros te cuidamos las cosas, no vaya a ser que Leo tenga ganas de investigar tu bolso tratando de encontrar algo para recordarte —bromeó Nadia imitando la mirada de su compañero de clase y, aunque le pareció aterrador, Amelie no pudo evitar reírse.

—Debes ser la única persona que escapa de clases en el mismo colegio —dijo Alexis, riéndose de lo que estaba pensando—. Con Nadia solíamos irnos en la hora de Matemática al...

Nadia lo interrumpió con un ligero codazo en las costillas. A toda costa quería mantener su imagen de alumna ejemplar y más frente a su amiga.

—Shhh... pequeño delator, no tienes que contar todo lo que hacemos. Vamos a clase ya, nene. —Se dirigió entonces a su amiga, dibujando una extraña sonrisa en sus labios, casi cómplice, y arrastrando a su novio por el pasillo—. Que te diviertas donde sea que vayas y que no te descubran. Nos vemos en el próximo recreo.

Por fin, se había quedado sola, lo que le daba tiempo de pensar y acomodar sus ideas tantas veces como quisiera. En verdad creía que estaba siendo un poco exagerada, comportándose a veces de manera tan extrema e irritable y otras alegre, como si fuese bipolar o tuviera otro desorden. Y no sentía que fuera solo con el chico de la cafetería, sino también con Leo, la selva superficial que tenía por escuela y otros aspectos. Tal vez si tratara de divertirse más como sus dos amigos hacían y tomaba las cosas con calma, todo sería más natural y no lo sentiría como una carga. La vida a veces podía demostrarte que era demasiado bella como para vivir lamentándose por todo.

Amelie salió por la gran puerta del comedor sintiéndose renovada. Afuera aún estaba un tanto fresco, así que se puso su blanca chaqueta de algodón, que se había quitado antes de almorzar. La cerró a la altura de su pecho y atravesó el patio con rapidez para que ningún directivo, profesor o alumno delator la viera, si no, se metería en problemas y eso era lo que menos quería. No deseaba que le llamaran la atención y que sus padres se enteraran. Sabía que estaba yendo en contra de las reglas del colegio y nunca antes había pensado en hacer algo así, pero la nueva Amelie se comportaba un tanto diferente.

Para su suerte, no había cercas que le impidieran llegar al bosque, solo tenía que cruzar por el campo de deportes. Apenas puso un pie en él y se adentró un poco en algunas líneas de pinos que la escondieron, se sintió salvada e invisible. No tenía pensado adentrarse tanto. El lugar no era tan grande, pero asumía que no era de lo más inteligente en situaciones de exploración y no sabía si había animales peligrosos o algo por el estilo. Aun así, dejó fuera de

su mente todos los pensamientos para poder relajarse. Caminó unos pasos más, mirando todo a su alrededor y pisando con cuidado. El suelo era un colchón de hojas amarillas y ramas finas que crujían bajo sus pies. El aroma de los pinos era fuerte, pero para nada desagradable. Había a su alrededor flores de todos colores, plantas que colgaban de algunos árboles de los que ni siquiera sabía su nombre. El pasto que podía verse en ciertos lugares parecía húmedo, ya que el sol no podía entrar con facilidad por más que sus rayos fueran fuertes. Los pájaros cantaban desde lo alto de las ramas, emitiendo un sonido ensordecedor pero agradable.

Los minutos y horas comenzaron a pasar mientras levantaba hojas secas o miraba piedras con formas extrañas. Por momentos se sentaba cerca de las flores a pensar y cuando ya hubo pasado mucho tiempo decidió que era hora de volver, el final de la tarde no estaba tan lejos. Siguió su camino contemplando la belleza del bosque cuando algo rompió su concentración. Recostado contra un árbol de tronco grueso y agrietado estaba Bastian. Tenía los ojos cerrados, las pestañas oscuras descansaban sobre la parte superior de sus pómulos; parecía estar durmiendo. Extraño lugar había elegido para descansar. Su cara estaba toda relajada y eso lo hacía lucir un tanto más joven. Los suaves y tibios rayos del sol que podían atravesar las abundantes copas de los árboles acariciaban su rostro y lo volvían brillante. Sus gruesos brazos estaban cruzados sobre su pecho, que suavemente subía y bajaba con su respiración.

«¿Otra vez me lo tengo que encontrar?», se cuestionó ella porque sintió que su presencia arruinaba un poco su bello momento de tranquilidad. En verdad había querido estar sola por un rato.

Viendo que él estaba dormido, aprovecharía la oportunidad para hacer el gran escape. Dio media vuelta muy despacio, haciendo el menor sonido posible. Un paso, dos, tres y una rama que se quebró bajo su pie hizo que el muchacho se alertara.

—¡Hey, Amelie!

«Maldición. ¿Ahora qué hago?», pensó mientras giraba para verlo.

—¿Qué haces aquí sola? ¿No deberías estar en clases? Te vas a meter en problemas —preguntó con su voz suave y se estiró para desperezarse, así que comprobó que en verdad estaba durmiendo. No tenía intenciones de pararse o alejarse del lugar, ya que se quedó allí sentado. Siguió estirándose y levantó sus brazos por sobre la cabeza y su musculosa blanca dejó al descubierto su atlético torso. Amelie no pudo evitar mirarlo al menos por un segundo y, antes de que Bastian se diera cuenta, apartó la vista.

—Eh... Bueno, estaba tratando de respirar un poco de aire fresco. No me he estado sintiendo bien estas últimas horas y me duele un poco la cabeza, así que pensé que podía venir aquí a relajarme —explicó sin mirarlo directamente—. Además, yo no te delaté por tu maltrato, tú no debes decirle a la directora que me escapé de clases.

Bastian sonrió ante aquel comentario y, moviéndose un poco de su lugar, dejó respaldo libre en el tronco del árbol. Dio unos golpes en el pasto a su lado, invitándola a sentarse junto a él.

—Si me lo pides de esa manera, no se lo diré, aunque bien podría hacerlo.

—¿Serías capaz de eso? —preguntó ella un tanto molesta.

—Es broma, no soy un delator. Solo me pagan para servir comida.

—No es una buena broma para usar con alguien que se ha fugado de la escuela.

—Lo sé, ahora ven y siéntate aquí conmigo. A menos que quieras perderte en el bosque, pero no te lo recomendaría. Y con respecto a lo de hoy, sé que no debí usar tu nombre tan libremente, quedé como un verdadero entrometido, ¿verdad? —explicó, extendiendo una mano para invitarla otra vez a sentarse y usando ese tono de voz de niño que imploraba perdón. En eso era mejor que ella, mil veces más persuasivo.

Amelie recordó que no tenía excusa para dar si volvía al aula, así que decidió quedarse con él, no pensaba salir corriendo. Además, no sería tan malo esperar que el timbre final sonara, solo faltaban unos minutos. Se acercó

despacio, tratando de no mirarlo, y se sentó un tanto alejada de él, sintiéndose un poco nerviosa. Bastian observó la situación, entendió qué le debería estar pasando a la chica y solamente se rio, irguiendo levemente su cabeza hacia arriba y mordiendo su labio inferior, distraído.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? ¿Te parezco graciosa? —preguntó ella mirándolo directo a los ojos. Él se acercó, hasta dejar sus brazos a un milímetro de tocarse. Amelie dio las gracias de tener su campera puesta, aunque rozar la piel de Bastian le causaba gran curiosidad. Algo se había despertado en ella.

—Me río de ti, de cómo te alejas cada vez que yo quiero acercarme. ¿Estás nerviosa o incómoda? ¿Quieres que me vaya y te deje tranquila?

—Claro que no...

—No quiero que te sientas así —dijo Bastian, mirándola atentamente—. Yo sé que te conozco hace unos días, muy pocos días para ser más exacto, pero no sé cómo comportarme para que te des cuenta de que no te quiero dañar o hacerte sentir mal.

—¿Por qué me harías sentir mal? Incluso ¿por qué querrías dañarme?

—Y es que pareces estar a la defensiva desde que me viste en la cafetería la primera vez. Reconozco que soy entrometido a veces y que no empecé bien contigo, pero no creo haberte hecho nada malo para que me trates así —dijo, sonando un tanto dolido.

—Es que nunca estuve sola en un bosque con alguien a quien apenas conozco. Tal vez sea normal para ti, pero no lo es para mí —dijo Amelie, un poco avergonzada—. Por lo demás, Bastian, yo me enojé mucho conmigo misma por haberte hablado así.

—Seguro no lo dijiste adrede, te estabas defendiendo de mi intromisión.

—Lo sé, pero a veces siento que exagero demasiado hasta el punto de prohibirle a las personas que usen mi apodo. Fue una estupidez, ¿cómo me ibas a llamar si no era por mi nombre? ¿Chica X? —dijo ella entre risas, comprendiendo lo tonta que había sido esa situación. Luego respiró profundo y

se sintió más tranquila, nunca había pensado que iba a estar tan cerca de un chico hablándole de forma tan abierta acerca de sus sentimientos y justamente que ese chico sería Bastian.

—Está bien, Amy. Por más que te parezca una tontería, eso significa que te defiendes muy bien, que no dejas que cualquiera se meta contigo. —Amelie lo miró agradecida, esbozando una sonrisa—. Me gusta eso. No eres como las demás chicas que me piden comida; a ellas podría llamarlas por cualquier nombre tonto y me lo permitirían.

Amelie rio ante el comentario. Se imaginó a sus compañeras diciéndole sí a todo lo que Bastian les dijera y le hizo gracia. Aunque cuando llevó sus pensamientos a otro nivel, trató de alejarlos lo antes posible.

—Pero no me pidas disculpas. Está todo más que bien —dijo Bastian sin quitar la vista de su rostro. Sus ojos parecían quemarla mientras la inspeccionaba lentamente, como si hubiese querido tenerla tan cerca desde hacía tiempo. Se detuvo en cada parte de su cara, en su pelo rojo, en sus labios rosados y sus ojos dorados. Ella tuvo que mirar hacia arriba, a las copas de los árboles, que se movían con el viento, para no sonrojarse.

—¿Sabes una cosa? Yo tampoco tiendo a comportarme así.

—¿Así como?

—O sea... no trato igual a todas las personas. Es más, tú eres la única chica a la que le he hablado tanto. Y trato de caerte bien, por eso me desespera cuando no lo logro. —La sonrisa de Bastian se desvaneció un momento, inspiró aire y continuó—: Hay algo que me está pasando desde que me hablaste.

—¿Qué es lo que te está pasando? —preguntó ella intrigada y tragó fuerte, deseando escuchar su respuesta. Había visto demasiadas películas románticas y leído muchos libros también y, por cómo se venían dando las cosas con el muchacho ese, se podía imaginar la respuesta. En ese momento, se puso nerviosa porque no sabría qué responder si él le decía eso que ella estaba pensando. Tal vez solo quería invitarla a salir...

—Sé que es muy pronto, pero siento la necesidad de...

—¡Acá estabas, Amelie! Casi nos morimos de los nervios cuando no apareciste en el recreo. Las clases terminaron hace media hora. Te pasaste de rebelde —gritó Nadia cerca de ella, cargando su bolso y apareciendo de la nada. Los dos se sobresaltaron, habían estado tan absortos en su conversación que no notaron que Nadia y Alexis habían llegado como espectros silenciosos.

«¡Maldición! No me esperaba esto», pensó ella y vio la cara de su amigo. Estaba muy desconcertado. Bastian se paró con prisa bajo la mirada fija de Alexis.

—No van a pelear, ¿o sí? —interrogó Amelie y, poniéndose de pie, frotó sus brazos. Sentía más frío ahora que Bastian se había apartado de ella. Su amiga miraba en silencio la situación que se había vuelto incómoda.

—Esto no es un *ring*, Amy. Aunque verlos tan juntos es una escena de lo más rara. Podrían rentar un cuarto, ¿saben? —comentó Alexis y, dejando de estar tenso, soltó una carcajada.

—¿Qué dices? ¡Eres un tonto! Estábamos hablando, arreglando nuestras diferencias, no sé qué es lo que le ves de raro a eso, después me dicen exagerada a mí. —Se había sonrojado tanto que temió que hicieran un comentario al respecto y la expusieran—. Bastian ya se iba de todos modos y nosotros tenemos que hacer el trabajo de Historia.

—Él puede irse cuando quiera, pero ¿seguro que no le hiciste nada malo? La miras de manera muy extraña en la cafetería —arremetió Alexis, aún lleno de dudas.

—Puedes pensar lo que quieras, no eres mi jefe y no te debo explicaciones —dijo él, de lo más serio—. Pero que te quede una cosa en claro: nunca vuelvas a decir algo como eso o me veré obligado a romperte la nariz de un golpe. ¿Por quién me tomas? No soy un psicópata, por lo tanto, nunca podría hacerle algo malo a una persona y menos a Amelie. Les pido que escuchen a su amiga y le crean si ella les dice que aquí no ha pasado nada. Pero si quieren quedarse tranquilos, esto no volverá a suceder. Adiós, Amy, siento haberte

metido en un lío con tus amigos.

Se la quedó viendo a los ojos al pasar frente a ella. Su mirada ocultaba algo, se veía casi torturado, como si no le gustara para nada lo que su amigo había dicho, eso de herirla. Ese adiós no le hizo gracia alguna a Amelie. Los tres lo vieron alejarse, con la espalda erguida y cuadrada, se perdió entre los árboles mientras las hojas caían sobre él.

—¿Eres bipolar o qué demonios te pasa? Primero te parece que Bastian es arrogante y llegas al punto de odiarlo, ¡al segundo estás sola con él en el medio del bosque! ¿Y desde cuándo te llama Amy de esa manera tan familiar, como si te conociera desde siempre? —preguntó Nadia quién no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Desde hoy... —fue la respuesta obvia que no le hizo gracia a nadie—. Desde que yo se lo permití gracias a que te escuchó llamarme así en el almuerzo y toda esa charla sobre la catedral que es justamente donde vive —agregó mirando a Alexis que se había quedado en silencio. En el fondo, la manera en que el chico de la barra le había hablado lo había asustado un poco. No le tenía miedo, pero estaba seguro de que sería capaz de romperle la nariz como había dicho. Luego de un momento, volvió a hablar.

—¿Estás segura de que no se propasó? ¿No te besó o te tocó donde no debía?

—¡Al! ¿Qué clase de preguntas son esas? Está bien que te pongas en el papel de hermano, pero deja que la chica tenga experiencias. Y termina con el interrogatorio, porque un beso es lo que le falta a Amy, así ve la vida de otra manera —bromeó Nadia, tomándola de la mano y sonriendo. Seguro ya estaba creando teorías. Ella había visto a Bastian irse del comedor y luego Amelie les había dicho que se iría por ahí, y se habían dirigido hacia el mismo lugar. Y antes habían estado conversando mientras le servía comida.

—Lo que sea, pero ahora salgamos de acá, porque este lugar es tétrico y horrible —comentó Alexis. Ante sus palabras, Amelie sacó la lengua, ya que, desde ese día, el bosque era el lugar más hermoso en el que había estado. Le

encantaba, con su estremecedor silencio interrumpido, sus misteriosos ruidos imperceptibles, la tenue luz del sol, que trataba de iluminar, el murmullo de las hojas de los árboles cuando el viento las hacía temblar, el canto de las aves y Bastian sumado al paisaje.

En el auto, de camino a la casa de su mejor amiga, no pudo hacer más que pensar. Si hubiera tratado de no hacerlo, habría perdido la batalla, porque los recuerdos del bosque eran muy fuertes y destruían los muros mentales que ella ponía.

«¿Qué es lo que te está pasando desde que te vi? Necesito saberlo...», pensó ella, odiando que los hubieran interrumpido.

—¿Qué fue todo eso en el bosque, Amy? La verdad es que no te entiendo. Bueno, en cierto punto sí lo hago, porque Bastian es tan *hot* y es todo un protector, pero... ¿no se supone que lo odiabas? —preguntó Nadia con los ojos abiertos y tratando de que sus labios esbozaran una sonrisa. Ya se encontraban en su cuarto.

—Ah... con que es *hot* y protector. Otra más que se suma a la lista de admiradoras. Por favor, no pueden caer tan fácil —comentó Alexis dejando un plato lleno de sándwiches sobre el escritorio. Luego se dio vuelta para mirar a su novia con un gesto de reproche—. Solo porque ande casi desnudo todo el tiempo y se haga el difícil, que es algo que a ustedes las mujeres les encanta, no quiere decir que sea un buen tipo. Mañana voy desnudo al colegio a ver qué sucede.

—¡Dios! Estás terrible hoy, hermano. Ahórrame esas imágenes, por favor —imploró Amelie.

—No exageres, amor. Es para incentivar a Amelie, porque a mí no me parece más hermoso que tú, de eso estoy completamente segura. Y si vas desnudo al colegio todas te van a mirar, pero yo te voy a matar y luego te colgaré del mástil de la bandera de tus... —bromeó Nadia, acercándose hasta su novio para besarle en los labios—. Yo digo que Bastian es lindo para ella,

¿no te parece? Deberías invitarlo a salir.

—Chicos, la verdad es que fue solo una simple charla en el bosque. No sabía que él estaba allí y tampoco iba a volver a clase para que el profesor me retara por entrar tarde —mintió con descaro, ella misma podía reconocerlo—. Charlamos de cosas sin sentido como su trabajo, mis estudios y cosas de la vida

—Lo que quieras, amiga, pero si las tontas de Gina y sus secuaces supieran que estuviste sola con él, seguro te quemarían públicamente frente a la vista de todas las envidiosas —dijo Nadia riendo—. Lástima que nadie más los vio para que el jugoso chisme corra por los pasillos.

Se acercó hasta Amelie bailando de manera sensual y la tomó de las manos para que se uniera a la danza.

—Aunque Al ahora sienta que es tu hermano y que tiene que ser sobreprotector, yo te doy mi apoyo. Sigue hablándole, porque me encanta la pareja que hacen —agregó entusiasmada. Alexis se tiró sobre la cama dando un fuerte suspiro de derrota—. Además, ese chico está interesado en ti. ¿Has visto cómo te mira? ¿Y cómo le habló a Alexis acerca de ti?

—¡Mujeres! —exclamó su amigo, mirando al techo—. De todos modos, el loco no parece ser tan malo. No sé, esa manera en la que habló, parecía sincero; así que, si quieres pedirle que sea tu novio o algo, deberías hacerlo antes de que alguna popular te lo quite.

—Esperen los dos un segundo. ¿De qué estamos hablando? ¿Novio? No, no. Ustedes están equivocados —dijo alarmada cuando pudo pensar que todo estaba yendo demasiado lejos. Haciéndose la enojada, puso las manos sobre sus caderas—. Ni siquiera deberíamos estar hablando de él. Por favor, no estoy enamorada y él menos. Cuento con su apoyo para que se sume a nuestro grupo de amigos, pero nada más.

—Entonces dejaríamos de ser la Triple Alianza, tendríamos un aliado nuevo —comentó Alexis no muy convencido con la idea. Nadia golpeó su espalda, respirando nerviosamente.

—¿Ven lo que digo? Ni pensemos en eso, ni en él. Si va a traernos problemas, dejemos todo como está, que así está genial —dijo clavándose un cuchillo imaginario en el corazón porque ella lo quería conocer un poco más, pero tenía que decir lo siguiente para que las cosas no fueran más lejos de lo debido.

—¿Vieron la mano derecha de Bastian? —Sus amigos respondieron con una negativa—. Présténle atención mañana cuando les sirva la comida. Tiene un anillo dorado, al igual que las personas comprometidas o como el que usan nuestros padres. Tiene novia, es casado, tal vez tenga hijos... no sé, pero anillo de compromiso tiene —dijo, tomando un sándwich para desatar el nudo que se le había hecho en la garganta, ya que se estaba condenando a sí misma. Se quedó esperando la reacción de sus amigos. Nadia se había quedado sin habla, toda la alegría y el sentimiento de posibilidad que antes se reflejaba en sus ojos ahora se habían desvanecido.

—¿Estás segura de que es uno de esos anillos? Eso no es justo si tiene novia —preguntó Alexis, mirándola de frente, preocupado—. Si con apenas días de conocerte te protege de esa manera y se queda a solas contigo, si fuera tu amigo, ¿qué? ¿Te besaría o...? Eso no está bien si ese anillo significa lo que dices.

—Entonces, asunto olvidado. ¿Ok? —preguntó Amelie a los dos, que se acercaban al escritorio para comenzar con el trabajo de Historia que debían entregar la semana siguiente. Ella podía sentir que ambos estaban dudando de su convicción.

—Olvidado —repitieron los dos a la misma vez. El cuchillo terminó por destruirla y el adiós de Bastian se repitió en su cabeza, se escapó de su mente y recorrió los senderos del bosque para perderse en su profundidad.

Atrapada

El jueves pasó rápido, pero aun así la semana se negaba a terminar. Amelie comenzó su día de la peor manera, porque su sueño de todas las noches había cambiado; la variación se había producido. Lo conocía tan de memoria que una simple hoja de árbol que antes no estaba ahí llamaría su atención.

Había llegado otra vez a la parte en la que se acercaba hasta el ser misterioso para ver su rostro, cuando se dio cuenta de que un automóvil se había sumado al paisaje. Un auto que le parecía conocido y que tenía luces fuertes pasó por la ruta detrás de ella y alumbró por un segundo la cara de su antes invisible compañero. La pudo ver nítida como si fuera de día bajo los abrasadores rayos de un sol de enero. Su piel era clara, los ojos verdes y el cabello negro recién cortado. Su mano, en la que llevaba un anillo dorado que brillaba desprendiendo destellos, aún puesta en su hombro, estaba quemándola y recordándole cosas que la torturaban.

—¡Bastian! —dijo en voz alta, abriendo los ojos de repente. Trató de respirar porque era como si alguien le hubiera pegado en la boca del estómago y la hubiera dejado sin aire. El enojo hacia él y a su manera de entrometerse, que se había esfumado hacía unos días, volvió de repente.

«¿No es suficiente con estar en cada lugar al que miro en el colegio? ¿No le basta con hacerme sentir como una tonta que no sabe reaccionar? Ahora también se mete en mis sueños», protestó y se puso una almohada en la cara para ahogar un grito. Antes se moría de ganas por ver el rostro de la persona

que aparecía en su sueño, pero en ese momento no estaba segura de si lo que había visto la conformaba.

A pesar de que Bastian le atraía cada vez más, no podía evitar pensar en lo que había dicho Alexis. Él era un chico que pasaba tiempo con otras chicas en la soledad del bosque estando comprometido. Alguien que, por más educado que fuera, rompería la triple alianza con sus amigos. No lo podía permitir.

De repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por un estruendo en la ventana que por poco la hizo dar un salto. El corazón casi se le salió por la boca y se sentó en la cama. Se paró despacio y observó lo que había pasado. Cuando se acercó hasta ella, en los mosaicos del pequeño balcón había un ave negra con las alas extendidas. Su pico había quedado abierto y sus ojos, que eran como pequeñas bolas oscuras, estaban estáticos y puestos en el cielo. Entendió que ya no tenía vida. Abrió el ventanal hacia el pequeño balcón y se arrodilló junto a la criatura.

Su dedo tocó el suave plumaje y el gordo pecho que antes se había inflado. Pero la criatura no estaba muerta y al instante un graznido horrendo interrumpió el silencio y estalló en sus oídos. El cuervo cobró vida en un segundo y Amelie cayó sentada al suelo muerta de miedo.

Asustada todavía, se deslizó hacia atrás impulsándose con las piernas y logró cerrar la ventana. Soltó un grito de terror cuando el ave comenzó a volar y arremeter contra el vidrio, como si quisiera quebrarlo con su afilado pico.

Su madre y su hermana llegaron hasta la habitación corriendo desesperadas por el grito que habían oído desde la cocina. El ave ya se había marchado, era solo una mancha negra en el cielo azul.

—Amelie, ¿qué te pasa hija? ¿Qué fueron esos gritos? —preguntó con la voz preocupada, mientras su hermana la miraba como si estuviera viendo a una loca. Logró calmarse apenas su mamá la abrazó. Era el efecto que los abrazos de su madre siempre tenían. El mundo podría venirse abajo, su cielo podría derrumbarse, pero los brazos de su madre eran un escudo. Allí todo estaba bien.

—Creí... creí que estaba muerta... —Muy pronto se convenció de que no tenía por qué asustar a su madre. Era solo un ave. Una muy amenazante, pero ave después de todo. No podía hacerle daño—. No es nada serio. ¡Qué tonta! Es solo que un ave se estrelló contra la ventana y me dio un tremendo susto.

Fingió una sonrisa que logró tranquilizar a la mujer. La verdad era que se había sentido atacada por un pájaro que ni siquiera habitaba esas zonas y no quería admitirlo porque estaba segura de que no creerían que un cuervo andaba por Puerto Azul. Lo más seguro era que se tratara de otra clase de ave.

—Eres mi chiquita aún. Tienes todo el derecho de asustarte —bromeó su madre y las tres comenzaron a reír.

Si el día anterior no había podido lidiar con la presencia de Bastian, esa mañana, con el enojo que tenía por su intromisión en su más hermoso sueño, no le sería difícil ignorarlo. Sintió que era lo que debería haber hecho desde un principio. Sumado a eso, aún se sentía rara por lo que le había pasado con el cuervo y un miedo indescriptible se había instalado en su cuerpo.

Cuando la hora del almuerzo llegó y tuvo que pasar por la cafetería y frente a la bella sonrisa de Bastian, ella solo le dijo:

—Hola. Una manzana, por favor.

Ni siquiera lo miró a la cara, tomó la bandeja casi vacía y se alejó a toda prisa sin esperar su reacción. El muchacho se quedó desconcertado, por decir poco. Después de todo lo que había pasado en el bosque, había sentido que las cosas habían quedado bien. Pensó que tal vez sus amigos se habían molestado, que él no les caía bien y por eso ella se mostraba distante. Bastian sentía que iba a estallar con los cambios de ánimo de Amelie, quien podía pasar de ser la persona más tierna del colegio a una chica completamente fría y distante, lo que no le agradó en absoluto. En un momento pensó en ir a buscarla y preguntarle qué le estaba pasando, pero sacudió la cabeza y siguió con su trabajo.

Los tres amigos estaban en su mesa de costumbre y riendo sin parar con los chistes de Alexis. Amelie entonces ni tiempo tenía para dar una mirada

descuidada hacia la barra de comidas, pero algo en ella ansiaba hacerlo. Sabía que sus ojos estaban puestos en ella, aunque pretendiera estar ocupado; ese chico tenía una mirada tan profunda y penetrante que era imposible no sentirla por más que lo ignorara.

—Parece que el tipo está un poco perdido hoy —comentó Alexis—, como desconcertado. Y lo comprendo, no creas que no le presté atención a tu paso por la barra.

—¿De qué hablas? ¿A qué paso te refieres? Parece que se ha vuelto el *show* del día mi paso por la barra de comidas.

—Me refiero a que un día le hablas bien y al otro lo tratas mal —le explicó Alexis, tratando de no sonar hiriente—. Tengo mis dudas con respecto a él pero, si yo estuviera en su lugar, ni siquiera intentaría agradarte nunca más. No te lo tomes a mal, hermana, pero es la verdad.

«Lo hice en parte por lo que tú dijiste, Al», se reprochó en su mente. Pero ¿era cierto?

Amelie levantó los ojos y le dedicó esa mirada que había estado posponiendo. Y su corazón simplemente se le hizo pedazos como una copa de cristal que se estrella contra el suelo. Sus ojos, que siempre tenían una chispa de magia, estaban apagados y fijos en una bandeja de comida. No los había visto así en cuatro días, ni siquiera cuando le habló tan mal. Ella bajó su cabeza y miró sus manos que reposaban sobre su falda.

«¿Por qué me empeño en hacer sufrir a ese chico? Después no te enojas si te tratan de histérica, Amelie», se reprochó otra vez. Sintió que había sido tonto culparlo por aparecer en su sueño porque, si lo pensaba como una persona madura, él no era el responsable de nada. Era ella misma quien lo había puesto allí por alguna razón. Tal vez por el tiempo que había pasado junto a él en el bosque o por la incipiente obsesión que estaba experimentando. A todo el mundo le pasaba que cuando una persona estaba metida en su cabeza por mucho tiempo, luego aparecía en sus sueños. Sabía que tenía que pedirle perdón, pero no sabía de qué manera.

—Y bueno, él se lo pierde. No creo que la forma en que Amelie lo trató hoy sea errada. Eso le pasa por olvidar que tiene un anillo de compromiso con alguien —comentó Nadia, que lo primero que había hecho al entrar a la cafetería fue mirarle la mano para comprobar que lo del anillo era cierto—. Amy no puede quedar como una chica fácil sabiendo que Bastian tiene novia. Pero, si de verdad él quiere tener algo contigo, amiga, que arregle sus asuntos primero.

Fue en ese momento que Amelie no supo si estaba bien darle tanta importancia a un objeto que podía ser un regalo o él mismo haberlo comprado y, peor aún, enredarlo en una situación de la que él no tenía la más mínima idea. Pero Nadia había dicho que lo llevaba «justo en ese dedo». Al parecer existía un dedo correcto donde iban los anillos de compromiso. El cielo de Amelie se derrumbó un poco más con ese dato.

El primer timbre de salvación sonó. Se alejó del lugar con sus amigos y lo dejó desconcertado, pero no iba a volver a disculparse o a explicar, porque sabía que haría la situación aún peor. Tal vez era mejor que todo terminara allí. No podía creer que, a tan poco tiempo de conocerlo, la hiciera sentir tan confundida.

Luego de un tiempo deseó algo con todas sus ganas y la magia volvió a ser real. El timbre que indicaba el final del día retumbó en los pasillos. Se levantó de la silla victoriosa, creyendo que era ella quien con su fuerza mental lo había hecho sonar.

Esa tarde no quiso ir a lo de Nadia, quería leer una novela en la cama, descansar y estar sola. Bastian pasó cerca de ellos en el estacionamiento, pero ni siquiera la miró. Arrojó una chaqueta de cuero negro dentro del auto, se subió a él y, marchándose a toda velocidad por el camino de piedras, hizo que estas volaran en todas las direcciones.

Amy se despidió de sus amigos al bajar del auto frente a su casa y caminó sintiéndose decepcionada consigo misma, porque recordó que su papá siempre le había enseñado que no debía engañar a sus sentimientos. Decía que uno

debía actuar conforme a ellos y la muchacha sintió que eso era algo que no había hecho ni una sola vez en cuatro días.

El viernes llegó nublado y caluroso. La cerámica de toda la casa se veía cubierta por pequeñas gotas de humedad. Era obvio que en cualquier momento del día podría llover.

Amelie dio sus rutinarias vueltas en la cama y esa vez su cuerpo se sintió descansado, así que supuso que había dormido bien. Las mariposas cerca de la ventana estaban estáticas, como esperando ver qué le pasaría ese día, qué locura se le ocurriría o qué sorpresa se iba a llevar la chica que había decidido cambiar su condición de solitaria y salir a la luz del mundo «normal».

En un momento quiso que su vida volviera a ser la de días atrás y convertirse en la persona que no hacía más que estar encerrada en su casa, sin amigos y nada en qué pensar. Pero no, después supo que había conocido a personas maravillosas a las que no estaba dispuesta a perder.

Recordó el sueño que había tenido por la noche y este había estado intacto, misterioso, pero igual que siempre. No hubo luces entrometidas que alumbraran rostros que no quería ver. Entendió que el hecho de ignorarlo el día anterior había hecho que su sueño volviera a ser el mismo. Entonces eso significaba que, ignorándolo, todo estaba bien, así que lo seguiría haciendo. No sabía por cuánto tiempo, pero se arriesgaría a intentarlo. Ese día le sería fácil porque, al ser el último día de clases de la semana, no tenía doble turno y eso significaba que no tendría que ir al comedor.

Se vistió con una camiseta azul ajustada que le encantaba casi tanto como las mariposas imperiales, quienes tienen la extraña característica de vivir solo un día. Esperó que su confianza no muriera tan pronto. Peinó su cabello como de costumbre y bajó las escaleras.

Su padre estaba sentado a la mesa con el diario frente a su cara. Apenas se sentó en la silla, lo quitó de sus ojos para mirarla y notó que su hija se

encontraba silenciosa y pensativa.

—¿Te sucede algo, hija? Esa manera de suspirar no me gusta nada — preguntó.

—¿Eres experto en suspiros, papá? —bromeó y ambos sonrieron—. No me pasa nada. Yo creo que debe ser el día, que me tiene sin ganas de hacer nada. Todo se siente tan pesado y difícil de soportar —agregó ella suspirando hondo. Allí tenía su padre otro más para hacer un diagnóstico. Recordó lo que había pensado un día atrás. Lo de la decepción al no ser fiel a sus sentimientos. Tomó la taza con sus dos manos porque le gustaba sentir su calor entre los dedos en días así.

—¿Qué ánimo tienes, hija! ¿Estás segura de que no te sucede nada? — preguntó su padre, mirándola de reojo.

—En serio, no pasa nada, papá.

—Bueno, si no tienes ganas de hablar conmigo, me iré a trabajar —informó y saludó a sus tres mujeres. Besó la frente de Amelie y la miró dos segundos con algo en sus ojos que su boca no decía. Él podía darse cuenta de que era la vida social y no el clima lo que había influido en su ánimo esa mañana. Pero no quiso seguir insistiendo y por eso decidió marcharse; siempre le daba tiempo y luego Amy acudía a él cuando sentía que estaba a punto de estallar para que le dijera: «Lo sabía».

Cuando la bocina del auto de Alexis avisó de su llegada, su ánimo cambió bastante. Salió corriendo por la puerta principal cargando su bolso y saludó a su madre y hermana gritando a lo lejos.

Subió al auto mientras los chicos cantaban una canción que pasaban en la radio y de la que no sabían muy bien la letra. Eso hizo que Amelie sonriera y se sintiera mucho mejor. El vehículo empezó a recorrer las calles bajo la fina llovizna, que mojaba todo alrededor y que se había instalado bajo los cielos encapotados de nubes grises.

La primera materia del día fue Inglés. La profesora hizo que Amy leyera el principio de un cuento para niños. Llegó a una parte donde decía «*father*» y

Alexis desde el fondo aclaró su garganta, de modo que se acordara de Leo cuando trataba de pronunciar con acento británico. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no reírse, pensando que iba a explotar por contener la risa.

—*Very Good, Amelie. Thank you. You can go to your seat now* —dijo la profesora y la salvó de hacer el ridículo frente a toda la clase. Cuando llegó a su lugar, golpeó la cabeza de su amigo disimuladamente con los dedos.

Al instante escuchó una voz cerca de su oído.

—*That was excellent* —comentó Leo estirándose de su silla y apoyando una mano en el escritorio de Amy. De seguro, había quedado fascinado con su lectura para felicitarla de esa manera, aunque le festejaba todo lo que hacía, así que no era muy objetivo.

—*Thank you* —respondió ella sin más, con las risas de sus amigos de fondo.

—*All you need is love...* —cantó Alexis y estalló en carcajadas, lo que le valió el reto de la profesora.

Durante la penúltima materia, Nadia empezó a sentirse mal. Le dolía la cabeza y estaba realmente descompuesta, pálida como una hoja de papel. Entonces Alexis, con permiso de la directora, decidió llevarla a su casa.

—Segura que tienes con quien volver, ¿no? —preguntó Alexis a su amiga.

—Sí, no se preocupen. Mamá sigue pagando el transporte, así que no habrá problema —dijo Amy tratando de hacerles ver que todo estaba más que bien—. No van a hacerme tía, ¿verdad?

Los ojos de ambos se pusieron como platos y Amelie se rio.

—¡Te las cobraste, tonta! —dijo Nadia, entrecerrando los ojos—. En cuanto tome algo y me sienta mejor, te llamo, así Al te busca para que pases la tarde con nosotros. No quería dejarte aquí un viernes —propuso Nadia.

—Gracias, pero es mejor que te recuperes y descanses —la convenció, mirando a su amiga un tanto preocupada—. Nos vemos el fin de semana de todos modos, o sea, mañana.

Después de despedirse, Nadia y Alexis se alejaron por el largo corredor para perderse en la llovizna espesa, él iba tomándola de la cintura.

Amelie se quedó sola y volvió a sentirse como antes. Entendió que el cuestionamiento que se había hecho por la mañana temprano había sido otra tontería más en su cabeza. Ahora que conocía lo que era tener amigos, no lo cambiaría por nada del mundo.

La última hora se le hizo interminable. Poco a poco el sonido de los truenos se hizo presente, pudo ver relámpagos como grietas enormes en el cielo oscuro a través de la ventana y de improvisto la lluvia cayó de manera torrencial, y empapó el gran patio y las galerías del colegio.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado observando la tormenta cuando el timbre final la hizo saltar de la silla. El día escolar había terminado.

Se apresuró a salir del aula y caminó acelerando sus pasos. Cuando tocó la puerta de entrada, se dio cuenta de que en su alegría de escapar de la escuela había olvidado algunos libros bajo el escritorio.

«¡Solo a mí me podía pasar!», se reprochó porque debería volver por el largo pasillo. Miró hacia fuera, el colectivo aún estaba allí, el humo del caño de escape se mezclaba con la lluvia. Solo faltaban unos pocos chicos por subir. Volvió corriendo a su clase y tomó los libros. Algunos se cayeron de sus manos e intentó colocarlos en el bolso a la misma vez, tarea que se le hizo imposible y eso provocó que se retrasara aún más. Volvió a correr por el pasillo cuando ya estaba lista, escuchando el ruido de un motor alejarse. Se detuvo frente a la puerta, observando cómo el colectivo se marchaba.

«Genial. Bien hecho, Amelie», pensó y respiró hondo, experimentando el silencio del lugar, pues casi todos ya se habían marchado.

Se quedó mirando la lluvia a través de la puerta de vidrio, pensando preocupada en qué era lo que iba a hacer. Solía ahogarse en un vaso de agua por más que tuviera la salida enfrente.

De repente, sus oídos percibieron pasos cercanos que destruían el silencio; no estaba sola. Se acercaban a ella, acompañados de un perfume conocido, era imposible no reconocerlo.

«Y ahora todo es más que genial», volvió a pensar sarcásticamente.

Se dio vuelta para comprobar que era Bastian. A pesar de que no tenían que almorzar ese día, él y Juan se reunían para hacer el inventario de los alimentos que debían pedir durante el fin de semana.

Amelie no esperó verlo esa mañana. Iba vestido como si quisiera resaltar entre la multitud, ayudado por una camisa entallada y unos jeans ajustados, y en su cabeza traía una gorra de lana, pero de color gris esa vez.

—Hey, ¿cómo estás? ¿Todavía por aquí? —preguntó sin mucha alegría en la voz, pero mantuvo la cortesía. Se lo notaba más frío y distante que antes, ya que de seguro el comportamiento de Amy le había dado mucho en qué pensar. Sobre todo, en cómo dirigirse a una chica tan cambiante.

—Se podría decir que bien, pero acabo de perder el colectivo y mis amigos se fueron antes. Así que ahora me encuentro en un debate interno sobre qué hacer para llegar a mi casa —dijo con un humor que la sorprendió, señalando a la puerta desde donde se podía ver el estacionamiento casi vacío.

—Entonces se convertirá en tu día de suerte, porque ya terminé con el inventario y de hacer la caja con Juan en el comedor, así que me voy a casa. Te llevo hasta la tuya, no te preocupes —ofreció con los ojos brillantes, y esperó dudoso su respuesta, que se hizo esperar—. Mi auto no es tan nuevo como el de tu amigo, pero al menos no te vas a mojar ni gastarás en taxi —agregó sonriente. Su risa había vuelto a iluminar su cara.

—Yo no le presto atención a los autos. Aunque sé que el tuyo es un Chevy Nova, la tercera generación de ese modelo. Me lo dijo Al —aclaró ante la mirada sorprendida de Bastian—. Además, los autos viejos resisten más.

—Suenas como toda una experta. ¿Tu amigo te enseñó sobre autos?

—No, solo me explicó algo acerca del tuyo —respondió Amelie—. Parece que le gustó.

—Pues estás en lo correcto —dijo él, todavía con la sonrisa en el rostro—. Bueno, ¿qué dices? ¿Me dejas llevarte hasta tu casa?

—Hmm, está bien. Creo que voy a aceptar tu oferta, Bastian. La verdad es que no traje dinero para pagar un taxi, así que, si no es molestia para ti, iré

contigo —dijo mordiendo su labio con algo de nervios y dando el paso que se había estado negando a dar.

Podría haber llamado un taxi y usar la frase: «Soy hija del intendente y te pago en casa», pero ¿por qué seguir con la farsa del ignorar?

—Me parece la mejor decisión y no es molestia alguna, acabo de ofrecerme a llevarte. Si fuera una molestia, ni siquiera lo hubiera propuesto —comentó sonriente.

La lluvia había hecho que todo se sintiera fresco y Amy se abrazó a sí misma para sentirse más cálida. Él se dio cuenta al instante y miró la chaqueta de cuero que traía en sus manos. Lentamente, pero con gracia, se acercó a ella, cerró todo espacio entre ellos y la colocó con delicadeza alrededor de sus hombros. Sus manos se quedaron un rato en ellos, lo mismo sus ojos, analizándola. Cuando la respiración de la muchacha se tornó irregular, Bastian se dio cuenta de que ella estaba incómoda y decidió quitar las manos de sus hombros.

—Ahora espera a que acerque el auto a la puerta y corres lo más rápido que puedas para no mojarte. No te vayas, ya vuelvo —exclamó.

De todos modos, no iba a poder irse a ningún lado. No logró articular palabra después de que él le había dado su abrigo, y su suave voz no hizo más que convencerla de inmediato.

Mientras esperaba, recorriendo con sus dedos el material de la chaqueta de Bastian, escuchó resonar unos tacones en el pasillo, detrás de ella. Al parecer no todos se habían marchado porque, cuando giró para ver quién venía, observó a Zaira caminar por el pasillo con la frente en alto, como si estuviera en la pasarela de un desfile de modas. Amy se sintió tan pequeña e insignificante ante esa chica que parecía sensual y segura de sí misma todo el tiempo. En un momento pensó que ni siquiera la había registrado, pero se detuvo a su lado y la miró con una sonrisa en sus labios.

—¿Así que te vas a casa con el chico de la barra? Creo que debo felicitarte porque es lo que todas las mujeres del colegio han deseado alguna vez. —Lo

decía con malicia, mirando a Amy de arriba abajo, como si no la considerara gran cosa o un insignificante insecto asqueroso al que debería aplastar, pero por alguna razón se contenía—. Y bueno, tú has logrado captar su atención. Espero que no lo metas en problemas con su jefe, porque creo que las reglas dicen que no debe haber contacto entre ustedes.

Se adelantó un paso y volvió a dirigirle la palabra.

—¿Te has fijado en el anillo que lleva en su mano? Quizá no solo lo metas en problemas con su jefe... Es increíble, siempre son las más santurronas.

Sin más, Zaira se puso la capucha de su abrigo negro, dejó que una carcajada flotara en el aire y caminó bajo la lluvia hasta un BMW plateado. Amelie no supo qué responder ante lo del anillo, pero se preocupó también por la directora y Juan que, si los llegaban a ver juntos, de seguro podían despedir al muchacho. ¿Quién se creía que era para hablarle de esa manera? Quiso observar a la chica un poco más cuando el auto de Bastian se interpuso. Él se estiró sobre el asiento para abrir la puerta del acompañante y le hizo una señal. Corrió lo más rápido que pudo bajo las frías y gordas gotas de agua, hasta que por fin se sintió cálida en el interior del vehículo.

—Por cierto, gracias por prestarme la chaqueta. Me hubiese empapado —dijo casi susurrando y él se sintió feliz de poder ayudarla, eso estaba más que claro en su sonrisa de satisfacción.

La muchacha sintió que Bastian no hacía las cosas con una doble intención, para aprovecharse de ella, porque todo era muy inocente. Seguramente, estaba respetando a la poseedora del anillo que era igual al suyo y que quien pensaba en segundas intenciones era ella misma.

—¡Tú ni siquiera te mojaste! ¿Cómo es posible? ¿Esquivas gotas de lluvia o qué? —cuestionó un tanto sorprendida al ver que su largo cabello rojo estaba húmedo y el atuendo de Bastian intacto.

Amelie soltó la cinta que ataba su cabello y lo dejó caer largo y ondulado sobre sus hombros. El muchacho sacudió la cabeza, como si saliera de un sueño, pero Amy no se daba cuenta todavía de lo linda y tierna que podía ser a

veces y eso llamaba su atención.

—No llovía tanto cuando yo salí a buscar el auto. Solo unas gotas, pero me sequé en estos minutos —dijo sonriente, usando un tono de voz sereno, moviendo los labios de manera lenta, y ella le creyó por completo.

Nervios, nervios y más nervios, porque estar sola con Bastian la incomodaba y no sabía cómo actuar. Dejó la vista fija en la calle adelante, aunque no se podía ver mucho porque la lluvia torrencial hacía que se redujera la visibilidad y que la cortina de agua lo cubriera todo. En el cielo las nubes negras se arremolinaban y el viento empujaba el agua.

—No quería hacerlo, pero creo que voy a tener que estacionar el auto hasta que no llueva tan fuerte. Es imposible ver algo —explicó él, luego de haber conducido unos minutos. Por mucho que ella detestara prolongar el tiempo a su lado, por lo nerviosa que la hacía sentir, la verdad era que esa ruta que comunicaba el Highland y la ciudad era bastante trágica en días así. Entonces Amelie prefirió morir por sus palabras, a hacerlo estrellada contra un camión. Estaba atrapada.

—Bueno, si es necesario que nos quedemos... —dijo con la vista aún fija en el exterior. Los relámpagos constantes iluminaban el interior del auto—. Parece que nunca va a parar de llover y quisiera estar en mi casa. En mi cama y leyendo un buen libro —agregó, dibujando líneas sin sentido en el vidrio que se había empañado.

—Amy, aún no confías en mí, ¿verdad? ¿Tanta prisa tienes por llegar a tu casa? —dijo Bastian, sorprendido ante la urgencia de la chica—. Cuando menos te lo imagines vas a estar segura en tu habitación y no tendrás que soportar mi presencia. Créeme, no te preocupes.

Un auto pasó por la ruta e hizo que el agua estancada salpicara el vidrio del lado de Amelie.

—Perdón, no quería que sonara de esa manera...

—Mmm, desde ayer hay algo que te quiero preguntar y no me había animado a hacerlo hasta ahora por miedo a que me golpees —bromeó.

—Bueno, puedes preguntar y prometo que no voy ser violenta —respondió ella sonriente, mientras la lluvia volvía a caer con fuerza y azotaba el techo del auto.

—Amy, en verdad quiero que me digas qué es lo que estoy haciendo mal contigo.

—¿No habíamos hablado ya de esto?

—Sí, es verdad, pero no logro entenderlo —respondió Bastian, con esa voz que a la chica se le estaba haciendo difícil resistir—. Porque un día todo está bien, me hablas y sonríes, y al otro apenas me diriges la palabra. No es tu obligación hablarme o tratarme como un amigo, eso está más que claro, pero me desconciertas y no te das una idea de cuánto.

—Te juro que te entiendo, Bastian. No creas que no me doy cuenta de las cosas que estoy haciendo mal. Porque me repito cosas que debo o no debo hacer y luego no cumplo con ninguna de ellas. —Lo decía sin mirarlo, tratando de no parecer tonta o descortés—. Debes pensar que soy una histérica y sé que me porté como una chica malcriada. Que no te hablé ayer en el comedor después de lo que pasó en el bosque, incluso cuando te permito estar cerca —expresó y cargó sus pulmones de aire para dejar todo salir. Realmente, necesitaba decirle cómo se sentía—. Lo que me está afectando es el hecho de que hace muy poco salí al mundo exterior, hace cinco días para ser exacta. Puedes reírte porque es de lo más patético como suena, pero... yo nunca sentí la necesidad de tener amigos, de vivir como una adolescente normal. Entonces, con todo lo que ha pasado en estos días, no sé cómo comportarme o qué sentir. Y en eso llegas tú y te comportas de manera arrogante a veces y otras veces súper dulce, y no te das una idea de lo confundida que estoy. Vas a pensar que es una tontería, pero hay una guerra de ideas en mi cabeza —explicó jugando con el cierre de la chaqueta que él le había prestado.

—Bueno, ahora creo que te entiendo un poco, pero ¿en serio puede llegar a ser tan difícil? —preguntó Bastian, quitándose su gorro de lana—. Digo, todo lo que has vivido esta semana. Yo no quería sumarte más presión o problemas,

pensé que me comportaba así con todo el mundo, pero ya veo que no. Te pido disculpas.

—No es necesario que me pidas disculpas. ¿No te das cuenta? Tú has sido muy bueno conmigo hasta ahora, pero siempre te terminas disculpando cuando soy yo la responsable de crear estas situaciones en la que tú quedas como el malo —comentó poniendo énfasis, para que se diera cuenta de que él no era una carga. La estúpida teoría de ignorarlo casi había arruinado todo.

—A mí no me molesta pedirte disculpas en lo más mínimo, pero entiendo que te sientas así, tan confusa. ¿Quieres hablar de eso? —Sonrió con dulzura, lo que dejó a Amelie perdida por un momento—. Porque si es tan difícil haber salido a la vida como dices, es lógico que no sepas comportarte en ciertas ocasiones. Además, con un loco que te mira desde la barra de comidas, es peor.

Ambos rieron al mismo tiempo, un poco incómodos. Repentinamente, Bastian extendió su mano para tocar el cabello de Amy y ella otra vez se quedó congelada. ¿Qué estaba haciendo?

Con cuidado le puso su gorro de lana en la cabeza, y acomodó su cabello para que cayera perfecto sobre sus hombros.

—Y creo que si me quedo mirándote es porque llamas mucho mi atención.

Amelie trató de recordar cómo se respiraba.

—A veces intento ver a otro lado, pero allí estás tú con tu cabello que parece fuego y ya no puedo evitar mirarte, así que te regalo mi gorro de lana para que lo uses a menudo y yo pueda hacer mi trabajo tranquilo cuando estás en la cafetería. —Se rio, mirándola a los ojos, lo cual hizo que ella se sonrojara y que él se diera cuenta al instante.

—Otra vez poniéndote las cosas difíciles, no fue mi intención. Aunque tú eres la culpable de tener el color de pelo que me gusta y de quedar incluso más linda con ese gorro —bromeó, volviendo a poner sus manos al volante. Había dicho «gustar» y que ella era linda.

«¿Qué significa todo esto en verdad? ¿Qué yo le gusto? No puede estar

refiriéndose solo a mi cabello», pensó ella y lo observó. Él cerró sus ojos con fuerza, soltando un leve suspiro, como si todo lo que estaba diciendo no fuera apropiado, pero se decidió a volver a hablar.

—Amelie, te pido que olvides el concepto de «locura» y me escuches, para mí todo esto de ser tan abierto es nuevo también y nunca he tenido que explicar las cosas —dijo él, volviendo a mirarla con ojos penetrantes.

—Está bien, te escucho y no te preocupes porque a esta altura ya no sé qué es normal o qué es locura.

—Te pido que me dejes quedarme en tu vida, que no me esquives y te escondas de mí. —Amelie creyó que verlo suplicar lo hacía todavía más irresistible.

«¡No puede ser tan dulce, no puede!», se dijo, tratando de prestarle atención y de no pensar cosas que no debía. Sus ojos de color miel, cuyo poder sobre él ignoraba, se posaron sobre su bello rostro.

—¡Y ahí está de nuevo esa mirada!

—¿De qué hablas? ¿Puedes ser más claro?

—Esa forma que tienes de mirarme como si pudieras distinguir mi alma me desconcierta. Desde que me miraste en la cafetería, como si pudieras ver algo en mí que nadie más puede, no solo mi apariencia, parece que me descubriste. Has tirado mi mundo abajo, lo has hecho temblar hasta sus cimientos. Todo en lo que yo creía, lo que me repetía que no debía hacer, lo estoy haciendo desde que tus ojos decidieron encontrarme. Suena raro, loco, trillado y cursi, pero siento que quiero pasar más tiempo contigo, no de la manera en la que estoy acostumbrado. No quiero que sea solo por mi trabajo... es decir, en el almuerzo. Seguramente no empecé bien y de seguro pensaste que era un acosador cuando te miraba tanto, pero no me pude contener, ya no puedo y no quiero contenerme —dijo con la voz llena de dulzura, seguridad y sonriendo al final.

Amelie no podía creer lo que estaba escuchando, su corazón latía rápido y unos escalofríos le recorrían el cuerpo. No sabía qué responder, porque él la

hacía sentir tan rara. Bastian era así, misterioso, intenso y sus palabras la golpeaban con la fuerza de grandes olas.

«¿Esto es a lo que las personas se refieren cuando hablaban de amor a primera vista?», pensó Amelie, sin poder emitir palabra todavía.

Nunca antes un chico le había dicho que ella le interesaba de esa manera, o sea que no sabía cómo responder y él confundió su silencio con una negativa.

—A lo mejor estoy siendo ingenuo al pedirte entrar en tu vida. Tú estás feliz con tus amigos, veo cómo se divierten en el almuerzo —dijo Bastian, melancólico—. Ojalá yo tuviera alguien que me hiciera reír así. Pero al menos prométeme que me vas a dejar estar cerca.

Le estaba implorando. El hecho de que parecía no tener amigos tocó el corazón de la muchacha, porque ella sabía muy bien lo que se sentía ser solitario. En ese momento quiso abrazarlo, pero se resistió a la tentación y se limitó a suspirar, su expresión relajada y sus rasgos se volvieron tiernos.

—Bastian, quiero que sepas que nunca le voy a negar la oportunidad a alguien de entrar en mi vida. Pero también siento que todo esto está yendo demasiado rápido. Es confuso porque no entiendo a qué te refieres con eso de quedarte en mi vida si nos vemos todos los días.

—Sé que es extraño, pero es lo que siento.

—Es demasiado raro. Por ahora te prometo que te dejaré estar cerca, pero no esperes controlar mi comida el fin de semana, este trato no incluye eso —bromeó Amelie tratando de sonar amigable y graciosa para descomprimir semejante situación.

—De acuerdo. Aunque no lo entiendas, para mí significa mucho —dijo él feliz, con sus ojos más brillantes que nunca y esas ganas misteriosas de estar cerca de Amelie siempre presentes. Un relámpago se reflejó en el anillo que llevaba en su mano derecha.

—Ahora es mi turno para preguntar algo... —dijo Amy viendo su expresión. ¿Le gustaría que ella le hiciera preguntas personales? Al final, no le importó demasiado, ya que de una vez por todas quería aclarar la situación. Pero el

interrogante que vino a ella no estaba relacionado en realidad con la primera pregunta que más deseaba hacerle.

—Lo que quieras. Pregunta por pregunta —dijo confiado y dispuesto a responder. Giró un poco su cuerpo para poder mirarla mejor.

—*Ok*. Quiero saber por qué, si yo te he estado esquivando como dices, todavía te quedan ganas de estar cerca —cuestionó, humedeciendo sus labios—. Es decir, con lo mal que te trato todo el tiempo, aun así, me hablas bien y sigues a mi lado con tanta insistencia

Bastian suspiró hondo antes de responder.

—Porque me gustan los retos —bromeó—. No, la verdad es que siento la fuerte necesidad de cuidarte. La obligación de protegerte desde que te vi. No quiero que te asustes, porque no soy un loco, psicópata u obsesivo, aunque lo que te he dicho hoy no ayuda a quitarte ese pensamiento. Es solo que... no te puedo contar todo y esa es la parte difícil del asunto. —De pronto, Bastian había abierto la caja del misterio. Ahora sí que ella estaba intrigada y, cuando eso pasaba, no paraba ni un solo minuto hasta saberlo todo.

—Tú y yo... El primer día que te vi, sentí que te conocía de otra vida. No nos conocemos, ¿verdad? —preguntó pensativa y luego lanzó una carcajada por la estupidez que había dicho, sin notar lo tenso que él se había puesto—. Espera un segundo, ¿qué es lo que no me puedes decir?

—Amy, yo...

—Mira, si eres un empleado de papá, guardaespaldas o eso, desde ya te digo que me bajo del auto y me voy caminando por más que llueva y me alcance un rayo. Ya pasé por eso y no lo voy a hacer de nuevo —amenazó tomando el picaporte, pues su suposición no era del todo descabellada, ya que antes y gracias a su padre había tenido a dos gigantes que la seguían por todos lados, tratando de protegerla y casi atacando a cualquier persona que se le acercara. De repente, esos recuerdos se esfumaron cuando sintió los cálidos dedos de Bastian enredados en su muñeca. Estaba tratando de retenerla porque temía que la muchacha fuera a cumplir con la amenaza de marcharse.

—¡No! Quédate aquí, no tengo nada que ver con tu papá. Yo sé que es difícil de entender y no te tendría que haber dicho todo esto, pero quiero que sepas que no me voy a alejar de ti. Ya te di la posibilidad, como se debe, pero aun así me ignoraste... —Esas últimas palabras atravesaron el corazón de Amy como pedazos de vidrio cortantes que se instalaron allí y le hicieron doler el pecho.

—Entonces ahora lo haré sin darte elección. Tú no vas a elegir dejarme estar cerca, yo elijo y decido estar cerca de ti. No puedo permitir que nada te pase, ¿entiendes? —dijo, con sus ojos convincentes, su cara a milímetros de la muchacha. Su aliento embriagador.

—¿Y a tu novia o esposa no le importa eso? ¿No le importa que estés cerca de otra chica y que sientas la necesidad de protegerla? Bastian, todo este discurso es muy raro, discúlpame. Suena hermoso en uno de los libros que leo, pero en la vida real es extraño. —Dijo por fin lo que tanto había estado posponiendo. Las palabras se le escaparon de la boca con la fuerza del agua que caía de una catarata. Sus ojos estaban puestos en el anillo.

Lo único que se escuchó fue una gran carcajada y eso desconcertó a Amy aún más. Bastian levantó la mano derecha y la miró como diciendo: «Dijiste una gran tontería».

—¡Dios! No me digas que crees que un anillo como este solo puede significar compromiso y casamiento.

—¿No es eso acaso? Nadia me dijo que estaba en el dedo correcto.

—Amelie... sé cuánto amas a esos chicos, pero no puedes dejarte llevar por todo lo que dicen. Por fin entiendo que eso es lo que te preocupa. Tus amigos en el comedor no dejaron de mirar mi mano cuando les serví comida. Si estás pensando que estoy casado, comprometido o algo por el estilo, lamento decepcionarte, pero no es así —dijo sonriente, algo que a los oídos de Amelie no era para nada decepcionante, sino esperanzador—. Y, la verdad, eso es algo que tampoco te puedo decir, pero... —comentó hasta que ella lo interrumpió.

—¡Es injusto! Yo te conté por qué me comporto de la manera en que lo hago y pocas veces le digo a alguien lo que siento como te lo he dicho a ti. Pero, si tú no puedes contarme nada, me voy caminando, ya está dejando de llover —amenazó otra vez—. Puedo pedirle a cualquier persona que me lleve.

Con un movimiento repentino su mano flotó hasta su brazo e hizo que el abrigo cayera sobre el asiento. Sus dedos se enredaron sobre su piel y eso provocó que la electricidad le recorriera el cuerpo y que su mano la quemara como fuego.

Ella se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en una niña caprichosa otra vez pero, si eso servía para que le contara más cosas, lo seguiría haciendo.

—Amelie, deja de comportarte así, por favor.

—¿Así cómo? Me pones nerviosa y me pides cosas raras. Me haces hablar, pero cuando te pido respuestas me esquivas. ¿Cómo esperas que actúe? ¿Cómo esperas que te crea?

—Lo siento, no es mi intención que te sientas así. Perdón, Amy —se disculpó rozando suavemente la mejilla de Amelie con el revés de su mano y ella ya no supo qué hacer. Si Bastian seguía tocándola de esa manera, iba a enloquecer. Bien podría dejarse caer sobre el asiento y que él hiciera lo que quisiera.

—¿En serio crees que puedo dejarte ir sola por la ruta para que te pase cualquier cosa? Y no me subestimes, podría atraparte apenas dieras el primer paso —dijo Bastian, tajante—. Mira, te pido disculpas por esas cosas que no te puedo contar. Este anillo significa un compromiso, pero nada tiene que ver con la forma en que tú o las demás personas piensan. Para mí es distinto, es como un compromiso con mi padre, algo de familia.

Puso especial énfasis en las últimas palabras. Amy logró entender que le era difícil la situación. Que por más que quisiera, no le iba a decir nada, como si estuviera rompiendo alguna clase de regla.

—*Ok*, entiendo. Pero entonces estas son las nuevas condiciones. Hasta que no me cuentes por qué me tienes que proteger y qué significa ese anillo, solo

vas a estar cerca de mí sin formar parte de mi vida como quieres. No vas a poder venir a casa a controlar mi comida o verme dormir —propuso, burlándose de él y cruzándose de brazos, pues no obtendría las respuestas que quería. Amelie sabía que esas condiciones eran más difíciles para ella que para él, pues se moría por dejarlo entrar en su vida.

—Muy bien, eso es más que suficiente... por el momento. Ya llegaremos a la parte en la que me dejas entrar en tu habitación. —Su labio se curvó en una sonrisa peligrosa y seductora, y ella se sonrojó ante la sugerencia—. Ya dejó de llover y has salido viva de tu paseo con el loco de la cafetería, así que, ahora, a casa. —Encendió el motor nuevamente, mientras se mordía el labio inferior—. No sé por qué te pones tan nerviosa cuando estás sola conmigo.

Amelie tuvo que contener sus ganas de saltar sobre él y besarlo.

—¿Porque eres un *stalker* obsesivo que se propuso el reto de alimentarme bien y protegerme? Si eso no es raro, Bastian, ya no sé cuál es el concepto de raro —comentó ella tratando de no sonreír, pero le fue imposible.

—Así me gusta más, la Amelie sonriente que no es caprichosa.

—*Stalker* —dijo ella y los dos se rieron a la vez.

Cuando se pusieron en camino, deseó que volviera a llover, para pasar un rato más con él. No había sido tan malo como había pensado. Bueno, nunca había pensado que era malo estar con él. Aunque se iba llena de dudas, se sintió importante y feliz de que alguien como él tuviera la extraña necesidad de protegerla.

El auto estacionó frente a la casa. Las luces del interior aún estaban apagadas, lo que le recordó que su mamá y Martina irían al negocio de Clara a ver sus cuadros.

—Por si no lo sabías, vivo al lado de la catedral, a cuatro cuadras de aquí, o sea que somos casi vecinos. Si necesitas ayuda, no dudes en buscarme. Celular y Facebook no tengo, así que ni lo intentes, soy chapado a la antigua —comentó entre risas mirando las torres de la gran iglesia. La idea de que el sonido de las campanas no le gustaba se había vuelto tolerable para la

muchacha; porque ahora sabía que él estaba allí, todo era diferente. ¿Podría verla dar vueltas en la cama desde lo alto de las torres? En realidad, eso le parecía vergonzoso si así fuera.

—Si... ya sé. Cuando necesite algo, allí estaré golpeando tu puerta o te enviaré una paloma mensajera. No, mejor aún, un cuervo como el que me visitó ayer —dijo ella sin ganas de bajar y, ante una de sus palabras, Bastian se sobresaltó, pero trató de no mostrar preocupación.

«¿Un cuervo en Puerto Azul? Eso no es buena señal», pensó él, pero no le dijo nada a la muchacha, no quería asustarla. Entendió que el momento estaba llegando y se lo estaban recordando; eso lo llenaba de tristeza. No quería tener que hacer lo que le habían encomendado, no ahora.

Amy frotó sus brazos porque sentía frío a causa de la lluvia y el abrigo se le había caído minutos atrás. Bastian reparó en ello, como siempre que ella necesitaba algo.

—Te regalaría mi chaqueta también, pero me gusta demasiado, así que por ahora voy a prestártela para que entres a tu casa sin mojarte. Ya no llueve demasiado. Vamos, ve... —dijo, cruzando un brazo por detrás de su espalda para acomodar el abrigo en sus hombros otra vez. Mientras ella se concentraba en no comportarse como tonta, repentinamente sus labios suaves y húmedos se posaron en su mejilla fría.

«No tendría que estar haciendo esto, me voy a meter en problemas», pensó Bastian, pero en ese segundo cerró los ojos y disfrutó de la suavidad de la piel de Amelie bajo sus labios.

¿Cuál fue la reacción de Amy? Ni una. No pudo hacer nada, ni pensar, ni hablar ni moverse. Un beso había sido aún más que una palabra bonita o un simple roce de su mano y él estaba seguro de que le sería imposible describir la sensación, porque no era como los besos de otras personas, como los de un amigo. Era un beso especial y diferente, uno hecho de miedos, nervios y ganas contenidas.

—Creo que no voy a volver a hacer eso. Tengo que recordar que hace poco

tienes vida social, así que imagino que no estás acostumbrada a estos saludos —bromeó.

—No... está bien. Me tomaste por sorpresa, pero puedes besarme cuando quieras —dijo ella poniendo los ojos en blanco y sacudiendo su cabeza.

—¿En serio? —preguntó sorprendido pero sonriente—. Aunque tu pacto no incluye besos, el trato que yo te ofrecía era mucho mejor, tú pierdes.

—Deberías haber mencionado las condiciones antes y tal vez hubiese cambiado de opinión —bromeó ella, sonrojándose un poco—. Bueno, me tengo que bajar. Nos vemos el lunes.

Eso sería una eternidad. ¿Qué más podía hacer en ese momento? Ya sentía demasiada confianza, así que decidió arriesgarse un poco. Se acercó despacio y le devolvió el beso en la mejilla, cerrando sus ojos por un instante. Luego, sin que la viera, se pasó la lengua por los labios.

«Es delicioso», pensó sonriente.

—¿A qué vino eso? —cuestionó él mirándola a los ojos, tratando de no sonreír como idiota.

—Es para cerrar el pacto. Además, tú no vas a elegir cuándo besarme, yo elijo y decido cuándo besarte a ti —bromeó usando algunas de sus palabras. Salió del auto azul, cerró la puerta y corrió hasta la casa. El auto no se movió ni un centímetro y Bastian pudo darse cuenta de que Amelie lo observaba por la ventana.

En ese momento fue él quien se quedó congelado con el beso de la muchacha. Luego sacudió su cabeza y se marchó olvidando por un segundo el cielo oscuro y las sombras que lo amenazaban.

Amelie subió a su habitación y se cayó de espaldas sobre la cama. Se quedó mirando las formas del techo, pensando en todo lo que había pasado. No pudo hacer más que reírse de felicidad. Sabía que aún había cosas que tenía que descubrir, pero no le importaba. ¿Estaba enamorada de Bastian? Sí, no era tonta como para no darse cuenta y seguir negándolo, porque su corazón y su mente se volvían locos cuando él estaba cerca y solamente él podía lograr eso.

Como una muñeca

La mañana del sábado amaneció en extremo calurosa. El sol, que había empezado a brillar en el perfecto cielo azul lleno de nubes blancas, hacía que toda el agua que había caído el día anterior se evaporara. Solo con sentir las sábanas pegadas a su cuerpo, Amelie se dio cuenta de que ese sería otro día pesado y difícil de soportar.

Lo que en realidad la despertó esa mañana, a las ocho exactamente, fue su celular, que sonó sobre la mesa de luz con terrible puntualidad. Después de tres intentos de llegar a él y que su mano cayera sin tomarlo, lo consiguió. Trató de abrir los ojos lo más que pudo para ver el nombre de quien enviaba el mensaje. Era Nadia. ¿Qué razones tendría?

«Apronta tus cosas de playa. En una hora te buscamos».

Así decía el mensaje, que la tomó por sorpresa porque no entendía muy bien sus planes.

«¿Playa? ¿A fines de octubre?», pensó sentándose sobre la cama, tratando de ordenar sus ideas. En realidad, el calor extremo justificaba la invitación.

De repente, su visión se nubló por completo. Un recuerdo de la noche anterior invadió su mente y pudo evocar el sueño de manera tan clara que parecía estar viviéndolo en su propia habitación. Revivió la frescura del paisaje y sintió cómo la brisa rozaba su piel. Había sido el mismo sueño otra vez, sin demasiadas variaciones al principio.

Pero cuando el ser misterioso posó su mano en su hombro para hacerla cambiar de decisión, pudo ver algo más. Llevaba un brillante y dorado anillo igual que el de Bastian en el dedo.

«¡Otra vez entrometiéndose en mi sueño!», pensó por un momento, pero se dio cuenta de que fue solo una simple reacción, porque no la enojó que estuviera en sus sueños, era más, tal vez se sintió un tanto feliz.

Cuando ya estaba vestida, miró todo a su alrededor, girando sobre sus pies lentamente. Los libros estaban en la biblioteca, las mariposas flotaban en el aire, el cuadro de Clara estaba sobre su cama y el reloj marcaba las horas. Se estaba haciendo tarde, así que se apresuró a aprontar un bolso con todo lo necesario. Pero ¿qué tenía que llevar? ¿Qué era todo lo necesario?

El traje de baño estaba nuevo porque nunca lo había usado. Lo habían elegido con su mamá hacía unos cuantos meses en Santa María y su cuerpo aún parecía ser el mismo, así que estaba segura de que le quedaría bien. Anteojos para el sol, porque a pesar de no ser fanática de ellos, ya que ni un modelo le quedaba bien, el sol le molestaba y le hacía llorar los ojos. Sandalias para caminar sobre la arena, pues cuando era pequeña se había quemado andando descalza, así que se quedó aterrada hasta ese día. Encontró protector solar y demás cosas que pensó que iba a necesitar, como una toalla para secarse si decidía meterse al agua.

Bajó las escaleras saltando algunos escalones, sorprendida por su destreza física ese día. Sus padres estaban en la cocina, charlando sobre cuestiones económicas que no entendió del todo, aunque había escuchado algunas palabras en una clase del colegio pero, como ella se había puesto a dibujar mariposas de colores, nunca logró comprender el significado completo de ellas.

—Buen día, familia. Antes de que se vayan por ahí tengo que pedirles permiso y espero que la respuesta sea positiva porque, si no, me voy a enojar mucho —bromeó sonriente, dirigiéndose a buscar una taza para tomar algo. La verdad era que todo estaba listo, el pequeño bolso preparado en el *living*, así

que lo de pedir permiso era algo protocolar.

—¿Por qué tanta intriga, Amy? ¿Puedes decirnos de qué se trata? De otra forma es imposible darte permiso —interrogó su padre, inspeccionándola, mientras ella se miraba en la ventana de la cocina, que parecía un espejo. Se había puesto un vestido de playa, liviano y de color blanco, que le quedaba bastante ajustado al cuerpo, bajo él, un bikini de color azul que se podía apreciar levemente a través de la tela del vestido y esa mañana se dejó el pelo suelto, y caía ondulado sobre sus hombros. Cuando se vio en el reflejo de la ventana, recordó que Bastian se lo había acomodado de esa manera el día anterior y tal vez por eso había decidido usarlo así ese día.

—Bueno, resulta que Nadia y Alexis me invitaron hace un rato a ir a la playa. ¿Hay alguna playa famosa que no conozca? —preguntó, esperando que ese lugar no estuviese tan repleto—. Hace tanto calor que pensé que estaría bueno pasar el día cerca del mar.

Su madre la miró con los ojos desorbitados, pensando de seguro que su hija nunca había ido a un lugar como ese porque no le gustaba demasiado la exposición. Siempre lo había dejado en claro pero, además de eso, se sorprendió al ver que su niña ya no lo era tanto. El pelo rojo y suelto le quedaba hermoso y ese vestido denotaba su figura. Pero no todo era la imagen, sino la actitud. Amelie por fin se comportaba como una adolescente que quería pasarse el fin de semana con sus amigos.

—¿No es un poco pronto para ir a la playa? —cuestionó la mujer mirando a su hija por sobre la taza de café—. ¿No deberían esperar el verano para ir a nadar? Además, recuerdo haber ido a comprar un traje de baño que nunca usaste, pensé que esa clase de actividad no te gustaba.

—Bueno, la gente cambia, mamá.

—A mí me parece bien, porque es una costumbre de los chicos de Puerto Azul. Es normal que vayan a nadar en primavera. Además, hoy hace un calor terrible, yo mismo iría si no tuviese cosas que hacer —comentó su padre sonriente—. Por cierto, Playa Calma se llama el lugar y por lo que tengo

entendido toda la gente va allí.

Amelie se dijo que tendría que dejar de tener vergüenza y afrontarlo.

—Está bien, entonces ve con tus amigos y diviértete mucho. ¿Tienes todo listo? Protector, malla, celular por si pasa algo —dijo su mamá haciendo la lista.

—Está todo listo y en orden en el bolso, y ya no soy una niña, voy a estar bien —dijo Amelie sin saber qué más hacer para que los minutos pasaran.

—Creo que hoy me he dado cuenta de eso —comentó su madre al pasar y su marido pudo escucharla. Él le apretó la mano con afecto porque entendió a lo que su esposa se refería. Darío también se había dado cuenta.

—*Ok*, los dejaré con sus muestras de afecto. Los quiero mucho.

La bocina no se hizo esperar. Apresuradamente, saludó a sus padres con un beso en la mejilla. Martina aún estaba durmiendo, así que no quiso despertarla. Siempre sentía que era necesario saludar, decirles a sus familiares que los quería. Tal vez por si algo llegara a pasarle un día de esos.

Borró los pensamientos feos y corrió para ver a sus dos amigos. Ambos usaban grandes anteojos de sol. Después de sus saludos con Nadia y los golpes en el hombro con Alexis, el auto comenzó a avanzar lentamente.

A su lado en el asiento trasero, pudo ver una gran nevera portátil repleta de comida. Habían pensado en todo, por suerte.

Pasaron por el colegio que se veía espeluznante esa mañana. El gran Highland era monstruoso y se mostraba desolado sin las voces de sus alumnos, casi devorado por los bosques a su alrededor. Cuando miró hacia el cielo pudo distinguir aves de color negro que sobrevolaban los altos pinos en círculos. La imagen del supuesto cuervo mientras intentaba quebrar el vidrio de su ventana volvió a su mente y eso la hizo sentir incómoda, porque pensó que en algún momento esas aves descenderían para hacer lo mismo con los cristales del auto.

Cada vez se alejaban más de la ciudad y supuso que ya estaban cerca de Playa Calma, aunque no conocía el camino. La ruta comenzaba a cerrarse a

ambos lados por los troncos de altos árboles de copas sumamente verdes y frondosas. Por las ventanas abiertas del auto se colaba el viento cargado del dulce aroma de los alrededores.

Cuando ya habían avanzado unos minutos cercados por árboles cual paredes gigantes a sus costados, los troncos marrones y agrietados por el tiempo fueron desapareciendo. Un kilómetro más adelante se podía apreciar cómo el agua se unía al azul del cielo en la lejanía para volverse uno. Pero antes, había una gran extensión de arena que parecía brillar bajo los fuertes rayos del sol, como pequeños diamantes esparcidos por todo el suelo.

El lugar no le hacía honor a su nombre porque nada era calmo. Las voces que habían desaparecido del colegio ahora se encontraban en la playa. Una a una las personas que asistían con ellos a la escuela llegaban para disfrutar de un día de sol y agua fresca.

Ingresaban al lugar autos de todas las marcas, *jeeps* y camionetas. No faltaban los que llegaban caminando, arrastrando sus refrigeradores y con mochilas en la espalda. Poco a poco Playa Calma perdió el silencio por completo y se vio abarrotada de adolescentes.

Alexis estacionó el auto bajo la sombra de una inmensa sombrilla de color rojo. Una más en la larga hilera de sombrillas diseñadas como estacionamiento, lo que le daba un toque caribeño.

El ambiente estaba demasiado caluroso y, cuando Amy pisó el suelo, el calor contenido en la arena pareció subir por sus pies, a pesar de que tenía las sandalias puestas.

Caminó unos pasos con dirección al mar para quedarse inmóvil al ver que el agua era azul transparente y se podía ver todo a través de ella.

—He aquí, ante usted, señorita hija del intendente, la mejor playa de Puerto Azul y sus alrededores. ¿No te parece espectacular, hermana? —bromeó Alexis.

—Es un lugar precioso, no tenía idea de que existiera algo así tan cerca nuestro —respondió todavía boquiabierto observando todo a su alrededor.

—Es solo cuestión de ver un poco más allá... —dijo el chico, pero sus palabras se perdieron en la brisa mientras ella seguía observándolo todo.

Pudo descubrir puestos de comidas que no había visto al llegar. Había algunas tiendas cruzando la calle y autos que no paraban de andar. También había varios biombos de color violeta, donde las chicas se ponían sus trajes de baño. Nunca antes había sido una fanática ferviente de las playas, pero debía admitir que el lugar era encantador.

—Es hora de elegir un lugar para tomar un poco de sol, quiero llegar bien bronceada al verano —propuso Nadia mientras Alexis, ya en sus pantalones cortos y sin camiseta, buscaba la sombrilla, reposeras y también la nevera portátil. Al ser el único hombre, todo el trabajo forzado estaría a su cargo. De todos modos, Amelie lo ayudó con las sillas de playa. Trató de no mirarlo tanto porque, a pesar de ser amigos, le daba un poco de vergüenza verlo más desnudo que de costumbre frente a su novia.

—Ahora que puedo verte así debo decir que tienes un cuerpo espectacular, amiga. ¿Por qué lo escondes tanto? —observó Nadia mirando a la otra muchacha, quien estaba parada frente al espejo donde se estaban cambiando.

Por suerte, además del vestido que llevaba puesto, Amelie había traído un pareo para atarlo en su cintura, ya que no se sentía muy cómoda en bikini. Y en lo que a la parte superior de su cuerpo se refería, haría mucho uso de la técnica de cruzado de brazos. Había podido notar que su pecho estaba más grande que antes y eso siempre llamaba la atención de las personas y, ante tanto adolescente suelto por ahí, no le parecía un panorama alentador. No quería que los chicos de la escuela la estuvieran mirando.

—Gracias, Nadia. Es mucho viniendo de ti, que eres una auténtica Barbie —le dijo y su amiga se rio porque esa comparación le había parecido graciosa.

—Y tú te pareces a una de esas muñecas sensuales que tienen pelo rojo y llaman la atención de los hombres.

—¿Me estás tratando de muñeca inflable?

—Yo no dije eso —comentó Nadia soltando una carcajada.

—Prefiero ser la chica blanca que no puede tomar sol porque se quema mal y la piel se le pone roja. Ah, y también las pecas resaltan y la convierten en un monstruo.

—No seas tonta, eres hermosa. Y deja de hablar en tercera persona, porque tengo ciertos prejuicios con respecto a las personas que lo hacen.

Cuando llegaron a la sombrilla de color naranja que ellos mismos habían llevado, Alexis estaba reposando mientras escuchaba música fuerte en un reproductor. «Otra cosa que no se me hubiera ocurrido», pensó Amelie y se sentó en una de las reposeras.

La hora del almuerzo llegó bajo el calor abrasante. Nadia había preparado unos sándwiches de jamón y queso que estaban deliciosos, lo que se notó en la cara del hambriento Alexis. A lo lejos podía verse una isla llena de verde vegetación, que la cubría como un abrigo. El color era casi apagado y borroso. Una balsa mecánica transportaba a la gente para visitar el lugar, iba y venía cada media hora. No tan lejos de ellos había un conjunto de altas y grandes rocas, que formaba una especie de arco y creaba un lugar bastante privado donde se podía nadar sin que alguien molestara, aunque nadie iba allí. Todos preferían el bullicio y la compañía.

—Al final nunca supe qué hiciste ayer cuando nos fuimos del colegio. ¿Te fuiste en colectivo a tu casa? —preguntó Nadia poniéndose crema bronceadora lentamente sobre sus largas piernas. Alexis seguía comiendo sin prestar demasiada atención a la charla.

—Bueno, la verdad es que perdí el colectivo y tampoco llevaba dinero para pagar un taxi... —respondió mirando a unos niños que se encontraban dormidos muy cerca de ellos. Deseaba que las preguntas no siguieran, pero Alexis la interrumpió.

—¿Te fuiste caminando bajo la lluvia? ¿Por qué no me llamaste? —cuestionó Al, quien se incorporó a la conversación en un segundo.

Ahora tenía doble carga, más presión para contar lo sucedido. Su cara se encendió, pero no por el calor del sol, sino por la vergüenza que siempre la

dejaba colorada en esas situaciones en las que debía confesar.

—Mejor ser honesta de una vez, porque no les quiero andar ocultando cosas —dijo con sinceridad, creyendo que era lo mejor que podía hacer—. La verdad es que... Bastian justo había terminado de hacer su trabajo y me encontró cuando trataba de decidir qué hacer, se ofreció a llevarme y, considerando la situación, le dije que sí.

—¿Qué? Te fuiste con el chico comprometido. Supongo que eso es una especie de tentación para las personas, una fantasía —soltó Alexis y las dos muchachas se lo quedaron mirando casi sin creerlo.

—¡Alexis! Por Dios, deja de hablar así —dijo su novia de manera tajante y seria.

—Está bien, perdón, Amy. A veces debería aprender a callarme, pero juro que no te entiendo. Cuando te decimos que no tenemos problemas con que sea tu amigo, sales con la historia del anillo y nos haces creer que el tipo está casado. Cuando pareces confiada, dices que vas a ignorarlo, no haces otra cosa más que estar con él. Las mujeres son complicadas, yo solamente no quiero que te hagan daño —exclamó el muchacho, sonrojándose un poco. Nadia saltó sobre él y lo abrazó.

—Oh, ¿no me digas que no es un amor, Amelie? Eres genial, Al. Te amo.

—Y yo te amo a ti —dijo él sonriente y besó a la chica en los labios, posando sus manos en el trasero de Nadia. No era algo que Amy quisiera haber visto, así que dirigió su vista hacia el mar azul que, cuando se movía en forma de pequeñas olas, se volvía verde. Sus amigos volvieron a sus lugares luego de un largo beso apasionado que incluyó caricias.

—Ahora que el *show* romántico termino... ¿saben una cosa? Bastian me dijo lo mismo que tú, que cambio de un momento para otro y él no sabe qué hacer —comentó, mirando la espuma blanca que las pequeñas olas creaban—. Yo sé que me propuse ignorarlo y demás tonterías que suelo inventar, pero la verdad es que no puedo seguir con esto. Él no me hizo nada malo, soy yo la que lo ha tratado mal todo este tiempo. Además, se rio a carcajadas cuando le pregunté

si era casado. Dijo que no era así, como nosotros pensábamos, y que su anillo era un compromiso con su padre.

Por su expresión, Nadia parecía sorprendida de que su amiga se hubiera animado a preguntarle eso al muchacho y en un momento esbozó una sonrisa. La verdad, la ponía contenta que existiera la posibilidad de que Bastian no tuviera novia.

—¿Puedo arriesgarme a decir algo negativo? Pueden golpearme las dos luego.

—Adelante, pero cuidado con lo que dices, amor.

—Es solo que eso suena raro, lo de un compromiso con su padre. ¿Es de la mafia o de una secta secreta? No quiero destruir tu ilusión, Amy, pero suena a excusa. Soy hombre y me doy cuenta de esas cosas y he escuchado varias, pero no una tan rara como esa —comentó Alexis dirigiendo su vista hacia el mar.

—¿Crees que no lo pensé? No soy tan tonta como crees, Al —cuestionó Amelie tratando de no sonar molesta, pero su amigo en realidad estaba rompiendo sus ilusiones, porque ella creía de verdad en lo que Bastian le decía, así como creía en sus amigos.

—Te gusta Bastian entonces, no lo niegues —dijo el muchacho antes de alejarse a comprar leña para la fogata de la noche.

—Si fuera así, ¿cuál es tu problema? —gritó en su dirección desafiándolo, pero él no respondió—. ¿Qué le pasa a tu novio?

—Nada, es solo que Al nunca fue de callarse las cosas y dice todo tal cual lo ve.

—Eso no le da permiso para molestarse y también puede ser que no vea las cosas como en verdad son.

—Créeme lo que te voy a decir, porque lo conozco desde que somos bebés. Cuando se molesta de esa manera, es porque realmente aprecia a la otra persona. Él te quiere como una hermana. Lo único que voy a pedirte es que no te enojas con él, Alexis es la persona más fiel que puede haber, nunca abandonaría a un amigo.

—Lo sé y me gusta que se preocupe por mí, aunque es incómodo porque es tu novio y tal vez eso te molesta.

—A esta altura todo está más que claro, Amy. Nada se presta para confusión y es obvio que no me molesta que se preocupe por ti, tonta.

—¿Qué me dices con respecto a lo de Bastian?

—A mí me parece que tienes que hacer lo que sientes. Y si estar con él es lo que quieres, eso es lo que tienes que hacer. Si no te arriesgas por algo, nunca conocerás el resultado —dijo Nadia alentándola.

Las dos se miraron por un segundo y luego suspiraron. Ella también había dicho algo sobre ser fiel a los propios sentimientos, como su papá alguna vez. Dos personas a las que quería mucho le habían dicho lo mismo y no podían estar equivocados.

Cuando una hora pasó, Nadia se había quedado dormida junto a su novio, así que Amelie comenzó a leer un libro que había traído y se perdió en sus escenas por completo. Luego de unas cuantas páginas, cuando los personajes actuaban en su mente, sus amigos se despertaron, así que la tarea de terminar de leerlo quedó inconclusa.

—Hey, aún no hemos entrado al agua desde que llegamos. Ya debe estar tibia. ¡Vamos! —propuso Alexis lleno de energía y de buen ánimo. Todos se pusieron de pie en un instante para seguirlo.

Cuando llegaron a la orilla, la espuma que arrastraban las olas estaba a centímetros de sus pies y Amelie pensó que era hermosa. Levantó sus ojos y pudo ver un letrero que decía «CUIDADO CON LOS POZOS».

—¿A qué se refiere el letrero con eso de los pozos? No vi ninguno en la arena — dijo Amy, creyendo en arenas movedizas.

—Eso es porque no están en la playa, sino dentro del agua. Son como remolinos que crea la fuerza del mar y te pueden absorber, lo mejor que puedes hacer en ese caso es no hacer nada, déjate llevar y flota, y luego la misma agua te libera —explicó Alexis—. Pero no te asustes, están cerca de la parte profunda, así que no se alejen demasiado. ¿Ok? La corriente suele

llevarte sin que te des cuenta.

Amelie no era buena nadadora, así que ni siquiera se arriesgaría a nadar hasta lo profundo, se quedaría donde sus pies aún tocaran la arena bajo el agua y se aferraría al cuello de quien fuere si algo llegaba a pasarle. A medida que caminaban y se introducían en el mar, ella acarició la superficie del agua con sus manos, tibia al tacto.

Cuando estuvieron parados dentro del mar, sus cuerpos se movieron en un leve vaivén. Tuvo que reconocer que la corriente era bastante fuerte.

Alexis y Nadia quisieron nadar hasta el arco de rocas blancas, pero Amy no quiso acompañarlos, por alguna razón pensó que las parejas usaban ese lugar para estar solos un rato, entonces no quería estar metida en medio de los dos todo el tiempo.

—Volvemos enseguida. Recuerda lo que dijo Al, no vayas hasta lo profundo.

—Tranquilos, no pienso mostrar lo mala que soy nadando y pasar vergüenza —dijo ella sonriente y vio a sus amigos irse a toda velocidad.

Amelie caminó dentro del mar y se perdió en la belleza del paisaje. Jugó con el agua que ya cubría su pecho y sin darse cuenta estaba siendo arrastrada. Cada tanto hundía su cabeza con los ojos abiertos para ver algunas algas y piedras de colores en el fondo. Unos pequeños peces de color dorado y azul pasaron escabulléndose entre sus piernas.

Siguió con ese juego, dando unos cuantos pasos más hacia la playa porque quería volver a sentarse bajo la sombrilla. Eso creyó, cuando se dio cuenta que estaba yendo en la dirección contraria y sus pies ya no tocaban el fondo. El terror la invadió y comenzó a desesperarse, ya que no había nadie cerca.

—¡Aquella chica va a hacerle frente a la ola! —gritó alguien de manera entretenida a lo lejos y se escucharon unas carcajadas.

«¿Qué ola?», pensó ella y levantó su cabeza. Una pared de agua y espuma blanca iba hacia ella, arrasando con todo a su paso, incluida Amelie. Su cuerpo se llenó de adrenalina y miedo, y en un momento de lucidez trató de apoyar sus pies, pero no había nada bajo ella, estaba en un pozo que parecía

querer arrastrarla a lo más hondo y la hacía girar en espirales eternos.

—¡Ayuda, pozo! —fue lo único que atinó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones una de las veces que su cabeza asomó sobre la superficie y luego ya no pudo hacerlo porque su boca se había llenado de agua salada.

Lo último que vio en la superficie cuando la ola la tapó por completo fue a sus amigos correr por la arena para zambullirse al rescate, pero estaban demasiado lejos, eran como hormigas caminando en la lejanía.

Se dio cuenta que estaba bajo el agua cuando, unos segundos después, no pudo ver con claridad ni respirar bien y trató de hacer fuerza para salir, pateando con todas sus energías, lo cual la cansaba aún más, totalmente lo contrario de lo que le había dicho Alexis.

Trató de nadar, pero sus piernas sintieron un gran calambre y no se podía mover. Se estaba hundiendo despacio, el agua la llevaba mar adentro.

Le quedaba poco aire en los pulmones e intentó con toda su voluntad contenerlo, pero luego de un tiempo no lo soportó más. Abriendo su boca, dejó salir el poco aire que le quedaba y permitió que el agua ingresara en ella. Lentamente, su cuerpo se hundía, sus manos extendidas hacia arriba, como implorando al cielo que la ayudara. Su cabello flotaba mientras sus ojos se quedaron observando ese mundo submarino en el que habitaría por siempre. Amelie parecía una frágil y hermosa muñeca de porcelana que se hundía luego de un navío. Miró como hipnotizada los rayos del sol que atravesaban el mar; columnas de luz y agua que construían un palacio en lo profundo.

Era una sensación extraña, pero de lo más calma, era el segundo exacto en el que su cuerpo estaba por quedarse sin vida y su alma iba a partir en silencio. Luego, todo se puso negro y ya no pudo ver nada. Su cuerpo bajaba a un ritmo lento, esperando llegar hasta el fondo, a la cama hecha de algas y rocas. El fuego en su cabello se fue extinguiendo bajo el azul del mar.

Hasta ese punto justo en el que se había dispuesto a decir adiós y aceptar que todo había terminado, sintió o tal vez imaginó que dos brazos la tomaban con fuerza, y la arrastraban hacia la playa.

«Alexis llegó a tiempo», pensó Amelie sin abrir los ojos. Solo percibía el mundo como el eco apagado de un recuerdo. Tal vez se estaba yendo al otro lado y su ángel la cargaba en brazos, por fin iba a conocerlo. No podía ver ni respirar o eso le parecía, pero escuchaba el murmullo de voces.

—¡Apártense, no sean morbosos! Den lugar para que respire —lloró una chica. Sin duda era la voz de Nadia.

—Ponla sobre la manta —ordenó Alexis. Amy aún no era capaz de reaccionar, estaba como inconsciente, pero escuchaba las voces de sus amigos, que retumbaban en sus oídos junto con un zumbido molesto.

—¡Amelie, resiste por favor! No te vayas de mi lado, no me dejes. Ni se te ocurra romper nuestro trato muriéndote —dijo la voz de un muchacho con gran preocupación, tristeza y llena de impotencia, como si su propia vida se estuviera esfumando.

Ella sintió que alguien presionaba su pecho con fuerza, pero era algo más que eso, porque su piel quemaba y la hacía sentir cálida, como aferrándose a la vida.

«Tiene que ser él», pensó Amelie, haciendo una fuerza sobrehumana para volver, pero no lo conseguía. Quería gritar porque estaba allí, dentro de su cuerpo sin reaccionar.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —dijo Alexis con la voz que ponía cuando la defendía. Le estaba hablando a alguien más y se notaba que estaba nervioso.

—¿Eres tonto? Los nervios te hacen decir pavadas. Si ustedes saben de primeros auxilios, háganlo, pero rápido porque se muere —suplicó Bastian, tenía que ser él. Seguía apretando su pecho con fuerza, enviando olas de calor que la recorrían de pies a cabeza.

Amelie no podía luchar más, estaba demasiado cansada. Se quería desprender como una hoja de árbol y soltarse de sus manos, a punto de decir adiós. Por suerte había saludado a sus padres por la mañana y lamentó no haber saludado a Martina.

Las manos de Bastian abrieron su boca con gentileza. De repente, sintió los

mismos labios húmedos del día anterior, pero esta vez sobre los suyos.

Una bocanada de aire ingresó por su boca con gran fuerza y la llenó de vitalidad, mientras dos manos fuertes seguían apretando su pecho. El aire era refrescante y le daba esperanza para volver. Sabía a menta y miel mezcladas. Otra vez su aliento arremetía. Y sin darse cuenta abrió los ojos, el sol naranja se ponía en el horizonte mientras Amelie dejaba salir al final toda el agua de sus pulmones.

Empezó a respirar con dificultad, como una recién nacida. Pudo ver todo nuevamente pero, sin importarle quién estaba alrededor y muerta de miedo, enredó sus brazos en la cintura de Bastian y apoyó la cabeza en su pecho. Lo único hizo fue quedarse abrazada a él y romper a llorar.

—Me estaba yendo...

—Pero yo te traje de nuevo —susurró el muchacho en su oído, torturado porque por fin había podido sentir lo que era perder a alguien y la tarea que le habían asignado daba vueltas en su cabeza. No iba a dejarla morir—. Tranquila, ya está bien. Amy, ya estás a salvo, trata de respirar y dejar de llorar. Aquí están tus amigos y quieren que les digas que estás bien —agregó con voz suave, acariciando su espalda para tranquilizarla.

Sus caricias tibias le quitaban el frío mortal que sentía. Dejó un brazo alrededor de ella y con el otro le acomodó el cabello mojado, que ahora se veía más oscuro.

Amelie miró su rostro blanco y perfecto. Sus ojos brillantes la miraban con ternura, mientras esbozaba una hermosa sonrisa que podría haberla transportado hasta el mismo cielo. Era Bastian. Tuvo ganas de sentir sus labios sobre los de ella otra vez, pero la realidad era otra.

—Nadia, Al... estoy bien. Casi me muero por tonta y por no haber recordado tus instrucciones, hermano.

—No digas nada, no hables y trata de calmarte —dijo Alexis de manera afectuosa.

—Ya está bien, queridos espectadores. Se pueden ir, gracias por la ayuda

brindada —informó Nadia irónicamente. Todos volvieron a sus lugares, hablando y dando miradas en su dirección. Seguro iba a ser el comentario de varias semanas en el colegio. Pero nada le importó a Amelie porque estaba viva.

Con gran esfuerzo y con la ayuda de Bastian, logró ponerse de pie para abrazar a sus amigos de forma efusiva. Nadia había dejado de llorar, pero estaba un tanto nerviosa. Alexis no dejaba de mirar al otro chico por sobre el hombro de Amelie, pero no lo hacía de mala manera, sino con ojos llenos de agradecimiento. Bastian se había ganado su respeto al parecer.

—Gracias por salvarla, de verdad. Yo nunca hubiera podido nadar contra semejante ola y llegar a tiempo, y disculpa por la estupidez que dije, estaba nervioso —dijo Al y, soltándose de su amiga, extendió su mano, Bastian la aceptó. Nadia le guiñó el ojo mientras giraba para ver la situación.

Allí estaba Bastian, con su pantalón corto y negro empapado, su cabello aún goteaba agua salada. Su cuerpo fuerte y atlético; líneas de esfuerzo marcadas por todo su torso. Sus hombros eran gruesos y parecía no estar cansado. Era más alto que su amigo, sus músculos un tanto más grandes y tensos. Tal vez ahora podía entender el porqué del revuelo de las chicas. Parecía una de esas estatuas de los manuales de arte.

—Ese chico te ha salvado la vida, seguro se muere por ti. Serías una grandísima idiota si no le das una oportunidad. Yo que tú, ahora mismo le plantaría un beso en la boca —susurró Nadia en su oído, mientras los otros dos hablaban de algo que no podía escuchar.

Amelie se sentó en la silla de playa. Su voz se escuchaba áspera y seca, la garganta le molestaba un poco, entonces les pidió a sus amigos que le compraran agua porque no había más en la nevera portátil. Los dos se alejaron y cruzaron la calle, adonde se encontraban las tiendas.

—En estos minutos estuve pensando qué decirte, pero no encuentro otras palabras que no sean «muchas gracias» —expresó Amelie, masajeando su garganta—. Yo sé que son solo palabras que no demuestran lo que uno siente,

pero no sabes lo agradecida que estoy contigo, por todo lo que haces y la manera en que me cuidas. En vez de rezarle a mi ángel de la guarda debería rezarte a ti. Tenía mucho miedo, de verdad... de irme sin poder decir adiós — dijo mirándolo a los ojos para que se diera cuenta de cuánto apreciaba lo que había hecho por ella.

—Está bien que le reces si eso te hace sentir protegida y, por lo otro, de nada. Espero que ahora entiendas lo que te decía sobre protegerte —comentó sentándose en la arena, muy cerca de ella, a sus pies. El sol parecía hundirse en el horizonte para apagar su color naranja, su fuego rabioso se extinguía en el mar.

—Es que fue mucho lo que hiciste. En un momento te juro que sentí que me iba del mundo, de verdad, no tenía más ganas de aferrarme a la vida, de seguir luchando, y después con tu aliento me sentí... salvada.

Ella no sabía qué significarían esas palabras para él. Pero el ser salvado era como volver a la vida. Él no se la había dado, pero hizo que la recuperara y eso era mucho más de lo que cualquier persona había hecho por ella.

—Lo sé, es que me moriría si algo malo te hubiera pasado. Estuve a punto de enloquecer cuando te vi tan pálida e inconsciente y, cuando abriste los ojos y supe que todo estaba bien, me quedé tranquilo al fin. Eres demasiado importante para mí ahora —dijo arrodillándose frente a ella. Levantó su mano y la dejó reposar en la mejilla de Amelie. Sus ojos la miraban de esa manera tan profunda otra vez.

—El mar no me mató, pero tú lo harás, Bastian.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes pensar algo así? —cuestionó el chico alterado ante sus palabras.

—Bastian... —dijo ella dejando escapar una risilla—. Me refiero a que me vas a matar si sigues siendo tan dulce y tocándome de esa manera. No me acostumbro, nunca antes nadie me... Es vergonzoso, perdón —explicó ella, torciendo un poco su cabeza para sentir la mano de Bastian con más fuerza en su mejilla.

—Disculpa, ahora entiendo a qué te refieres y no te preocupes por ello. No debería darte vergüenza alguna.

—Lo sé.

—Entonces, ¿esto no cuenta como puntos extra para dejarme estar en tu vida definitivamente? —comentó él sonriente volviendo a sentarse—. Hoy estaba cerca de ti pero, si fuese tu amigo y pudiera pasar más tiempo contigo, podría ayudarte en situaciones peores.

—Dame tiempo para pensarlo, ¿sí? A mí me encantaría verte todos los días o invitarte a mi casa a comer algo y ver películas o ir a caminar contigo al parque.

—¿En serio? Ya lo imaginaste todo —dijo Bastian con una enorme sonrisa.

—Sí, tiendo a imaginar cosas que luego no suceden y ahora supongo que vas a tener que irte.

—¿Por qué dices eso? Quiero quedarme, a menos que tú quieras que me vaya.

—No, no es eso, no me malentiendas. Es que Alexis, a pesar de que te agradeció recién, no cree mucho en lo de tu anillo y sigue pensando que estás comprometido y que todo es una simple excusa de hombre.

Bastian se quedó como congelado mirando algo detrás de ella.

—Genial, están detrás mío escuchando todo, ¿no?

—Sí y gracias por hacerme quedar mal, hermana. Pero me disculpo con Bastian por juzgarlo cuando no sé nada de su vida —dijo Alexis sonriente—. Y no eches al muchacho, yo mismo le dije que puede quedarse a compartir la fogata. Es lo menos que podemos hacer para agradecerle —agregó entrecerrando los ojos y sacudiendo la cabeza como diciendo: «Te voy a golpear por haberle dicho eso».

—Miren... lo del anillo no es lo que ustedes piensan. Sé que ella se los ha explicado y es obvio que cualquiera va a pensar que es solo una excusa. Yo no quiero hacerle daño a Amy, solo ayudarla, aunque sé que los tiene a ustedes y hacen un gran equipo. Pero querer ayudarla no significa que tengo interés en

ella como novia, nada de dobles intenciones. Tal vez me gustaría ser amigo de ustedes, se ven divertidos y yo no tengo amigos en la ciudad. No me he preocupado por hacerlos tampoco, pero no estaría mal comenzar a cambiar un poco —comentó Bastian mirándola y esperando su reacción. Amelie sabía que ocultaba algo, por más que dijera que no quería novia. Pero esas palabras la llenaron de dolor, porque se comportó como el día anterior en el auto, como si enamorarse de ella no estuviera permitido.

Su corazón se partió en pedazos y cayó sobre la arena, pues justo cuando ella reconocía que él le gustaba, él había dicho eso y había tirado sus esperanzas por la borda. Pero bueno, tal vez significaba que el trato seguiría siendo el mismo, que solo lo dejaría estar cerca.

El fuego iluminó sus rostros cuando todo se puso oscuro. Comieron y charlaron al sonido de la música y las risas cercanas. Amelie trató de sonreír mientras sus amigos le contaban a Bastian todo lo que sucedía en clases. Las ganas de Leo de pronunciar en inglés y la imitación de Al fueron lo más divertido de la tarde, pero ella seguía pensando en que Bastian no estaba interesado en ella, sin poder concentrarse en la conversación. Él, cada tanto, la miraba sonriente, como si lo más importante en su vida estuviese a salvo.

Luego Alexis, con una rama seca, golpeó los leños encendidos y pequeñas cenizas naranjas volaron por los aires y cubrieron todo como luciérnagas que se esfumaron al instante, al igual que las esperanzas de Amelie en el amor de Bastian.

Las estrellas titilaban en lo alto y la redonda luna plateada se podía ver sobre el agua como un espejo. Cuando el ambiente se puso fresco, las chicas volvieron a vestirse.

—Por Dios, es *sexy*. Qué lástima que no quiere novia, pero ya lo dije una vez: él se lo pierde, amiga. Él te pierde, porque eres hermosa, graciosa, inteligente y buena. No sé qué más quiere o voy a empezar a pensar que está más interesado en Alexis —bromeó Nadia soltando una carcajada mientras los chicos guardaban las cosas en el auto.

—No había pensado esa teoría, pero dejemos de juzgarlo de una vez por todas.

Cuando todo ya estaba empacado, Alexis le preguntó a Bastian si necesitaba que lo llevaran, pero él señaló su auto en el estacionamiento.

Cuando los chicos estuvieron dentro del auto, Bastian y Amelie se quedaron solos por un segundo.

Él estaba de espaldas al auto, cubriéndola con su enorme espalda, así que sus amigos no podían ver sus caras. Entonces Amy decidió arriesgarse de una vez por todas. Tenía que saber si era cierto que ella no le interesaba. Lo iba a poner a prueba.

—Antes dije que las palabras no expresan lo que en realidad siento, así que voy a hacer esto... —dijo en punta de pies y susurrando en su oído. Puso sus manos a los lados de su rostro, como sosteniéndolo. Llegó hasta su boca y presionó sus labios suavemente contra los del muchacho, quien se quedó paralizado. Otra vez sintió sus suaves y frescos labios moverse con los de ella, sin oponer resistencia alguna. Su respiración con aroma a menta y miel se quedó en sus labios luego del beso.

Se apresuró a subir al auto sin mirarlo. Los chicos no se habían dado cuenta de nada, si no, ya hubieran dicho algo. Amy no se reconoció en ese momento, pero se alegraba de haberlo hecho, porque había sentido en ese beso que él estaba conteniendo todas sus ganas. Ya averiguaría el porqué.

—¿Qué le dijiste para que se quede así? —preguntó Alexis cuando pudo ver al otro chico. Nadia saludó a Bastian con un grito desde su ventana abierta mientras el auto se marchaba.

—Nada, solo le agradecí por haberme salvado la vida —dijo humedeciendo sus labios.

«Tú vas a matarme a mí, de eso estoy seguro», pensó Bastian y se dio cuenta que estaba sonriendo como un idiota.

Desvanecido en la noche

Los días pasaron silenciosos pero apresurados, como tratando de que Amelie no se diera cuenta de que huían de ella en puntas de pie. Las horas se le iban entre trabajos finales, miradas descuidadas hacia cierto lugar del comedor escolar y charlas interminables sobre cosas sin sentido con sus amigos en noches estrelladas que alegraban el alma.

Muchas veces hablaba con Bastian mientras él le servía su comida en la cafetería. También solían escaparse al bosque, donde nadie los había descubierto hasta el momento, y un día se quedó dormida entre sus brazos y se sintió tan cómoda y cálida que quiso quedarse para siempre en ellos y habitar en la soledad del bosque eternamente.

La mayoría del tiempo se hacían bromas como en una especie de flirteo, para esconder lo que en verdad querían decir, pero callaban y, aunque era un tanto doloroso, ambos pasaban momentos agradables. Ella se divertía mucho con las cosas que él decía y le encantaba la inocencia que tenía por momentos.

Bastian nunca mencionó nada sobre el beso en Playa Calma en todo ese tiempo, por lo que la muchacha pensó que las cosas estaban más que claras y él no estaba interesado en ella. Eso le era algo bastante difícil de entender, estar tan cerca suyo y no poder tocar su piel o besar sus labios.

Amy creía que el hecho de seguir hablando con él como amiga, cuando quería ser algo más, le sería muy doloroso al final.

De todos modos, para su suerte, con todo lo que el fin de año traía consigo,

lograba olvidarse de eso por momentos. Pero apenas se quedaba sin cosas por hacer, Bastian aparecía de nuevo en su cabeza y se hacía sentir en su corazón.

Durante el mes de noviembre se dedicó, junto al resto de sus compañeros, al diseño de la decoración para la fiesta de graduación de los alumnos de quinto. Aunque esta tendría lugar en diciembre y faltaba un mes, querían que fuera espectacular, no por agradar a los del último año, con quienes casi no se hablaban, sino para que no fuera una fiesta aburrida como solían ser.

Decidieron que la decoración se remontara a cientos de años atrás, influidos por Nadia y Amelie, quienes propusieron al curso transformar el gimnasio en la mansión de Charles Bingley, donde las hermanas Bennet solían asistir a fantásticos bailes. Y al ser las únicas que habían leído el libro de Jane Austen y visto la película *Orgullo y Prejuicio*, los demás confiaron en su decisión.

Finalmente, unos cuantos días antes del baile, el salón quedó terminado para alegría de todos y se veía más que perfecto. Cuatro arañas de cristal que Amelie no sabía quién había conseguido pendían con lujo del techo. Las paredes estaban cubiertas por lienzos blancos que formaban ondas, imitando las cortinas de grandes ventanales antiguos en salones que habían sido tocados por la música de violines. En ambos laterales había tres cuadros pintados por Clara Herman, que le daban un toque especial y elegancia al lugar.

Pero lo más importante: el gran escenario era lo que los había dejado con la boca abierta. Se las ingeniaron para construir la fachada de un palacete inglés como el del señor Bingley. Por la gran puerta saldrían los egresados en pareja y bajarían una escalinata donde se tomarían la foto de recuerdo. Unos pasos más adelante, colocaron una fuente de agua que estaría iluminada y funcionaría esa noche. En el centro del salón había una gran pista de baile y en los laterales, bajo los cuadros, largas mesas de manteles blancos donde estaría la comida.

El día en que todo quedó listo, los alumnos se sintieron más que satisfechos con la tarea realizada. Cuando la directora entró a inspeccionar, porque antes le habían prohibido hacerlo, casi se desmayó al ver la magnitud de la

decoración de sus queridos alumnos de cuarto año.

Ya en diciembre, unos días antes del baile, Nadia planificó un sábado de compras en el que irían a elegir la ropa en las tiendas.

«A las mejores tiendas de Puerto Azul», había dicho ella. Definitivamente, la necesitaría, porque hacía mucho que Amy no compraba vestidos para galas especiales y no tenía demasiada idea de qué cosa estaba a la moda o no.

Para ello, tomó el dinero que tenía ahorrado para libros y su madre le dio un poco más. Salió apresurada cuando el auto de color negro estacionó en el lugar de siempre. Alexis, quien no parecía demasiado animado, también elegiría su ropa ese día.

Mientras el vehículo avanzaba despacio por la calle principal, Amelie se dio cuenta de que nunca le había prestado atención al centro de la ciudad, porque siempre que pasaba por allí iba distraída y se metía en la librería, pero ese día se tomó un tiempo para observar.

La gran avenida estaba llena de luces fluorescentes y autos que circulaban a poca velocidad. Las veredas se hallaban repletas de personas indecisas, las madres alejaban a sus hijos pequeños de las tentadoras jugueterías tirándoles del brazo. Las grandes vidrieras tenían ropa muy a la moda y también cosas excéntricas.

Como era de imaginar, el trámite no sería para nada corto. Nadia los llevó de una tienda a la otra e hizo que se probaran miles de prendas, lo que al final se tornó agotador.

—Siempre es mejor saber lo que todas ofrecen, así después volvemos a la tienda que tenía la mejor ropa. Sería tonto no hacerlo de esa manera, ¿no creen? Gastarse el dinero en un lugar y luego ver el vestido perfecto en otro lado —dijo guiñándoles el ojo, como una experta en compras que había develado un gran secreto que les cambiaría la vida.

—Cierto —dijeron Amelie y Alexis a la vez, y terminaron riéndose.

El traje del muchacho fue lo primero que compraron, lo vieron en el espejo

con todos los accesorios: corbata a tono, zapatos que combinaban y parecía una muy buena elección.

La segunda en elegir fue Amelie y no tardó para nada en decidirse. Fue la ropa que había visto en la segunda tienda que habían visitado.

La última en decidirse fue Nadia, por supuesto. Tenía la difícil tarea de elegir entre tres vestidos igual de hermosos. Pero finalmente, y después de combinarlo con los zapatos que se había comprado, se decidió por uno de ellos.

Como una semana antes Nadia se había adelantado para comprar ropa, el día del baile llegó a casa de su amiga a las siete de la tarde para tener tiempo suficiente para vestirse. La celebración comenzaba a las diez de la noche.

Como también ese día era su cumpleaños, Amy recibió regalos y saludos todo el día, incluso publicaciones en su muro de Facebook, de compañeros que no pensaba que la tenían en cuenta. Leo fue uno de los primeros en hacerlo. Nando le escribió un mail y le adjuntó una divertida tarjeta interactiva.

Hasta su abuela había ido de visita. Se quedaría unas semanas hasta después de las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

Aún con el cabello que goteaba agua de la ducha, Amy salió del baño enfundada en una bata blanca, mientras su amiga alistaba el maquillaje. La ropa estaba extendida sobre la cama, colocada con suma delicadeza para que no se arrugara.

—¿Tienes idea de cómo piensas peinarte, Amelie?

—La verdad, no había pensado en eso. Ya sabes que no me fijo mucho en esas cosas.

—Ya me he dado cuenta. Pero no pensarás peinarte como siempre, ¿no? Que me diga que no, que me diga que no... —repitió en un susurro y con los ojos cerrados, pero luego entreabrió uno de ellos.

—¿Qué tiene de malo? Te ves como una loca.

—No tiene nada de malo, pero peinarte como siempre está bien para el día a

día o para ir a la escuela. Y entiendo que ames el peinado de Rose Dawson, pero es tu cumpleaños, Amy. Esta es una gran fiesta en la que quiero que te veas aún mejor.

—¿Qué propones entonces? ¡Dios! Abre esos dos ojos, por favor.

—*Ok*, ahora que tengo tu atención. Nada del otro mundo, solo dejarlo suelto, pero resaltar un poco sus ondas naturales —explicó Nadia tomando todo lo necesario de un pequeño bolso negro.

—Está bien, pero más te vale que no quede espantosa —bromeó Amelie, quien de sobra sabía que su amiga era una experta en esos temas.

—Deberías confiar más en mí y no preocuparte tanto. Según tú, soy una Barbie, así que se supone que sé cómo peinar.

Luego de unos cuantos minutos en los que Amelie se aburrió bastante, las manos de Nadia dejaron de moverse en su cabello.

—Creo que ya está listo.

—Es como si fuera otra... —comentó la muchacha al verse en el espejo, porque esa no era la típica Amelie. Las ondas de su pelo estaban bien definidas y el cabello caía perfecto sobre sus hombros. Además, su amiga le había agregado un producto que, según como la luz se reflejara en su cabeza, parecía que desprendía pequeños brillos.

—¿Te gusta? Di que sí...

—Es genial, Nadia. Muchas gracias. Realmente, eres genial en esto.

—De nada. Debería asesorarte más seguido, sabía que te iba a gustar.

Entre risas comenzaron a vestirse. Cuando Amelie estuvo lista, decidió salir del baño para mostrarle a su amiga cómo había quedado y caminó a la habitación con plena seguridad en sí misma.

—¡Estás preciosa! Tienes que hacerle más caso a más en tu instinto, mírate en el espejo, amiga. Conozco a alguien que va a enloquecer cuando te vea.

—¿Quién? —cuestionó Amy, parándose frente al espejo y pensando en alguien que tenía unos hermosos ojos verdes en los que podría sumergirse.

—Leo. Se va morir cuando te vea tan *sexy*. Tendremos que controlar sus

manos y otras partes... —bromeó la rubia, riéndose.

—No es gracioso, Nadia.

Amelie estaba usando un vestido de encaje negro, bastante corto, que solo la cubría desde el pecho hasta por encima de la rodilla. No tenía tiradores porque la parte superior era una especie de corsé que se expandía y ajustaba, y resaltaba las curvas de su cuerpo, que se habían hecho más prominentes con el paso de los meses. Parecía más alta con los zapatos negros de taco alto. Lucía hermosa, mucho más de lo que ella creía. Su amiga también le había delineado los ojos para que su color «miel especial» destacara y le había aplicado maquillaje, pero no en exceso.

—Ahora cierra los ojos, te tengo una sorpresa —dijo Nadia sonriente y ella lo hizo. No sabía cuál era el motivo pero, cuando cerró sus ojos, pudo escuchar que su amiga estaba desarrollando algo.

A los segundos sintió algo frío sobre su pecho y que le rodeaba el cuello también.

—¡Feliz cumpleaños, Amelie! —exclamó Nadia. Cuando abrió los ojos, vio la cadena de plata que había sentido antes. Era una alhaja delicada que terminaba en la hermosa silueta de una mariposa plateada con las alas abiertas.

—¡Es hermosa! Nadia, no debiste hacerlo. Yo no te obsequié nada para tu cumpleaños. Me haces sentir culpable.

—No es problema, tontita. Ya tendrás tiempo de regalarme cosas. Ah, es un regalo mío y de Alexis, él me ayudó a elegirlo, aunque no lo creas.

Nadia también había quedado perfecta cuando terminaron de alistarse. Se había puesto un vestido rojo, corto, que cubría uno de sus hombros y dejaba el otro expuesto. La fina y suave tela caía perfecta sobre su cuerpo. Eligió zapatos de taco alto en el mismo color, se maquilló un poco más que Amelie, resaltando su exuberante belleza, y se puso aros y un collar que combinaban.

Alexis llegó y se veía elegante en un traje de corte moderno y negro, a juego con sus zapatos y corbata. La camisa azul que llevaba puesta le quedaba muy

bien. Hasta se había peinado de otra manera que seguramente su novia le había recomendado. Bajó del auto con prisa para abrirles la puerta a las chicas.

—Buenas noches y muchas gracias, caballero, es usted muy amable —bromeó Amelie con una enorme sonrisa—. Estás muy lindo, hermano.

—Debo decir lo mismo de usted si me lo permite, señorita Bennet —bromeó y besó la mejilla de su amiga rápidamente ante las risas de Nadia—. Feliz cumpleaños, espero que el regalo haya sido de su agrado.

—Es precioso, gracias. ¿Dónde está nuestra humildad, Triple Alianza? —cuestionó Amy cuando el auto ya estaba andando.

—¡Al diablo la humildad! Los tres estamos geniales y es hora de divertirse. Bastante trabajo hicimos para que el salón quedara así de maravilloso.

Cuando llegaron al Highland, Amelie bajó del auto un tanto nerviosa porque nunca había estado en un evento parecido. Desde lejos ya se podía escuchar el apagado retumbar de los parlantes como un eco. La música debía estar a todo volumen en el interior haciendo vibrar las copas de cristal.

La entrada al colegio era digna de una entrega de premios internacionales. Todos estaban tan bien vestidos para la ocasión. Largos vestidos que llegaban al suelo, otros cortos, sensuales y de todos colores. Los chicos se veían tan elegantes en sus trajes. Se habían esmerado realmente, lo que hacía difícil creer que eran esa masa uniforme de ropa desalineada que se movía por los pasillos del colegio cuando sonaba el timbre de entrada.

Cuando ingresaron al salón tan bien decorado e iluminado, la directora ya estaba hablando y dando la bienvenida a todos, y saludando a los padres de los egresados, y comenzó con un aburrido discurso que tuvo que acortar porque nadie la escuchaba.

Luego, las luces se apagaron y los reflectores iluminaron solo la fachada del palacete que habían construido. Hubo risas y aplausos mientras las parejas comenzaban a descender la escalinata para tomarse fotos. Algunos preferían hacerlo al lado de la fuente de agua, en la que el líquido cristalino no dejaba de moverse en chorros irregulares.

Luego bailaron el vals tradicional. Las mujeres con sus padres, hermanos y novios. Los varones con sus madres, hermanas y novias. Amelie nunca se había interesado tanto en esas costumbres hasta ese momento, pero pensó que era el mundo en el que vivía y de esa manera había que hacer las cosas.

Más parejas se sumaron a la danza, mientras Nadia le pedía a Alexis que lo hicieran también, así practicaban el vals para el año siguiente. Amy los animó a bailar rogando que Leo, quien estaba frente a ella del otro lado de la multitud, no se animara a invitarla a bailar. Lo había visto dar unos pasos indecisos hacia su dirección, pero luego desistió y volvió a su lugar.

De repente, la muchacha se alejó del mundo, de la muchedumbre danzante y de todo lo real, cuando dos manos cálidas se posaron de forma sorpresiva en su cintura e hicieron que los escalofríos corrieran por su espalda.

—Por fin te encuentro, Amelie Roger. Llevo varios minutos tratando de hacerlo.

—¿Bastian? Pensé que no vendrías a la fiesta —dijo Amelie tratando de recuperarse y sonar natural. Ella también había estado tratando de localizarlo con la vista. Giró sobre sus pies para mirarlo. El chico estaba perfecto, vestido con chaleco negro de moda, camisa blanca —que llevaba arremangada hasta los codos—, corbata negra y fina, pantalón y zapatos del mismo color. La ropa ajustada a su cuerpo parecía diseñada especialmente para él.

—¿Y perderme la ocasión de bailar contigo? Una señorita tan linda no debería estar observando cómo los demás bailan y se divierten.

—Creo que me sale mejor lo de mirar que lo de bailar, para ser honesta.

—Eso es porque no has encontrado a la pareja de baile perfecta y, si me dejas ser arrogante, soy un buen bailarín —bromeó con una sonrisa enorme, extendiendo su mano hacia Amelie como si supiera que la respuesta sería positiva. Era buen bailarín. A su mente vinieron aquellos enormes bailes que parecían de otra vida, en los salones dorados de Mikah—. ¿Qué dices? Espero que no me dejes aquí parado con ganas de bailar, sería un bochorno.

—Está bien, pero no te quejes si te piso y te hago pasar vergüenza —dijo

ella, respirando hondo y tomando la mano del muchacho sin dudar. Al verlos, Nadia les guiñó un ojo y Alexis se rio de ellos.

Amy se dejó llevar entre la gente, bajo la tenue luz de las arañas de cristal, mientras la banda seguía tocando. El momento no pudo ser más mágico.

—No te preocupes por las pisadas, he sobrevivido a cosas peores —dijo él, sonriente. Tomó con suavidad la mano izquierda de la chica y la puso sobre su hombro, colocó una de sus manos en la cintura de Amelie de manera firme y sin dudar, lo que volvió a producirle escalofríos, y luego se tomaron las manos libres.

—Creo que estamos listos. A la cuenta de tres... Uno, dos y tres —dijo Bastian mirándola a los ojos y todo comenzó a fluir de manera natural. Estaban bailando y él la guiaba en cada movimiento con sus manos mientras giraban entre destellos de colores y haces de luz blancos como luz de luna.

Los minutos pasaban y se habían quedado en silencio. Amelie no sabía muy bien qué decir hasta que él decidió romper el silencio.

—¿Sabes una cosa? Pensé que iba a recibir una bofetada cuando te invité a bailar.

—¿Por qué? Debo reconocer que soy rara, pero no estoy tan loca. Igual tengo que admitir que me tomaste por sorpresa.

—No es eso. Es que... por un momento pensé que eras otra. Estás muy diferente esta noche, pero hermosa. Lo que has hecho con tu pelo me gusta y la manera en que sonríes, como conteniéndote de mostrar tu mejor sonrisa, es tierna. Y temo el efecto que tu risa completa pueda provocar...

—¡Bastian! ¿Otra cosa que el *stalker* número uno de Puerto Azul quiera agregar?

—Sí, que me gusta cuando te sonrojas porque significa que ahí dentro hay una muchacha dormida que está pidiendo salir, pero solo se limita a poner tus mejillas rosadas para demostrar que está viva. Bueno, creo que no hay nada que no me guste de ti —respondió humedeciendo sus labios y Amelie pensó que se iba a desmayar.

«¿Por qué me hace esto? ¿Qué manera de torturarme es esta? Tú eres el histérico, Bastian», se dijo ella. ¿Por qué se portaba él de esa manera si no quería novia? Era como si estuviera jugando.

—Para alimentar tu ego debo decir que eres muy lindo. Me gusta cómo te vistes, siempre.

—¿Alguna otra cosa que quieras agregar?

—En palabras de Nadia diría que eres el chico más *hot* que he visto en mi vida, pero creo que lo sabes muy bien. Para mí eres casi perfecto y ahora entiendo por qué las chicas te miran así, pero que seas lindo no es lo que más me gusta de ti.

—¿En serio? ¿Qué es lo que te gusta? —preguntó con una sonrisa entretenida y la atrajo hasta su cuerpo sin dejar de moverse.

—La forma en que me cuidas y lo bien que me haces sentir, aunque me hagas comportar como una tonta confundida. Tú también has cambiado mi mundo, lo has hecho estallar en colores, y me alegro de poder ser yo la que logra ver esa parte que las otras no pueden apreciar —dijo Amelie y él la miró como si estuviese confundido, pero a la vez bajo un hechizo.

—Eres... simplemente grandiosa, Amelie —dijo él levantando su cara con sus dedos, para que lo pudiera ver. Su rostro se comenzó a acercar de forma lenta y la sangre corría con fuerza bajo la piel de la muchacha porque sabía lo que iba a pasar. Cerró sus ojos y el momento en el que sus labios casi se tocaron fue interrumpido cuando todas las luces brillantes se encendieron a la vez y los dejaron expuestos.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó Amelie mirando a su alrededor y notó que todos tenían la vista puesta en el palacio. En el último escalón superior se encontraban Nadia y Alexis, ella con un micrófono en la mano y lista para hablar. ¡Oh no! Eso no podía ser bueno.

—Deja de maldecir así, Amy. No te queda bien —reprochó Bastian, pero ella no le prestó atención. Estaba más preocupada por lo que su amiga iba a hacer.

«¡No puedes estar haciendo esto! Por favor, no lo hagas», se dijo, pero ya era tarde.

—Buenas noches a todos. Quiero felicitar a los egresados y decirles que lucen hermosos y que deseo que su viaje sea espectacular, pero en este momento quiero pedirles que juntos cantemos para festejar el cumpleaños de una chica que hace un año está con nosotros: Amelie Roger, quien es mi amiga y va a matarme luego de esto, pero te quiero, bebé. Fue ella quien pensó la idea para la hermosa decoración que pueden ver hoy —gritó Nadia con voz estridente. El color rojo invadió la cara de Amy, todos se dieron vuelta para mirarla y la cosa no terminó allí.

Su familia, que había estado misteriosa toda la tarde, Clara y Héctor también, venía con una torta llena de velas encendidas. Todos comenzaron a cantar y Amy no sabía si la querían, odiaban, o era solo la hija del intendente, pero cantaron a viva voz.

Bastian puso las manos en sus hombros para reconfortarla, porque por las charlas que habían tenido sabía que esas situaciones le resultaban difíciles.

Nadia y Alexis volvieron a su lado en unos minutos. Todos la saludaron, besaron su mejilla y abrazaron, lo que hizo que se separara de Bastian. Cuando el tiempo pasó, las personas formaron grupos para charlar y divertirse, y su cumpleaños quedó en segundo plano como debería haber sido.

Sus manos se instalaron en su cintura otra vez, mientras los demás estaban distraídos aprontando la mesa de comidas. Su fresco aliento se posó en su cuello y su voz dulce en su oído.

—Feliz cumpleaños, Amy. Espero que esta sea la noche más especial y mágica de tu vida. Me alegra verte feliz rodeada de la gente que te ama. Te quiero mucho y no te imaginas cuánto, pero debo irme. Adiós, preciosa... Espero verte pronto... —susurró en el oído de Amelie y la dejó estática. Ella quiso darle las gracias, pero cuando pudo salir de su trance luego de unos minutos, miró a su alrededor y Bastian ya no estaba allí.

Martina la tomó de la mano y la llevó hacia la mesa de comidas donde

estaban sus seres amados. La imagen de ellos, el sonido de sus risas, sus abrazos y su amor quedarían impresos en su mente para siempre.

Amelie no sabía si estaba madurando o más sentimental que antes, pero las luces, la música, el champagne –que nunca había probado– en copas de cristal y su amor imposible que se había desvanecido en la noche hicieron que una lágrima rodara por su mejilla.

La secó de inmediato, esperando que el maquillaje no se hubiera arruinado. Además, Nadia se acercaba a hablarle y no debía verla así, triste.

—Hey, Amy. ¿Dónde está Bastian? Debo decir que me sorprendió verlos bailar y divertirse juntos, pero se veían tan bien. Premio a la pareja más caliente de la noche. ¡Por Dios, lo que es ese tipo! —exclamó, mirando en varias direcciones, tratando de encontrarlo entre la multitud.

—Solo tuvo que... irse. No es necesario que lo busques, acaba de despedirse de mí.

Bastian caminó abriéndose paso entre la multitud, odiándose por haberse acercado tanto a Amelie para finalmente despedirse, pero se había dado cuenta que estaba haciendo las cosas mal, que tenía que cumplir con la tarea que le habían encargado o el descontrol se apoderaría de todo, ya sabía lo que pasaba cuando se rompían los patrones. Pero no podía perdonarse el hecho de que parecía haber estado jugando con los sentimientos de Amy, haciéndole la vida más complicada todavía.

Justo cuando estaba por subirse al auto para marcharse, escuchó unos tacones que se acercaban y rogó que fuera Amelie, que lo detuviera y le propusiera olvidar quiénes eran y se fugaran lejos, donde nadie pudiera encontrarlos. Pero era tonto pensar eso, a él siempre lo encontrarían, no podía escapar de lo que era. No fue la chica de cabellos de fuego la que se acercó, fue alguien más desagradable, que a pesar del perfume que llevaba puesto, no podía ocultar el aroma a azufre que inundaba el ambiente.

—Bueno, bueno. Por fin podemos charlar y estar un tiempo a solas. Hubiese

preferido que fuera en otro lugar, pero no hay modo de encontrarte con la guardia baja —comentó la voz sensual de Zaira, mirándolo con ojos desafiantes y esa sonrisa despectiva tan característica dibujada en sus labios pintados de rojo. Tenía una copa con líquido verde en su mano.

—¿Puedes ir al grano? Tengo cosas más importantes que hacer y no quiero perder mi tiempo contigo —replicó él, tajante. De sobra se notaba que la chica no le caía para nada bien y a ella él tampoco. Estaba en la naturaleza de ambos.

—Sé muy bien qué cosas tienes que hacer, galán —dijo ella, bebió un poco de su copa y luego esbozó una sonrisa malévol—. Eso que tienes que hacer, más bien debes hacer, tiene un nombre y se llama Amelie Roger.

—¿Cómo es que sabes de eso?! —interrogó Bastian alterado.

—Es mi trabajo saber esas cosas y por lo visto hago mi trabajo mejor que tú. Las mismas... personas... que te informan a ti, me informan a mí. Así que estaré esperando que cumplas con lo previsto. La pregunta es ¿podrás hacerlo ahora que estás tan cerca de ella? —dijo con su voz profunda y casi ronca.

—Por supuesto que lo voy a hacer, no es la primera vez que me encargan algo así. Y si estoy cerca de ella no te incumbe pero, para que no te pongas celosa, acabo de despedirme de ella —exclamó Bastian mirando con odio a la muchacha y lleno de tristeza. Le había mentado, nunca antes había tenido que hacerlo, ella era la primera. Sí había visto a otros como él llevar a cabo esas tareas, pero a él le costaba demasiado.

—Más te vale que cumplas, por el bien de todos. Si tú no lo haces, yo misma tendré que hacerlo, pero no creo que quieras eso para Amelie. Ah, como me gusta ver causas perdidas. ¿Celosa yo? Hay mejores exponentes en este baile, aunque tú y yo podríamos pasarlo tan bien... Nos vemos pronto, Bastian. — Zaira rio volviendo al colegio y a Bastian se le revolvió el estómago de solo pensarlo.

La risa de esa muchacha se repitió en la mente del chico como un eco que lo torturaba. Lo que tenía que hacer le parecía terrible, pero la idea de romper

las reglas por segunda vez no le pareció tan mala esa noche.

Vestida de oscuridad

Los días pasaron más rápido que de costumbre, como últimamente estaba sucediendo en su nueva vida. Amelie estaba segura de que se debía a que pasaba muchas horas con sus dos amigos, divirtiéndose. Pero a pesar de que eran tiempos de alegría, no quería que esos días se le escaparan tan rápido, quería disfrutar cada segundo y que nunca terminaran.

A veces, cuando se quedaba sola por la mañana, se aburría y solo esperaba que llegara la tarde para encontrarse con Nadia y Alexis. Se sentaba en el sillón frente a la ventana con un gran cuaderno y se ponía a dibujar mientras miraba cómo las nubes, que parecían pedazos de algodón, se movían en cámara lenta por el cielo. De repente, el auto negro se estacionaba frente a su casa y salía corriendo, pasaba toda la tarde con Nadia y Alexis, siempre cenaban juntos cerca del puerto cuando caía la noche, así que volvía tarde a su casa.

Su familia no la veía mucho esos días, pero al menos tenían a la abuela con quien entretenerse mientras ella no estaba. Llevaban a la mujer a recorrer lugares y enseñarle las atracciones de Puerto Azul, tratando de convencerla de que se mudara a vivir con ellos, pero ella se oponía de forma rotunda a la idea; decía que ya extrañaba mucho a sus perros, sus flores y todas sus cosas, que tenían un lugar especial en su corazón.

Navidad, Año Nuevo y vacaciones de verano fueron momentos en los que Amy se sintió plenamente feliz, como ese poco de felicidad que había

experimentado el día del baile en el colegio.

Nadia comenzó a insistir con su idea de producirse mucho para salir a bailar, a lo que sus padres accedieron porque había aprobado el año sin reprobar ninguna materia y se había comportado más que bien. Pero dentro de todo lo maravilloso que estaba viviendo había algo ausente que de una forma u otra se hacía notar.

Sus ojos trataban de encontrar a esa persona, su nariz quería volver a respirar su perfume y sus labios querían sentir la frescura de los suyos, aunque él nunca quisiera besarla.

El presentimiento que había tenido aquella noche después del baile se hizo realidad, pues no había vuelto a ver a Bastian y ya casi había pasado un mes, así que se había despedido de ella y tal vez para siempre. Trató de encontrar razones que explicaran su decisión, pero no lo logró. Estaba confundida porque él había insistido tanto con quedarse en su vida y, justo cuando se lo había permitido, de un momento a otro, había desaparecido. No quería pensar mal de él, porque al menos la había pasado bien junto a Bastian, había experimentado por fin lo que era sentirse enamorada.

A veces inventaba excusas para andar cerca de la catedral, como ir a misa, por ejemplo, cosa que nunca había hecho en años, pero ni noticias de él. Así que, a pesar de mostrarse feliz la mayoría del tiempo, por dentro sentía que su amor se iba marchitando poco a poco, como los pétalos de una flor, que se desprendían resistiéndose a cambiar de estación. Porque ¿cómo se suponía que se debía sentir cuando había probado la felicidad misma y esta se desvanecía en el aire de repente, y la dejaba con ganas de más? Amelie no encontró otra respuesta que tristeza y decepción.

A medida que los días transcurrían empezó a olvidarse de ciertos detalles que antes le eran muy claros, como la sensación de sus manos en su cintura y los escalofríos que provocaban. Incluso se alejaba de ella su tierno y bello rostro. No estaba segura de recordar el color exacto de sus ojos. Se iba su perfume, con el que se daba cuenta que él estaba detrás de ella a pesar de no

poder verlo. Se estaba olvidando de sus manos cálidas, su aliento con aroma a menta y miel, y su sonrisa blanca. La ausencia de su figura en cada rincón al que volteaba era devastadora, porque tenía que reconocer que Bastian ya no estaba cerca de ella.

«¿Dónde quedó tu insistencia por estar cerca de mí y cuidarme?», se cuestionó una noche, cerca de la ventana de su habitación, mirando las torres de la catedral, que parecían vestidas de oscuridad.

Nadia y Alexis no se habían animado a decir nada, solamente trataban de que se distrajera cuando la veían con la mirada perdida, porque sabían que estaba pensando en él. Su amigo se sintió bastante estúpido por haber depositado confianza en ese muchacho que había puesto triste a Amy.

Hasta sus sueños lo habían eliminado por completo, ya que el ángel había vuelto a ser el mismo y no llevaba su cara. Era otra vez alguien que no quería darse a conocer. Así, entre alegría y ausencia, unos días más pasaron.

Cuando su padre le dijo que llevarían a la abuela de regreso a Santa María, Amelie no supo bien qué pensar. A pesar de que no vería a sus amigos por unos cuantos días, sabía que debía darles tiempo para respirar y estar juntos también, no quería ser una carga para ellos, por más que le dijeran lo contrario.

Pensó que el estar lejos de Puerto Azul, el volver a recorrer las calles de Santa María, la ayudaría un poco a superar la tristeza de no ver a Bastian, pero no creía en recetas ni soluciones mágicas.

Sabía que lo amaba profundamente y que no podría sacárselo de la cabeza así tan fácil.

Tal vez en marzo, cuando las clases comenzaran otra vez, lo volvería a ver detrás de la barra de comidas. Él estaría sonriente, hermoso y le hablaría de nuevo, pero sabía que eso no sucedería.

Se despidió de los chicos por la tarde, al igual que de Clara y Héctor. Los padres de Nadia eran como unos tíos muy queridos para ella. Se había

acostumbrado tanto a tenerlos cerca esos últimos meses que fue difícil que los ojos no se le llenaran de lágrimas al verlos mientras la despedían, cuando la gran camioneta familiar roja se alejaba.

Qué extraño era querer tanto a alguien. Extrañar también lo era y sabía que lo iba a hacer. Pero los llamaría para que la rescataran del aburrimiento. Ya tenía ese plan en la cabeza, no le importaba que sus padres se enojaran por ello. Había decidido que, si llegaba a sentirse mal, los llamaría para que la buscaran y estaba segura de que Alexis y Nadia irían al rescate.

—Olvidé la muñeca que me regalaste, abu —se lamentó Martina.

—No podemos volver ahora, amor. La abuela te comprará una nueva —dijo Lucía, una mujer de cabellos blancos y ojos celestes, reconfortando a su pequeña nieta.

Tenían que recorrer unos doscientos kilómetros para llegar a la casa de su abuela. No era demasiado lejos, pero a Darío no le gustaba manejar rápido, así que el viaje tomaría unas horas.

Martina se había puesto a cantar canciones que había aprendido en la escuela y los demás se sumaron.

El calor de los primeros días de enero fue tremendo, lo que hizo que Amelie pensara que algún día el sol lo quemaría todo, que el mundo terminaría siendo arrasado por tormentas solares y fuego, y se convertiría en un reino de escombros y cenizas que volarían por todos lados como copos de nieve.

Por eso quiso mirar a través de la ventana de la camioneta y grabarse esos paisajes que tal vez nunca volverían a existir. Los interminables campos verdes se dibujaban en el cristal como un cuadro. Los cultivos de color amarillo y verde se mezclaban y creaban una imagen hermosa, algunos animales pastaban con tranquilidad, ajenos a las preocupaciones y tristezas humanas. Las aves surcaban el cielo azul en círculos y la brisa hacía que las ramas de los árboles danzaran en un constante vaivén. El mundo era bello, pero para Amy estaba incompleto.

Luego de un tiempo de viaje, el sol, poco a poco, comenzó a desaparecer en

el horizonte. Se habían alejado bastante de Puerto Azul cuando los autos encendieron sus luces, pues la noche estaba llegando.

Después de varios juegos a los que Amelie se había unido para pasar el rato, como decir en un segundo las patentes de los autos, Martina y su abuela se quedaron dormidas. Otra vez se quedó sola para pensar, cosa que no quería hacer, porque siempre que se ponía a ello su rostro aparecía en su mente y eclipsaba todas sus ideas. Sus padres escuchaban con atención un programa sobre política en la radio y no quiso interrumpirlos, así que se había quedado mirando al frente, inmóvil en su lugar.

Estaba contenta de tenerlos con ella y no supo el porqué, pero tuvo la necesidad de guardarse sus rostros. Los miró atentamente por varios minutos. Su madre tenía esa ligera sonrisa dibujada en sus labios todo el tiempo, una sonrisa capaz de hacer a otros sonreír y pensar siempre en cosas agradables. Su padre tenía unos ojos llenos de sabiduría, por eso siempre los miraba, como si estos pudieran decirle algo de su futuro o de alguna lección que necesitaba aprender. Martina y su abuela eran parecidas, tenían rostros hermosos y ojos inocentes. Pero a veces en ellos se encendía la chispa de la travesura.

Y de repente con el cielo vestido de noche, una luz brillante atrapó la esquina de su ojo derecho y la sacó de toda concentración.

Su cabeza giró rápidamente y contuvo la respiración, asustada, clavando sus uñas en el asiento porque su cuerpo sentía el terror de lo que iba a suceder. Su cerebro lo estaba anticipando.

—¡Papá, frena! ¡Nos van a chocar!

No hubo respuesta alguna. Solo dos luces amarillas, brillantes y cegadoras, que iluminaron el interior de la camioneta roja.

El vehículo salió de una calle lateral que atravesaba la ruta principal por la que transitaban Amy y su familia. Los embistió con fuerza con su lado izquierdo en una inútil maniobra para esquivarlos. El contacto entre los autos produjo un chirrido horrendo y ella imaginó los rasguños en la pintura.

A pesar de haberlos impactado, el otro vehículo se estabilizó y, yéndose a gran velocidad, escapó, para su suerte, de un destino fatal.

Pero Darío perdió el control y se desvió hasta el centro de la ruta. Todos comenzaron a gritar cuando casi chocó contra un camión que venía de frente. Logró sacarlos del medio lo más rápido posible, se cruzó frente al gigantesco transporte y se lanzó afuera de la ruta.

El terreno no era para nada llano, porque estaban en una gran elevación, así que la camioneta empezó a sacudirse violentamente. Su padre trató de frenar, lo que hizo que las cosas empeoraran porque empezaron a rodar cuesta abajo a toda velocidad.

En ese instante en el que Amelie sabía que su mundo se desplomaba, solo pudo oír los vidrios que estallaban, el débil metal que se retorció y a Martina que gritaba con su aguda voz, hasta que se apagó en un segundo. Sus padres se tomaron de la mano, fue lo último que pudo ver porque cubrió su cara para que los cristales no le lastimaran el rostro.

La camioneta detuvo su movimiento de manera abrupta y luego hubo humo gris y silencio.

Tras varios minutos, horas o lo que fuere, porque era imposible contar el tiempo en su estado, Amelie tragó fuerte e intentó moverse; tenía la garganta seca y le raspaba. Ningún ruido llegaba hasta ella, como si se hubiese transportado a otra dimensión en la que los sonidos no existían. Sus ojos tardaron un poco en abrirse y la penumbra le pareció aterradora. Era como despertarse después de un largo sueño en el que estaba tan confundida que no sabía si era de día o de noche. Sintió que su cabeza estaba mojada, entonces llevó su mano a la frente para tocar la piel húmeda y pudo ver que sus dedos estaban rojos, teñidos con su sangre.

Fue allí que empezó a pensar y tratar de entender dónde se encontraba. Primero pensó que ya era de día, porque una luz le alumbraba los ojos, pero no era el sol, sino que era la luna plateada la que iluminaba.

Había varias personas a su alrededor y los ruidos por fin se dejaron escuchar al volver todos a la misma vez con la fuerza de un trueno en una noche de tormenta. Eran voces preocupadas, nerviosas, y pasos apresurados. Unas luces giraban sobre un vehículo blanco, que supuso era una ambulancia. Miró hacia arriba, hacia el cielo oscuro donde cuatro llamas de fuego azul parecieron consumirse entre las estrellas. Algo en sus ojos no andaba bien.

Después bajó la mirada porque recordó haber estado dando vueltas en la camioneta hasta estrellarse contra una inmensa pared de rocas, era por eso que se habían detenido.

Lo primero que quiso hacer fue ubicar a sus familiares. Entre las personas que no dejaban de moverse ni siquiera un segundo, le pareció ver la cara de Bastian, pero lo había confundido con un enfermero de cabello oscuro. Estaba enloqueciendo, pero deseaba con toda su alma que estuviera allí. Lo necesitaba en ese momento de gran confusión. No, necesitaba a sus amigos.

Trató de buscar a sus seres queridos cerrando y abriendo varias veces los ojos para ajustar su visión borrosa y la realidad la golpeó con toda su fuerza en el pecho. Parecía estar cayendo en un pozo oscuro que no tenía fin. Observó que una mujer rubia cerraba la última de cuatro bolsas plásticas de color negro, donde había cuerpos que ya no se movían y nadie trataba de hacer algo para salvarlos, como hacían con ella. No tuvo que pensar mucho para entender lo que había pasado.

—¡Ayúdenlos! ¡No dejen que se mueran! ¡Hagan algo, por favor! —dijo Amelie con un grito desgarrador, producto de la desesperación y del hecho de ver que todo se le iba de las manos. Clavó sus dedos en la tierra para tratar de arrastrarse por el suelo e ir a ayudar a su familia.

Sintió cómo algunas uñas se le quebraban, pero el dolor físico no era nada comparado al del alma. Un enfermero la detuvo, presionando el pecho de la muchacha para que no se moviera y ágilmente le inyectó lo que debía ser un calmante, porque Amy notó cómo, luego del piquete de avispa, sus músculos se relajaban y ya no podía moverse.

La muchacha se quedó allí, tendida en el piso, deseando estar muerta también. Porque ¿qué se suponía que iba a hacer o sentir?

De un segundo al otro había perdido casi todo lo que tenía, la vida a la que estaba acostumbrada. En ese momento se preguntó por qué debía pasarle eso si ella nunca había hecho nada malo a nadie. Sentía que no merecía semejante castigo. Y allí se quedó con un frío mortal que le congelaba sus huesos a pesar de que era verano. Tenía la frente ensangrentada y un leve dolor en el cuerpo.

Se quedó mirando las estrellas que eran pequeños diamantes perdidos en el cielo negro, tapada con una manta que el enfermero había puesto sobre ella. Le pareció estar flotando sobre un océano gélido de aguas negras que su mente había creado. Una enfermera le habló con tono dulce, pero ella no quiso responder, llorar o sentir. Si lo hubiera intentado, hubiese sido completamente en vano, porque cuando la vida te da semejante golpe lo único que deseas hacer es abrazar la muerte. Cerró los ojos.

Luego de un tiempo en el que pareció haberse dormido, Amelie abrió los ojos y trató de entender dónde se encontraba, su alrededor había cambiado otra vez. Intentó localizar a sus padres, hermana y abuela, pero esa vez no era una pesadilla. Las imágenes de lo ocurrido llegaron a su mente todas juntas y sintió un fuerte dolor en el pecho porque comprendió lo que había sucedido con suma claridad.

Pudo oler el aroma a limón de un producto para limpiar el piso que era bastante repugnante y sintió unas repentinas ganas de vomitar, pero se contuvo haciendo un gran esfuerzo. El solo hecho de pensar en tener que moverse de esa cama para ir al baño le pareció cansador porque no tenía fuerzas. Las cerámicas blancas estaban relucientes, como en muchos hospitales, así que supuso que allí estaba.

Sobre la puerta de la habitación había un cartel que decía: «SALA 2. HOSPITAL DE PUERTO AZUL». Estaba de nuevo en la ciudad.

El colchón era bastante suave y cómodo, el ambiente, caluroso cuando el sol

empezaba a alumbrar el mundo y hacía que sus rayos llegaran hasta ella a través de la ventana. Para alguna persona en el planeta ese amanecer seguro significaba esperanza, lo más bello que se podía apreciar. Amy hubiese deseado no llegar con vida a ese día para saber que era la única sobreviviente del terrible accidente.

Un ventilador giraba lentamente sobre su cabeza y se quedó mirándolo por varios minutos, con la mente casi en blanco, y por poco se quedó dormida otra vez.

En un momento, cuando pudo pensar con más claridad, notó que alguien sostenía su mano y que la cabeza de esa misma persona estaba apoyada sobre su estómago. El cabello rubio de muñeca no podía ser otro que el de Nadia, quien lloraba casi en silencio.

Alexis estaba dormido en un sofá, cerca de la cama. Amelie hizo un gran esfuerzo para decir algo, pero no pudo, las palabras no querían salir de su boca. Solo logró apretar un poco la mano de su amiga, que enseguida reaccionó. En realidad, no sentía dolores fuertes, no estaba cansada en un sentido físico, pero no quería moverse o hablar, no encontraba un motivo para hacerlo.

—Al, se despertó. ¡Alexis, ven aquí! —gritó ella, lo que hirió los oídos de Amelie. El muchacho enseguida se paró al lado de la cama.

—Por favor, hablen más bajo...

—Lo siento, amor —se disculpó Nadia y su amiga hizo un leve gesto con la cabeza, cerrando sus ojos por un segundo para hacerle ver que no estaba enojada.

El vacío que sentía era impresionante. El dolor, lo más fuerte que alguna vez había sentido, no era corporal, sino del alma. Era como si cortara cada parte de su ser y a la vez era intangible, no podía tomarlo y arrojarlo lejos. Creía que, si pudiera meter su mano en el pecho, no encontraría su corazón porque estaba completamente destruido, invisible y ausente. Ausencia y más ausencia. La vida le había dado tantas cosas unos meses atrás que ahora parecía

cobrárselo con creces. Esa revancha era lo que había estado temiendo.

Todavía no había podido llorar, aunque entendía que toda su familia había muerto. Quería que le hablaran de otra cosa para no recordarlos, al menos por un segundo no quería que sus rostros invadieran su mente y luego se cubrieran de sangre.

—¿Cómo te sientes, Amelie? Sé que es una pregunta estúpida, pero... dime que no te duele nada —cuestionó Nadia, mirándola con ojos tiernos. Amy no quería decepcionarlos o tratarlos mal, pero no tenía muchas ganas de hablar.

—Ojalá me doliera algo.

Alexis y Nadia intercambiaron miradas, no sabían cómo llevar esa situación. El muchacho se sentó en la cama con cuidado.

—Lamento mucho todo esto, hermanita. Es triste y terrible, imposible de creer, pero nosotros no te dejaremos caer, ¿sabes?

—Gracias, Al —dijo la chica tratando de sonreír, pero era en vano.

Era extraño, nada más que un pequeño corte en la frente del cual se repondría demasiado rápido. Qué injusto había sido para sus familiares.

—Creo que no tienes heridas graves —comentó Nadia.

—No, solo un rasguño cuando los demás no sobrevivieron.

—No hables de eso ahora —propuso Alexis acomodándole la almohada.

—Está bien, tuvimos una buena despedida.

—Mis padres están en la entrada haciendo unos papeles de rutina —interrumpió Nadia porque, a pesar de entender por lo que su amiga estaba atravesando, se estaba volviendo cada vez más oscura y quería distraerla si eso era posible—. Te vamos a llevar a casa en unos momentos, porque el doctor dice que no tienes nada, ninguna lesión en tu cabeza, y que ya te puedes ir.

—Muchas gracias por hacerse cargo de mí —fue lo único que pudo decir Amelie, sintiendo que sería una carga para todos ellos.

Tendrían que lidiar con su mal humor, sus miedos nocturnos, sus llantos en la oscuridad, así que decidió que debía intentar ser fuerte, aunque fracasara. Su

familia lo hubiera querido así.

—Hace unos meses, tu... papá hizo prometer a Héctor que se haría cargo de ti y de tu familia si algo le pasaba a él y eso es justo lo que van a hacer. Somos tu familia oficial ahora —comentó Alexis dudando al decir la palabra «papá» y terminando con una sonrisa.

El labio de Amelie se torció levemente tratando de formar una sonrisa, pero no logró ni el fantasma de ella.

—Primero fui su amiga, ahora soy hermana. Es difícil librarse de mí —dijo la muchacha—. Tengo sed, chicos. ¿Pueden traerme agua, por favor?

Ante el pedido, Nadia y Alexis salieron apresurados. Amelie se quedó viendo la puerta, lamentándose por haber hecho que los dos se fueran, no quería quedarse sola por mucho tiempo. De repente, el espacio libre en el marco fue cubierto por Clara, seguida de Héctor.

Ella se acercó despacio, se sentó a su lado y tomó el rostro de la chica con sus manos para besar su mejilla.

—Mi amor, ya estás despierta. No debes preocuparte por nada más que por tratar de recuperarte de esto, nosotros te vamos a cuidar ahora —dijo la mujer llena de ternura en la voz—. Yo sé que es difícil ser positivo en este momento y llevará tiempo, pero te vamos a ayudar a superarlo, como las buenas familias hacen.

Amelie no supo si fue el beso maternal de Clara, su mirada tan parecida a la de su madre, Héctor, que formaba parte de su familia, o si se había estado conteniendo, pero sintió cómo explotaba su corazón.

Este volvió de inmediato a su lugar y sus ojos ardieron, para luego llorar cataratas incontrolables. No paró de hacerlo por unos cuantos minutos, hasta que el pecho comenzó a molestarle. El dolor parecía irse mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Los chicos volvieron con agua y Amelie bebió como si hubiera estado bajo el sol en un desierto caminando por días y deshidratada. Se sentó mejor en la cama, porque a pesar de que era pronto quería dejar de sufrir. Miró a las

cuatro personas allí presentes, su nueva familia.

—No sé ustedes, pero yo quiero irme ya de este lugar y no volver nunca — dijo decidida.

En minutos se habían alejado del hospital con rumbo a su nuevo hogar, a la casa de color arena. Sabía que ahora venía una parte difícil: el funeral. La organización, recibir las condolencias que tanto molestaban, pero, por suerte, Clara y Héctor se harían cargo de todos los arreglos. Amy solo quería dormir y seguir durmiendo para no sentir el dolor cortante que estaba presente en su corazón.

—Amy, es hora de levantarse, tenemos que ir al... funeral. ¿Te encuentras bien? —dijo Nadia tocando el hombro de su amiga suavemente.

—Está bien, pero ayúdame a vestirme. Terminemos con esto como se debe —respondió ella, viendo el cielo nublado afuera; unas gordas nubes negras habían cubierto el sol y el azul del firmamento. Un típico vestido negro estaba tendido sobre la silla, color que la confundía en aquel momento, aunque muy similar a la oscuridad que sentía cerca.

El auto ingresó lentamente ante la atenta mirada de todos los ciudadanos que querían a su papá y a su familia. También estaban presentes varios de sus compañeros de colegio. Había vírgenes y ángeles regordetes con rizos de piedra, muy diferentes al de su cuadro, junto a cruces de todos los tamaños y humedad en las paredes.

Todos la respetaron, por suerte, ya que no la abrumaron con llantos y las vacías expresiones: «lo siento mucho» o «mi más sentido pésame», que no tenían valor para ella en ese momento, porque nadie sabe lo que pasa en el interior de uno. Apreciaba más su silencio y una mirada de compasión que palabras tontas.

El sacerdote empezó a recitar sus versos de costumbre. Amy estuvo con la cabeza reposando sobre el hombro de Clara todo el tiempo, porque ella la hacía sentir bien. Héctor, quien sería el nuevo intendente hasta las elecciones,

estaba detrás de la muchacha con sus manos en su hombro izquierdo. Muy cerca estaban Nadia y Alexis tomados de la mano.

Luego las personas, vestidas de negro, dijeron adiós y se quedaron solos. El sacerdote le besó la frente y le dijo algo que no pudo escuchar. Amy arrojó una rosa sobre cada ataúd y con dolor los vio descender hacia el interior de sus nuevas camas negras.

Los empleados del cementerio los cubrieron con tierra de inmediato. Estaban tan acostumbrados a su tarea que no parecía ser nada difícil para ellos. El dolor era ajeno.

Respiró hondo y se quedó pensando en sus rostros, risas, abrazos y besos el día del baile.

—Es hora de irnos —propuso la muchacha, mirando los rostros de su nueva familia.

—Sí, yo creo que es hora, hija. Puedes venir aquí cuando desees —comentó Clara en voz baja. Se alejaron del lugar a paso lento pues ya había enterrado a sus muertos y les había dicho adiós.

Las nubes negras se reagruparon en el cielo, la tormenta no tardó en desatarse.

El batir de alas

Los meses siguientes fueron duros para Amelie porque poco a poco se iba acostumbrando a esa vida nueva que le había tocado vivir, pero recordaba todo lo que había perdido. La mayoría del tiempo se la pasaba encerrada en su habitación, con la vista perdida en el cielo que se podía observar a través de la ventana. No hablaba mucho, ni siquiera cuando sus amigos trataban de alegrarla, solo se quedaba en la cama con sus piernas cubiertas con una frazada y un libro abandonado sin leer a su lado. Siempre había un plato sobre la mesa de luz, pero ella casi no probaba bocado, no podía tragar la comida.

Todos en la casa se preocupaban por la muchacha y trataban de hacerla sentir lo mejor posible. Ella agradeció que no fuera de manera insoportable e insistente porque no estaban todo el tiempo sobre ella, sino que le daban el espacio que necesitaba para estar sola.

Cuando llegó marzo otra vez y tuvo que volver al colegio, nadie mencionó nada sobre el accidente, ni siquiera Leo se acercó a decir «Lo siento», porque seguramente estaba nervioso y no sabía qué más decir. Muchos de sus compañeros le dedicaron una sonrisa genuina al verla, pero nadie se acercó a hablarle. Nadia y Alexis estaban a cada momento con ella, aunque fuera en silencio.

A pesar de las cosas malas que podían llegar a deprimirla y que siempre la rondaban como fantasmas, iba a hacer todo lo posible para poder finalizar el colegio, porque ya estaba en quinto año. Tenía que enfocarse en eso, al menos

iba a distraerse un poco.

Un día tuvo ganas de volver a su antigua casa, pero sola, no quiso que nadie la acompañara, pues era uno de esos momentos que sentía que debían ser íntimos y debía guardarse ciertas cosas para ella. Había decidido conservar la casa por un tiempo más. No estaba dispuesta a ponerla en venta todavía porque allí estaban todos sus recuerdos, pero Héctor y Clara la habían convencido de hacerlo. Decían que sería una prueba, una forma de cerrar esa historia y, luego de mucho pensarlo, entendió que tenían razón, si de todos modos el recuerdo de su familia estaba en su corazón. Ya había dos compradores muy interesados que no querían esperar un segundo más.

De la casa de su abuela en Santa María se harían cargo unos tíos que ni sabía que existían, pero pensó que era un problema menos para ella, algo menos en qué pensar.

Ese día tenía que empacar todo para llevárselo, pero solo quería fotos, algunos regalos que le habían hecho, libros y cosas que habían pertenecido a la familia por generaciones. Los demás muebles serían vendidos junto con la casa.

Apenas puso un pie en el *living*, que estaba en penumbra, el vacío desolador la azotó, le tocó los brazos y se enredó en sus cabellos. Y luego le golpeó el pecho como empujándola hacia afuera y haciéndole notar que ese lugar no le pertenecía. Ya no había risas provocadas por cosquillas, olor a tostadas, ni ruidos; ya no había vida. Sobre el sofá estaba la muñeca que Martina había olvidado y por la que se había estado lamentando en la camioneta. La tomó sin pensar y la apretó con fuerza sobre su pecho.

Con pasos lentos llegó a la cocina y encontró el diario, que ya era viejo, doblado sobre la mesa donde su padre lo había dejado. Quitó las fotografías que estaban pegadas en la heladera con imanes, pero no quiso verlas por mucho tiempo porque se pondría a llorar. Halló sobre la mesada una caja blanca, que aún tenía el perfume de su madre, y las guardó allí dentro.

Antes de subir las escaleras, observó el retrato familiar sobre la mesita de

patas altas y no pudo evitar pensar en aquel día en que se había caído al suelo, como un presagio. Parecía que cien años habían pasado desde ese incidente. Por fin, subió las escaleras viendo más fotos familiares de épocas felices, en portarretratos de marcos dorados, los cuales quitó de la pared también.

La puerta de su habitación chirrió al abrirse, dándole la bienvenida a su viejo mundo que estaba intacto, con un poco más de polvo que de costumbre, pero igual que siempre.

«Nunca debí haber salido de aquí», se lamentó, pero no podía culparse por el hecho de querer vivir en el mundo real como los demás.

Se recostó sobre la cama y se propuso recordar su antigua historia, porque a medida pasaban los días las cosas conocidas se alejaban de su mente. Pudo verlo todo, desde su primer recuerdo de niña hasta ese momento. Las imágenes comenzaron a pasar frente a sus ojos sin que hiciera el menor esfuerzo.

En un momento se tuvo que haber dormido, porque despertó asustada, miró el reloj y dos horas ya habían pasado desde su llegada. Se levantó y miró hacia la gran catedral.

Sus torres estaban vacías y oscuras, sin vida, como su antigua casa. Fue allí que recordó a alguien quien hacía meses se había vuelto invisible.

Después de pensarlo entendió que él, de quien ya hasta le era difícil pronunciar su nombre, también formaba parte de su lista de pérdidas irreparables. Su rostro ya no era bello y tierno en sus recuerdos porque estaba casi desdibujado y borroso, como la isla lejana en Playa Calma.

Bastian había renunciado a su trabajo como ayudante en la cafetería del Highland y no lo veía nunca en la ciudad. Supuso que se había marchado para siempre. Se tendría que olvidar de sus dulces labios y de sus manos cálidas, de él por completo. Aunque era doloroso, de alguna manera lo haría, porque había comprobado que era bastante fuerte teniendo en cuenta lo que había sucedido y que siempre era mejor superar las cosas malas y seguir adelante, hacia donde la vida quisiera llevarla.

Mientras preparaba unas cajas con las cosas que quería llevarse, pensó en

cómo Nadia se había propuesto que consiguiera novio.

Se pasaba horas hablándole de un tal Lucas y lo pintaba como un «príncipe azul», pero a Amelie no le interesaba demasiado. De todos modos, sus intenciones no eran malas, estaba tratando de ayudarla y tal vez se daría una oportunidad de hablar con alguien nuevo y conocerlo. Cuando terminó de empacar, dejó cajas repletas de cosas.

El cuadro que Clara le había dado y sus mariposas quedaron encima de todo, para que no se estropearan. En cualquier momento sus nuevos padres pasarían a buscar sus pertenencias para llevarlas a su nueva casa.

Bajó despacio las escaleras, sintiendo que su corazón se seguía aferrando al lugar. Sabía que era hora de cerrar la historia, como Clara y Héctor habían dicho. Recorrió las barandas de madera blanca con el dedo y notó que el polvo del tiempo ya empezaba a cubrirlo todo, a enterrar ese pasado como si fuera un muerto. Pasó por las habitaciones una última vez para despedirse, cerró la puerta principal detrás de ella con un nudo en la garganta, para nunca volver a una vida que tampoco volvería a ella.

Un sábado en junio, cuando Amelie se sentía un poco más animada y luego de tanta insistencia de sus amigos, decidieron salir a bailar. A ella no le importó lo que pensara la gente, si era muy pronto para salir de fiesta o no. Al fin y al cabo, Amy había sido la única sobreviviente y era su vida la que debía arreglar. Sus amigos estaban convencidos de que le haría bien y ella trataba de convencerse también.

Por la mañana fueron a comprar ropa y Amelie eligió un vestido blanco de tela fina con unos apliques de hilo plateado, que le había gustado bastante. Cuando llegó la hora, Alexis las pasó a buscar en su auto.

—¡Chicos, no vuelvan tan tarde! —gritó Clara desde la puerta, un tanto preocupada—. Y cuando Amy sienta que quiere volver, la traen enseguida. ¿Llevan sus celulares y abrigo?

—No se preocupe, suegra, que yo las cuido como debe ser. Las chicas volverán a casa sanas y salvas —gritó Alexis entre risas con el vidrio bajo,

encendiendo el motor.

—Mamá cree tanto en ti, amor, que todo lo que le dices la deja conforme — comentó Nadia.

—Y bueno, es mi suegra, así que no le queda otra opción más que creerme —dijo Al besándola en los labios.

Amelie recordó ese día en mayo, en el que sus dos amigos habían convocado a sus padres para informarles que eran novios y se habían comprometido con unos brillantes anillos frente a todos los presentes. Fue una linda cena en su casa, donde el «ya era hora de que lo dijeran» no se hizo esperar entre los asistentes.

El lugar al que fueron estaba lleno de adolescentes que se reían y bailaban sin parar. Había humo de cigarrillo en el aire, que Amelie no soportaba demasiado, y luces que, al brillar suspendidas en lo alto del techo, creaban efectos psicodélicos en las paredes.

Gina y Augusto se encontraban en el centro de la pista, bailando pegados y de manera sensual, mostrándose como siempre y creyéndose el centro del universo.

Nadia no paraba de traer tragos frutales que tenían alcohol escondido en la dulzura de la fruta y, por alguna razón, Amy supo que eso no le haría nada bien, no estaba acostumbrada a beber tanto.

Notó en un momento que se reía de cualquier broma y se sentía bastante bien, así que no se opuso cuando Alexis pagó otra ronda.

En un momento, entre las risas, más tragos, música y baile, Zaira se acercó hasta Nadia y le dijo algo en el oído, pero Amelie no pudo darse cuenta de quién era porque se encontraba un tanto mareada y solo se dejaba llevar por los sonidos y la gente que golpeaba su cuerpo. Solo vio una sombra alta que parecía abrazar a su amiga y susurrarle cosas al oído antes de desaparecer.

—Amy, mira quién está en la barra.

—¿De quién hablas? —preguntó ella en voz alta, mirando en esa dirección y tratando de enfocar su vista. El corazón dio un pequeño vuelco porque se

imaginó a otra persona.

—Es Lucas, el chico del que te hablé. Ve a invitarlo a bailar, te veremos luego aquí —propuso su amiga, empujándola suavemente.

—Está bien, pero espero no quedar como una tonta. No se me dan bien estas cosas —gritó la chica y soltó una risilla.

Cuando llegó hasta él abriéndose paso entre la multitud, un tanto mareada y con miedo de caerse por los tacones que se había puesto, pudo verlo con más detenimiento. Era lindo de verdad, su cara simétrica y agradable. Su cabello era corto y rubio, casi dorado. Estaba vestido con ropa de marca, pero había algo que no le convencía y tal vez se debía a que en su mente lo estaba comparando con otro chico.

Pensó que a esa altura Bastian ni se acordaba de ella y, si se había ido, por algo era. ¿Le habría mentido con lo del anillo? ¿Era solo una excusa, como decía Alexis? En ese momento pensó que sí, que él había vuelto con su novia, porque no iba a arruinar su vida con una chica rara y cambiante a quien recién había conocido. «¡Fuera de mi mente, Bastian!», se dijo a sí misma y él desapareció.

—Hola, soy Lucas. ¿Cómo estás?

—Bien... yo soy Amelie. Para ser honesta, creo que estoy un poco mareada.

—Lo sé, tus amigas me han hablado mucho de ti y eres tal cual te describieron.

—¿En serio? Espero no decepcionarte entonces. ¿Soy como imaginabas? —bromeó ella un tanto confusa, dejando pasar un dato importante que el chico había dicho y en el que hubiese reparado si no estuviese tan confundida gracias al ruido, las luces y los tragos.

—Para nada, eres hermosa. Mucho mejor de lo que imaginaba.

—Gracias.

—¿Quieres bailar o tomar algo? Este trago es bastante dulce para mi gusto, pero está genial —agregó el chico moviendo el vaso que tenía un líquido de color azul, mientras la cabeza de la muchacha daba vueltas y vueltas.

—Lo que quisiera tomar ahora es un poco de aire fresco, si no te molesta. Volveré más tarde, espero que estés aquí todavía —dijo ella masajeando su cuello y mintiendo porque no pensaba volver. Cuando había caminado un poco, alguien la tomó del brazo.

—Te sacaré de aquí si es lo que quieres, no pienso quedarme solo — exclamó Lucas tomando su mano en la de él, que era fría, muy fría.

Cuando llegaron a la puerta de salida, a través del mar humano en el lugar, Amelie se sintió aliviada de dejar atrás el ambiente sofocante. Respirando hondo, llenó sus pulmones de aire limpio, fresco y nuevo, pero aún no podía pensar con demasiada claridad.

—Ya que estamos afuera, ¿quieres pasear por la ciudad? Tengo el auto en el estacionamiento.

—No sé, mis amigos...

—Ellos se están divirtiendo y tú no pareces el tipo de chica a la que le guste todo ese ruido. A mí tampoco me gusta demasiado, vine porque me dijeron que estarías aquí. Prefiero los espacios al aire libre y los cielos estrellados —dijo el muchacho sonriente y, por alguna razón, las palabras «excusa de hombre» se escondieron en lo profundo de su mente. En ese momento no se encontraba tan segura de sí misma como para irse o negarse.

—Es la primera vez que vengo a un lugar como este, me falta costumbre.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Vamos a pasear?

—No es una mala idea.

—Espérame aquí —propuso el muchacho y, mientras él buscaba el auto, le escribió un mensaje de texto a su amiga. ¿Qué pensaría Alexis al saber que su hermana se marchaba con un chico a quien acababa de conocer?

El celular sonó segundos después y el mensaje decía: «OK. Diviértete mucho. Cuídate». Ella sabía a qué se refería su amiga con eso. Hacía unos días habían estado hablando de esos temas que le daban un poco de vergüenza, pero no era eso lo que pasaba por su cabeza cuando accedió a irse con Lucas, no iba a acostarse con él ni nada de eso. Aunque estaba haciendo cosas que

nunca antes hubiera hecho.

Lucas era divertido y no paraba de hacer bromas mientras recorrían las calles de Puerto Azul. El viento fresco de principios de junio le congelaba la cara a Amy, pero no le importó, no quería cerrar la ventana porque eso la mantenía despierta.

En un momento se percató de que se habían alejado bastante de la ciudad, pero no se molestó en preguntar. Poco a poco estaba volviendo en sí. Luego de unos minutos de andar, el auto estacionó frente a una gran casa de dos pisos toda iluminada por pequeños reflectores.

—Esta es mi casa.

—¿Qué hacemos aquí? Deberíamos volver.

—Se nota que tienes frío, así que pensé en conseguirte un abrigo. Seguro habrá algo de mi hermana que puedas usar —dijo él; abriendo la puerta del acompañante, tomó la mano de Amelie para hacerla bajar del auto.

—No es necesario, en serio —dijo ella, tratando de soltarse, pero el muchacho la tenía agarrada con firmeza y parecía arrastrarla. Logró hacerlo, porque luego de eso se encontraban en un amplio *living*.

—Ahora que lo pienso, mis padres no están en casa y, si tienes frío, podríamos hacer algo mucho más divertido para que entres en calor —dijo acercándose a Amelie. Puso sus manos en su cintura y besó su cuello suavemente con labios húmedos. Un escalofrío desagradable recorrió el cuerpo de la muchacha, quien a pesar de estar confundida no pensaba dar un paso tan importante con él, a quien acababa de conocer. El día que decidiera tener intimidad con un chico sería con alguien a quien de verdad amara y cuando se sintiera lista, no bajo los efectos del alcohol.

—¡Basta, estás loco! ¡No quiero hacer esto!

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta? ¿O te gustan las mujeres?

—¿Qué? No y, si es para esto que me trajiste hasta aquí, estás muy equivocado. No soy una prostituta adolescente a la que puedes cargar en un auto y traer a tu casa. No necesitas llevarme de vuelta, me voy caminando —

dijo Amelie de manera tajante. Él se quedó parado sin hacer nada más que sonreír de manera irritante.

En su desesperación por salir de allí, Amelie había confundido la puerta porque ingresó a un garaje. Había dos autos: uno blanco y lo que parecía ser una camioneta. Se quedó pensando en lo tonta que era por haber fallado en su escape, hasta que algo llamó su atención de uno de los vehículos. Le dio una puntada en el corazón, era el mismo auto que había provocado el accidente, tenía que ser ese porque se le había quedado grabado en la mente, incluso tenía su lado izquierdo abollado y un faro roto.

Llena de rabia volvió al *living*, pero no encontró a Lucas. Salió afuera enfurecida y lo vio cerca del auto con sus brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de «sabía que volverías a mí».

—Ah, con que ahí estas. ¿Cambiaste de opinión y quieres jugar? —dijo con su voz arrogante, aprontándose para acercarse con esa horrible sonrisa de acosador en los labios.

—No seas tan patético, por favor. Deja de seguir cayendo tan bajo y quiero que me digas ya qué hace esa camioneta destruida en tu garaje —amenazó, con una mano extendida para detenerlo si decidía acercarse. No podría detenerlo, pero ese gesto le daba más confianza.

—¿Por qué te interesa esa estupidez?

—No es una estupidez para mí.

—Bueno, si quieres saberlo, esa camioneta está así porque tuve un accidente gracias a unos idiotas que no me vieron subir a la ruta. No sé qué les pasó, porque no iba a volver a averiguarlo. Por suerte, a mí no me sucedió nada más que la abolladura en el vehículo. Seguro se llevaron un buen susto —dijo el muy maldito, riendo contento de haber escapado.

—¿De qué susto estás hablando? Se murieron todos, menos yo. Eres un asesino, pero muchas gracias por el dato, ya tengo las pruebas suficientes —dijo Amelie llorando de rabia y cargada de dolor decidió volver caminando.

—Hey, si vas con la policía, me las vas a pagar caro, ¿entiendes? —

amenazó Lucas lleno de cinismo y siguiéndola, como si no fuera poco haber matado a cuatro personas. El chico rico, mientras hacía locuras con su camioneta nueva, había asesinado a la familia de Amelie y parecía que ahora quería hacerla callar.

Llena de ira la muchacha se dio vuelta, lo tomó sorprendentemente por los hombros y con toda su fuerza le dio un rodillazo entre las piernas, como Alexis le había enseñado alguna vez. Se quedó tendido en el suelo gritando de dolor, llorando como un niño, todavía amenazándola. Amelie no paró de caminar por el costado de la ruta, un tanto aliviada porque el muchacho no la seguía.

Amy no pudo dejar de llorar sabiendo que Lucas había sido el causante de su desgracia y que el destino lo había puesto cerca de ella otra vez.

«¿Por qué me pasa todo esto?», se preguntó angustiada y de repente una idea vino a su mente, tan clara como la intensa luz del día.

Decidió que ya nunca más le sucederían cosas feas, que no iba a permitir que por su culpa su nueva familia muriera también. No podía ni pensarlo. Todo el dolor suprimido volvió a ella y gritó en su cabeza que hiciera algo. El viento entre las ramas de los árboles del bosque parecía susurrar «hazlo». Se quitó los tacones para caminar más cómoda y arrastró los pies sobre el asfalto agrietado.

En un momento se vio parada al borde de la ruta y supo en ese instante lo que tenía que hacer, las voces en su cabeza tenían razón.

Varios autos que pasaron hicieron volar su vestido liviano blanco y una brisa proveniente del bosque a sus espaldas acarreó hojas secas que llegaron hasta sus pies descalzos. Entendió que su sueño se estaba volviendo realidad, así que era hora de cerrar la historia de una vez por todas.

A lo lejos distinguió las luces de un gran camión que se aproximaba. Tomó coraje, respiró hondo y se puso en su camino. Aún estaba demasiado lejos, así que cerró los ojos para esperar el impacto. El corazón le latía a prisa y la sangre corría por sus venas de manera violenta. De repente, escuchó un sonido

que nunca en su vida había oído. El ruido de algo que parecía moverse en el aire, el batir de alas. Abrió los ojos y primero pensó que un ave gigante se acercaba a ella, un águila o algo así, pero era otra cosa, una mucho más grande y no era un animal.

Era un muchacho de rostro blanco y ojos radiantes como luces de faros cerca del mar. Tenía unas alas enormes en su espalda, que al extenderse pintaban el espacio y lo hacían flotar en el aire. ¡Pero no podía ser! No tuvo tiempo de pensar y observarlo porque él la embistió con toda su fuerza y la arrojó al otro lado de la ruta sobre un colchón de pasto.

Al segundo el camión pasó por donde había estado parada antes. Amelie había sobrevivido.

«¿Qué demonios está pasando?», se dijo volviendo a abrir los ojos. Allí estaba él, respirando deliciosa menta y miel sobre su rostro. Sus ojos verdes estaban preocupados y cargados de dolor. Su piel era aún más blanca bajo la luz de la luna. Su torso estaba desnudo; era duro y caliente. Sus manos, tibias sobre su pecho y todo el peso de su cuerpo encima de Amelie. Detrás de su espalda había dos gigantes alas de color oscuro que se replegaron.

«No volveré a tomar jamás», se dijo la muchacha mientras sus ojos se cerraban como si la obligaran a dormirse.

En el momento en que Bastian vio a Amelie parada cerca de la ruta, no tuvo que pensarlo dos veces para entender qué era lo que la muchacha intentaba hacer. La había estado siguiendo todo ese tiempo y era el desenlace obvio. Nunca antes se había sentido tan nervioso. Era algo imposible para él, porque tener nervios podría significar su derrota en el campo de batalla.

Antes había estado a punto de aniquilar a Lucas por haber tratado de propasarse con ella, pero no podía hacer nada más que esperar entre las sombras. No podía presentarse ante aquel humano y desenvainar su espada de cristal. Eso no era lo que él hacía. Se alegró de que Amelie tomara valor y le diera ese rodillazo.

Pero ahora le era imposible no actuar cuando era un espectador de lo que iba a ser una tragedia. Con un simple susurro, la nube negra que lo cubría de la vista de los demás se dispersó y pudo sentir una presencia demoníaca que rondaba el bosque. Pero era salvar a Amelie o dedicarse a perseguir un demonio que tal vez ya no estaba ahí.

Se quitó la camiseta, movió los hombros y la piel en sus omóplatos se rasgó para que las alas nacieran, oscuras como la noche y fuertes como un vendaval.

Cuando por fin voló para quitar a la muchacha de la ruta y la tuvo dormida, tranquila, debajo de su cuerpo, se le pasó el enojo. Había sentido una ira tremenda al ver la estupidez que Amy estuvo a punto de hacer y ese era otro sentimiento nuevo.

«No puedo estar enojado contigo, no puedo estar lejos. Lo intento, pero no puedo. Eres un inmenso imán que me arrastra hacia a ti y no opongo resistencia», pensó moviendo un poco de cabello del rostro de la chica. Era hermosa ante los ojos de Bastian, bajo la luz plateada de la luna. El muchacho recorrió la pequeña nariz de Amelie con su dedo índice, sonriendo al notar sus pecas.

Al verla tan relajada y con sus ojos cerrados, se acercó hasta su cara y presionó suavemente sus labios contra su mejilla. A su jefe no iba a gustarle para nada lo que estaba sintiendo por esa muchacha, pero ¿qué puedes hacer cuando el amor te golpea de lleno como un camión? Bastian nunca había sentido algo así y trataba con todas sus fuerzas de no enamorarse, pero las cosas se estaban poniendo difíciles. Era casi imposible no sentir las ganas de abrazarla con fuerza y besarla cuando la observaba humedecerse los labios de esa manera tan tierna.

«Me meterás en grandes problemas, pequeña. De eso estoy seguro. Pero cada inconveniente vale la pena», pensó y levantó a Amelie del suelo con cuidado y sin hacer esfuerzo alguno. La cargó hasta su auto, que estaba escondido en el bosque, y, a pesar de que ella estaba dormida, en un momento enredó sus brazos en su cuello.

—Pobrecita, debes tener frío —susurró pensando en la poca ropa que llevaba puesta y la apretó más fuerte contra su cuerpo, su piel se había vuelto tibia en un segundo con tan solo pensarlo. Luego la depositó en el asiento del acompañante y decidió llevársela lejos de ese lugar de una vez por todas.

Después de un tiempo de estar dormida —o inconsciente, más bien eso le pareció—, Amelie abrió los ojos de repente creyendo que había tenido un sueño bastante real y horrible. Se asustó con el sonido de su celular, que estaba en un bolsillo de su vestido, y por el hecho de que estaba en un auto que se encontraba en movimiento.

Cuando miró al conductor pudo ver a Bastian y el corazón casi se le detuvo. ¿De dónde había salido? El chico tenía sus ojos fijos en la ruta poco iluminada y sus manos tomaban fuertemente el volante, lo que hacía que sus nudillos se volvieran blancos por la falta de circulación. El cielo era un interminable manto negro con pequeñas gemas brillantes que lo adornaban. Él no volteó ni siquiera una vez para mirarla, así que ella no podía afirmar si estaba furioso, pero se veía bastante molesto y el ambiente allí dentro era tenso.

El irritante teléfono no paraba de sonar y vibrar, lo que hizo que sintiera ganas de arrojarlo por la ventana. Era Alexis, que estaría fuera de sí porque ella había desaparecido, así que se apuró a contestar, pensando muy rápido en lo que iba a decirle.

—Amy, ¿dónde demonios te metiste? Son casi las tres de la mañana y hace dos horas que no sabemos nada de ti. ¿Estás bien? Te fuiste así como así con ese tipo —vociferó y casi hizo estallar el pequeño parlante del celular. Nadia le había contado; el alcohol la hacía confesar fácil.

—¡Cálmate! Estoy bien ahora, no fue buena idea salir con ese... chico. Por suerte, Bastian me encontró cuando iba caminando cerca de la ruta. Repito, estoy bien y en camino a casa —dijo y colgó, porque su hermano empezaría a darle el sermón de su vida si lo dejaba continuar.

En ese instante no supo qué hacer, era como si Bastian ni siquiera la

registrara o la ignoraba y eso no le gustaba para nada.

—¿Y tú te vas a quedar callado después de todo este tiempo en el que desapareciste? Te agradezco por el paseo en auto, pero te vas sin decir nada y ahora no me hablas. ¿Qué pasa contigo? —arremetió la chica.

—Amelie, basta... No me hables así.

Bastian no dijo una sola palabra más, la expresión de su rostro lo hacía parecer herido, pero no menos serio. Resopló molesto y condujo hasta un acantilado. Estacionó el auto y levantó polvo por todos lados; nubes marrones, gracias a las luces del auto.

Salió del vehículo y empezó a ir y venir con sus manos en la cintura. Temerosa por lo que había provocado, Amy se volvió a poner los zapatos y, saliendo también, se acercó despacio, pues no quería enfadarlo aún más. Sabía que el sermón que su amigo no había podido darle se lo daría él.

—¿Qué me pasa a mí, preguntas? ¿Qué te pasa a ti?

—¿Tienes tiempo para escucharlas o vas a irte de nuevo? Muchas cosas me pasan.

—Y una de ellas es estar loca, por Dios. ¿En qué estabas pensando hace unos minutos parada en medio de la ruta?

—Yo iba a...

—Sé bien lo que estabas buscando. ¿Quieres matarme de preocupación y tristeza? ¿Es eso lo que quieres, Amelie? Todo lo que hago, lo que hice, ha sido para cuidarte y en un segundo todo aquello podría haber sido en vano.

Sus ojos estaban llenos de dolor, él lo estaba, como si ni siquiera pudiera concebir la idea de lo que había estado a punto de suceder.

—Soy una idiota, Bastian. No sabía lo que estaba haciendo —dijo la muchacha, mirando el suelo, realmente arrepentida de haber caído tan bajo. Rompió en llanto sin importarle que él estuviera ahí. Estaba furiosa consigo misma por haber sido tan débil, por haber tratado de suicidarse.

—Eso es justo lo que pienso, que no sabías la locura que estabas por cometer y en parte eres una tonta.

—¡Bastian! —exclamó ella mientras lloraba, lo menos que necesitaba en ese momento era que justo él la insultara

—Fue una pésima, mala y estúpida idea dejarte sola —reprochó él, golpeando de forma violenta la rueda del auto con su pie. Amelie nunca lo había escuchado hablar así y menos comportarse de esa manera.

—Entonces... ¿por qué me abandonaste, Bastian? Todo estaba tan bien en diciembre y luego desapareciste. Tú no tienes idea de lo que me ha sucedido en estos meses. Mi familia entera se murió y me sentí tan perdida y esta noche ha sido pésima —explicó ella llorando aún más fuerte y abrazándose a sí misma porque tenía frío. Las palabras hicieron que la cara del muchacho se pusiera triste, como si de verdad se reprochara el hecho de haberse alejado. Se acercó y simplemente la envolvió con sus brazos fuertes y besó su frente dulcemente.

—No llores más, por favor. Perdóname por hablarte así... es que no lo entiendo.

—No puedo parar de llorar, todavía me duele el corazón y trato de olvidarme de todo, pero no puedo. Veo sus caras, escucho sus voces.

—Amelie, lo siento mucho, pequeña. En verdad lo siento y sé que todo eso es horrible, pero ponerte así no te hará bien. Mírame a los ojos.

Ella obedeció sin dudarle, aquel verde era tan atrapante que hizo que se olvidara de todo y que dejara de llorar, aunque sus mejillas estaban mojadas. Él las secó con su mano.

—Muy bien, tranquila y respira hondo —ordenó con voz convincente y dibujando una sonrisa hermosa con sus labios; ella así lo hizo—. Tienes que saber que nunca me alejé de ti, solo no dejé que me vieras, pero estuve en Puerto Azul todo este tiempo. Me di cuenta de que no podía formar parte de tu vida o estar demasiado cerca, porque lo que estaba haciendo no estaba bien. Estaba... —Se interrumpió. Ella se apartó de su cuerpo y se dispuso a terminar su oración.

—Porque estabas rompiendo las reglas, ¿no es así? Entonces ¿por qué me

dijiste que no tenías novia? La verdad es que no veo otra manera de romper las reglas estando cerca de otra chica. Dímelo de una vez y terminemos con este juego del protector porque me hace mal en verdad.

—Has acertado cuando dices lo de romper las reglas, esa parte sí es cierta. Aunque son otras las razones, no es una mujer. Bueno, no una que ya tenga, es otra la que me está causando problemas —dijo sonriente, su enojo se había esfumado.

—Yo sé que soy un problema para todos, te pido perdón por eso.

—Está bien, no pidas perdón. Por un momento pensé que no estar cerca de ti era lo correcto pero, cuando te vi a punto de hacer esa locura, supe que tenía que volver a salvarte, cuidarte y protegerte como siempre. Prométeme que nunca más vas a pensar en hacerte daño siquiera —dijo abrazándola otra vez. Amelie estaba apretada entre el auto y el cuerpo del Bastian, estaban tan cerca que podía sentir sus músculos bajo la camiseta. Puso sus manos en la espalda del muchacho y al instante recordó lo que había visto antes, y dejó la investigación de las «reglas rotas» para otro momento. Haber tocado aquella parte de su cuerpo despertó un ardor en la yema de sus dedos.

—Espera un momento... ¡Dios mío! ¡No lo puedo creer!

—¿Qué te sucede, Amy? ¿Qué pasa?

—Bastian tenías... alas. Ríete o llámame lunática, pero tenías alas hace unos momentos —dijo ella buscando algo con desesperación, tanteando toda la espalda del chico. Él no dejaba de reírse ante la supuesta tontería que estaba diciendo.

—Seguro te golpeaste la cabeza muy fuerte.

—Pero las vi, en serio... No me trates de tonta. ¿Cómo puede ser algo así posible?

—Además, estabas asustada y nerviosa, y en ese momento habrás visto cualquier cosa. ¿Puedes ver alas en mi espalda?

—Bastian... yo sé tu secreto. Fue siempre tan real, estuvo siempre frente a mis ojos y recién ahora puedo darme cuenta —exclamó casi sin aliento.

—Me estás asustando.

—Te asusta porque te descubrí.

—¿Qué descubriste?

—Es demasiado obvio, no te comportes así. Eres mi ángel guardián, por eso tienes la necesidad de protegerme. Ni hablar de amor, porque un ángel no puede enamorarse de su protegida, sería un pecado terrible. Es eso, ¿verdad? Lo de romper las reglas.

—Amelie, yo...—dijo él con un gesto confundido y fue la primera vez que ella le vio una expresión de terror.

—¡Demonios! Esto es increíble, me estás dando la razón con tu manera de actuar.

—Deja de maldecir, por favor.

—Y ahora entiendo por qué tampoco puedo maldecir.

Bastian trató de hablar, pero su cara había cambiado por completo. Estaba sorprendido, un poco nervioso, como si nunca le hubiera pasado lo que le estaba sucediendo, como si nunca le hubieran dicho lo que la chica le estaba diciendo.

Dando unos pasos hacia los pinos que crecían cerca del precipicio, se alejó, respiró hondo y se dio vuelta para mirarla. La luna lo hacía ver plateado y hermoso.

—En estos momentos desearía poder mentirte, pero no puedo.

—Bastian...

—Es verdad lo que viste y todo lo que dices es cierto, pero no te asustes y no te vayas ahora. No me dejes solo, por favor. No quiero que me ignores.

—Hey, ¿me crees capaz de eso? —dijo Amelie viendo su expresión torturada y se acercó para abrazarlo fuerte.

—Soy tu ángel guardián, Amelie Roger, y no se suponía que te dieras cuenta o que vieras mis alas, pero lo hiciste. ¿Por qué eres diferente? Eres como una excepción, has cambiado mi mundo desde que me viste.

—Espera un segundo, esto es... Necesito respirar o voy a desmayarme.

Amy se tuvo que sentar en el suelo porque sus piernas temblaban y estaba a punto de caerse de los tacones. Estaba segura de la verdad, pero era demasiado fuerte que él se lo confirmara.

—He estado a tu lado desde que abriste los ojos en el hospital de Santa María. Cuando te caíste de la bicicleta y te lastimaste las rodillas en la casa de tu abuela. Todas las noches, cuando decías mi plegaria, te observaba desde la catedral —dijo recordando—. Estuve en enero, cuando tuviste el accidente, lo que lamento mucho y no sabes cuánto. También en la casa de Lucas, escondido a punto de estrangularlo, pero supiste defenderte, y he estado aquí esta noche salvándote una vez más.

Se sentó sobre el pasto frente a ella y tomó sus manos entre las suyas, que eran cálidas. Amelie pensó en lo que había dicho. Él había estado el día del accidente también y fue allí que recordó por qué solo había tenido un rasguño en la frente. Las imágenes vinieron a ella como una ola que arrasaba con todo a su paso.

Cuando la camioneta comenzó a dar vueltas y su ventana estalló en pedazos, vio que algo venía girando a toda velocidad, como un torbellino en forma horizontal envuelto en una capa de plumas negras. Era Bastian, que había entrado en la camioneta.

Sin saber cómo lo hizo, se había sentado detrás de ella, había enredado sus piernas en su cintura, sus brazos habían formado una cruz sobre su pecho y su mejilla se había pegado a la de ella. Él había estado protegiéndola como un escudo, por eso no le había pasado nada y ella había bloqueado ese recuerdo de su mente o tal vez el mismo Dios lo había hecho para que no lo descubrieran.

—¿Dónde estaban los ángeles de mis familiares durante el accidente? ¿Por qué tuvo que morir mi familia si tú pudiste salvarme? —Las palabras escaparon de la boca de Amelie y sonaron a reproche.

—Hasta que por fin llega la pregunta que no quería responder.

—¿Cuál?

—Amelie, sonará fuerte, pero... se suponía que tú debías morir también y lo he estado evitando desde que me dieron la orden. Yo debía estar allí para que tu alma llegara sana y salva al Paraíso. Por eso decidí alejarme, pensando en que tal vez podría cumplir con mi misión, pero no pude. Ellos estaban ahí cumpliendo su trabajo, pero esperaron el desenlace y llevaron sus almas hasta Dios. Cuando un ángel pierde a su protegido desaparece en una llama azul y se dedica a una nueva persona —explicó él y ella entendió por fin lo que había visto en el cielo nocturno y se quedó un tanto más tranquila porque sus familiares estaban en el Cielo.

—¿O sea que yo debía morir? Entonces ¿por qué me salvaste?

—Porque no podía permitirlo, porque no quería perderte.

—Mencionaste el Paraíso, me podrías haber visto allí, ¿no es así? No ibas a perderme.

—Pero no serías la Amelie que yo conozco. Sé que es mucho para entender, solo espero que no me odies por el trabajo que me encomendaron. Mucho antes, yo... —trató de decir Bastian cuando Amelie lo interrumpió con una de las tantas preguntas que tenía para hacerle. Él había estado a punto de contarle algo de su pasado que también lo torturaba.

—¿Creciste junto conmigo? No me acuerdo de haberte visto antes cuando éramos niños. Bueno, de seguro te escondías.

—Se puede decir que crecimos juntos, pero yo he sido siempre así. He tenido dieciocho años por un largo tiempo —explicó, ante la cara de sorpresa de Amy.

—¿Entonces nunca vas a envejecer? ¿Cómo te convertiste en ángel? ¿Dios los crea o puedes decidir?

—Espera un segundo, Amelie. Puedes preguntar, pero con calma. Aún no estoy seguro de si está bien que te cuente todas estas cosas que nadie sabe y seguro me van a castigar por esto.

—Y por haberme salvado también.

—Probablemente, sí.

—Lo siento, no quería ponerte las cosas difíciles. ¿Ahora me crees cuando digo que soy un problema para todos?

—No digas esas cosas, cada segundo contigo vale más que mil problemas —dijo él apretando las manos de la muchacha con gentileza—. Respondiendo a una de tus preguntas, hace muchos años, cuando tenía dieciocho, perdí a mi familia, igual que tú. El problema es que yo no tenía a nadie a quien recurrir, ni amigos que me ayudaran porque esa familia me había adoptado, no eran mis padres biológicos. Pronto me llevaron a un orfanato y viví allí por mucho tiempo. Un día, por defender a alguien, casi me mataron y me quedé tirado en un callejón esperando la muerte. Pero a pesar de todo lo malo, siempre sentí que alguien me estaba cuidando, que había una presencia que me acompañaba.

—¿Era tu ángel?

—Aún más que eso. Ese día pude distinguir a un ser muy extraño, pero no puedo decir cómo se ve porque, cuando lo ves, desprende un halo de luz de su cuerpo. Es tan glorioso, tiene tanto poder que no llegas a percartarte de si tiene ojos o boca. Lo único que sientes en ese momento es respeto y tal vez temor, y recuerdas a las personas que amaste.

—¿Me estás diciendo que era... Dios?

—El mismo, Amelie. Las piedras pequeñas se levantaban cuando daba un paso hacia mí y se quedaban flotando en el aire. Era como si llenara todo mi cuerpo de energía y de paz. Él sentía un amor tan inmenso por todo lo que lo rodeaba que era difícil de creer y dijo, hablando dentro de mi cabeza, que nadie lo había visto como yo lo hacía y que entonces, si yo estaba dispuesto, había un par de alas para mí. A pesar de que sonó extraño, no lo dudé ni un momento, le creí porque era convincente. Y cuando me convertí en un ángel, realmente me di cuenta de que estaría mejor así que siendo humano.

—Es increíble todo lo que dices; o sea, te creo, pero es tan extraño. ¿Te das cuenta de que no somos tan diferentes?

—¿A qué te refieres? —preguntó él intrigado.

—A que no se suponía que vieras a Dios de esa forma y que no se suponía

que yo te viera a ti de la manera en que te veo.

—Tienes razón, ¿entiendes ahora por qué desobedecí al mandato? Porque nunca antes alguien me descubrió. Amelie, tienes que prometer que no vas a decir una palabra.

—Lo sé. Además, van a tratarme de loca y decir que tengo un trauma por todo lo que he vivido. Confía en mí, este es nuestro secreto y voy a protegerlo, como tú haces conmigo —prometió ella—. O sea que siempre vas a ser joven. ¡Qué envidia! Será extraño envejecer y verte a ti como siempre, tan fresco y adolescente.

—El tiempo no pasa para nosotros, ya que no crecemos ni envejecemos desde el momento en que aceptamos ser ángeles.

—¿Hay alguna manera en la que puedas envejecer?

—Sí, cometiendo un error no tan grave. De esa manera perdería mis alas y volvería al mundo de los humanos, a ser como era antes. Aunque los ángeles puros... ya te contaré de ellos. Es otra de las preguntas que me hiciste, pero son demasiadas por hoy —comentó riéndose. Había algo en su voz, en esa risa casi burlona, que decía que nunca perdería sus alas, que siempre sería ángel. Un error hubiera sido seguir involucrándose con Amelie en el plano sentimental y romántico. Ella sintió que casi había arruinado su felicidad, su trabajo y su relación con Dios. Entendió que debía olvidarse de él, que no debía pensar en Bastian de la manera en que lo hacía, con deseo. En ese momento pareció fácil por todo lo que le estaba contando, pero ella tendía a mentirse a sí misma.

—Es difícil de creer todo esto, ¿verdad? No me gusta alardear, pero una prueba más no estaría mal. Además, tú me descubriste sin que te dijera nada y eso es algo a tu favor —comentó parándose.

Se quitó la camiseta gris de mangas largas que llevaba, y expuso su torso lleno de músculos. La muchacha apartó la vista un poco porque se sintió incómoda, sabiendo que no podía pensar en él de esa manera. El muchacho se paró frente a las luces delanteras del auto, que alumbraban su magnífica

estructura y los pinos verdes al borde del acantilado.

Le dio la espalda por unos segundos y en sus omóplatos se abrieron dos grietas, eran como grandes cortaduras que rasgaban la suave piel. Finos hilos de sangre de color rojo oscuro bajaron hasta su cintura baja.

—No te asustes por lo de la sangre, no duele nada y desaparece rápido — explicó.

Volvió a girar sobre sus pies, extendió los brazos hacia el costado a medida que dos alas hermosas y gigantes se abrían como pétalos de flor detrás de su espalda. Eso era lo que ella había visto, eran enormes alas negras muy diferentes a las que se podían ver en dibujos o pinturas. No eran blancas sino oscuras. Él flexionó las rodillas y se elevó en lentos espirales, y luego se acercó flotando en el aire para descender frente a ella.

—Bastian... ¿puedo? —dijo ella, con la mano extendida.

—Por supuesto, protegida. Tienes todo el derecho de hacerlo —bromeó él.

Cuando Amelie posó su mano sobre las alas, una suavidad inmensa se hizo sentir bajo su piel. Estaban hechas de capas de plumas superpuestas, pero no eran simples plumas, como las de un ave. Eran tan hermosas y delicadas, todas ellas iguales, y juntas formaban un par de duras alas que ni una sierra eléctrica podría cortar.

—Estas son plumas de... ángel —comentó ella con genuina inocencia, recorriéndolas con sus dedos, y Bastian soltó una carcajada.

De un momento a otro, el chico las cerró, habían desaparecido. Amy aún sorprendida llevó sus dedos hasta la espalda de Bastian y recorrió con ellos el lugar donde habían estado, su piel estaba sana, no había ni una cicatriz. Él tembló ante el toque de su mano y se alejó rápidamente a ponerse la camiseta.

—Perdón, voy a dejar de hacer eso y discúlpame por todo lo anterior. Debo haberte metido en miles de problemas con ese beso que te di en la playa — dijo ella con una gran tristeza que no mostró.

—Está bien, yo te lo permití y no debería haberlo hecho, no es tu culpa.

El celular sonó otra vez e interrumpió el bello momento junto a su ángel

guardián, lo tomó con desgana adivinando quién era: Nadia.

«Te estamos esperando fuera de casa. ¡Apúrate!».

Eso decía el mensaje.

—Creo que es hora de irnos, señorita. Ha sido una larga noche y debes descansar y tratar de olvidar todo lo malo que te sucedió hoy —dijo Bastian abriendo la puerta del auto para ella. Luego encendió el motor y se alejaron de allí.

Amelie estaba feliz de tenerlo de vuelta, pero sabía cuáles serían las restricciones de estar cerca de él y tendría que resistir. No sabía cuánto tiempo duraría eso, pero no le importaba. ¿Qué tan extraño se vería que una anciana fuera amiga de un chico joven? ¿Qué sentiría él cuando ella no estuviera? No quiso pensar más en eso porque era triste, había tanto en su cabeza que creyó que iba a estallar.

—Si solo no fuera un ángel... —susurró él, mirando hacia la ruta.

—¿Qué dijiste? No te escuché, estaba distraída.

—Nada, que vamos tu a casa.

Cuando llegaron, el auto de Alexis estaba estacionado a la vuelta de la esquina. Bastian paró detrás.

—Bueno, yo, Amelie Roger, te prometo que nunca más me voy a hacer daño a mí misma, pero prométeme que nunca te vas a hacer invisible otra vez.

—Trato hecho, Amy. Nunca me podría alejar de ti ahora que sabes quién soy en verdad, es un placer para mí cuidarte y no lo siento como un deber. Ahora anda, tus amigos y tu cama te esperan. Nos vemos pronto —dijo y se acercó para besar la mejilla de la muchacha tiernamente.

—Sí, tendré que dar un buen par de explicaciones. Algo voy a inventar, pero el secreto está a salvo. Adiós —saludó, besando rápidamente la mejilla de Bastian y salió del auto.

El tocó la bocina y se alejó. Sus amigos bajaron del auto de manera apresurada.

—¿Que te pasó? ¿Dónde andabas? Con quién ya está claro —preguntó Alexis.

—No pasó mucho —mintió descaradamente—. Solo que el degenerado de Lucas trató de propasarse.

—¿Estás bien? ¿Qué te hizo? —preguntó su amigo, un poco alterado ante la información.

—Quédate tranquilo porque no pudo hacerme nada. Usé mi rodilla en su entrepierna como me enseñaste, con toda mi fuerza.

—Perdón, amiga. No te lo tendría que haber presentado, yo sabía que no debía escuchar a Zaira, eso pasa cuando tratas de ser buena y no juzgar a las personas.

—¿Zaira? —cuestionó Amelie en un susurro y Alexis habló.

—Por suerte, Bastian te encontró. ¿O sea que ha vuelto a la ciudad?

—Sí, él volvía a Puerto Azul luego de unas vacaciones y me encontré cuando caminaba al borde de la ruta —mintió otra vez. Si sus amigos supieran lo que había pasado en realidad.

—Bueno, todo solucionado. Ahora, vayan a dormir, yo voy a hacer lo mismo. Nos vemos mañana —exclamó el chico y se despidió de su novia con un beso apasionado.

Las dos chicas entraron a la casa tomadas del brazo. Eran casi las seis de la mañana, el sol débil comenzaba a salir. Se desearon buenas noches, a pesar de que el día empezaba para los demás, y cada una se fue a su habitación.

Su computadora estaba encendida sobre el escritorio, en la pantalla decía que tenía un mensaje nuevo de su amigo Nando de Venezuela. Decidió leerlo cuando se levantara, pues estaba cansada.

Pensó que necesitaba un tiempo para asimilar todo lo que le había pasado desde el trágico enero. Necesitaba tiempo para ella sola, para estar aislada de lo que conocía y para entender qué iba a ser de su futuro. Qué postura debía tomar frente a la vida y otras cuestiones más. Por suerte, las vacaciones de invierno empezaban en dos semanas y por alguna razón sintió ganas de irse a

algún lugar a descansar.

Después de un momento recordó el aroma de Bastian, su cuerpo sobre el de ella al protegerla. Estaba feliz porque su ángel había vuelto y, aunque ya no pudiera ver la catedral desde su ventana, sabía que desde algún techo él la estaría cuidando.

—Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes sola, si no, me perdería...

Rezó la plegaria y cayó en un profundo sueño, segura de que lo vería en sus sueños, como todas las noches desde que tenía uso de razón.

Lejos

Despertó con la sensación de haber dormido muy poco, aunque Amelie no estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Solo sabía que era domingo y que llovía muy fuerte, porque las gotas de lluvia golpeaban furiosamente contra el techo y las ventanas de toda la casa. Dio unas cuantas vueltas en la cama y notó que por primera vez en diecisiete años no había soñado nada que pudiera recordar. Lo atribuyó a que había superado sus ganas de lastimarse, entre otros traumas de su vida, y al hecho de que ya sabía que Bastian era su ángel de la guarda y había vuelto a su lado. A simple vista ya no quedaban misterios por resolver.

Se sentó en la cama tratando de desperezarse y vio que la pantalla de su computadora seguía encendida. El aviso del nuevo mensaje titilaba en espera de su atención. Un *email* de su amigo Nando, que decía lo siguiente:

«Hola Amy. ¿Cómo estás? Por aquí todo bien, descansando un poco. Hace días que no te conectas para chatear. Sé que debe ser difícil lo que te ha pasado, pero espero que vuelvas pronto y puedas hablar conmigo si te hace bien. Por más meses que hayan transcurrido, no debe ser nada fácil recuperarse de una pérdida como esa.

Te quería contar que mis padres y hermana saben de tu existencia. Casi te conocen, porque están aburridos de escucharme contarles sobre ti y de tu vida en Argentina. Además, les mostré tu foto de Facebook. Espero que no te enojés.

Bueno, me dijeron, y aquí vienen las grandes noticias, que puedes venir a visitarnos cuando quieras. Espero que tengas tus documentos en regla para que sea pronto. ¿No sería chévere que nos conociéramos? ¿Recuerdas que hablamos de eso una vez? Espero tu respuesta».

«¡La noticia perfecta!», pensó ella. Nunca había ido más lejos que Brasil y la idea de viajar sola era un poco aterradora, pero necesitaba un viaje como ese si quería pensar y vivir experiencias diferentes.

Nando vivía en Venezuela, en un pueblo llamado El Junco. Le había enviado unas fotos y parecía el lugar más mágico que había visto, aún más fantástico que Puerto Azul. Además, el distraerse y conocer gente nueva, poder respirar otros aires, le haría bien, estaba segura de ello. El problema sería comunicar a su familia sobre su repentino plan.

Su pasaporte todavía no vencía y tenía bastante dinero ahorrado en una cuenta que su padre había abierto para ella en el banco. Lo único que le faltaba era un permiso firmado por su tutor para viajar al extranjero porque aún no cumplía la mayoría de edad y por eso rogaba que Héctor o Clara se lo permitieran. Justo cuando estaba por responder el mensaje, Nando se conectó.

Amelie: «Hey, amigo, gracias por tus palabras, leí el mail. Tú sabes que me hace bien hablar contigo».

Nando: «Para eso están los amigos, aunque sea a la distancia. ¿Qué te pareció mi idea?».

Amelie: «¡Genial! Te juro que antes de ver el *email*, estaba pensando en un viaje para las vacaciones de julio».

Nando: «Buenísimo, ¿cuándo empiezan tus vacaciones?».

Amelie: «En dos semanas, aunque me falta un permiso. ¿Te parece bien o necesitas más tiempo para aprontar las cosas?».

La respuesta del muchacho tardó un poco en llegar y Amelie se preguntaba qué podía estar haciendo cuando volvió de repente.

Nando: «Acabo de preguntar a mis padres y dicen que no hay problema, que no importa si es muy pronto. Están ansiosos de recibirte».

Amelie: «¡Wow! Les debes haber hablado bastante de mí».

Sonrió para sí misma.

Nando: «No podía ser de otra manera. Ahora tengo que irme, luego te mandaré por *email* datos más específicos. Nos vemos».

Amy bajó corriendo las escaleras, todavía en pijama y con pantuflas, pues la ansiedad del momento había hecho que se olvidara de todo lo feo que le había pasado la noche anterior, el amigo de Zaira y su mal comportamiento.

Realmente no tenía hambre, así que solo tomó una manzana y se dirigió a la sala.

—Esto les sonará raro —les anunció a los presentes—, pero necesito que me firmen una autorización para viajar a Venezuela en las vacaciones.

—¿Qué? Obvio que suena raro —cuestionó Nadia, quien se hallaba recostada en el sofá mirando televisión—. Buen día, ¿no?

—Buen día, amiga. Te hacía en la cama todavía.

—Amelie, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Clara, un tanto confundida ante la reciente solicitud de la muchacha.

—Es que necesito hacer un viaje, necesito irme lejos, aunque sea por unos días. Y no es que desmerezca todo lo que han hecho por mí, porque ustedes me han curado casi al cien por ciento, pero quiero hacer esto, por favor.

—Pero ¿adónde irías? ¿Dónde vas a quedarte? —interrogó Héctor, un tanto sorprendido.

—En la casa de mi amigo Nando, siempre he querido conocerlo y visitar su país —respondió Amelie—. Lo conozco hace más de un año ya. Necesito hacer esto y necesito que me apoyen una vez más.

—Es cierto —agregó Nadia, levantando la mirada—. Doy fe de que lo conoce hace tiempo, nos ha contado sobre eso.

—Lo entiendo, hija. Pero alguien debería ir con ella, tal vez Clara y Nadia

—propuso Héctor.

—Necesito ir sola y, si quieren quedarse más tranquilos, podemos llamar a Nando para que hablen con sus padres, son gente buena de verdad.

Clara y Héctor se miraron y asintieron a modo de derrota.

—Está bien, yo llamaré a tu amigo para que nos dé todas las instrucciones y hablaré con su madre —dijo Clara sonriendo, aunque no estaba convencida del todo aún.

—Y yo me encargaré de ese permiso que necesitas —dijo Héctor.

—¡Gracias, gracias! No sé cómo voy a pagarles todo lo que han hecho por mí, espero poder hacerlo algún día —comentó Amelie y abrazó fuertemente a sus padres adoptivos.

El nerviosismo la acompañó todo ese lunes por la mañana, porque no sabía cómo decirle a Bastian lo que iba a hacer. Tenía miedo de que él hubiera escuchado algo, porque siempre andaba tan cerca y ella no lo veía. Pero a pesar de que lo buscó en todos lados, a donde miraba no estaba, no lo podía encontrar. Supuso que tenía que rendir cuentas con su jefe, o peor, que lo habían castigado, porque no apareció tampoco los días siguientes. No podía creer cuánto lo extrañaba, pero era mejor que tener que darle explicaciones que no le gustarían y lo harían enloquecer.

«¿Quieres matarme de tristeza?», había dicho una vez, lo que hacía que ella se sintiera mal, porque odiaba que Bastian estuviera triste por su culpa.

Dos semanas después, todo estaba listo. Nada le faltaba para emprender el viaje. Su amor imposible no había aparecido, lo que no había hecho más que incrementar su nerviosismo. Muy en el fondo de su corazón temía que él se hubiera marchado otra vez, creyendo que ella no valía la pena para quedarse y meterse en problemas. Pero, por otro lado, él le había prometido que nunca más se alejaría y con eso lograba sentirse más tranquila. Tal vez solo estaba escondido.

Cuando estuvieron en el aeropuerto de la capital, las despedidas comenzaron.

—¿Qué decirte, hermana? Te vamos a extrañar muchísimo y sí, ya sé que son unos pocos días, pero no te olvides de revisar Facebook o conectarte para comentarme todo —dijo Nadia.

—La idea es desconectarme de todo, Barbie —bromeó Amelie—. Pero me quedaré una semana como mucho y volveré para aprovechar algunos días libres con ustedes.

—De corazón espero que este tiempo te sirva para estar mejor —dijo Héctor con las manos en los bolsillos de un gran saco.

Amelie recordó que Nando había dicho que donde vivía no había estaciones muy marcadas y que nunca hacía demasiado frío, así que no había empacado ropa de invierno, solo algún abrigo por las dudas.

—Te quiero mucho, chiquita, y cuídate. Te estaremos esperando cuando vuelvas —exclamó Clara con lágrimas en los ojos, como una mamá de verdad se vería en ese momento.

—Y yo espero que el venezolano no se propase contigo. ¿Se entiende, no? —amenazó Alexis sonriente para completar la despedida.

Desde la escalera mecánica que se la llevaba lejos, la muchacha se despidió de esas cuatro personas que habían hecho todo por ella.

Luego no los tuvo más a la vista y en ese momento comprendió, con un nudo en la garganta, que ellos eran su familia ahora y que moriría si no los tuviera.

El despegue fue ruidoso; abajo quedaron los miembros de su nueva familia, sus problemas y tristezas, y su amado Bastian, con quien por suerte no había tenido que enfrentarse.

Amelie necesitaba olvidar que lo amaba tanto, hacerse a la idea de que aquello era un amor prohibido y asumir que él también lo sabía.

Bastian se había alejado por ese motivo. Le era imposible pensar que era ella la que no quería estar cerca de él, de eso estaba segura, pero la situación se lo exigía.

Las horas pasaron bastante rápido a pesar de que miraba el reloj cada diez minutos y la señora que se encontraba a su lado estaba tan dormida que había comenzado a roncar. Amelie dejó de leer el libro que tenía entre sus manos y se propuso escuchar música, ya que le resultaba insoportable tratar de concentrarse.

Se quedó profundamente dormida y abrió los ojos justo cuando les pedían que ajustaran sus cinturones porque iban a aterrizar en el aeropuerto de Santo Domingo. Había llegado a Venezuela sana y salva.

Caminó por el gran salón vidriado entre un mundo de gente que acarreaba equipajes, buscando entre la multitud esa cara que había visto en las fotos. El ruido y las voces llenaban sus oídos y hacían que se perdiera entre la marea de gente. Pensó que nunca encontraría a su amigo hasta que lo vio allí, con su piel bronceada, su blanca sonrisa y de la forma en que le había dicho que iba a estar vestido. Lo acompañaban sus padres y una hermana menor que tenía un cartel con su nombre.

—¿Nando? ¡Hola! Soy yo, Amelie —dijo ella un tanto nerviosa.

—Por supuesto que lo eres, ese color de pelo ayuda a verte —dijo el chico sonriente—. Bienvenida a Venezuela... Es lo único que se me ocurrió decir y eso que estuve pensando bastante.

—Tonto —bromeó Amelie dejando el equipaje en el suelo y lo abrazó con fuerza, aunque no sabía si eran sus costumbres, pero a él pareció no importarle—. No tienes que decir nada. A mí tampoco se me ocurren demasiadas cosas, pero estoy muy feliz de conocerte, en serio —dijo Amy apartándose de su amigo y mirándolo. No podía creer que se había arriesgado y ahora estuviera allí.

Luego de presentarse con su familia, y cuando hubieron recolectado todo el equipaje, salieron del edificio. El sol parecía azotar todo y el calor se hacía sentir bastante en el lugar.

—Aquí no pasarás tanto frío, eso es seguro —dijo el papá de Nando sonriente, cargando los bolsos en la parte trasera de un *jeep*.

Comenzaron a andar por la ruta y luego de un tiempo pasaron por una ciudad hermosa que se llamaba San Cristóbal.

—San Cristóbal es un valle y le dicen la ciudad de la cordialidad, aunque noto a las personas un tanto indiferentes estos días —comentó Nando y sus padres empezaron a reír.

Disfrutaba que el *jeep* fuera un vehículo descubierto, porque así el viento los refrescaba y hacía volar su cabello por los aires, libre, como ella se sentía en aquel momento. Era una sensación placentera. En un momento, Amelie se dio cuenta de que Nando no dejaba de mirarla y, cuando ella lo miró a los ojos, él dirigió su vista hacia otro lado.

A medida que avanzaban, las casas parecían esconderse entre los grandes valles, ocultándose entre los altos árboles de copas verdes y protegidas por las montañas. La gran cantidad de vegetación parecía querer devorarse los edificios antiguos. Había ríos de aguas blancas que surcaban las inmensas selvas. Todo era demasiado natural, como si el cemento y los rascacielos no hubieran tocado esa parte del mundo todavía. Luego de unas horas más, pasaron junto a un letrero que decía «El Junco» y supo que por fin habían llegado al pueblo de Nando.

Amelie miró los rostros de las personas con detenimiento ahora que avanzaban más despacio, la mayoría era de piel tostada. Era un color atractivo, producto de una constante exposición al sol, más el viento cálido que corría por las calles y rincones de El Junco.

Cuando el *jeep* se detuvo frente a la casa, observó mejor el panorama, le encantó el contraste de la residencia de su amigo, sobresaliente entre la verde vegetación y las inmensas flores rojas. Su construcción era moderna, para nada típica y colonial como las otras que había visto en el lugar. La morada se encontraba cerca de la base de las montañas que formaban altas paredes unos metros más lejos.

Era blanca en su totalidad y tenía grandes ventanas por todos lados para apreciar el bello paisaje.

—Si no se quieren mojar, es mejor que se apresuren a entrar —comentó la mamá de Nando con su mano extendida, esperando que las pequeñas gotas le tocaran la piel. Luego le lanzó las llaves a su hijo, quién abrió apresuradamente y su padre ingresó con el equipaje, para después guardar el *jeep* en el garaje.

—Ven aquí y mira esto, Amy. Es una especie de fenómeno del lugar —llamó Nando cerca del cristal de la gran ventana—. En El Junco puedes tener el sol más radiante, pero de pronto todo se cubre de nubes y una inesperada lluvia te sorprende, ¿raro, no?

El olor a tierra mojada comenzó a ingresar por debajo de las puertas y ventanas abiertas a medida que llovía con más intensidad.

—Es extraño, nunca había visto algo así —respondió ella sonriente, pues ya nada le sorprendía. Poder ver a su ángel guardián lo superaba todo.

—Hijo, ayúdame a llevar las cosas de Amy a su cuarto, por favor —propuso su papá acarreado los bolsos. La hermana de Nando estaba contenta de poder ayudar también y tomó un bolso pequeño.

Los tres subieron las escaleras porque las habitaciones quedaban en el segundo piso. Amy se quedó sola con la madre de su amigo, quien la miraba desde una gran cocina donde ya se había puesto a lavar algunas verduras para empezar a cocinar.

—En mi opinión hay algo más raro que una lluvia sorpresiva —comentó la mujer sonriente y la muchacha se acercó para que le develara el misterio. Parecía misteriosa.

—La verdad, podrían ser tantas cosas. He visto cosas raras.

—No me refiero a nada extraño en el sentido sobrenatural, sino a nivel personal. A ustedes.

—¿Quiénes?

—Nando es reservado y un estudiante muy convencido de lo que hace y por eso sé que algún día será un gran profesional.

—Eso es genial, a mí también me gusta estudiar dependiendo de la materia

—comentó Amelie y la verdad que eso no le parecía para nada raro.

—Sí, lo que quiero decir es que al ser tan reservado y dedicarse solo a sus estudios, me alegra que hayan podido conocerse. Es extraño que tenga tan buena relación con alguien del extranjero y no tanto así con las personas que dicen ser sus amigos.

—Ahora entiendo, mi familia pensó igual que usted. A cualquiera le parecería una locura este viaje, pero lo necesitaba.

—Cuando nos comentó sobre tu visita pensamos que era solo una idea loca, pero veo que hay verdadera amistad entre ustedes. No les importan las distancias, no les parecen un impedimento. Eres más que bienvenida aquí, quería que lo supieras.

—Muchas gracias y la verdad me siento muy bien aquí. Tenía muchas ganas de conocerlo y creo que, si no hubiera estado convencida de esto, no hubiera venido —comentó la muchacha sonriente.

De repente, sintió una mano en su brazo, era la de Alexandra, hermana de Nando, que quería enseñarle la habitación.

Atravesaron un pasillo en el piso de arriba que le recordó al de la casa donde vivía, pero este se encontraba más iluminado. Una sección del techo era una larga línea formada por cuadros de cristal duro y la claridad que ingresaba a través de ella bañaba todo de luz.

—Espero que te guste tu nueva habitación. Además, mira lo que pudimos conseguir —exclamó su amigo, mostrándole dos cuadros con mariposas que habían colgado en la pared.

—¡Genial! Muchas gracias, no era necesario que se tomaran tantas molestias.

—Casi nunca tenemos visitas especiales y menos de una amiga como tú, así que todo lo que hagamos para hacerte sentir mejor es necesario —comentó Nando con las manos en sus bolsillos—. Y creo que hay alguien que se desespera por tu atención.

—¿Quieres ver mi habitación? —preguntó Alexandra.

—Por supuesto y podemos jugar si quieres —respondió Amelie sonriente.

La pequeña la tomó de la mano y Nando las siguió de cerca, Amelie sabía que los ojos del chico estaban sobre ella, estaba acostumbrada a miradas penetrantes pero, aun así, se sentía un poco incómoda.

Cuando llegaron al dormitorio de la pequeña, ella le mostró todas las muñecas que tenía sobre la cama y Amy se quedó mirando una en particular. Era idéntica a la que su abuela le había reglado a su hermana Martina, esa muñeca de cabello oscuro por la que su hermana se había estado lamentando durante el viaje, minutos antes del accidente. Amelie recordó el día que había vuelto a su casa después de tanto tiempo y la había encontrado en el sillón, la había apretado fuerte contra su pecho como si algo de su pequeña hermana hubiera quedado en ella. Su rostro se dibujó de inmediato en su mente y en su cabeza resonaron las risas de antiguos juegos como un eco, pero no quería ponerse triste, así que alejó todos esos pensamientos.

—Cuando te canses, dime y ya. No es tu obligación entretener al pequeño monstruo —bromeó el muchacho y le guiñó un ojo.

Los tres se sentaron en la gruesa alfombra porque Alexandra quería que la ayudara a dibujar una mariposa y su amigo se puso a leer un libro sobre teorías del aprendizaje.

Luego de unos minutos, el aroma a carne asada mezclada con los condimentos que habían usado comenzó a subir hacia donde estaban.

La mariposa había quedado maravillosa, como Alexandra había dicho, y, cuando Amelie respiró hondo para llenarse del rico olor a comida, la voz del papá de su amigo dijo desde abajo:

—El almuerzo está listo. Pueden bajar a comer.

Se pusieron de pie al instante.

Cuando llegaron al comedor, Amy vio que la mesa y las sillas eran de madera negra y las últimas estaban revestidas con cuero blanco en el asiento y el respaldo. Había un gran plato ondulado de color verde oliva en el centro de la mesa, el cual contenía frutos secos. En vez de pared, había un gran vidrio

que ocupaba el lugar donde en cualquier casa habría ladrillos y cemento. Se podía ver a través de él un patio de grandes proporciones.

Había una galería afuera, con asientos reclinables y una enorme piscina. Más lejos, había árboles de tronco fino y luego se podía apreciar un extenso bosque que debía de llegar hasta las montañas.

«Este lugar es fantástico», pensó la chica y se sentó a la mesa.

Los padres de Nando le contaron mucho sobre el pueblo y estaban interesados en saber más del lugar de donde Amy venía. El padre de su amigo quería saber sobre la economía y demás cosas relacionadas con la política, en lo que ella no podía ayudarlo porque no tenía la más mínima idea. Cuando el padre de Nando comenzó con un discurso negativo sobre el gobierno de su país, los demás lo hicieron callar.

—Este hombre, siempre con el mismo discurso. Hablemos de cosas más lindas en esta ocasión, no queremos asustar o aburrir a Amy —dijo su esposa y colocó su mano sobre la de su esposo. Luego la conversación giró sobre el día a día de la familia y anécdotas que incomodaban a su amigo, aunque no podía distinguir si se ponía colorado bajo su linda piel tostada.

Después de la comida Amelie ayudó a Ana a lavar los platos, a pesar de que ella se había negado en forma rotunda a recibir ayuda.

—No te entiendo, mamá, siempre te quejas de que nadie te ayuda y ahora te niegas cuando alguien se ofrece —bromeó Nando con su espalda en la pared.

—¡Ay, Nando! Ella es la invitada, no debería venir a trabajar. Tú tendrías que ser el que se ofrezca —dijo tratando de darle un plato lleno de espuma de detergente.

—Nos vemos afuera, Amy —dijo entre risas y se escapó hacia el patio trasero.

—Bueno, me voy con Nando porque va a enseñarme el bosque. Hasta luego —se excusó la chica y salió de la casa. Pero, finalmente, nunca pudieron hacerlo porque la lluvia torrencial que comenzó en un momento no dejó de caer durante todo el día.

Amelie y Nando se pasaron la tarde en el cuarto de la muchacha, poniéndose al día con todas las cosas que tenían para contarse. Se rieron a más no poder y ella pudo notar que él seguía mirándola de esa manera tan profunda, entonces se sonrojó.

—Perdón, es que no puedo creer que estés aquí —dijo el sonriente, mirando al suelo, y ambos tuvieron que volver a reír.

Habían acordado visitar el bosque al día siguiente y así lo hicieron. Cuando pudo ver a su amigo, que la esperaba en el patio con una gran sonrisa en los labios, una sensación de alegría y algo más que no se podía explicar se despertaron en el cuerpo de Amelie. A pesar de la distancia, siempre habían chateado mucho y se habían contado cosas dolorosas y que tal vez no habían dicho a sus amigos más cercanos.

Su amistad era muy grande y extraña en cierto modo para los demás, pero a ella no le importaba, quería mucho a ese muchacho.

La lluvia de la noche anterior había refrescado el ambiente y ya no se sentía tan pesado como cuando había llegado. A medida que se adentraban en lo profundo del bosque, los rayos del sol se hacían menos visibles, ya que a la gran bola naranja en el cielo le costaba traspasar las tupidas copas de los árboles.

En un momento, Amelie recordó imágenes del bosque de Puerto Azul, allí había charlado y hasta se había quedado dormida en los brazos de Bastian. No quería seguir pensando en él por el momento, ya le parecía bastante difícil tener que volver y verlo siempre a su lado, pero sin poder amarlo.

Nando la invitó a sentarse cerca de unas flores de color lila que crecían entre rocas blancas, peleando por salir a la luz. Cuando ya estuvo más acostumbrada a los sonidos del lugar, pudo escuchar el agua de un arroyo cercano, que corría chocando contra las piedras. Amelie se sentó aún más cerca de su amigo y no supo qué decir en ese momento de extrema calma.

—Me pregunto qué pensarán los demás de todo esto que está pasando. Lo imagino, creo. ¿Tú qué piensas? —dijo Nando y rompió el silencio y la bella

calma. No la miró a los ojos, sino que estaba jugando con una ramita seca que había caído de un árbol.

—¿Qué pienso sobre qué? No entiendo, sé más claro.

—Está bien. —Se rio—. Me refiero a que alguien no vuela de un día para el otro a un país diferente, aunque esté en el mismo continente. Deben pensar que... hay algo entre nosotros, o al menos algo más que amistad, para que hagas semejante viaje.

Arrojó lejos la rama, luego miró a la muchacha y ella entendió a lo que se refería.

«No me hagas esto», pensó ella, pues sintió que se estaba confundiendo al igual que su amigo. Ahora entendía el porqué de esas miradas. Desde que había llegado, no entendía si era el clima que la afectaba, la simpatía que él tenía o el entusiasmo por conocerlo, pero estaba un uno por ciento confundida. El otro noventa y nueve por ciento de su corazón ya pertenecía a alguien que tenía alas, pero que no podía amarla, y tal vez eso era lo que la llevaba a sentir que tenía que ser feliz también y dejar que otro chico la quisiera. Además, al ver eso, quizá el otro se decidiría...

—A mí me parece normal que dos amigos quieran conocerse, incluso si vivieran uno en cada Polo.

—Obvio, pero a los demás les parece extraño.

—Bueno, ese es su problema. Nosotros no deberíamos pensar en ello ni hacernos cargo de lo que los demás creen.

—Al menos mi familia tiene otra teoría sobre nosotros y no es la amistad precisamente —comentó Nando. La tenue luz trataba de tocarlos, pero era débil, todo se sentía más fresco en la profundidad del bosque. Amelie comprendió con esas palabras el porqué de la alegría de la madre de Nando y aquella charla extraña, seguro pensaba que ellos eran novios.

—Allá ellos —comentó la chica de manera cortante y se paró para caminar hacia el pequeño arroyo. Observó cómo la espuma se formaba entre las piedras y cómo algunos rayos de sol tocaban la superficie del agua. De

repente, sintió que su amigo estaba detrás de ella, pudo escuchar sus pasos y su respiración.

—Lo siento, no debería haber dicho todo esto, no quiero arruinarte el viaje. Volvamos a la casa a comer algo. —Rio y tomó la mano de Amy nerviosamente, pero ella se lo permitió y, caminando a paso lento hacia la casa, se alejaron de los aromas del bosque, la tranquilidad y la frescura.

Esa noche se quedaron mirando una película de terror en el *living*, Alexandra los abandonó a la mitad obligada por Ana y se dirigió a su habitación. Mientras las escenas macabras pasaban frente a sus ojos, Amelie se fue durmiendo de a poco y Nando decidió apagar el televisor. Buscó una frazada y cubrió a su amiga, y se quedó a dormir allí, en el enorme sofá blanco, junto a ella.

Al día siguiente fueron a una feria donde Nando hizo que Amelie probara todas las comidas tradicionales. Además, había juegos con los que se divirtieron porque, de hacerlo bien, podían ganar premios. Y cuando la noche llegó y los cientos de focos amarillos que parecían estrellas iluminaron la pista de baile al aire libre, los dos bailaron y rieron. El hecho de que el muchacho pusiera las manos en su cintura la incomodó un poco pero, aun así, no se sentía del todo mal. Aunque luego notó cómo esas manos recorrían su espalda, subían y bajaban a ritmo lento con la canción, y él le decía lo hermosa que era.

—Lo siento, pero no puedo seguir con esto, Nando —dijo Amelie y, quitándole las manos de su cintura con amabilidad, emprendió el camino a la casa, abrazando su propia cintura. Él la siguió en silencio, rogando no haberlo arruinado todo y luego se internaron en la casa sin cruzar una palabra.

Ya en su cama, Amy no dejó de dar vueltas, pensando en que debía disculparse con el muchacho por haber reaccionado de esa manera y no porque fuera culpa de él, sino porque ella se estaba confundiendo. Alguna vez se había dicho que debía dar oportunidades a otros chicos, que lo que sentía por Bastian era prohibido e imposible de concretar. Le costó mucho, pero

logró dormirse más tarde, cuando los pensamientos en su cabeza se callaron.

Cuando salió de su habitación por la mañana, decidió hablar con su amigo. La puerta de su cuarto estaba entreabierta. Amelie se quedó paralizada al ver que vestía solamente sus *jeans*. Estaba descalzo y no llevaba camiseta, y se dio cuenta de que recién había terminado de bañarse, porque su cabello estaba mojado. Trató de alejarse sin que él la viera, pero no lo consiguió.

—Amelie, buen día. ¿Qué haces ahí?

—Nada... yo debí haber llamado primero.

—Adelante —dijo el muchacho sonriente y abrió la puerta para que ella pasara y luego la cerró.

—Quería pedirte disculpas por lo de ayer, por haberme ido de esa manera del baile y no haberte hablado en toda la noche. La verdad es que me siento una tonta maleducada, con todo lo que ustedes han hecho para recibirme.

—Está bien, Amy. Ven, siéntate —ofreció Nando sentándose en su cama y ella lo hizo también—. Creo que tomé demasiado ayer en ese baile y no sabía lo que estaba haciendo en un momento y crucé los límites.

—En el bosque creo haber dejado las cosas en claro, pero hoy ni siquiera yo sé que es lo que me pasa. Tú me contaste lo que pensaba tu familia acerca de nosotros, pero ¿qué piensas tú? —interrogó ella.

No quería que su amigo pensara que estaba jugando, pero ante sus palabras el muchacho aprovechó la cercanía y de repente su rostro estaba a centímetros del suyo y se quedó sin palabras. Sus ojos negros la analizaban, esperando su reacción. La confusión se apoderó de Amelie y no opuso resistencia, sabía lo que iba a suceder y que se odiaría luego, pero quería experimentarlo. Dejó que la tormenta la envolviera.

—Quiero intentar algo y así podré darte una respuesta. Es algo que he querido hacer desde que llegaste y tienes derecho a golpearme.

Amelie tragó fuerte y asintió. Él se fue acercando lentamente hacia ella mientras se humedecía los labios. Ella cerró los ojos y de repente sintió los suaves labios de Nando sobre los suyos. En un momento pensó que iba a

apartarse, pero en su cabeza se repetía la idea de dar oportunidades y se dejó llevar. Los cálidos labios del muchacho se movían sobre los de ella de manera lenta y cuidadosa.

Amelie tomó el rostro del chico entre sus manos y lo besó con más fuerza, tratando de obligarse a dejar a alguien más entrar en su vida.

Cuando las manos de Nando levantaron un poco su camiseta, ella de repente se dio cuenta que estaba mal, que estaba traicionando a Bastian, aunque no pudiera amarlo, a sus propios sentimientos y haciendo que Nando se confundiera aún más.

—No, lo siento —dijo su amigo tratando de recuperar el aliento y la respuesta sorprendió a la muchacha, quien pensó que sería ella la que le pondría fin al beso.

—Está bien, no soy buena besando, no he tenido mucha práctica —bromeó ella tratando de que la situación fuera menos incómoda.

—No es eso, Amelie. Es que solo te quiero como una amiga y te pido disculpas, soy un atrevido. ¡Qué vergüenza! No debería haber hecho esto.

—No te avergüences. Honestamente, no pensé que esto iba a suceder entre nosotros, pero me sirvió como prueba, ¿sabes? Aún sigo enamorada de Bastian y por más que bese a miles de chicos eso no va a cambiar. Lamento que hayas sido tú el que ha tenido que servir de experimento.

—No hay problema, yo también necesitaba probar algo y, por lo que veo, yo sigo enamorado de Laura.

—Laura... Me hiciste escribirle un poema, ¿te acuerdas de eso? En mi opinión era uno bastante malo, así que te pido disculpas si no le agradó. ¿Se puede saber cómo va esa relación? ¿Va mejorando?

—Bueno, Laura no es amante de la literatura, así que el poema le pareció... lindo, nada más. Pero la verdad es que me siento muy bien junto a ella, nos divertimos mucho cuando me presta atención, pero es siempre tan fría y no puedo interpretar sus sentimientos —dijo mirando al suelo con cara de resignación.

—Bueno, dijiste que ella no es amante de la literatura, así que supongo que es más del tipo de salir a bailar. Tú deberías hacer algo que a ella le guste también.

—¿Te parece?

—Por supuesto, en estos días podríamos invitar a tus amigos y a Laura, y salir por ahí.

—Nunca lo había pensado de esa manera, pero nada se pierde con probar.

Los dos sonrieron y olvidaron lo sucedido. Luego del desayuno, Amy se dirigió al cuarto a usar la computadora que había traído.

Tenía un mensaje de Nadia en Facebook, le respondió todo lo que quería saber y le aseguró que estaba bien. No quiso preguntar nada sobre Bastian, si lo habían visto rondar la casa o si estaba enojado.

No sabía si sus amigos aún tenían la idea de que nada iba a pasar entre ellos, porque él se los había dicho en Playa Calma, pero tampoco les pondría ideas en la cabeza. Solo dejaría que el tiempo solucionara las cosas.

Ya casi una semana había pasado y Amelie seguía en Venezuela. El sábado por la noche decidieron salir a bailar. Por fin, conoció a Laura y le pareció una chica hermosa, quien se mostró demasiado entusiasmada con la idea.

—Te lo dije —susurró Amy al oído de Nando, mientras iban en el auto de uno de sus amigos al *pub*. Él sonrió.

Cuando ya estaban en el lugar, sentados alrededor de una mesa redonda y bebiendo cerveza, notó que los chicos no paraban de decirse «pana», que significaba amigo. En un momento, Amelie se excusó para ir al baño y, cuando regresó, pudo observar que Nando y Laura bailaban pegados en la pista, él tenía sus manos en la cintura de la muchacha, que parecía estar divirtiéndose a lo grande. Amy se los quedó mirando y por un minuto deseó que entre ella y Bastian pudiera haber lo mismo, pero sabía que era imposible. Suspiró hondo y trató de reír ante las bromas de los amigos de Nando.

Esa misma noche, cuando el baile y la música ya eran silencio, de nuevo en

su habitación, abrió las ventanas para que la brisa fresca llenara sus pulmones. Se había quedado mirando las estrellas, que titilaban en el cielo oscuro, y escuchaba a los grillos cantar en lo profundo del bosque.

¿Qué hizo en ese momento de soledad? Pensó en Bastian, solo en él, como hacía todos los días cuando se quedaba sola, pero esa noche sus ojos captaron un extraño movimiento entre los árboles, como si una forma extraña y oscura se escondiera entre ellos. Se llenó de terror y cerró la ventana recordando el cuervo que alguna vez se había estrellado contra su vidrio.

«Puede haber sido cualquier animal», se dijo tratando de tranquilizarse, pero había algo raro en el ambiente y todo se sentía frío; una insipiente sensación recorría todo su cuerpo como si la creciente oscuridad se fuera apoderando de las cosas que la rodeaban. Prefirió creer que Bastian la había seguido para cuidarla. Cualquier cosa era mejor que creer que allí afuera, en la oscuridad de la noche, se escondía algo maligno y perverso, algo que siempre estaba al acecho y esperaba el momento oportuno.

La inspiración llegó a ella cuando recordó todo lo que había vivido junto a su ángel. Entonces, tomó un papel y comenzó a escribir algo para él, pensando en que algún día tendría el valor suficiente para dárselo. No borró ni una sola vez, no tuvo ningún error ni dudas con las palabras que había usado porque lo que escribió era lo que sentía y era verdadero. Lo amaba con todas sus ganas y fuerzas. Cuando terminó, dobló la hoja de papel y la besó, para luego guardarla en su bolso.

Otra vez comenzó a sentir frío y miedo por alguna razón. Eran las sombras que jugaban en las paredes, bajo la cama y en todos los rincones. Sabía que algo no estaba bien, aunque ella no pudiera verlo. De pronto, escuchó tres golpes fuertes en la puerta que la tomaron por sorpresa e hicieron que su corazón saltara.

—¿Puedo pasar, Amelie? —preguntó la voz inconfundible de su amigo y ella dejó salir un suspiro de su boca, sintiéndose aliviada.

—Sí, seguro. Es tu casa —dijo Amelie sonriente y él caminó unos pasos

para sentarse en la cama junto a ella.

—Amy, ¿no te enojas si te digo algo? Estuve pensando y me pareció que debía decírtelo.

—Por supuesto, pana —bromeó la chica y una sonrisa iluminó su rostro.

—Mira, espero que no me malentiendas. No es que te quiera echar ni mucho menos, porque me alegro con el alma de haberte conocido. Yo espero poder ir un día a Argentina y que tú vuelvas, pero...

—¿Puedes ir al grano, amigo?

—Bueno. ¿No te parece que ya has pasado bastante tiempo lejos de tus cosas y de las personas que quieres? —interrogó con toda sinceridad—. Me parece, al verte tan contenta estos días, que ya conseguiste tus respuestas, que lo que amas de verdad está en Puerto Azul. Como amigo siento que tengo que hacerte ver que estos días que has extendido tu visita no son más que una forma de escapar a cierto muchacho que te tiene como loca. Tú me ayudaste con lo de Laura y salió perfecto, ahora es tu turno de arriesgarte —comentó él mirándola a los ojos.

Amelie lo vio directo a los ojos y entendió que su amigo tenía razón. Debía dejar de postergar el regreso a su ciudad. El viaje realmente le había servido para ver las cosas con mayor claridad, pero de todos modos sabía que solo había ido allí como una forma de escapar a sus problemas.

—No te enojas conmigo, por favor. Puedes quedarte por mucho más tiempo si quieres.

—Espera un momento, no estoy enojada. Es que siempre me dejas pensando con cada cosa que dices. Me alegra haberte conocido, pero es hora de volver a mi país. Te agradezco por hacerme ver las cosas como son.

Al día siguiente compró su pasaje de regreso, feliz y con muchas ganas de volver. Cuando todo estuvo listo, el *jeep* hizo el mismo recorrido que al llegar.

En el aeropuerto hubo besos, abrazos y promesas de volver a verse. Nunca se olvidaría de sus rostros tostados y de su hospitalidad. Tampoco sacaría de su mente el espectacular bosque, las montañas, los bellos paisajes que

parecían pinturas y la casa de cristal. La hora de marcharse fue anunciada por los parlantes.

—Nos vemos pronto por las redes, amiga. Tal vez el año que viene vayamos a Argentina. Te voy a extrañar mucho —dijo Nando en voz alta y no dudó en acercarse para abrazar a Amelie de forma efusiva una última vez. La muchacha no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Yo también te voy a extrañar y ahora déjame ir o me pondré a llorar —susurró en su oído. Después de haberse despedido simplemente se alejó. Antes de desaparecer dio media vuelta para verlos una vez más, con el corazón lleno de nostalgia y feliz de haber visitado El Junco.

En el avión volvió a tomar el libro y lo devoró hasta terminarlo. Suspiró al llegar a la última línea, era una historia sobre posibilidades, amores imposibles y riesgos, por eso se sentía identificada.

Aprendió, gracias a la lectura de esa bella historia y su experiencia en Venezuela, que era siempre el tiempo el que tenía la razón, y que su tiempo de ser feliz y amar llegaría algún día si así lo deseaba.

Y Amelie en verdad lo hacía, con todo su corazón.

Sorpresas

Lo primero que vio al llegar al aeropuerto fueron los rostros de sus amigos y sus expresiones de ansiedad. Los dos la esperaban a lo lejos, reteniendo las ganas de correr hacia ella hasta que acortaron la distancia a pasos agigantados por el resbaloso piso.

—Hola, hermanita —saludó Alexis enredando sus brazos en la cintura de Amy, para levantarla en el aire—. Por fin llegas, ya nos estábamos cansando de esperar.

—Pensé que los amigos se esperaban por toda la eternidad y no se cansaban —bromeó ella, ante las risas de Nadia, a quien pudo abrazar cuando el muchacho la soltó—. ¿Me extrañaron? ¡Yo los extrañé muchísimo! Los amigos de Nando eran divertidos, pero ustedes no tienen comparación.

—Obvio que te extrañamos, nena. Aunque no lo parezca, las barbies también tenemos sentimientos bajo todo el plástico, no es solo una cara bonita —bromeó Nadia, soltando una carcajada—. Ya nos estábamos aburriendo sin ti.

Los chicos ayudaron a Amelie con su equipaje y caminaron hacia el exterior del aeropuerto.

—Clara y Héctor están trabajando, ¿no es así? Pensé que vendrían a recibirme también.

—Sí... como siempre. ¿Dónde más estarían? —dijo Nadia, mirando a su novio de manera extraña.

Amy se sintió muy a gusto cuando subió al auto, ya que por fin estaba en su

país, rodeada por las cosas y personas que conocía. El lugar donde también vivía Bastian. Eso era lo que más contenta la tenía, pues estaba ansiosa por volver a verlo. Se preparó ante el hecho de no saber cómo él se había tomado su repentina partida. Creyó que estaría furioso o dolido, aunque al final no lo estuviera por mucho tiempo, nunca lo hacía.

Durante el camino hacia Puerto Azul, Alexis encendió la calefacción del auto debido a que el invierno se colaba por las ventanas. Las vacaciones de julio terminarían en menos de una semana, así que Amelie tendría que recuperar el tiempo perdido y hacer todas las tareas pendientes que los profesores les habían indicado. Pensando en ello, cerró los ojos y al instante estaba sumida en un profundo sueño. El viaje la había cansado bastante y no había podido dormir bien en el avión.

Tuvo un sueño terrible, esa clase de pesadilla en la que, si algo te corta, sientes el dolor como si fuera real y ves la sangre brotar con fuerza.

Se vio a sí misma en el bosque cerca del colegio, pero la imagen no era clara, las flores que había visto en Venezuela y los arroyos de agua fresca se superponían, y creaban un paisaje distorsionado. Estaba parada en el medio de un claro sin saber por qué estaba allí o cual era su propósito. Mientras giraba lentamente sobre sus pies, tratando de encontrar a alguien, decenas de mariposas imperiales azules comenzaron a volar cerca de ella, tan hermosas y cautivantes que trató de seguirlas cuando estas empezaron a alejarse de ella, pero no podía moverse del claro.

De repente, entre las sombras de los árboles apareció una mujer extraña. Era alta y tenía el pelo negro, si era que podía llamarle pelo. Su cabello parecía petróleo espeso, un líquido viscoso que la recorría de pies a cabeza. Y, para completar la horrenda imagen, tenía unos inquietantes iris rojos. Sabía que la había visto antes, pero no podía recordar dónde ni quién era. Con un chasquido de sus dedos, las mariposas que trataban de alejarse se incendiaron al instante, chillaron antes de caer al suelo y lastimaron los oídos de Amelie, quien por instinto trató de cubrirlos con sus manos. No pudo protegerlos por

mucho tiempo, sin embargo, al percatarse que la mujer movía los labios.

—Qué triste, ¿no? Ver que tan hermosas criaturas se incendien y se convierten en polvo. Me recuerdan a otros seres que cayeron en mi cuna con las alas quemadas.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué haces esto?

—Solo pretendo demostrarte que no podemos escapar de lo que otros han predispuesto porque a todos nos llega la hora de morir. Y tú, Amelie, se supone que debías haber muerto hace tiempo, en varias ocasiones. Pero aquí estás, disfrutando otra vida más.

—¿A qué te refieres? —preguntó Amelie, pero ella no respondió y se limitó a señalar hacia un árbol, donde ahora pendían dos personas colgadas por el cuello.

El terror la inundó cuando descubrió sus rostros, sin dar crédito a sus ojos. Amy no podía creerlo, eran sus amigos. El corazón se le detuvo en el pecho y al segundo volvió a bombear con fuerza y dolía. Esa imagen era peor que cualquier cosa, sus ojos cerrados y sus cabezas que caían de lado. Poco a poco el color natural de sus pieles se volvía morado y las venas de sus cuellos se volvían gruesas y a punto de estallar. Quiso acercarse para ayudarlos, pero era en vano porque esa mujer ejercía una clase de poder sobre ella que la paralizaba.

Volvió a intentarlo, con lágrimas que le quemaban los ojos, y logró moverse un poco. La malvada mujer lo notó, pero cuando estuvo a punto de acercarse a Amelie para aniquilarla, apareció Bastian agitando sus inmensas alas y la arrojó con todas sus fuerzas contra el tronco de un árbol. Con el impulso del ataque, él rodó por el suelo, pero se levantó enseguida; ella parecía inconsciente. Bastian empezó a caminar hacia Amelie dándole la espalda a la mujer. Inmediatamente, ella se paró sin que él la viera, con una lanza de plata brillante de punta fina y afilada en su mano. Lo atravesó sin misericordia. La punta del arma salió por su pecho, sus ojos quedaron blancos y sin vida, mientras que su sangre carmesí bañaba los pies de la muchacha.

—¡Bastian! ¡No! —gritó Amelie, despertándose de repente con una dolorosa opresión en el corazón que no la dejaba respirar.

—¿Qué pasa, Amy? —preguntó Nadia preocupada, cruzándose en una maniobra hasta el asiento trasero. La muchacha no podía quitarse de la mente las horribles imágenes que había visto.

—Perdón, no quise asustarlos. Fue solo una maldita pesadilla —dijo tratando de no llorar mientras su amiga le masajeaba la espalda en un gesto reconfortante.

—Pobrecita. ¿Le pasaba algo malo a Bastian, Amy? —interrogó, mientras Alexis las miraba por el espejo retrovisor.

—Sí y ustedes no la estaban pasando demasiado bien tampoco, pero no quiero acordarme. Fue horrible. Me hizo sentir igual que cuando mi familia se murió, no quiero hablar de eso.

—Tienes razón, no más preguntas, Nadia. Ya llegamos a casa —dijo el muchacho, un poco apenado por lo que su amiga había dicho.

El auto por fin se detuvo frente a la casa. Fuera del garaje estaban estacionados los dos vehículos de sus padres, así que era obvio que no estaban en el trabajo. ¿Podrían haber vuelto ya? El viaje de la capital a Puerto Azul no era largo. ¿Tan rápido había pasado el tiempo?

—Ustedes dijeron que Clara y Héctor estaban trabajando —comentó Amelie cuando por fin descendieron y sus amigos se dieron una mirada cómplice.

Abriendo la puerta, Alexis dejó todo el equipaje junto a ella y la chica pudo ver que Clara corría con cosas en la mano hacia el comedor. Héctor apareció de repente y la atrapó en un fuerte abrazo.

—Bienvenida a casa, Amelie. Te extrañamos mucho.

—Yo también, papá —soltó Amelie con naturalidad y todos se la quedaron mirando. Con los ojos enternecidos, Héctor tomó la mano de la muchacha para llevarla al comedor. Habían preparado un magnífico almuerzo, con la vajilla fina que nunca se utilizaba. Sobre una de las ventanas había un cartel que decía: «BIENVENIDA, AMY».

—No sabes cuánto me alegra que estés de vuelta, hija —saludó Clara, apretándola entre sus brazos y dándole un beso en la mejilla—. Si me permiten, voy a la cocina, no queremos comer carne quemada.

—Bueno, si recibo tanto amor por una semana en la que no estuve, tendré que viajar más seguido —bromeó Amelie y los demás se rieron.

Durante el almuerzo no pudo comer mucho porque querían saber todo acerca del viaje, los lugares que había visto, qué pensaba sobre Nando y su familia. Cada vez que levantaba el tenedor, tenía que volver a dejarlo sobre el plato. Entonces les mostró las fotos que tenía almacenadas en la cámara y se quedaron maravillados con el paisaje. Les confesó que la experiencia le había hecho muy bien porque se había dado cuenta de muchas cosas importantes y todos se alegraron por ello.

En un momento, Clara se levantó de la mesa y subió corriendo las escaleras. Los demás se quedaron expectantes, aunque Amelie tenía el presentimiento de que era la única que no sabía nada.

Cuando la mujer volvió, traía un objeto cuadrado, casi plano, envuelto en papel color crema y con un gran moño de color negro. Era un cuadro.

—Ábrelo y dime si te gusta.

Cuando logró quitar todo el papel, arrancándolo porque decían que traía suerte, pudo observar la pintura. Había una bella y gigantesca mariposa azul, posada sobre una hoja de color verde vivo.

—Gracias, Clara. Es hermoso y no era necesario que me regales otro, voy a tener que empezar a pagarte estos regalos.

—No es nada. Hemos notado que te gustan las mariposas, así que me pareció un buen regalo de bienvenida. Puedes ponerlo junto al del ángel.

—Por supuesto.

Cuando dijo «ángel», se acordó de Bastian al instante y de las ganas inmensas que tenía de verlo. Era un sentimiento tan fuerte el que se había apoderado de ella que lo único que quería hacer era tenerlo cerca, aunque no pudiera tocarlo.

Los pocos días de vacaciones que restaban pasaron volando, entre trabajos prácticos y tareas que habían quedado pendientes, mientras Nadia la ponía al tanto de todo lo que había sucedido en la ciudad.

El primer día de vuelta en la escuela le trajo a Amelie la misma sensación horrible del año anterior, al ver su fachada, que poco a poco se iba cubriendo de humedad, y pensó que no quería estar allí. Pero, a pesar de eso, su mente estaba ocupada en alguien a quien no había visto desde que había vuelto.

«Es obvio que está enojado porque me fui», pensó mientras ingresaba detrás de sus amigos al aula.

—De vuelta a clase, Amelie. Cuesta volver, pero espero que las vacaciones te hayan hecho muy bien —saludó Leo de buen humor. Estaba tan cambiado, ya no tenía esa mirada obsesiva, tal vez había encontrado a esa chica que lo quisiera. Se mostraba más desenvuelto, no se ponía nervioso al hablarle e incluso se había cortado el pelo de otra manera y, cuando Amy lo miró con detenimiento, se dio cuenta que era un chico atractivo. Y luego pensó en qué mala e injusta había sido con él, al fin de cuentas, Leo siempre había estado solo al fondo de la clase, igual que ella. Entonces, le sonrió genuinamente.

—Muchas gracias. La verdad es que las vacaciones me vinieron de maravilla teniendo en cuenta todo lo que me pasó.

—Lamento mucho eso, no quise pasar por tu casa a saludarte porque supuse que todo el mundo lo haría y una persona que ha pasado por eso es lo que menos quiere.

—Estoy de acuerdo, Leo. Espero que te hayas divertido en tus vacaciones —dijo Amelie y se acercó al muchacho para darle un beso en la mejilla. Él se quedó parado en su lugar, sonriente y victorioso.

Mientras la profesora de Literatura llenaba planillas y formularios atrasados, lo que le llevó unos diez minutos, una brisa pareció ingresar por la puerta de la nada. Eso llamó la atención de Amy y dirigió su vista hacia ese lugar. Un muchacho entró con un cuaderno más dos libros bajo el brazo y ella se quedó atónita.

«¡No puede ser! Dime que los demás no pueden verte», pensó Amelie, pero su teoría fue errónea. Todos podían verlo e incluso él iba a hablar.

—Hola, profesora, perdón por llegar tarde. Tuve un problema con mi auto, pero no es nada que no tenga solución.

—Está bien, alumno, vaya a su asiento.

Como en cámara lenta, Bastian se dirigía hacia donde estaba Amelie, con todas las miradas puestas en él. Llevaba un saco negro de corte moderno que le quedaba perfecto, para aparentar el frío que nunca tenía.

Se sentó en la silla al lado de la muchacha sin decir una palabra. Ella estaba con la espalda hacia la pared, sus pies sobre el soporte debajo de su silla y mirándolo sin entender si era verdad o estaba soñando otra vez. Aunque este no era un sueño horrible.

Nadia y Alexis se dieron vuelta, sonrientes, para ver su reacción y luego volvieron a mirar al frente, como los demás.

Bastian se acercó despacio para besar la mejilla de Amelie con suavidad, y ella cerró sus ojos para disfrutarlo. Sus labios eran reales y frescos; entonces todo era verdad, no estaba soñando esa vez.

—¿Quién parece una *stalker* ahora? —susurró Bastian y sonrió con sus labios aún cerca de su piel. Los demás parecían no verlos y Amelie empezó a sospechar que el chico estaba usando sus habilidades. Bien podrían haber estado flotando cerca del techo y nadie lo hubiera notado. ¿Hasta dónde llegaba su poder?

—Admiro tu elección de palabras para darme la bienvenida. Nunca antes me habían tratado de acosadora.

—Siempre hay una primera vez —bromeó él sonriente—. Bienvenida, pequeña viajera, y perdón por no haberte saludado antes. Quise pasar por tu casa apenas llegaste, pero tenía cosas que hacer, así que esperé hasta hoy.

Cuando dijo que tenía cosas que hacer, le mostró el anillo que llevaba en su dedo. Finalmente, comprendió que tenía un compromiso con su «padre», con Dios, nada más ni nada menos, y que su trabajo lo había mantenido ocupado.

—Está bien y en verdad te agradezco que hayas aparecido, pero hay algo que no entiendo, Bastian. ¿Qué haces aquí?

—Voy a ser tu nuevo compañero de clase, apuesto que nunca tuviste un chico tan apuesto sentado a tu lado.

—¡Tonto!

—¡Hey! No puedes insultar a tu ángel de la guarda. La próxima vez que te caigas, solo me cruzaré de brazos y me reiré de ti —dijo soltando una estridente carcajada. Lo extraño era que nadie los escuchaba, la profesora seguía dictando la clase y los demás tomaban notas. Ellos estaban en su propio mundo.

—No serías capaz de eso.

—No podría, pero puedo hacer esto. —Sonrió y le hizo cosquillas a la muchacha, quien entre risas lo tomó de las muñecas para que se detuviera. Se miraron intensamente, casi como si estuviera prohibido. Amelie se estaba conteniendo para no saltar sobre él y besarlo.

—¿Sabes? No es justo usar tus poderes para entrar al último año, porque yo me maté estudiando para llegar aquí. Además, he podido notar que estás usando tus habilidades para que nadie nos escuche, como si fuéramos invisibles.

—Bueno, es cierto que he hecho trampa de algún modo. Pero a veces tenemos que hacer cosas que no son del todo correctas para proteger a quienes queremos.

—¿Tú me quieres?

—Amelie Roger, creo que a esta altura eso es más que obvio. Aunque no sé si tú me quieres tanto como dices porque te fuiste sin despedirte.

La muchacha se sonrojó, por lo visto él no iba a dejar pasar ese detalle.

—Diría que estamos a mano pero, en verdad, perdón por eso. Realmente, necesitaba alejarme de todo lo conocido para encontrar respuestas. Gracias por no interponerte y seguirme —comentó ella tocando su mano de manera descuidada.

—¿Estás segura de que no te seguí? ¿Qué clase de *stalker* guardián crees que soy?

—¿Qué?

—Obvio que te seguí, no te iba a dejar sola otra vez. Hice mi mejor intento para no seguirte, pero eso va contra las reglas de los ángeles guardianes. Ah, por cierto, no me gustó mucho el beso que te dio tu amigo. ¿Cómo dejas que te besen así como así? —comentó y ella se puso roja. Amelie quería que la tierra la tragara.

—¡Bastian! Deja de mirarme así, como si fuera una chica fácil. No fue nada más que una prueba para saber lo que quiero de verdad y, contando el beso que te di en la playa, eso sumaría dos besos en toda mi vida.

—¡Dios! Ese vocabulario que usas. Nunca pensaría que eres esa clase de mujer y ni siquiera tú deberías llamarte de esa manera a ti misma. Debes dejar de juzgarte todo el tiempo.

—Lo siento.

El timbre sonó y el muchacho cerró sus ojos dos segundos, concentrándose, y de repente todos volvieron a verlos y notar su presencia.

—Vamos a almorzar, chicos —propuso Alexis.

Mientras caminaban hacia la cafetería, Amelie pensó que sus amigos no sabían nada sobre la verdadera naturaleza de Bastian. Tal vez algún día, cuando los años pasaran para ella, su piel se encontrara como una página arrugada y vieran que él seguía siendo igual de joven, se preguntarían cosas. Pero por alguna razón sintió que ese momento no llegaría nunca. Bastian no iba a dejar que descubrieran quién era tan fácilmente y eso la alteraba un poco porque no quería que se fuera de su vida otra vez. Y estaba segura de que, si ese momento llegaba, él se iría para siempre.

—Debes tener un cerebro impresionante, Bastian. Yo nunca hubiese podido rendir todas las materias para entrar a quinto año —dijo Alexis, mientras se sentaban a la mesa, donde las cuatro sillas habían sido ocupadas por fin.

—Supongo que, ahora que no trabajas más en la cocina, no me vas a obligar

a comer lo que no quiero. Puedo comer toda la comida chatarra o nada si me apetece —dijo Amy mirando al muchacho de ojos verdes con una risa burlona.

—Por supuesto que no te voy a obligar. Yo lo llamaría «aconsejar» y puedo aconsejarte comer algo más sano —exclamó él guiñándole un ojo. Tomó la bandeja que estaba repleta de comida chatarra, se paró y caminó decidido. Llegó a la barra, devolvió la hamburguesa, papas fritas y gaseosa. Cambió el menú de su protegida por pollo, como siempre, una ensalada de verduras más un vaso de agua. Cuando Bastian estuvo de nuevo en su lugar, Alexis lo miró atónito y se dispuso a hablar.

—Conmigo eso de aconsejar no, hermano, ¿ok? No te metas con mi comida chatarra.

—¿Hey! ¿Desde cuándo Bastian es un hermano para ti? —preguntó Amelie sorprendida.

—Desde hoy... desde que yo se lo permití —dijo su amigo, repitiendo las palabras que ella había usado aquel día en el bosque cuando la encontraron junto a él.

—Eres muy bueno con las imitaciones —comentó Bastian, entre risas, y Amelie se limitó a sacudir su cabeza y comer lo que había en su plato.

La clase por la tarde fue de lo más aburrida para todos, pero Amy se quedó analizando cada característica del rostro de Bastian. Él estaba concentrado en lo que el profesor decía, pero una fracción de tiempo la miró a los ojos.

—¿Te pasa algo? La pizarra está enfrente y el profesor también.

—No... solo te miraba, es todo. Y es que... no logro concentrarme en la clase teniéndote a mi lado. Eres tan hermoso...

—Gracias, pero tú eres más hermosa —dijo sonriente.

En un momento pareció que los demás se habían quedado congelados y sin moverse otra vez. De repente, los labios de su ángel se posaron en su mejilla a modo de agradecimiento. De inmediato todo volvió a la normalidad y el ruido a sus oídos. Todavía no podía creer que lo tenía tan cerca, después de casi haberlo perdido. Amelie sintió en ese momento que el vacío que su familia

había dejado, el hueco en su corazón, se iban llenando poco a poco. A paso lento, pero, de todas formas, la herida se iba cerrando. Pensando en ellos, entendió que no quería que le pasara nada malo a su nueva familia, no podría perdonárselo nunca. Y extrañas ideas se iban formando despacio en su cabeza, como tormentas oscuras que amenazaban su tranquilidad. Trató de no darle vueltas a eso y decidió que era mejor concentrarse en el beso que acababa de recibir. Eso lo hacía todo mejor.

Otra vez, y como siempre que estaba distraída, el repentino estruendo del timbre la asustó. Todos salieron corriendo del aula, como si no pudieran aguantar un segundo más.

—Quiero pedirles algo y espero que acepten o lo haré de todas maneras —dijo Bastian sonriente, mirando a Nadia y Alexis.

—Sí. ¿Qué cosa? —preguntó Alexis, buscando las llaves del auto en su mochila.

—Eh... quiero llevar a Amy a un lugar, no es lejos. Es una sorpresa que le tengo preparada y luego la conduciré hasta su casa sana y salva. Lo prometo.

—Muy bien y para la próxima no debes pedir permiso. Ahora es tu carga, puedes secuestrarla y devolverla cuando quieras —bromeó Nadia guiñándole un ojo a su amiga.

—¡Que se diviertan! ¡Pórtense bien! —gritó Al y se marchó de la mano con su novia.

—Siempre me avergüenzan de esa manera, no es justo.

—Eso es lo que hacen los amigos, Amy. ¿Vas a portarte bien? —bromeó Bastian.

—Si me dices cuál es la sorpresa.

—Si te lo digo ahora, no será una sorpresa, ¿no te parece?

—Es cierto, pero entonces voy a portarme mal.

—Ya veremos —dijo el chico, tomándola de la mano cuidadosamente, y luego comenzaron a correr por el patio del colegio hasta que se internaron en el bosque.

Camaron en medio del silencio estremecedor y a medida que avanzaban todo se hacia un poco mas oscuro. Las hojas secas que cubrian el suelo como gruesas alfombras crujian cuando las pisaban. Bastian se detuvo al llegar hasta un inmenso arbol y soltó su mano. Amelie lo reconoció, allí habían hablado solos por primera vez.

—¿Esta es la sorpresa? En este lugar estuvimos solos por primera vez, podría decirse que es especial. —Los sentimientos de aquella tarde todavía podían respirarse en la brisa.

—¿Qué? No, esta no es la sorpresa y no es que no recuerde lo que pasó aquí, pero falta un poco para la verdadera sorpresa. Tenemos que esperar que el sol se oculte un poco más. No seas impaciente, Amy —dijo él y se sentaron bajo el árbol.

—Se lo pides a la chica más impaciente del mundo.

Amelie no supo cómo o de dónde encontró el valor, no le importó que Bastian se enojara y la arrojara al suelo, pero ella cruzó una pierna por sobre las suyas que estaban extendidas sobre el pasto húmedo. Movi6 su cuerpo un poco tratando de no sonrojarse y se sentó sobre él, mirándolo a los ojos. Comenzó a jugar con su pelo oscuro, que estaba un tanto más largo, mientras sus ojos la miraban sorprendido. El muchacho respiraba de manera irregular, como si nunca antes hubiera estado tan nervioso. Amelie puso una mano sobre su pecho y pudo sentir cómo sus músculos se tensaban bajo la ropa y su corazón latía con fuerza.

—Veo que has decidido portarte mal —comentó Bastian, recuperando el habla. Apoyó sus manos en la cintura de la chica.

—Lo haré hasta que me muestres la sorpresa —dijo ella, recorriendo los labios de Bastian con su dedo; los trazó con suma delicadeza.

Poco a poco la respiración del chico se volvió normal y su cuerpo más relajado. Levantó su mano para acariciarle la mejilla y la miró de tal manera que Amelie sintió que Bastian podía ver su alma. Su mirada verde la atravesó entera.

—¿Por qué tienes que hacer esto tan difícil, Amy?

—Porque quiero que me digas que sientes lo mismo que yo siento por ti y, si no es así, no te molestaré nunca más. Me cansé de la espera, de callarme lo que quiero decir, de frenar las ganas que tengo de hacer cosas...

—No es tu culpa, preciosa. Es que no entiendo por qué siento estas cosas por ti, no me había pasado antes. No eres la primera chica a la que cuido... —mintió otra vez porque sí era la primera. Pasó mucho tiempo hasta que se la designaron. Él había pensado que ya nunca le encomendarían un protegido. No quería reconocer que era su primer trabajo y que lo estaba haciendo mal—. Pero tú has sido diferente desde el principio, tú me viste como en verdad soy —agregó en un suspiro y cerró sus ojos. Amelie sintió pena y se acercó para besarle los parpados cariñosamente. Su reacción fue un temblor fuerte, como si escalofríos corrieran por su cuerpo.

—¿Ves? Esos gestos tan llenos de amor hacia mí van a terminar por enloquecerme.

—No hago esto para hacerte sentir mal, lo hago porque ya no puedo soportar las ganas de abrazarte y besarte. —Respiró profundo y decidió ponerle palabras a lo que sentía—. Bastian, te amo con toda el alma y creo que decir eso es poco. No le hace justicia a lo que siento por ti.

—No creas que no lo sé, supongo que lo he sabido todo el tiempo. ¿Sabes lo confundido que me encuentro? Nunca me había enamorado antes, cuando fui humano; no de verdad, al menos. Y todo esto sumado a que soy un ángel es como una batalla interna que me va a hacer explotar, Amelie —comentó sacudiendo su cabeza y riendo—. Pero para decírtelo de una vez por todas, te amo, más que a nada en los dos mundos que conozco y eso ni siquiera es suficiente para describir lo que me haces sentir. El hecho de temblar cuando me tocas, tener ganas de estar siempre a tu lado, no porque es mi deber, sino porque quiero, eso es lo que despiertas en mí. Eres lo único a lo que le he prestado atención en diecisiete años y eso es mucho tiempo como para no enamorarse. Mi cuerpo, mi alma y mi corazón son tuyos, Amelie Roger —

agregó con su voz llena de dulzura y ella pensó que iba a estallar de felicidad.

—Me vas a hacer llorar, Bastian. Siempre eliges tan bien tus palabras, ojalá yo pudiera expresarme de esa manera —dijo ella sonriente y besó su mejilla, pero luego su sonrisa desapareció—. Aun así, ¿aprecias mucho trabajar para Él como para dejarlo todo por mí?

—Quisiera poder darte una respuesta definitiva con respecto a eso, pero no puedo.

—Está bien... yo no quiero sumarte más problemas. Pero debes entender que no me levanté un día y dije: «Quiero enamorarme del chico de la cafetería», mi corazón eligió amarte.

—Y dices que no sabes expresarte, eres hermosa.

Amelie trató de quitarse de encima del muchacho, pero él sujetó su pequeña cintura con fuerza, para que no se alejara. Bastian tomó el rostro de Amelie entre sus manos y lo acercó hasta el suyo. Sus labios se posaron en los de ella, y los movieron con dulzura. Ella se dejó llevar un tanto agitada y sintió como él le mordía el labio de forma peligrosa, como si no pudiera contenerse y quisiera más. Habían probado la fruta prohibida. Sus manos volvieron a su cintura y levantaron un poco la camiseta de Amy, quién tembló cuando los dedos de Bastian tocaron su piel. El bosque comenzó a quedarse sin luz y parecía que la cosa no quedaría solo en un beso. Pero al rato, el muchacho se detuvo.

—Lo siento, no pude resistirlo —se disculpó—. No puedo seguir adelante sabiendo que estoy rompiendo miles de reglas. Traté de dejar mi trabajo antes, cuando supe lo que sentía por ti, pero no es fácil. Si vuelvo a ser humano, además de que no voy a poder salvarte de un camión, por ejemplo, hay un riesgo... —agregó. Sus palabras hicieron que Amy volviera a la realidad, mientras acomodaba su ropa.

—¿Cuál es?

—Existe un gran riesgo de que en la transformación olvide todo lo que siento por ti o que aparezca en cualquier lugar del mundo. Si me llevaran lejos, haría

hasta lo imposible por encontrarte otra vez, pero si borraran mis recuerdos, nunca te buscaría, ¿entiendes? No quiero perderte, no de esa manera —dijo lleno de tristeza y Amelie comprendió sus razones. Una lágrima pequeña rodó por su cara, ella nunca se lo hubiese esperado. Instintivamente, puso un dedo para detenerla y notó que esta dejaba de ser líquida para solidificarse y convertirse en un diminuto cristal transparente que brillaba como una estrella atrapando los últimos haces de luz. Se quedó alucinada con lo que había visto, pues así lloraban los ángeles.

—Guárdala, para que te recuerde todo lo que me haces sentir. Te amo, Amelie.

—Y yo a ti, gracias por reconocer que me amas, necesitaba escucharlo de una vez por todas. Y para que te quedes tranquilo, somos una pareja rara, Bastian. Todo ha sido diferente con nosotros porque no se suponía que yo debía conocer tu verdadera naturaleza y tú no debías enamorarte de mí, y ha sucedido todo lo contrario. Tal vez podamos cambiar las cosas otra vez —dijo ella esperanzada; envolviendo la lágrima de cristal en un pañuelo, la guardó en su bolso.

—Sí que somos raros, un ángel y una humana. Pero no pensemos en esa decisión todavía —agregó él, jugando con el cabello de Amelie.

—¿Y qué dice Dios a todo esto?

—¿A qué te refieres, Amy?

—Me imagino que puede vernos y escucharnos o sea que estos besos y que estés tan cerca de mí no deben agradarle para nada. Pensé que a esta altura ya debería haberte quitado tus alas y déjame decirte que la idea de que pueda ver todo lo que hacemos me pone incómoda.

Bastian soltó una carcajada y trazó los labios de Amelie con su dedo, como si quisiera explorarla por completo.

—Dios es justo, pequeña, y que sea justo no significa que esté enojado. Él nunca obligaría a nadie a elegir su camino, sino que deja que todos tomen sus decisiones. No suele interferir a menos que sea algo grave y no creo que esto

clasifique como un caso tan urgente. Hay cosas horrendas que se mueven entre las sombras, que no pienso contártelas porque no podrías dormir, pero Él tiene esos asuntos en qué pensar y no es un perverso que observa todo lo que haces —comentó sonriente, quitando a la muchacha con gentileza de encima de él.

—Bueno, me alegro de que tengamos tiempo para tomar decisiones.

—Yo también, pero ahora tendremos que caminar un poco hacia la sorpresa —dijo él sonriente, tomando a Amelie de la mano para guiarla a través de las plantas y las gruesas raíces de los árboles. Caminaron sin parar un buen rato y cuando llegaron el sol se había escondido para dejar que las estrellas iluminaran el cielo oscuro.

Estaban en la base del cerro, Bastian sabía que ella siempre había querido conocerlo y ver la ciudad desde lo alto. Miles de árboles y pequeños arbustos lo vestían de verde y un tenue resplandor de luz blanca podía apreciarse en la cima.

—Hay un pequeño detalle. ¿Cómo se supone que vamos a llegar hasta arriba? —preguntó Amy un tanto confundida.

—Como bien dices, es un pequeño detalle. ¿Recuerdas que puedo volar?

—Espera un segundo, ¿me vas a llevar volando hasta arriba? ¡No me lo creo!

—Sí, es la forma más rápida y segura de llegar hasta allí.

—Tengo miedo, no me dejes caer.

Él la miró entrecerrando sus ojos, como si estuviera molesto.

—No me subestimes, pequeña humana. Estás con tu ángel de la guarda y en el Paraíso me comparan con la grandeza de Gabriel.

—Eres tan arrogante cuando quieres, Bastian. Al menos ahora sé que Gabriel existe, cuéntame más de él.

—Ahora no, yo soy más interesante y *sexy*. No voy a aburrirte con jerarquías, pero pocas veces vemos a los más famosos —dijo con un tono de voz ronco y seductor. Lentamente, se quitó la ropa que cubría su torso,

mirando a la chica que tenía delante de él todo el tiempo, y notó cómo sus ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo con deseo.

«Sé fuerte», se dijo a sí mismo tratando de no saltar y caer encima de Amelie para hacer algo que tenía muchas ganas de hacer, pero no podía, pues quería cuidarla y que todo fuera perfecto llegado el momento.

—No he tenido el placer de conocer otros ángeles, pero tú eres de lo más *sexy*.

Los dos se rieron y de repente sus grandes alas se desplegaron detrás de él, dos manchas oscuras que pintaron el paisaje. El muchacho se acercó hasta Amelie, enredó uno de sus brazos alrededor de su pequeña cintura para levantarla unos centímetros del suelo.

—Toma mi cuello, pero trata de no ahorcarme —bromeó, besando la nariz de Amelie. Ella así lo hizo—. Espero que estés lista, porque vamos a despegar ahora mismo.

Las alas se agitaron unas pocas veces, él dobló un poco sus rodillas para tomar impulso y golpeó el suelo con fuerza con sus talones y en unos segundos ya no había contacto entre ellos y la tierra. Ascendió en espirales hasta lo más alto y ella pensó que atravesarían las nubes.

—Bastian, esto es genial, eres como mi propio Superman.

—Gracias, hermosa —dijo sonriente y voló con más velocidad. El viento hacía que el cabello de Amelie tocara su rostro. Ella se quedó viendo el paisaje y cómo las cosas cambiaban de forma a medida que se elevaban. Las tonalidades de los colores de las plantas y las rocas se volvían diferentes. Experimentaba una extraña sensación en su estómago, algo que no podía explicar. Luego de unos minutos, sus pies estaban pisando suelo firme. Él depositó a la muchacha, tomándola de la cintura para que no perdiera estabilidad. Ella seguía aferrada a Bastian.

—Entiendo que no puedas resistirte a abrazarme, pero necesito cerrar mis alas y ponerme la camisa —dijo él y ella se apartó, tratando de no caerse—. ¿Estás bien? Tengo entendido que la experiencia suele marearte un poco si no

estás acostumbrado —agregó, habiendo terminado de vestirse.

—Sí, estoy un poco mareada, pero eso fue espectacular —comentó Amy, mirándolo con grandes ojos llenos de una mezcla de amor y asombro.

—Eres hermosa, ¿lo sabías? Y deja de mirarme así o voy a comerte.

—Y tú un tonto, ¿lo sabías?

—¡Qué injusta! Gracias por el cumplido. Bueno, ¿te gusta el lugar? Te sugiero mirar detrás de ti.

El cerro no era tan alto como una montaña, pero se podía ver bastante desde arriba. El gran colegio, el bosque y sus frondosos árboles, y a lo lejos, si uno seguía la ruta con la mirada, la luminosidad de Puerto Azul. Cuando Amelie giró sobre sus pies, notó miles de lucecitas blancas que brillaban sobre los arbustos secos y algo llamó su atención.

—¿Qué es eso?

—Te gustan las mariposas, ¿no?

—Bastian...

Frente a ellos había un árbol de copa inmensa y sus hojas eran tan extrañas, eran de color azul profundo y parecían dobles. Estas se movían de manera rara en la brisa y cuando Amelie se acercó se dio cuenta de que no era esta la que las hacía temblar, sino que ellas mismas se movían. Cientos de mariposas imperiales azules cubrían las ramas secas del árbol, era una imagen bellísima.

—¿Cómo es posible que estén aquí en invierno?

—Conmigo todo es posible o la mayoría de las cosas.

—¡Ay, Bastian! Es simplemente... hermoso. ¿Ves? Tú lo haces más difícil para mí haciéndome estos regalos. Después esperas que no te bese por esto —comentó ella extendiendo un dedo para que una mariposa se parara en él.

—No me voy a oponer nunca más a tus besos, son irresistibles, como la sustancia dulce que atrae a las mariposas.

Amelie se dio vuelta y lo besó en los labios apasionadamente. Bastian deslizó su mano, se detuvo en la parte baja de la espalda de la muchacha y la apretó contra su cuerpo.

—Me vas a volver loco, quiero más de ti.

—Tal vez ese siempre ha sido mi plan —dijo ella mirándolo a los ojos. En los labios de Bastian se dibujó una sonrisa pícaro, mientras bajaba su cabeza y mordía con suavidad el cuello de Amelie, tratando de no dejarle una marca.

—¡Hey! ¿Qué fue eso?

—Te dije que iba a comerte.

—Y con gusto te dejaría. Gracias por las mariposas y por traerme hasta aquí, en serio.

Bastian se alejó un poco de ella y comenzó a soplar en dirección al árbol azul. Desprendiéndose de él, las mariposas dejaron sus ramas desnudas y en lento vuelo comenzaron a girar alrededor de Amelie y se enredaron en su cabello rojo. Ella dio vueltas entre risas, viendo semejante espectáculo. Miles de alitas azules danzaban junto a su cuerpo y le hacían cosquillas en las mejillas. Luego, ante un gesto de Bastian, se alejaron bajo la blanca luz de la luna.

—Bueno, creo que es hora de llevarte a casa.

—Lo sé, pero desearía que este día nunca terminara.

—Este día termina, pero otros nos esperan. Vamos, preciosa.

El muchacho se quitó la camisa y se la dio a Amelie, la tomó con confianza en sus brazos, confiado en la oscuridad y en lo lejos que estaba el lugar de la gente, y volvieron volando hasta el auto para marcharse.

—¡Idiota! —susurró una voz en lo profundo del bosque y su fría oscuridad. Las mariposas que habían llegado hasta allí se envolvieron en llamas de color naranja y cayeron al suelo como pequeños ángeles ennegrecidos y muertos.

Noches

El auto se detuvo frente a la gran casa. Las luces estaban encendidas en varias habitaciones y de seguro estaban esperando a Amelie para cenar, pero ella no quería alejarse de Bastian justo cuando se habían dicho que se amaban. Ella entendía también que no lo podrían vivir como un noviazgo normal porque había ciertas cuestiones que el muchacho debía resolver.

—Bastian, ¿me vas a cuidar esta noche? —preguntó ella, con pocas ganas de bajarse del auto. Los cristales del vehículo se empañaban de a poco por el frío que hacía afuera.

—¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Nada, era solo para confirmarlo.

—Quédate tranquila, allí estaré como todas las noches desde que naciste. Aunque esta noche tal vez deje que me veas, así te sientes más tranquila.

—Gracias, entonces nos vemos en un rato. Te voy a estar esperando —dijo la muchacha sonriente y bajó del auto, reprimiendo sus ganas de besarlo.

Miró cómo el auto se alejaba y era tragado por la oscuridad a lo lejos. Ingresó a la casa, dejó el bolso del colegio en una silla y se frotó los brazos tratando de proporcionarse un poco de calor. Nadia la sorprendió aún en el hall, mientras los demás se hallaban en el comedor.

—¿Qué sucedió, Amy? ¿A dónde te llevó?

—Fuimos hasta el cerro, él sabía que siempre había querido ir hasta allí. Tomamos un camino que te conduce hasta la cima —mintió y omitió el hecho

de que había volado junto a Bastian y la parte de las mariposas, que llamarían la atención de su amiga.

—¿Solo eso? Aunque me parece bastante romántico, los dos solos observando todo desde lo alto.

—Sí, pero lo mejor es que me dijo que está enamorado de mí —confesó Amelie, con una sonrisa imposible de ocultar.

—¿En serio? —preguntó Nadia, su cara iluminada—. ¿Y tú que le dijiste? No te habrás quedado sin hablar como una tonta.

—Obvio que le dije que sí, que lo amo con toda mi alma. Ni yo me reconocí, porque estuvimos en el bosque todo el tiempo cerca... besándonos. *Ok*, esa parte debería ser privada, pero estoy feliz.

—¿Qué hacen aquí hablando? ¿Secretos de mujeres? —interrogó Alexis repentinamente. Llevaba una jarra de cristal vacía para llenarla de agua en la cocina.

—Amy y Bastian son novios —soltó Nadia.

—Si esto fuera una telenovela, dejaría caer la jarra al suelo —bromeó el chico—. Pero hablando en serio, me alegro mucho por ti. Ya me preguntaba cuándo lo reconocerían, porque a mí no me engañan, ustedes se gustan desde aquel día en la cafetería.

—Bueno, creo que es pronto para decir que somos novios de manera tan formal.

—Te entiendo, amiga —dijo Nadia.

—Pero, en fin, me alegro de que les agrade la noticia, aunque de esto ni una sola palabra a Clara y Héctor.

—Entendido —repitieron los dos y se dispusieron a cenar.

Frente al espejo del baño, Amelie cepilló sus dientes y pensó en todo lo que le había pasado ese día, y se sintió feliz por ello. Extrañaba a Bastian a pesar de que se había despedido de ella hacía unas pocas horas. Se puso una camiseta blanca y sus *shorts* para dormir, y caminó hasta la habitación de manera apresurada.

Se acercó a la ventana para comprobar si él cumpliría su promesa. El muchacho estaba sobre el techo de la casa que quedaba cruzando la calle. Ella sonrió y corrió el ventanal, el frío penetró por sus poros y la hizo temblar.

Bastian se quitó la camisa bajo la tenue luz y extendió sus alas, que casi se perdían en la oscuridad de la noche. Hizo un movimiento con su mano en el aire y se lanzó a volar a toda velocidad. Bajó hasta el balcón, el viento que produjeron sus alas hizo que el cabello de la chica volara. Amelie lo arrastró hacia el interior de la habitación porque se estaba congelando.

—Tengo una pregunta importante, Amy.

—Bueno... ¿Qué cosa quieres saber?

—Pudiste verme volando, ¿cierto?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Ese movimiento que hice con la mano pone alrededor de mi cuerpo una especie de nube oscura que refleja lo que hay a mí alrededor, o sea que nadie puede verme. Nadie, excepto tú.

—Eso es porque soy asombrosa y especial —bromeó ella y corrió hasta la puerta para cerrar con llave, no quería que nadie los sorprendiera.

Bastian la observó con atención, cada uno de sus movimientos, con una sonrisa pícaro en sus labios que le hizo olvidar la respuesta que le había dado y lo raro que aquello era. Cuando ella se dio vuelta, pudo verlo.

—¿Por qué me miras así? Como un *stalker* que podría matarme.

—No son esos mis planes exactamente. Es que te ves *sexy* con esos *shorts*, nunca antes te había visto de esa manera —bromeó guiñando un ojo.

—Eso es porque estabas concentrado en tu trabajo —dijo ella sonrojándose un poco y, metiéndose en la cama, se cubrió con la frazada. Estaba temblando.

—Bastian, tengo mucho frío. ¿No puedes hacer algo para que me sienta mejor?

—¿A qué te refieres? —preguntó él un tanto confuso y tenso.

—Algún poder en especial que haga que la habitación esté cálida.

—Ah... era eso. Pensé que... —Sacudió su cabeza y ella se rio.

—Imagino lo que pensaste y no me refería a eso. Pero puedes acostarte en mi cama —propuso ella con inocencia, arreglando su cabello mientras lo miraba a los ojos.

—¡Dios! Esa manera que tienes de pedirme cosas y sonar tan inocente, es tan... Quisiera... Mejor no lo digo.

Se acercó despacio hasta la cama y se recostó cerca de la muchacha, quien en ese momento se puso un tanto nerviosa, porque una cosa era tenerlo cerca en el bosque, pero otra diferente era tenerlo junto a ella en su cama y con el torso desnudo.

—Puedes cubrirte con la frazada si quieres, pero tengo la idea de que el frío no te afecta.

—Estás en lo cierto y perdón por lo de la camisa, no tengo ganas de ponérmela ahora. —La miró sonriente y, atrayéndola hasta él, la rodeó con sus brazos. Amelie casi saltó ante el sorpresivo gesto del chico, pero se sentía cómoda y demasiado cálida—. ¿Cómo es eso de dormir? Yo ni recuerdo cómo era y me parece un desperdicio de tiempo, pero entiendo que ustedes se cansan mucho.

—«Ustedes», lo dices como si fueras superior. No me discrimines por ser humana —bromeó Amelie tratando de hacerle cosquillas, pero Bastian ni siquiera se inmutó y tampoco tenía alguna parte blanda como para atacarlo, parecía de piedra.

—No quise que sonara de esa manera.

—O sea que tú nunca duermes. Para tu información, dormir es lo más lindo del mundo y sobre todo cuando llueve. Espera un segundo, ese día que te encontré en el bosque, ¿pretendiste estar dormido?

—Por supuesto, soy un buen actor. —Se rio—. Creo haber dormido hasta los dieciocho años, pero ahora no lo necesito. La energía de los ángeles siempre se renueva y, si alguna vez sentimos algo parecido al cansancio, solo tomamos un poco de agua y listo. Me parece interesante de todos modos, me gustaría saber qué pasa por tu cabeza cuando duermes.

—¿Me has observado dormir?

—Sí, todo el tiempo y es hermoso. Siempre das muchas vueltas, como si estuvieras soñando, aunque no dices nada, así que no sé con qué sueñas.

—Bueno, de seguro, si pudiera hablar dormida, diría tu nombre porque siempre sueño contigo o con un ser muy parecido a ti, pero desde que supe lo que eras el sueño no volvió. Ese cuadro sobre la cama me hace recordarlo cada tanto.

Bastian giró un poco su cabeza y se quedó observándolo por un rato.

—Las alas son bastante parecidas a las mías, pero esas parecen plumas de pájaro, no de ángel. Me alegro de que no las haya pintado blancas, como la mayoría de los artistas.

—¿No hay ángeles de alas blancas?

—No, es una historia larga. Sí los había en el comienzo, pero luego ya no. Ustedes suelen aceptar ideas como verdaderas sin saber cómo son las cosas en realidad.

—Clara debería estar orgullosa de haber hecho una buena versión de un ángel. Y por lo de las alas blancas y las ideas, mi querido Bastian, si no podemos verlos, es imposible saber cómo son en verdad, por eso algunos creen en lo que dice la Biblia y otros libros.

—Entiendo.

—Tú mencionaste en el acantilado que había otra clase de ángeles, les diste un nombre que no recuerdo.

—Sí, los ángeles puros. Ellos son creados por Dios, no nacen en la Tierra, sino en el Paraíso, y viven en la ciudad de Mikah. Los humanos transformados en ángeles son una rara excepción, nos llaman mestizos.

—¿Eres como el mimado de Dios entonces? ¿Viviste en Mikah? Que impresionante es todo esto. ¿Hay ciudades allá en el Cielo?

—Eso es algo que los caídos dirían acerca de mí y sí, hay ciudades hermosas. La mayoría vivimos en Mikah, pero hay otras ciudades.

—Los ángeles caídos son demonios, ¿por qué dirían algo así?

—Porque hay cosas de mi pasado como ángel que no están bien, por un error los ángeles son condenados y yo cometí uno, pero Él no me castigó.

—¿Qué hiciste, Bastian?

—No quiero hablar de eso —dijo él, suspirando y de repente comenzó a besarla con todas sus fuerzas, apretando a Amelie contra su cuerpo. Una de sus manos cálidas se metió bajo su camiseta y descansó en la parte baja de su vientre y ella creyó que iba a explotar. Cuando dejó de hacerlo se rio sobre los labios de la muchacha.

—¿Sabes una cosa? Te amo y pensé que nunca podría decir estas palabras, creí que nunca podría sentir lo que siento por ti.

—Interesante forma tienes de hacerme callar y no preguntar cosas, pero te amo y lo seguiré diciendo hasta que te aburras.

El sueño, el cansancio, más las emociones fuertes vividas ese día, estaban logrando que Amy se quedara dormida junto al cálido cuerpo de Bastian.

—¿Te vas a quedar a cuidarme? Por favor, quédate conmigo, ya no tengo frío —suplicó ella mirándolo a los ojos.

—Si me lo pides de esa manera, preciosa... Además, puede ser que hoy cuando sueñes digas algo y me gustaría escucharlo —dijo y luego posó sus labios sobre la frente de la muchacha—. Duerme tranquila, Amelie. Te amo, pequeña.

Varias noches pasaron llenas de risas, charlas entretenidas que terminaban con la imagen de Amelie dormida sobre el pecho de Bastian. Todo era demasiado romántico y los dos sintieron que estaban viviendo un cuento en el que nada podía salir mal.

La primavera había empezado y los jardines de los alrededores se llenaron de coloridas flores, pero el panorama para los chicos se volvió oscuro, el maldito equilibrio volvía para atormentar a la muchacha una vez más.

Desde el Paraíso se habían comunicado con Bastian para confirmarle unas sospechas que tenían. Esa noche, él hizo que Amy se sentara sobre la cama

mientras los relámpagos iluminaban el cielo oscuro, como preludeo de una tormenta.

—¿Puedes decirme qué es lo que pasa? Estoy preocupada, nunca te vi así. Toda esta anticipación va a matarme —preguntó Amelie intrigada. Era cierto que el muchacho nunca demostraba estar nervioso o preocupado, a menos que se tratara del bienestar de ella.

Bastian estaba demasiado serio, así que debía ser algo grave. Amy pensó que tal vez Dios se había dado cuenta de la relación que ellos tenían y que eso le había causado problemas.

—Debes tratar de ser un poco más paciente, no te puedo explicar todo a la ligera.

—Está bien, lo siento.

—Primero tengo que decirte algo que no es muy bueno y espero que no me odies por eso.

—¡Como si pudiera hacerlo! Me pediste ser paciente y lo seré, pero no pares de hablar hasta haberlo dicho todo porque me vas a matar con toda esta intriga.

—Está bien —dijo él tomando aire—. Así como Dios tiene a los ángeles para luchar en sus huestes o grupos de guerra y para cumplir con ciertas tareas, el Maligno también tiene sus enviados. Es como un balance que existe en nuestro mundo, nosotros protegemos a los humanos y ellos los tientan. ¿Recuerdas que te dije que se suponía que tú debías morir en el accidente?

—Sí... —respondió ella, recordando a su familia y esa herida que aún no cerraba del todo.

—No hice bien mi trabajo, Amy. Yo debía llevar tu alma hasta el Paraíso, pero me enamoré de ti y te salvé, no cumplí con la tarea asignada. Y, si un ángel no lo hace, un demonio tiene el derecho de tomar esa alma.

—¿Qué? ¿O sea que ahora me persiguen los demonios?

Bastian se mordió el labio, temeroso de que ella pudiera odiarlo por lo que había hecho.

—El día que te paraste en la ruta para que te matara el camión, no lo hiciste porque así lo sentías, no tenías ganas de suicidarte o eso creo al menos.

—Pero era tan claro en mi mente, lo quería hacer.

—Los demonios pueden ser tramposos, alguien estuvo tentándote a hacerlo de alguna manera y lo ha hecho por mucho tiempo. Ha sido muy cuidadosa, aunque creemos que es una principiante; ese día estoy seguro de que ella estaba escondida en el bosque y no pude seguirla porque, si lo hacía, el camión te arrollaba.

—¿Por qué quiere tentarme a hacer eso? Entiendo que sea su trabajo, pero... —preguntó Amy sin poder terminar la oración. Bastian se sonrojó por primera vez en su larga vida.

—Me avergüenza un poco decirlo, pero ángeles y demonios queremos agradar a nuestro jefe. Día a día, sin que ustedes se den cuenta, se libra una batalla entre el bien y el mal. Y... necesitamos más aliados, así que quien los consigue obtiene más favores, no se trata de que el humano sea más importante. Cantidad antes que calidad, por decirlo de alguna manera —explicó sentándose a su lado—. En simples palabras, es burocracia y más reglas. Te quieren porque yo no cumplí con mi trabajo.

—Lo entiendo y, para que te quedes tranquilo, no te odio porque si me salvaste es porque me amas y, si tengo que irme al infierno, al menos lo haré feliz porque pude sentir que alguien me amó con un amor más grande de lo que creí imaginar. Aun así, tengo miedo. No te lo voy a negar.

Ante esas palabras Bastian se sintió un tanto aliviado y enredó sus brazos alrededor del frágil cuerpo de la muchacha.

—Yo te protegeré, no tengas miedo. Odio que Zaira se haya metido en tu vida y en tus sueños para llevarte a pensar que querías quitarte la vida —dijo él y besó su cabeza, acariciándole la espalda para tranquilizarla.

—¿A través de mi sueño? Todas las noches era tan claro, tal cual y pasó ese día —recordó ella y algo estalló en su mente, un nombre que Bastian había dicho—. ¡Espera un segundo! ¿Cómo la llamaste?

—Zaira, ha estado dándome problemas todo el tiempo.

—¿Zaira? Conozco una chica de ese nombre, es alta, tiene el pelo oscuro como la noche, su piel es blanca y tiene ojos de gato.

—¡Dios! ¿Cómo es que sabes eso? ¿La conoces? —interrogó él, desorbitado, sacudiendo las manos de Amelie para que hablara de una vez.

—Bastian, es una alumna de quinto año, me ha sembrado dudas acerca de ti en varias ocasiones, incluso a través de Nadia me presentó a Lucas, el idiota que causó el accidente y se propasó conmigo.

—¡No lo puedo creer! No pude haber sido tan tonto como para no darme cuenta.

—¿Nunca la viste en el comedor del colegio?

—No... Así como yo me cubro de la presencia de los demás, los demonios también ocultan sus esencias, pero me odio porque debería haber sido capaz de notar que estaba rondando. La vi en el baile, pero pensé que había ido solo para amenazarme. Lo siento, Amelie.

—Está bien, pero ¿hay algo que podamos hacer? Dijiste que me protegerías, pero si son las reglas, si ahora ella tiene derecho sobre mi alma, no veo ninguna posibilidad.

—Te dije que era una novata, ahora veo que recién la iniciaron porque ha cometido un error importante —soltó Bastian y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿A qué error te refieres?

—Ella solo tiene que poner la tentación en el camino de los humanos, no debe meterse en sus sueños todo el tiempo, no puede abusar de ese recurso porque somos los ángeles los que cuidamos a las personas cuando duermen. Ni siquiera debería haberse relacionado con Nadia o mostrarse delante de ustedes de la forma en que lo hizo, ha roto varias reglas.

—Todavía no entiendo qué hay de bueno en ello.

—Lo bueno es que tengo derecho a una batalla con ella para salvar tu alma —explicó Bastian como si hubiera estado esperando el momento hacía tiempo, bajo su piel corría esa energía que le indicaba que una pelea se acercaba y,

por más malo que fuera, tenía ganas de volver a luchar. Era una lástima que ya no perteneciera a los guerreros o podría tener una espada allí. El terror se apoderó del corazón de Amy, y se transmitió a su cara. Afuera la tormenta se desató con toda su furia.

—¿Qué dices? No... Bastian, no vas a pelear, no quiero que nada te pase. Prométeme que no lo vas a hacer, además, ella se ha ido, por lo visto — imploró la chica aferrándose al cuello del muchacho.

—Mi amor, eso es algo que lamentablemente no te puedo prometer. Son las reglas, tiene que haber una pelea y ella nunca va a esfumarse por más que te lo haga creer, es su trabajo, como es el mío destruirla para cuidarte. Además, es una novata y me ofendes un poco, ¿crees que no puedo aniquilarla? Tu ángel es un gran luchador —bromeó acariciando su mejilla. Él no podía culparla por tener miedo porque ella no conocía su pasado o quién era Bastian en el Paraíso, pero tampoco iba a explicárselo en ese momento, ya había tenido demasiadas emociones juntas. Necesitaría días para contarle su historia completa, pero esperaba tener la oportunidad de hacerlo. Él quería que ella supiera de dónde venía y toda su experiencia en el Paraíso.

—Estoy cansada de tantas reglas, estoy harta de no poder tener un respiro y de que, cuando pienso que todo está bien, las cosas se pongan mal otra vez. Desearía haberme muerto —dijo ella enojada y se alejó de él para acercarse a la ventana y ver la lluvia caer.

—Que digas eso me duele mucho, Amelie —dijo Bastian con voz calma pero dolida, mientras ella se daba vuelta para mirarlo—. Te pido perdón por amarte y no querer que seas una chica hecha de humo a la que no pueda tocar y que ni siquiera se acuerde de mí.

Amelie suspiró fuerte porque se odiaba cuando lo hacía sentir mal. Se acercó hasta él y, sentándose sobre su falda, lo miró a los ojos jugando con su cabello.

—Tú debes perdonarme, no quise decir eso. Estoy un poco cansada, es solo eso. ¿Tienes algún plan en mente?

—Está bien —dijo el chico, poniendo sus manos en la cintura de Amelie y luego besó su cuello. Sus labios quemaban la piel de Amelie, pero luego se detuvo.

Bastian le explicó que, aunque sonara feo, ella debía ser la carnada para atraer al demonio hasta un lugar exacto. Que tenía que ir otra vez a esa ruta y él estaría escondido en el bosque. En cuanto Zaira tratara de herirla, Bastian aparecería para hacer su trabajo. Estaba muy convencido de que iba a ganar, pero había algo en el plan que no convencía del todo a la muchacha y aun así no se lo dijo. Zaira no era tonta como para no darse cuenta si iba acompañada, ya se había escondido muy bien de Bastian todo ese tiempo y él ni siquiera se había dado cuenta; era muy astuta y Amelie no quería que su otro sueño se cumpliera, ese en el que Bastian era atravesado por una lanza de plata.

—¿Confías en mí, Amy? Necesito que me lo digas —preguntó él, mientras se acostaban.

—Sí, confío en ti —respondió ella sin más y él no se quedó muy convencido con la respuesta.

La lluvia comenzó a caer con fuerza sobre el mundo. Los truenos y relámpagos la asustaron un poco, más la idea de que Zaira estuviera acechando en la oscuridad. Amelie se acostó de lado, mirando hacia la ventana y dándole la espalda. Él puso una frazada sobre ellos y se acercó hasta Amy hasta cerrar todo espacio entre ellos. Puso una mano en su cintura y comenzó a besar el cuello de la muchacha y a morder su piel en forma de juego mientras se reía. Ella se estremeció y apretó su mano con fuerza, dio la vuelta sobre su cuerpo para poder mirarlo.

—No sigas porque no voy a ser capaz de detenerme —dijo ella sonriente.

—Está bien, ya habrá tiempo para eso y ninguno de los dos va a detenerse —dije besando su nariz y la enredó con sus brazos para que se sintiera cálida y protegida. Se durmió al instante como las noches anteriores.

«Tienes razón, pero eres irresistible», pensó Bastian entendiendo que había estado a punto de perder el control sin pensar en las consecuencias. Por cosas

así los ángeles caían al Inframundo y sus alas se habían vuelto negras.

Confrontación

Varios días pasaron luego de aquella noche en la que Bastian le explicó a Amelie lo grave de la situación. Su plan seguía en marcha, solo faltaban cuarenta y ocho horas para que se llevara a cabo. Amelie estaba llena de sensaciones raras y eso, sumado al aroma a peligro inminente que flotaba en el aire, terminaría por desequilibrarla del todo. Sentía que otra vez su vida se había vuelto un caos.

«Ser la carnada, genial», pensó y suspiró mirando un punto lejano en el horizonte una tarde, cuando el cielo se había vuelto naranja y dorado, y la base de las nubes se teñía de color rosado.

Nadia y Alexis no se habían dado cuenta de sus nervios porque pensaban que era el amor lo que tenía a su amiga dando respuestas incorrectas todo el tiempo y ella creyó que, si eso les servía como explicación, no pensaba hacerlos cambiar de idea.

Las notas en los exámenes eran buenas así que gracias a eso no levantaba demasiadas sospechas.

La noche en que Bastian le contó el plan, de inmediato supo que no podría hacerlo. Amelie lo iba a decepcionar en grande, pero no seguiría sus pasos. Había decidido enfrentarse sola al demonio y eso era solo una manera de decir, más bien se presentaría ante ella y se dejaría matar, porque era imposible luchar contra su poder, aunque se tratara de una principiante. El miedo de no seguir los planes de Bastian se había instalado en todo su cuerpo,

pero estaba decidida a ponerle fin a todo lo que pudiera hacerle mal a su nueva familia. Entendió que esas eran las horribles ideas que se formaban como tormentas en su cabeza unos meses atrás, ella se sacrificaría por todos los que amaba. Se obligó a creer que ese había sido su destino, tal vez por eso Dios la había puesto en el mundo, para salvar a alguien al menos. Además, ya la había reclamado una vez, pero por interferencia de su ángel había sobrevivido. Bastian podría cuidar a otra persona y lo haría tan bien como lo había hecho con ella. Amelie sintió que no podía ser tan egoísta de negarle a alguien más su protección.

La muchacha deseó que él no tuviera el poder de leer su mente y descubriera sus nuevos planes, porque ella sabía que no se había quedado convencido con su respuesta cuando le había preguntado si confiaba en él.

Le dolía en el alma tener que mentirle de manera tan descarada, se sentía en falta luego de todo lo que Bastian había hecho por ella, pero ¿qué podía hacer si sentía que ella era el único cabo que quedaba por atar para que las cosas mejoraran? ¿Si sentía que era la causante de todos los problemas?

El muchacho no la cuestionó nunca porque estaba seguro de que iban a hacer lo acordado. Solo se limitaba a mirarla en forma dudosa en clase, tal vez suponía que estaba nerviosa, ya que no era común que los humanos se enfrentaran con criaturas malignas.

Lo peor de todo, lo que atormentó a Amy una noche, fue la idea de que Dios sí sabía lo que estaba pasando por su cabeza y que podría comentárselo a él, pero Bastian le había dicho una vez que Él no podía encargarse de cada asunto, que tenía cosas más importantes en qué pensar y eso la tranquilizó un poco.

Ese día soleado, se despertó nerviosa porque el momento estaba a punto de llegar. Se iba a adelantar un poco a lo planificado y no esperaría hasta el día siguiente, como habían acordado con Bastian.

Supuso que, si Zaira podía meterse en sus sueños, si era en verdad su trabajo llevarse su alma y convertirla en su aliada, la encontraría de cualquier manera

y más aún si se mostraba sola caminando por el bosque. Seguro su perfume la atraía y podía olerlo a millas o incluso en el otro mundo.

Por la mañana, antes de ir a la escuela saludó a Clara y Héctor con dos besos efusivos que decían «gracias por haberme querido y ayudado tanto». Supo que, si llegaba a hablar, comenzaría a llorar y no quería que ellos se preocuparan, entonces se tragó las palabras y salió de la casa con la velocidad de un rayo para subirse al auto de su amigo. Quería pasar todo el tiempo posible con Nadia y Alexis.

En el colegio, durante el almuerzo, se detuvo a mirar los rostros de todas las personas que conocía; con algunos nunca había hablado, pero aun así eran parte de su vida y quería llevarse esos recuerdos donde sea que fuera. De forma disimulada y para que no sospecharan nada, volvió a agradecer a Nadia y Alexis por ser sus amigos, como aquel día en cuarto año. Pensó mucho durante las materias de la tarde, con Bastian a su lado. A pesar de que muchas de las cosas que le habían sucedido no fueron buenas, dio gracias de haber ido a vivir a Puerto Azul porque en ese lugar había logrado reventar la burbuja donde estaba encerrada y se había animado a vivir. Creyó que, si ahora debía morir, debía hacerlo conforme por las cosas buenas que había logrado, por las personas que había dejado entrar en su vida.

Todo se había dado mejor de lo esperado, a Bastian lo habían llamado para seguir debatiendo el tema de Zaira y él le dijo que la vería por la noche. Entonces, antes de alejarse en el auto de sus amigos, le dijo que lo amaba y lo besó por última vez en el estacionamiento. No quiso hacerlo con mucho entusiasmo, con la emoción que la dominaba, incluso ahogó las lágrimas que le quemaban los ojos y querían brotar con fuerza, porque él se daría cuenta de que algo malo le estaba pasando. Lo saludó como cualquier otro día y eso le pareció terrible, el hecho de saber que moriría sin haberse despedido de él como quería en realidad la llenó de tristeza.

No habló durante todo el viaje con sus amigos y apenas llegó a su cuarto se encerró a llorar porque perdería a Bastian y a los demás para siempre. Era

más que obvio que iba a morir aniquilada por esa bruja. Pero cuando se compuso, sintió que estaba segura de lo que iba a hacer. Tal vez, si Bastian hubiera dejado todo por ella antes, nunca habría pensado en morir, pero ya era demasiado tarde.

El dolor por lo que iba a dejar atrás era muy grande, pero sabía que se encontraría con su familia en algún lugar y los que quedarían en la Tierra no serían acechados por fuerzas oscuras por su culpa. Esperaba no hacerlo ella misma cuando fuera maligna, sabía que los demonios reclamarían su alma, pero incluso así deseaba no convertirse en una despiadada que solo quisiera tentar a la gente para que cometiera locuras.

Cuando la hora llegó, no tomó ninguna pertenencia. Se fue vestida como estaba, pero antes dejó sobre la cama una nota que había escrito para Bastian, porque sabía que él entraría por la ventana como todas las noches. Cerró su cuarto con llave para que nadie ingresara y encontrara el papel antes que él. Pasó por la puerta de la habitación de Nadia y se detuvo un instante tratando de hacer el menor ruido. Ella y Alexis se estaban riendo y eso la hizo sonreír y sintió ganas de abrazarlos, pero supo que las cosas se harían más difíciles aún. Entonces siguió su camino de manera silenciosa por el pasillo.

Con cautela empezó a bajar las escaleras, escalón por escalón, como si cada uno de ellos la llevara un paso más cerca del fin. Clara y Héctor estaban en el *living*, pero dormidos en el sofá. Se habían quedado mirando una película y se veían tan enamorados como siempre. Aprovechó la oportunidad para escapar de la casa. Caminó unas cuadras bajo la noche oscura y tomó el primer taxi que pasó cerca.

—Hasta el puente viejo, por favor —indicó al conductor, quien la miró desconcertado a través del espejo retrovisor, porque ya nadie iba a ese lugar y menos a esa hora de la noche. El puente viejo era el escogido porque estaba cerca del bosque, así que nadie podría ver lo que sucedería. Era lo único del plan que había respetado.

Durante el viaje dio gracias porque Bastian no la había interceptado para

detenerla. Pensó en su bello rostro por un momento, para sentirse tranquila.

Cuando el auto se detuvo, le pagó al taxista quien la miró sin decir nada, pero sabía que quería preguntar «¿Estás segura de que quieres bajar aquí?».

Respiró hondo y cerró la puerta con un golpe. Empezó a caminar bajo la luz plateada de una redonda luna que se había hecho dueña del cielo; luz y oscuridad juntas y en lucha por dominar. Trató de convencerse de que estaba haciendo lo correcto porque para dudar ya era demasiado tarde.

Puso un pie en el puente metálico, que tenía grandes barrotes de hierro en forma de cruz a sus costados, y luego de unos segundos una sombra comenzó a acercarse despacio al otro extremo del puente, como si hubiera sabido sus planes desde el principio. Emergió de la espesura del bosque como un fantasma.

Zaira tenía puesto un traje negro que parecía de látex y se ajustaba al cuerpo. Iba vestida como para una guerra que sabía que iba a ganar. Su pelo oscuro, que caía a ambos lados de su rostro, resaltaba aún más su blancura y sus ojos de gato brillaban de manera hipnótica. Llevaba los brazos en jarras, lo que dejaba ver largas uñas pintadas de rojo. Al ver a Amelie, una sonrisa espeluznante se dibujó en sus labios. El terror invadió a la muchacha y supo en ese momento que se había engañado otra vez, estaba haciendo las cosas definitivamente mal. Juntó valor para hablar y no demostrar miedo; si iba a morir, al menos lo haría molestando a aquella mujer.

—Todavía no es día de brujas, ¿por qué el disfraz? —gritó Amy, de manera burlona y pintó una sonrisa enorme en su rostro.

—¿Es eso lo mejor que tienes? —replicó el demonio, pero sin usar su voz, sino que metiéndose en su cabeza.

—¡Deja de hacer eso! ¿Sabes? Siempre me pareciste una persona negativa y lamento haberte subestimado pensando que eras solo una adolescente insegura, eres un maldito demonio.

—Gracias por el halago —dijo Zaira, hablando con su voz esa vez.

—Bueno, bruja. Al fin me tienes aquí y creo que esto es lo que has estado

esperando desde el principio. ¿Quieres que salte al vacío o vas a terminar el trabajo tú misma?

Amy no entendió qué pasó o cómo Zaira lo hizo, pero después de un segundo, estuvo frente a ella con sus dientes blancos apretados y sus ojos clavados en su cara. Eso hizo que sus latidos se aceleraran.

—No hay necesidad de ser tan aburrida, mortal. Si voy a llevarme tu alma, te mataré yo misma y con gusto. Me gusta el momento en que un alma se desprende de un cuerpo desgarrado —exclamó con una voz hermosa pero maligna.

Comenzó a caminar alrededor de la muchacha, respirando fuerte, lo que puso a Amelie más nerviosa. La estaba acechando como una fiera antes de comer a su presa.

Luego de unos minutos se detuvo frente a ella y levantó su mano en el aire, lista para aplastarle la cabeza o arrancarle el rostro. Amy cerró los ojos con fuerza esperando su fin, pero dejó salir una plegaria de sus labios.

—Ángel de la guarda, dulce compañía. No me desampares...

En el silencio de la noche y en la tardanza de Zaira para terminar su trabajo, se escuchó el sonido de dos inmensas alas que se agitaban en el viento; tenía que ser eso, porque Amelie conocía muy bien ese ruido. Por alguna razón y en un segundo de pensar con claridad, creyó que lo más sensato sería arrojarse al suelo y así lo hizo, antes de que la malvada le atravesara el cráneo con sus uñas filosas. Bastian voló sobre su cuerpo, embistió a Zaira con toda su fuerza y la arrojó hacia el otro lado del puente, donde había estado parada unos segundos atrás. Rápidamente, se acercó hasta su protegida.

—Amelie, tonta. No debiste haber venido, ¿quieres matarme de dolor? ¿Por qué no confías en mí? Te dije que todo iba a estar bien, pero no me hiciste caso —exclamó Bastian un tanto molesto, apretándola con fuerza contra su cuerpo y besando todo el rostro de la muchacha de manera desesperada, como si hubiera estado a punto de perderla.

—Estás en lo cierto, soy una grandísima tonta y más que eso todavía. Pero

¿no te has dado cuenta aún? Pensé que ella no iba a aparecer si sabía que estabas escondido y estoy cansada de que todas las cosas malas sucedan por mi culpa.

—Amelie, deja de...

—¿Pero qué tenemos aquí? Un desagradable espectáculo, diría yo —dijo Zaira, incorporándose, se acomodó su cabello—. Un ángel está rompiendo las reglas y besando a una humana. No sigan porque no quiero vomitar.

—¡Cállate, Zaira! Y no te atrevas a poner un dedo sobre Amelie —amenazó Bastian en tono grave, ayudando a la muchacha a levantarse, y luego se paró delante de ella.

—Creo que yo también te subestimé, Amelie, porque veo que eres más inteligente que tu protector. Era obvio que no iba a venir si hubiera sentido tu presencia, Bastian.

—Déjame que te felicite por tu increíble inteligencia entonces —dijo el muchacho con sarcasmo.

—Me pregunto qué dice tu jefe ante todo lo que estás haciendo o tal vez ni siquiera le importa. No creo que te condene como hizo con mi jefe. Y tú dices que Dios es justo —comentó Zaira escupiendo al suelo—. A algunos les da más libertades y a otros los sume en el fuego eterno sin siquiera escuchar explicaciones.

—Deja de decir estupideces.

—No se lo dijiste, ¿cierto? No le contaste a tu amada Amelie lo que hiciste y Dios ni siquiera te castigó por ello, es más, te hizo su mascota preferida.

—Bastian, ¿de qué habla? ¿Qué hiciste? —interrogó Amy y Zaira sonrió complacida por haber sembrado dudas en la otra muchacha. La semilla había sido plantada.

—Ahora no es momento de hablar del pasado, tú sabes que hiciste muchas cosas mal, así que estoy aquí para terminar contigo. Si no fuera así, tu querido jefe hubiera impedido este encuentro. Pero no lo veo aquí, ¿estás segura de que te aprecia tanto? —le gritó él a Zaira, evadiendo las preguntas de Amelie.

Los músculos de su cuerpo se pusieron rígidos, esperando la confrontación.

—Hubiese preferido charlar, pero... No, mentira. Mejor será llevarme un alma y obtener un favor especial de mi Señor cuando sepa que maté un enemigo. Tú lo pediste, angelito. —Ella sonrió de la manera más malvada.

La chica demonio hizo de sus manos de uñas rojas una garra, como si juntara con mucha fuerza sus dedos, y Bastian empezó a elevarse sin quererlo. Ella movió su mano como si manejara una marioneta y comenzó a azotarlo contra los barrotes de hierro del puente, mientras Amelie no paraba de sufrir por los golpes que él recibía. Zaira se reía como desquiciada y de alguna forma le provocaba cortaduras por todo el cuerpo, pero estas se curaban en segundos. Si ella lo seguía azotando, él nunca tendría la oportunidad de atacarla.

Amelie vio una piedra bastante grande cerca y la tomó, deseó con todas sus fuerzas tener buena puntería y se la arrojó al demonio para distraerla. La pequeña roca voló con fuerza y golpeó el estómago de Zaira, quien perdió la concentración por un segundo.

—¡Idiota! Una piedra no podrá conmigo.

Cuando Bastian por fin cayó al suelo, la malvada corrió a la velocidad de la luz y se paró al lado de su cuerpo, que parecía sin vida luego del azote que le había dado. Extendió su mano con la palma hacia arriba y una daga de plata brillante apareció en ella de repente. Cuando menos se lo esperó, a punto de dar la puñalada final, el ángel levantó sus brazos y golpeó el pecho del demonio con sus dos manos, lo que la hizo volar y estrellarse con estruendo contra las barras de metal. Cayó al suelo casi inconsciente y sin poder moverse.

—Gracias por eso, preciosa —dijo el muchacho, girando para ver a Amelie.

—¡Bastian! Detrás de ti —alertó ella. Él sonrió seguro de sí mismo y, volando como un rayo, cayó detrás de Zaira, que estaba un poco desconcertada porque no se había dado cuenta del movimiento tan veloz.

Él la volvió a golpear con sus dos manos cargadas de poder, pero esta vez en la espalda. El demonio voló por los aires, cayó cerca de Amelie y se

arrastró sobre el polvo con los labios sangrantes. El viento hizo volar el cabello rojo de la muchacha, quien se dio cuenta que no eran simples golpes lo que Bastian le daba a Zaira, sino una gran fuerza que ejercía con sus manos, como una pared invisible de energía que arrasaba con todo.

Los ojos de su ángel se pusieron blancos de inmediato, levantó su mano derecha con el anillo dorado hacia el cielo, mientras Zaira se desesperaba porque no podía levantarse, aún bajo los efectos de aquel poder invisible.

—*Deus lux mea est* —dijo él en voz alta y firme. Amelie miró hacia arriba tratando de entender qué era lo que iba a pasar. Un pequeño objeto, del tamaño de una gota en la altura, cayó a toda velocidad haciéndose cada vez más grande, para aterrizar en la mano de Bastian finalmente.

Algo hizo que Amelie gimiera de dolor, las uñas filosas de Zaira se clavaron en su pierna izquierda. Ella no se daba por vencida.

—Tal vez no sea yo, pero otros vendrán por ti —dijo el demonio escupiendo un poco de sangre sobre sus zapatos.

Bastian la apuntó con la bola de cristal que tenía en su mano.

—Dios, te entrego a este demonio. Como tu servidor, necesito tu luz ahora. Ilumina esta oscuridad, Señor —dijo él con voz solemne y se arrodilló en el suelo.

La cara de Zaira comenzó a desfigurarse, era aterradora junto con sus quejidos. Las puntas de sus pies se hacían borrosas, como si estuvieran diluyéndose en el aire. Se iba transformando en humo poco a poco, estaba siendo atraída por la esfera de vidrio.

—¡Maldición! —gritó decepcionada de ella misma y se convirtió toda en aire oscuro. La bola de cristal se tornó negra y el humo quedó flotando en ella como gotas de tinta en un vaso de agua; Zaira estaba encerrada.

Bastian lanzó la bola de cristal con toda su fuerza hacia arriba y esta desapareció sin volver a caer a la tierra.

Amelie cayó sobre sus rodillas y el ángel voló hasta ella sin dudarle. La ayudó a levantarse del piso y la abrazó.

—Ya está, amor. Una menos de ellos y fue demasiado fácil, te dije que debías confiar más en mí —comentó con una sonrisa de satisfacción por la victoria obtenida.

—Perdón por todo, por no confiar en ti y por ser tan desobediente, en serio.

—Está bien, ya sé que eres desobediente y por eso me gustas, porque crees que todo es posible si lo haces a tu manera.

—¿Qué dijiste cuando cayó la bola de cristal en tu mano? Eso sí que fue extraño.

—Ah, eso era latín, «Dios es mi luz». Más reglas y sé que las reglas no te gustan, así que no pienso explicarte.

—Como no me explicaste eso que hiciste en tu pasado, eso que...

De repente, una fuerza misteriosa los apartó, elevando a Bastian en el aire. Sus brazos y alas quedaron extendidos completamente, como Jesús en la cruz. Amelie no entendía qué estaba pasando, Zaira había muerto. Alguna fuerza invisible lo estaba atacando y ella no podía hacer nada más que observar y sentirse impotente.

Al ver a su ángel suspendido en el aire, casi no pudo respirar, nerviosa y aterrorizada.

«¿Qué más nos tiene que pasar? ¿Qué culpa tenemos de habernos enamorado?», pensó ella, cargándose de rabia.

Cuando pudo reaccionar, trató de alcanzarlo con su mano, de tomar su pie y traerlo hasta la superficie, pero le era imposible llegar a él. Fue allí que otro pensamiento horrible se cruzó por su mente, temía que el jefe de Zaira se estuviera tomando una revancha, mostrándoles su venganza por haber eliminado a su servidora. Pero para su sorpresa, el cuerpo de Bastian descendió en forma lenta hasta que sus pies estuvieron tocando el piso. Sus ojos eran blancos y aterradores. Supuso que estaba hablando con Dios, porque siempre que lo hacían sus bellos ojos se quedaban vacíos, como si todo él no estuviera presente en la Tierra en ese instante, ni siquiera en su propio cuerpo.

Movía la cabeza en movimientos que no eran normales, casi robóticos, de un

lado al otro, tocando los hombros de vez en cuando. Luego sus ojos de a poco volvieron a ser verdes y cayó estrepitosamente de rodillas en la tierra. Por primera vez Amelie lo vio cansado. Se acercó corriendo, ya repuesta de su llanto, lo tomó entre sus brazos y besó su frente, mientras las alas en su espalda se cerraban.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue todo eso? ¿Estás bien, amor? Estoy muy asustada, deberíamos irnos de aquí —exclamó ella intrigada, atacándolo con preguntas. Él no respondió, se la quedó mirando y ella sabía que había algo que no le quería decir, pues conocía de sobra sus ojos.

—¿Sabes una cosa? Creo que es una gran desventaja no poder mentirte. Porque siempre que hay algo que no quiero contarte, no puedo evadir tu pregunta cuando la dices en voz alta —dijo tratando de sonreír, se veía resignado.

—Por favor, dime lo que tengas que decir. Ya nos han pasado tantas cosas que no tengo miedo de lo que pueda venir. A menos que te quieran llevar lejos de mí y eso no lo voy a permitir. No sé cómo lo haré, pero no dejaré que suceda.

—Mi pequeña guerrera —dijo él sonriente acariciando la mejilla de Amelie —. Eh... no es nada malo, no te asustes. Quiero que te quede claro que yo no estoy de acuerdo con esto, pero debo comunicártelo. Dios tiene... una propuesta para ti.

Los ojos de la muchacha se abrieron en completa sorpresa y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio?

—No puedo mentirte, ya te lo dije.

—¡No lo puedo creer! ¿Qué es, Bastian? Me matas con todo este misterio.

—Está bien, te lo diré de una vez. Visto y considerando que tu familia biológica ya no está junto a ti, más lo que ha sucedido con Zaira y todas las otras veces que has estado en peligro, Dios te propone convertirte en... ángel, para que dejes de sufrir y para que no hieran a tus amigos. Dijo que lo pienses,

que muy pocas veces hace estas ofertas. Creo que el último que obtuvo un par de alas de regalo fui yo. Cuando estés lista, debemos ir al cerro a comunicar la respuesta —comentó con los ojos tristes y alejándolos de la muchacha.

Ella se quedó fuera de sí. Dios le proponía ser un ángel, pero por la mirada de Bastian supo que la quería convencer de lo contrario, que no le gustaba la propuesta de su jefe.

—¿Por qué no te gusta la idea?

—Me parece que no es lo correcto.

—Y si lo dejaras todo por mí, tal vez yo...

—Vamos a casa —dijo él, poniéndose de pie. Otra vez se había quedado en silencio y no le respondía, y eso hacía que Amy se sintiera sumamente triste. A veces tenía ganas de darle una bofetada y exigirle que dejara todo por ella si en verdad la amaba, pero no tenía el coraje para hacerlo y él debía tener sus razones para pensarlo tanto.

Se alejaron en silencio de ese horrible lugar, hacia la comodidad de su cuarto. Cuando llegaron, antes de que él pudiera darse cuenta, escondió la nota que había dejado sobre la cama, el papel aún seguía doblado, así que supuso que él no lo había leído todavía.

La vida no hacía más que ponerla a prueba y estas no eran nada fáciles, siempre se trataba de decisiones difíciles de tomar. En ese momento la muchacha no supo qué pensar, qué contestar o qué decirse a sí misma. Esa propuesta era algo serio aunque, si alguna vez había sido su destino irse al Paraíso junto a su familia, ¿por qué no aceptar lo que Dios le ofrecía? Tal vez porque otra vez se encontraba en una situación que tenía que ver con abandonar las cosas que más quería, pero lo haría para protegerlas. Se sintió en una encrucijada, parada frente a un callejón sin luz ni salida.

—¿Cómo se hace para tomar una decisión cuando la vida y el mismo Dios te presionan?

—Buena pregunta, Amy. Creo que haces lo que sientes y mandas todo al demonio, o desobedeces, como siempre has hecho —respondió Bastian

riéndose un poco.

—¡Hey! Mira quien ha comenzado a maldecir.

—Me contagiaste.

En ese momento, en su habitación, Amelie estaba feliz porque los dos estaban a salvo. Bastian no la regañó por la estupidez que había cometido, porque luego creyó que había sido una estrategia arriesgada pero eficaz.

Esa noche durmió junto a su ángel otra vez, sobre su pecho cálido y desnudo. Podía respirar su perfume y llenarse de él. Al recorrer la piel de Bastian con sus dedos pensó en cómo harían las mujeres ángeles cuando querían abrir sus alas. ¿Se quitarían la camisa? Le daba vergüenza preguntárselo, tal vez ella misma lo iba a descubrir. Se imaginó con alas gigantes, un cuerpo espectacular y una cabellera del color del fuego, volando por todos lados.

Bastian comenzó a tararear una canción y ella cerró sus ojos lentamente. Ese día había sido difícil pero, como siempre en el final de sus noches, estaba junto a él, lo que más amaba en el universo entero.

Los días siguientes encontraron a Amelie más reflexiva. En cualquier lugar que estuviera se quedaba con la mirada perdida en algún punto lejano. Entonces sus amigos comenzaron a preocuparse, porque casi no les contaba nada de lo que le pasaba, aunque Bastian la obligaba a hacerlo cuando almorzaban en el colegio.

Octubre había llegado a su mitad otra vez y con este los preparativos para el baile de fin de año, el viaje de egresados y demás. Ni eso logró sacar a la muchacha del estado en el que estaba, porque tenía cosas más importantes con qué lidiar. Hasta se había cuestionado si era necesario seguir el colegio, porque hacía unos días pensaba que la propuesta de Dios era lo mejor y que debía aceptarla.

Una noche, cuando Nadia le susurró «te extraño» frente a Alexis, Héctor, Clara y Bastian, quien había sido invitado a cenar, se dio cuenta de que estaba lastimando a las personas que la querían.

No sabía qué pensaban sus padres adoptivos acerca de Bastian, porque no les había dicho nada sobre su relación, aunque entendían de sobra que había más que amistad entre ellos.

Después de lo que su amiga dijo, tomó su mano y no la soltó hasta que todos se fueron. No se dijeron nada, ella se levantó de la mesa enojada y, subiendo a su cuarto, cerró la puerta con un golpe. Amy no podía culparla, pero se odiaba por haberse convertido en una zombi.

Con el tiempo, comprendió que Bastian no cambiaría su trabajo por ella y ella no permitiría que a su nueva familia le pasara algo, así que decidió no esperar más, porque estaba lastimando a todos. Además, sería un ángel y no un demonio, como casi había ocurrido días atrás. Y estaba segura de que volvería a ver a su familia en el Paraíso. Si lo pensaba, dadas las circunstancias, había más cosas buenas que malas en la propuesta de Dios.

Un viernes por la tarde, cuando ya tenía las ideas más que claras, le pidió a Bastian que la llevara al cerro a dar su respuesta. Él comenzó a indagar, porque quería saber si estaba segura de su decisión, ya que le parecía un tanto apresurada.

—¿Apresurada? Han pasado semanas desde la propuesta y le he dado miles de vueltas en mi cabeza. No he podido dormir pensando en ella y he decidido que lo voy a hacer, Bastian. Te guste o no. No puedo permitir que mi nueva familia, que hicieron todo a su alcance después del accidente para dejarme entera otra vez, siga estando herida por mi culpa.

—¿No crees que los vas a lastimar si desapareces así como así? No serán tu familia biológica, pero son mucho más que eso, porque realmente te aman y tú lo confirmas con tus palabras. Ya no estás sola en el mundo, si solo esperaras más tiempo, tal vez...

Se interrumpió y ella sintió que estaba jugando sucio, porque decir eso sobre Nadia, Alexis, Clara y Héctor era como clavarle un puñal, ya que sabía muy bien lo terrible que se sentirían si los abandonaba.

—Lo sé, lo estarán por un tiempo, pero seguirán con sus vidas como todo el

mundo lo hace. Como yo misma hice después de la muerte de mis familiares. Además, estoy cansada de esperar, ¿qué es lo que debo esperar, Bastian? No estoy obteniendo una cosa ni la otra y supongo que sabes a que me refiero, me cansé de escuchar «tal vez». Ya lo decidí y quiero ser un ángel, así podré cuidarlos —comentó Amelie cruzándose de brazos.

No era su intención ser ruda con él, pero la exasperaba que, a pesar de que todo lo que le decía, no se arriesgara por su amor.

—Hay algo más que debes saber. Cuando seas ángel, te vas a olvidar del amor, de la forma en que lo sientes cuando estás conmigo, puede ser que te olvides de mí y de todos los sentimientos humanos, de cómo se duerme, de cómo llorar... —dijo él. La tristeza se apoderó de la muchacha, porque eso sería perder su esencia, pero la decisión estaba hecha.

—Te dije que somos una pareja rara, estoy segura de que nada de eso va a pasar. Al menos, si olvido todo, igual voy a estar a tu lado trabajando para siempre. Tal vez de esa manera obtenga lo que quiero, aunque no pueda amarte como los humanos hacen —comentó sin alegría. Él se acercó y la besó en los labios, y supo en ese instante que extrañaría sus besos.

—¿Estas realmente segura de esto? Tienes que estar muy segura para hacerlo, porque no habrá vuelta atrás.

—Estoy muy segura, pero si llego a olvidarme de todo, escribí esto para ti, tanta lectura y amor por los libros tenían que sacar algo bueno de mí —dijo ella, dándole la hoja celeste perfumada que tanto había guardado.

Él se quedó leyéndolo detenidamente. Cuando terminó, lo volvió a hacer. Sus ojos se llenaron de lágrimas por segunda vez en su existencia, pero esta vez no cayeron.

Luego lo leyó en voz alta, casi cantándolo con su voz dulce, que lo hacía sonar maravilloso. ¿A eso se referían con el canto de los serafines?

«Búscame en el cielo, cuando el sol lo tiñe de naranja. Acaricia mi rostro y hazme creer que hay un mañana. Cántame tu bella canción de cuna, así puedo dormir tranquila sabiendo que estás a mi lado. Enséñame a

desplegar las alas para volar lejos de las cosas que puedan herirme. Te seguiré todo el camino sin dudar porque confío en ti más que en mí misma. Si muero, tráeme a la vida bajo la lluvia fría o el sol que hace al agua del océano brillar. Cúbreme con tus cálidos brazos, mientras me miras con esos ojos color esmeralda que me hacen temblar.

Y si por un momento, sin quererlo, llegara a dormirme junto ti, a tu lado soñaría con despertar. Porque, al fin y al cabo, mientras mi cielo se derrumba, allí siempre estarás».

—Dios... Esto es... hermoso. No sé qué decir, nunca antes habían escrito algo para mí y es mucho más de lo que esperaba, más de lo que yo te he dado. Puedo sentir cada palabra, es único y perfecto —dijo Bastian guardando el papel en el bolsillo de sus jeans. Se acercó hasta ella y la apretó contra su cuerpo para besarla lleno de pasión. Cuando separaron sus rostros y Amelie pudo recuperar su respiración, se dispuso a hablar.

—Me alegro de corazón de que te haya gustado, debería ser la nueva plegaria al ángel de la guarda. Pero ahora vamos, ya tengo mi respuesta, así que no hagamos esperar al jefe un minuto más.

Los dos salieron de su cuarto tomados de la mano. Esa noche, Amelie iba a enfrentar su destino y tenía un poco de miedo mezclado con nostalgia, porque otra vez pensó en todo lo que abandonaba en el mundo mortal. También se llenó de dudas, ya que pensó que todo no podía salir siempre bien, eso ya lo sabía y, como Bastian había dicho, seguro se olvidaría de él. Al menos le había escrito lo que sentía, para que la recordara siempre, tal cual como ella había sido. Pero, por sobre todas las cosas, que recordara cuánto lo había amado.

Epílogo

Decisión final

Cuando Amelie abrió la puerta de su cuarto, lo primero que vio fueron los rostros de Nadia y Alexis. No sabía qué hacían ahí, tampoco creía que hubieran estado escuchando, pero estaba segura de que le pondrían las cosas más difíciles. Se sorprendió al observar sus ojos cargados de confusión, trataban de entender qué era lo que le pasaba a su amiga, que se había puesto rara otra vez.

—Justo estábamos por golpear tu puerta. Amy... ¿te pasa algo? Yo entiendo que pueda haber momentos en los que no te sientes bien, porque te han sucedido muchas cosas terribles, pero casi no hablamos como antes y sabes que nos encanta escucharte y ayudarte, creo que lo hemos hecho siempre. Eres nuestra amiga, una hermana para nosotros. ¿Estas enojada o hicimos algo que te molestó? —preguntó la muchacha rubia, a punto de llorar, y Amelie no pudo dejar que eso sucediera por su culpa. La tomó con suavidad de las manos y la atrajo hacia ella para poder abrazarla. Al instante hizo lo mismo con Alexis, se había estado guardando ese abrazo hacía tiempo y pudo darse cuenta de que le sería difícil no pensar en ellos, se estaba desprendiendo de sus amigos.

—Chicos, ustedes no son el problema. Nunca lo han sido y no quiero que piensen que estoy enfadada con ustedes. ¿Cómo podría enojarme con quienes siempre han estado a mi lado? Ustedes me sacaron a la vida, me arreglaron el

corazón luego del accidente, los quiero con toda mi alma. Les pido perdón si los estuve ignorando, pero he tenido cosas importantes en qué pensar —dijo mirándolos a los ojos—. Ahora con Bastian vamos a salir un rato a pensar en eso. Pero estén seguros de que siempre voy a estar a su lado. Somos la Triple Alianza y somos sobre todo her-ma-nos —agregó separando en sílabas, lo que los hizo sonreír. Les dio un beso en la mejilla y se alejó sin mirar atrás, tragándose las lágrimas y odiando el nudo que tenía en la garganta.

—Espero que solucionen las cosas —dijo Nadia en voz alta y volvió a su habitación junto con Alexis.

Amelie dio gracias porque sus amigos no tenían conocimiento de su anterior intento de suicidio, porque las palabras que les había dicho sonarían como una nueva tentativa, como una despedida, aunque realmente lo era. Esperaba visitarlos en sus sueños, pararse a su lado invisible y cuidarlos de sus pesadillas todas las noches que iban a venir.

Subió al auto llorando porque no pudo contenerse más, mientras Bastian la miraba. Encendió el motor y el vehículo comenzó a andar despacio por la calle poco iluminada, era una noche oscura.

—Amelie, no lo hagas. No estás lista para esto y eso está más que claro en tus lágrimas. Lo vas a terminar lamentando por toda la eternidad y eso no es para nada bueno, es demasiado tiempo para vivir con una culpa, te lo digo yo, que sé de eso.

—No sé de qué culpa hablas, ya que nunca me contaste que es eso tan malo que hiciste, pero, aun así, ser un ángel te cambió la vida. Ahora eres más feliz que antes, ¿no quieres que yo sea feliz también?

—¿Cómo puedes preguntar eso? Todo lo que hago, cada pequeña acción, cada segundo es para que seas feliz, pero nuestras historias son completamente diferentes. Yo no tenía familia ni amigos a quienes recurrir, nada de nada. Tú si los tienes y puedo ver cuánto los amas. ¿Estás dispuesta a abandonarlos así como así? Pensé que eras más fuerte que esto, que lucharías por lo que amas —comentó cuando se acercaban al bosque que precedía el cerro. Las palabras

de Bastian la atravesaron como una daga.

—Sí, los abandonaré porque creo que es lo mejor para todos. Estoy dispuesta a dejarlos para que no sean heridos por mi culpa.

—Sigo pensando que no debes desprenderte de tu vida. Además, yo te amo tal cual eres ahora, con tus problemas, graciosa, aniñada y sin poderes —dijo él tomando la mano de la muchacha—. Y, si las cosas se ponen feas otra vez, los dos nos arreglaremos para salir adelante, eliminaremos el mal de nuestro camino como lo hicimos con Zaira —agregó cuando el auto ya había estacionado. Pero eso no fue lo que más llamó la atención de Amelie, sino lo que dijo a continuación.

A pesar de que estaba seguro de que los resultados serían malos, Bastian pronunció unas palabras que hicieron que el corazón de Amelie casi estallara de felicidad y un mundo de posibilidades se abrió ante ella. Por fin y después de pensarlo, él tomó su decisión final.

En la base rocosa del cerro, Bastian se quitó la camiseta y la tomó entre sus brazos. Sus inmensas alas negras se abrieron y empezaron a volar. El viento se sentía fresco cuando golpeaba la piel de Amelie y acarreaba el perfume de flores silvestres que crecían entre las rocas.

Luego de unos momentos, cuando estaban en la cima, se tomaron de la mano fuertemente.

—¿Estás lista, preciosa? Solo deseo que todo esto salga bien —preguntó el muchacho con una sonrisa en los labios. Ella respiró hondo, pensando en las consecuencias y en todos los momentos vividos junto a él. Deseó con toda su alma, como lo hacía para que el timbre sonara en el colegio, que nada malo pasara luego de lo que iban a hacer.

—Sí, estoy lista y estoy muy segura de que todo saldrá perfecto —respondió convencida, porque al fin y al cabo estaban por hacer lo que ambos querían con todas sus fuerzas.

Bastian se alejó un poco de ella, la miró fijo y comenzó a hablar.

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum...* —Sus ojos se

pusieron blancos y se elevó del suelo lentamente junto con unas pequeñas piedras que se levantaron también. Empezó a girar en el aire, como un torbellino, pero de manera lenta, mientras discutía con Dios. Amelie pensó que Él estaba enojado.

Cuando se hizo el silencio otra vez, el cuerpo de Bastian bajó hasta el piso, y él tenía los ojos cerrados. La chica sintió que iba a desmayarse de los nervios, dudaba si acercarse a él o no. Cuando estuvo a punto de dar un paso, él volvió a abrir sus ojos de repente y pudo ver que ya no estaban más vacíos.

Intentó acercarse otra vez cuando sus alas gigantes se extendieron hacia sus costados y se prendieron fuego de la nada. Las flamas se quedaron unos minutos en ellas consumiendo las plumas, como si les costara destruirlas, pero luego de unos instantes se desprendieron de él en una explosión de cenizas de color naranja que volaron por el aire, como cuando Alexis había golpeado la leña de la fogata en Playa Calma.

Bastian se quitó el anillo, lo besó, lo lanzó con fuerza hacia el cielo y este no volvió a caer. Ahora el miedo de saber si la recordaba invadió a Amelie por completo, aunque por suerte lo tenía cerca. No había aparecido en otra parte del mundo como él pensaba.

—Hola... ¿Te acuerdas de mí? Soy Amy y tú eres... Bastian, nosotros... —dijo casi tartamudeando y preocupada. Sus labios comenzaron a moverse lentamente.

—Búscame en el cielo, cuando el sol lo tiñe de naranja... Porque, al fin y al cabo, mientras mi cielo se derrumba, allí siempre estarás. Y allí estás, hermosa —recitó Bastian, usando las palabras del poema de Amelie y ella, con el corazón a punto de salirse de su pecho, corrió hasta él, quién la esperaba sonriente para envolverla en sus brazos y apretarla contra su torso desnudo.

Amy al final entendió que Bastian había dejado de ser un ángel porque la amaba. Era él quien lo dejaba todo por ella, porque no quería que Amelie perdiera lo que tenía en la Tierra. Él le había comunicado su decisión a Dios,

le había pedido su humanidad de nuevo y le había dicho que la muchacha había decidido permanecer humana. De todos modos, él siempre recordaría su trabajo anterior, ya que Dios era justo. Le daría lo que más quería y deseaba, pero también le recordaría que una vez había trabajado para Él y lo había dejado por una mortal. Ante los ojos de Amelie, lo que Bastian había hecho era el regalo más grande que le habían dado en su vida.

Bastian la enredó con un brazo por la cintura y la levantó del piso para que sus rostros estuvieran juntos, sin darle tiempo a decir nada, la besó mientras todo su amor brotaba sus labios, de forma humana esa vez. El cielo sobre ellos estaba lleno de estrellas que brillaban cada vez con más intensidad.

—Te amo, desde siempre y para siempre. Eres mi héroe y siempre serás mi ángel.

—Te amo, desde que abriste los ojos y hasta el fin de nuestros días, y creo que tú eres mi ángel, porque has pensado en mí como nadie antes lo había hecho y, aunque no lo creas, me has protegido —exclamó él sonriente también.

Amelie se quedó mirando sus ojos verdes que ya no eran mágicos sino humanos. Pero estos no habían perdido su color ni su brillo.

En ese momento, ella se sintió completa y feliz. Recordó a su familia en el Cielo o el Paraíso, como Bastian lo llamaba, y a su nueva familia en la Tierra. Entendió que era bueno reventar burbujas para vivir en el mundo real.

Bastian la besó con mucha pasión otra vez y ella no opuso resistencia alguna, sentía que podía ser capaz de hacer cualquier cosa esa noche.

A su alrededor, misteriosamente volaban decenas de mariposas imperiales azules. Formaban una ronda cerca de sus cuerpos y nunca se cansaban de girar. Amelie y Bastian estaban parados en el centro de un tornado de alas azules, se miraron y sonrieron porque tendrían la vida que habían elegido vivir.

Para cualquiera que lo hubiera visto, eran solo mariposas. Pero Amelie creyó que eran ángeles; pequeños ángeles guardianes que cuidarían su amor por siempre.

Y perdida entre las caricias y besos de Bastian, no le dio importancia a un

leve calambre que atacaba su pierna izquierda. Por sus venas corría sangre envenenada sin que ella lo supiera. La semilla pronto comenzaría a germinar.

Si te ha gustado

Mientras mi cielo se derrumba

te recomendamos comenzar a leer

Mares verdes

de *Esperanza Riscart*



Capítulo 1

Alejandra no quería que ofrecieran una misa en su funeral y les hizo prometer a su hija Carola y a su amiga y socia, Mary, que no la tendrían. La mujer había luchado incansable durante nueve meses contra un cáncer de pulmón que se ocultó tras los intensos dolores de rodillas que sufría desde un año antes.

Pero Alejandra demostró ser a lo largo de su vida una mujer fuerte e independiente, que no faltó ni un solo día al invernadero del que era propietaria junto a Mary, su amiga gibraltareña y madre soltera como ella, hasta verse obligada a permanecer postrada en la cama. Se conocieron en las puertas del colegio de Guadiaro, el pequeño pueblo donde vivían ambas, cuando sus hijos tenían cuatro años; entonces las dos sobrevivían del trabajo que realizaban en bares de la zona durante la época veraniega. Pero el amor y el conocimiento que Mary tenía sobre las plantas, costumbre de sus orígenes familiares ingleses, las animó a embarcarse en una empresa que dio sus buenos frutos a lo largo de los años gracias al esfuerzo inagotable que habían empleado las dos mujeres, lo que había permitido que sus hijos crecieran con todo cuánto un niño pudiera necesitar, salvo la presencia de un padre, y luego estudiaron en la universidad, la meta de ambas madres y de lo que se sentían orgullosas.

A pesar de la confianza que tenían entre ellas, ninguna de las dos había hablado jamás sobre los padres de sus hijos, por mutuo acuerdo, ni sus hijos conocían la procedencia de los hombres que los engendraron. Y como las dos eran huérfanas, nadie pudo satisfacer la curiosidad que, tanto Carola como Manuel, sentían por conocer quiénes fueron sus padres.

Cuando se descubrió el origen de los dolores que Alejandra llevaba sufriendo durante largos meses y a los que al principio achacó a permanecer

demasiadas horas de pie, el cáncer se había extendido por todo su cuerpo.

Los chicos no supieron nada sobre la enfermedad de Alejandra hasta que se vio obligada a ingresar en el hospital dos semanas antes de morir. Mary había cargado con todo el trabajo que ocasionaba el invernadero y había procurado que su amiga estuviera bien atendida hasta que su hija Carola acabó el máster en cirugía caballar que realizaba para terminar sus estudios de veterinaria.

La joven Carola solo dejó el hospital durante los últimos días de vida de su madre para ir a casa a ducharse y cambiarse de ropa, momentos en que Mary la relevaba. En esos días le preguntó por lo que tanta ansiedad le provocaba cuando pensaba sobre ello. ¿Quién era su padre?

—Cariño —contestó la madre con una sonrisa llena de ternura—, no lo has conocido en tus veinticinco años y, aunque no creo que lo vayas a necesitar ahora que eres adulta, pienso que es mi deber decírtelo.

—No es que lo necesite, mamá —respondió sin querer alterarla—, lo que necesito saber es el motivo por el que te dejó sola, por qué no se responsabilizó de mí y ni siquiera le importó conocerme. Necesito esas respuestas que me han mortificado durante toda mi vida, en mi infancia y en mi adolescencia —acabó con un tono de voz angustiada.

—¿Y por qué no me has hablado sobre ello? Siempre he creído que no te importaba demasiado cuando me preguntabas por él. —Alejandra parecía sorprendida ante el dolor que ese desconocimiento le provocaba a su hija—. Si hubiera sabido que eso te hacía sufrir, te lo habría contado antes.

Carola no quiso que su madre sufriera por nada en la que sabía sus últimas horas con vida y fingió un buen humor que no sentía en absoluto.

—Bueno —sonrió—, ahora tienes la oportunidad de satisfacer mi curiosidad.

Alejandra se tomó unos minutos antes de hablar, mientras reflexionaba sobre los detalles que debía conocer su hija sobre su padre.

—Gustav nunca supo que me dejó embarazada.

—¿Mi padre se llama Gustav? ¿De dónde es?

—De Alemania, entonces vivía en Dormound. Estaba casado, Carola, y tenía dos hijos. Pero no fue ningún aprovechado. Desde el primer momento me dijo que no dejaría a sus hijos, aunque no estuviera enamorado de su mujer desde hacía tiempo. Era guapísimo, Caro —sonriendo, la observó un instante y recorrió con una mirada ávida todos los detalles de su rostro—, te pareces muchísimo a él. Sus ojos azules, el pelo rubio y ondulado, el hoyuelo de su barbilla; eres su imagen, pero perfectamente afeminada. Tan alta y fuerte como él. Ya has visto que no te pareces a mí en nada, ni siquiera en el carácter. Y llevas el nombre de su madre, por quién Gustav sentía no solo cariño, sino una gran admiración. —Alejandra sonrió con ternura—. Yo quería que tuvieras algo que él valorara, aunque solo fuera un nombre y tú no supieras el motivo.

—Siempre pensé que se trataba de una excentricidad tuya —confesó divertida—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Seis meses, aunque él viajaba de vez en cuando a ver a sus hijos, vino a Sotogrande a construir un hotel, donde yo trabajaba en una oficina inmobiliaria durante el verano. Es arquitecto. Yo había perdido a mis padres en un accidente de coche hacía unos meses y me encontré sola de repente, aunque tuviera treinta y dos años, siempre había vivido con tus abuelos, había tenido un par de novios que nunca lograron enamorarme como consiguió Gustav. A sus cuarenta años era un hombre magnífico y yo estaba necesitada del generoso e incondicional amor que él me ofreció.

—Si era un hombre tan magnífico, ¿por qué te dejó? Al final, igual que todos, mamá. Solo serías su pasatiempo donde tenía su lugar de trabajo en ese momento —dijo Carola furiosa y con dureza ante la actitud pasiva de su madre y su relación con quien, en ese instante, le parecía un hombre oportunista—. Y seguro que era un cobarde incapaz de decirle a su mujer que no la quería mientras le ponía los cuernos contigo.

—No fue así, Caro —le reprochó derrochando más energía de la que tenía—. Él fue sincero conmigo desde el principio, antes de acostarse por primera vez conmigo, me habló de su situación familiar. Gustav se había criado como

hijo de padres divorciados y sufrió por ello; no quería lo mismo para los suyos. Él y su mujer llevaban vidas independientes, no fui la primera amante que tuvo, por llamarlo de algún modo. Y me pidió que me marchara a Alemania, donde me buscaría un trabajo y pasaríamos juntos nuestro tiempo libre.

—¿Por qué no te marchaste? —preguntó incrédula.

—Porque me quedé embarazada a conciencia, lo engañé. A mi edad deseaba ser madre de un hombre que mereciera la pena recordar y Gustav la merecía. Se marchó muy enfadado conmigo porque me negué a acompañarlo y regresó al mes a buscarme.

—¿Le ocultaste tu embarazo? —Carola no daba crédito a la actuación de su madre, no sabía si pensar que fue valiente o cobarde.

—Por supuesto. ¿En qué posición lo pondría, Carola? Lo obligaría a tomar una decisión, a elegir entre sus hijos y yo, a llevar una vida que él rechazaba al separarlo de sus hijos. —Alejandra tomó un respiro y tosió. Bebió un trago de agua antes de continuar su historia—. No, cariño, Gustav no merecía ese castigo por mi parte. Le dije que fue bonito mientras duró, pero que no quería ser una amante, quizás la culpable de la ruptura de su matrimonio de cara a sus hijos si llegaban a enterarse y lo obligué a tomar la decisión que yo ya sabía no tomaría. Si me iba a Alemania con él solo lo haría como su esposa. Y me horrorizó ver que lo pensaba, que se desesperaba ante mi proposición inesperada. Cuando me respondió que sí, que se divorciaría de su mujer para casarse conmigo, comprendí que me amaba tanto como yo a él y no estaba dispuesta a hacerlo sufrir y convertirlo en un hombre infeliz y culpable por abandonar a unos hijos que adoraba.

—¿Cuántos años tenían... mis hermanos? —se atrevió a preguntar Alejandra.

—Si mal no recuerdo, siete y diez años. Dos chicos. —Alejandra acarició el rostro de su hija que estaba sentada en el borde de la cama escuchando por primera vez hablar de su padre—. Estoy segura de que le habría encantado

conocerte y se sentiría muy orgulloso de ti; tanto como lo estoy yo, Carola.

Su madre la llamaba pocas veces por su nombre completo y en ese momento, la joven la amó más que nunca. Siempre se había sentido orgullosa de ella, pero en ese instante que conoció ese aspecto de su vida, las lágrimas brotaron incontroladas por la satisfacción que le provocaba tener a esa gran mujer y persona como madre.

—No llores, cariño —le pidió la madre abrazándola con sus pocas fuerzas—. Y dime que has sido una hija feliz.

—Por supuesto que sí, mamá. Siempre he sido muy feliz a tu lado; tú lo has hecho real y posible. Nunca necesité la presencia de un padre en mi vida; además tenemos a Chema. Y me siento más orgullosa de ti de lo que imaginas. Eres la mejor madre que se pueda tener y una gran persona. Un ejemplo para mí.

—Nunca pensé que te pediría esto, pero esta conversación me ha hecho sentir culpable por mi actuación pasada hacia Gustav. —Alejandra dudó si debía pedirle lo que acababa de decidir—. Desde que enfermé estoy dándole vueltas en mi cabeza —dijo más para sí misma que a su hija—. ¿Serías capaz de ir a conocerlo? Él se merece saber de tu existencia y no quiero que te quedes tan sola como me sucedió a mí al perder a mis padres. ¿Harías eso por mí? —Carola la miraba con los ojos espantados—. Cuando te sientas preparada, cariño. Hazlo y descarga con ello mi culpabilidad. Gustav habría sido un buen padre, te lo aseguro.

—¿Cómo se llama? Su apellido —susurró Carola sin prometer nada aún.

—Gustav Andersen. —Carola asintió y comenzó a bajar el cabecero de la cama de su madre cuyo rostro reflejaban un cansancio y una fatiga exagerados.

—Le pediré a Manuel que me busque información sobre mi padre y te prometo que lo encontraré y me presentaré ante él. Cuando me sienta capaz.

—Hazlo por mí, cariño. Siempre te lo agradeceré.

Mientras esperaba que le trajeran el recipiente que contenía las cenizas de su

madre, se prometió que, en cuanto se repusiera de su pérdida, encontraría a Gustav Andersen y le diría quién era ella. Su madre se merecía que hiciera ese sacrificio. Para eso contaría con la ayuda de su amigo de toda la vida, Manuel, que ya había terminado su carrera de periodismo y sabría dónde obtener la información necesaria para localizar a su padre.

—Cuenta con ello, Caro —contestó el chico sin pensarlo cuando se lo comentó—. Y a ver si esta experiencia le sirve a mi madre para que también me hable sobre el mío.

Regresó a su casa, sola. Ya no le quedaba nadie en el mundo, salvo la amistad de Mary, Manuel y Chema.

No esperaba mucho más para incorporarse al trabajo que había conseguido gracias a Chema Hurtado, el novio de su madre durante quince años, quien dirigía las instalaciones del club de polo de Sotogrande y quien la había contratado en anteriores veranos como ayudante veterinaria. Necesitaba ocupar su tiempo, mantener el dolor enterrado en lo más profundo de su interior y continuar con su vida como su madre le había pedido que hiciera. No quería tener tiempo libre para dejarse embargar por recuerdos tan dolorosos.

Mientras mi cielo se derrumba



Amelie Roger pronto descubrirá que la vida no es tan simple como ella cree y que a pesar de brindarle la alegría de una gran amistad, esta también puede arrebatarle lo que más quiere.

Un delgado velo separa nuestros mundos; el humano y el de ellos. Seres milenarios se mueven invisibles y batallan de manera eterna entre nosotros.

Había una vez un ángel guardián que incumplió la tarea que le habían encomendado y una humana de cabellos rojos que se enamoró de él. Y su amor fue tan grande que rompió todas las reglas y enojó a los demonios. Ese fue el despertar de una tormenta que había estado dormida.

Matías Zitterkopf nació en Gilbert, un pequeño pueblo de Argentina, en 1987. Desde niño desarrolló interés por la lectura y escritura de historias. Es profesor de Inglés y licenciado en Lengua Inglesa.

Escribe historias juveniles siendo Corazones oscuros la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2018, Matías Zitterkopf

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-8417540-32-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Mientras mi cielo se derrumba

Prefacio

Despertares

Cruces y ángeles

Un tal bastian

En la profundidad del bosque

Atrapada

Como una muñeca

Desvanecido en la noche

Vestida de oscuridad

El batir de alas

Lejos

Sorpresas

Noches

Confrontación

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Matías Zitterkopf

Créditos